

MENSAJES PARA EDIFICAR A LOS CREYENTES NUEVOS, TOMO 2

Watchman Nee

CONTENIDO

1. **Capítulo dieciocho:** Dar testimonio
2. **Capítulo diecinueve:** Como conducir las personas a Cristo
3. **Capítulo veinte:** La salvación de la familia
4. **Capítulo veintiuno:** Si alguno peca
5. **Capítulo veintidos:** Confesión y restitución
6. **Capítulo veintitrés:** Perdón y restauración
7. **Capítulo veinticuatro:** Las reacciones que tiene un creyente
8. **Capítulo veinticinco:** Libres del pecado
9. **Capítulo veintiséis:** Nuestra vida
10. **Capítulo veintisiete:** Buscar la voluntad de Dios
11. **Capítulo veintiocho:** La administración de nuestras finanzas
12. **Capítulo veintinueve:** Nuestra ocupación
13. **Capítulo treinta:** El matrimonio
14. **Capítulo treinta y uno:** La elección del cónyuge
15. **Capítulo treinta y dos:** El esposo y la esposa
16. **Capítulo treinta y tres:** Los padres
17. **Capítulo treinta y cuatro:** Los amigos

PREFACIO

En 1948, una vez reanudado su ministerio, Watchman Nee conversó, en numerosas ocasiones, con los hermanos acerca de la urgente necesidad de suministrar a los creyentes una educación espiritual apropiada. Él deseaba que tuviéramos como meta proveer las enseñanzas más básicas a todos los hermanos y hermanas de la iglesia, a fin de que tengan un fundamento sólido en lo que respecta a las verdades bíblicas, y manifestar así el mismo testimonio en todas las iglesias. Los tres tomos de *Mensajes para edificar a los creyentes nuevos* contienen cincuenta y cuatro lecciones que el hermano Watchman Nee impartió durante su entrenamiento para obreros en Kuling. Estos mensajes son de un contenido muy rico y abarcan todos los temas pertinentes. Las verdades tratadas en ellos son fundamentales y muy importantes. Watchman Nee deseaba que todas las iglesias locales utilizaran estas lecciones para edificar a sus nuevos creyentes y que las terminaran en el curso de un año y, luego que las mismas lecciones se repitiesen año tras año.

Cuatro de las cincuenta y cuatro lecciones aparecen como apéndices al final del tercer tomo. Si bien estos cuatro mensajes fueron dados por Watchman Nee en el monte Kuling como parte de la serie de mensajes para los nuevos creyentes, ellos no se incluyeron en la publicación original. Ahora, hemos optado por incluir esos mensajes como apéndices al final de la presente colección. Además de estos cuatro mensajes, al comienzo del primer tomo presentamos un mensaje que dio Watchman Nee en una reunión de colaboradores en julio de 1950 acerca de las reuniones que edifican a los nuevos creyentes, en donde presentó la importancia que reviste esta clase de entrenamientos, los temas principales que se deberán tratar y algunas sugerencias de carácter práctico.

CAPÍTULO DIECIOCHO

DAR TESTIMONIO

Lectura bíblica: Hch. 9:19-21; 22:15; 1 Jn. 4:14; Jn. 1:40-45; 4:29; Mr. 5:19

I. LO QUE SIGNIFICA DAR TESTIMONIO

¿Cuánto tiempo dura la luz de una vela? Obviamente, hasta que la vela se consume. Pero si con ella encendemos otra, la luz duplicará su intensidad. ¿Disminuirá la luz de la primera vela por haber encendido la segunda? Claro que no. ¿Qué pasaría si usáramos la segunda vela para encender una tercera? ¿Acaso disminuirá la luz de la segunda? Ciertamente que no disminuirá. La luz de cada vela durará hasta que dicha vela se haya consumido. Pero cuando la primera vela se apague, la segunda todavía permanecerá encendida, y cuando esta se consume, la tercera continuará alumbrando. Lo mismo sucederá si encendemos diez, cien o mil velas; la luz nunca se apagará. Este ejemplo es una ilustración del testimonio de la iglesia. Cuando el Hijo de Dios estuvo en la tierra, Él encendió la primera vela, y desde entonces se han encendido más velas, una tras otra. Durante diecinueve siglos, la iglesia ha brillado como el resplandor de las velas. Cuando una vela se consume, otra ha comenzado a brillar en su lugar, y este proceso continúa aún en nuestros días, pues de la misma manera en que la salvación jamás se ha detenido, el fulgor de la iglesia nunca ha cesado de brillar en la tierra. Algunos encendieron diez velas, otros cien, pero las velas se han venido encendiendo una tras otra, sin interrupción, y la luz continúa resplandeciendo.

Hermanos y hermanas, ¿desean que vuestra luz perdure o desean que ella se apague cuando su vela se haya consumido? Aquel que nos encendió, lo hizo con la expectativa de que la luz no se extinguiera al finalizar nuestro curso sobre la tierra. Todo cristiano debe esforzarse al máximo por hacer que otros reciban la salvación; debe empeñarse en testificar ante los demás y conducirlos al Señor, a fin de que tal testimonio continúe presente en esta tierra de generación en

generación. Es lamentable que la luz de algunos se apaga y su testimonio personal cesa. ¡Esto es muy lamentable! La iglesia se ha propagado por generaciones. El testimonio de algunos continúa, mientras que el de otros cesa al carecer de descendientes. La luz de una vela sólo puede brillar mientras esta permanezca encendida. Asimismo, el testimonio de una persona sólo puede durar mientras ella todavía viva. A fin de que dicha luz continúe alumbrando, otras velas deberán ser encendidas antes que la luz de la primera vela se haya apagado. Por tanto, la segunda, la tercera, la centésima, la milésima e incluso la diezmilésima vela, seguirán propagando esta luz. Esta luz continuará para siempre y se extenderá por todo el mundo. Dicha propagación no hará que la luz de cada vela mengüe, pues no sufriremos pérdida alguna cuando testifiquemos; más bien, esto hará que nuestro testimonio perdure.

¿Qué significa dar testimonio? En Hechos 22:15 el Señor envió a Ananías para que le dijera a Pablo: “Porque serás testigo Suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído”. Esto nos muestra que nuestro fundamento para dar testimonio es aquello que hemos visto y oído. Uno no puede ser testigo de lo que no ha visto con sus propios ojos, ni oído con sus propios oídos. Puesto que Pablo vio algo con sus propios ojos y escuchó algo con sus propios oídos, Dios le encomendó ser testigo de lo que había visto y oído. En 1 Juan 4:14 se nos dice en qué consiste dar testimonio: “Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, como Salvador del mundo”. Una persona es testigo de lo que ha visto. Gracias a Dios, ustedes han creído en el Señor. Ustedes han tenido un encuentro con Él, han creído en Él, le han recibido y lo han hecho suyo. Ustedes son salvos; han sido librados de vuestros pecados, han recibido el perdón y han obtenido la paz. Habiendo creído en el Señor, ¡cuánto os regocijáis! Este gozo es algo que jamás habían poseído. Anteriormente, ¡cuán pesada era la carga del pecado que llevaban sobre vuestros hombros! Pero ahora, gracias a Dios, esta carga del pecado ya no existe. Hemos visto y oído algo. ¿Qué debemos hacer hoy? Debemos dar testimonio de nuestra experiencia. Esto no significa que debemos renunciar a nuestro empleo para dedicarnos a predicar. Esto significa que debemos ser testigos ante amigos, familiares y conocidos de lo que hemos visto y oído, conduciéndolos así al Señor.

El evangelio se detendrá si no continuamos dando testimonio. Es indudable que somos salvos, poseemos la vida del Señor y estamos “encendidos”; pero si no encendemos a otros, nuestro testimonio cesará cuando nuestra vela se haya consumido. No debemos ir al encuentro del Señor con las manos vacías, sino que debemos traer a muchos otros cuando nos encontremos con el Señor. Los nuevos creyentes tienen que aprender desde el comienzo a dar testimonio y a traer a mucha gente al Señor. No seamos negligentes en este asunto. Si un creyente no da testimonio de su fe desde el comienzo, después de unos pocos días formará el hábito de no decir nada, y costará mucho esfuerzo cambiarlo. El

día que creímos en el Señor por primera vez gustamos de tan vasto amor, recibimos un Salvador maravilloso, una salvación muy grande y una tremenda emancipación. No obstante, ¡todavía no damos testimonio de esto ni encendemos a otros con nuestra luz! ¡Esto verdaderamente nos pone en deuda con el Señor!

II. EJEMPLOS DE DAR TESTIMONIO

Analicemos cuatro porciones de la Palabra, las cuales nos proporcionan muy buenos ejemplos de cómo testificar.

A. Ir a la ciudad a decirle a los hombres

En Juan 4, el Señor le habló a la mujer samaritana acerca del agua de vida. Por medio de esto, ella comprendió que nadie en la tierra puede hallar satisfacción en otra cosa que no sea el agua de vida. Todo el que beba agua de un pozo, no importa cuántas veces lo haga, volverá a tener sed y nunca estará satisfecho. Únicamente al beber del agua que el Señor nos da, podremos saciar nuestra sed; pues en nuestro interior brotará una fuente que habrá de saciarnos continuamente. Solamente este gozo interno puede satisfacernos de verdad. La mujer samaritana se había casado cinco veces. Ella se casó con uno y otro hombre; cambió maridos cinco veces; aun así, ella no estaba satisfecha. Ella era de aquellas personas que beben una y otra vez sin jamás hallar satisfacción, al extremo que ahora ella vivía con alguien que no era su marido. Indudablemente, ella era una persona que no había hallado satisfacción. Pero el Señor era poseedor del agua de vida que la podía satisfacer. Cuando el Señor le declaró quien era Él, ella lo recibió. Luego, ella abandonó su cántaro y corrió a la ciudad diciendo: “Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?” (v. 29). Su primera reacción fue dar testimonio. ¿De qué dio testimonio? De Cristo. Quizás en la ciudad todos sabían acerca de ella, pero probablemente no conocían muchas de las cosas que ella había hecho. Sin embargo, el Señor le dijo todo cuanto ella había hecho. Esta mujer inmediatamente dio testimonio, diciendo: “¿No será éste el Cristo?”. En cuanto ella vio al Señor, abrió sus labios para instar a los demás a constatar si esta persona era el Cristo; y como resultado de sus palabras muchos creyeron en el Señor.

Todo cristiano tiene la obligación de ser un testigo y dar a conocer al Señor a los demás. El Señor ha salvado a una persona tan pecadora como yo. Si Él no es el Cristo, ¿quién más podría ser? Si Él no es el Hijo de Dios, ¿quién más podría ser? Tengo la obligación de proclamar esto. Tengo que abrir mis labios y dar testimonio. Aunque tal vez no sepa cómo dar un sermón, ciertamente sé que Él es el Cristo, el Hijo de Dios, el Salvador designado por Dios. He visto que soy un pecador, y yo sé que el Señor me ha salvado. No puedo explicar lo sucedido

conmigo, pero ciertamente puedo instar a los demás a que vengan y comprueben cuán gran cambio se ha operado en mí. Simplemente no sé cómo sucedió, pero el hecho es que antes yo me consideraba una persona muy buena, y ahora reconozco que soy un pecador. El Señor me ha mostrado mis pecados, cosas que yo no pensaba que eran pecado. Y ahora sé qué clase de persona soy. En el pasado, cometí muchos pecados acerca de los cuales nadie se enteró y de los que ni yo misma me daba cuenta. Cometí muchos pecados; sin embargo, no los consideraba pecado. Mas he aquí un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. Él me ha dicho todo cuanto yo sabía, y me ha hecho saber aquello que desconocía. No puedo sino confesar que he tenido un encuentro con el Cristo y que he conocido al Salvador. He aquí un hombre que me ha dicho que el “marido” que tenía no era mi marido. Él mismo me dijo, además, que si yo bebía de esta agua, volvería a tener sed y tendría que regresar por más. ¡Cuánta verdad había en Sus palabras! Venid y ved. ¿No es acaso Él el Salvador? ¿No es acaso este el Cristo? ¿No es este el Único que nos puede salvar?

Todos aquellos a quienes les ha sido revelado que son pecadores, ciertamente tienen un testimonio que contar; al igual que todos aquellos que han conocido al Salvador. La mujer samaritana testificó pocas horas después de haber conocido al Señor. Ella no dejó pasar unos años, ni esperó a regresar de una campaña de avivamiento para dar testimonio, sino que testificó en cuanto retornó a la ciudad. Tan pronto una persona es salva, inmediatamente debe contar a los demás lo que ha visto y entendido. No debemos hablar de lo que no sabemos, ni tratemos de componer un largo discurso, simplemente demos nuestro testimonio. Al testificar, sólo necesitamos expresar lo que sentimos. Podemos decir, por ejemplo: “Antes de creer en el Señor me sentía tan deprimido, pero ahora que he creído en Él, me he convertido en una persona feliz. En el pasado, me esforzaba por conseguir muchas otras cosas, pero jamás estaba satisfecho. Ahora poseo una dulzura inexplicable dentro de mí. Antes de creer en el Señor, no podía dormir bien, pero ahora duermo en paz. La ansiedad y la amargura me consumían, pero ahora, adondequiera que voy, me acompañan la paz y el gozo”. Ciertamente ustedes tienen la capacidad de relatar su propia experiencia a los demás. No tienen que decirles aquello que no están en posición de predicar, ni hablar de aquello que no conocen. No hablen nada que vaya más allá de lo que conocen o que no corresponda a su condición actual, pues ello podría acarrear controversia. Simplemente preséntense como testigos vivos y los demás no tendrán nada que decir.

B. Vaya a los suyos y cuénteles

En Marcos 5:1-20 se nos narra la historia de un hombre que estaba poseído de demonios. Este es el caso más serio de posesión demoníaca que nos relata la Biblia. Había una legión de demonios dentro de este hombre, quien vivía entre

los sepulcros y no podía ser atado, ni siquiera con cadenas. Gritaba de día y de noche entre las tumbas y en los montes, y se hería con piedras. Cuando el Señor mandó que los demonios salieran de él, estos entraron en una piara de casi dos mil cerdos, los cuales se precipitaron en el mar por un despeñadero y se ahogaron. Después que el hombre endemoniado fue salvo, el Señor le dijo: “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuánto el Señor ha hecho por ti, y cómo ha tenido misericordia de ti” (v. 19).

Después que uno es salvo, es el deseo del Señor que uno les cuente a los suyos — a sus familiares, vecinos, amigos y colegas— que ha sido salvo. No sólo debemos testificar que creemos en Jesús, sino también cuánto ha hecho Él por nosotros. Él quiere que divulguemos lo que nos aconteció. Así, encenderemos a otros también y la salvación, lejos de llegar a su fin con nosotros, continuará propagándose.

Es muy lamentable que muchas almas que pertenecen a familias cristianas se encuentren camino a la condenación. Muchos de nosotros todavía tenemos padres, hijos, parientes o amigos que aún no han oído el evangelio de Cristo de nuestras bocas. Ellos únicamente tienen acceso a las bendiciones y alegrías de esta era, y carecen de esperanza con respecto a la era venidera. ¿Qué impide que les contemos todo lo que el Señor ha hecho por nosotros? Estas personas están al lado nuestro. Si ellos nos pueden oír el evangelio de nosotros, ¿quién más lo hará?

Si hemos de testificar ante nuestros familiares, nuestra conducta con ellos tendrá que cambiar mucho. Deberá ser patente para ellos que desde que creímos en el Señor, nuestra vida ha cambiado, pues sólo así nos escucharán y sólo así les mereceremos confianza. Por ello, tenemos que ser personas más justas, más abnegadas, más caritativas, más diligentes y más gozosas que antes. De otro modo, ellos no creerán nuestras palabras. Además, tenemos que testificar ante ellos el motivo por el cual nosotros hemos cambiado tanto.

C. Proclamarlo en la sinagoga

Hechos 9:19-21 dice: “Y estuvo Saulo por algunos días con los discípulos que estaban en Damasco. Enseguida comenzó a proclamar a Jesús en las sinagogas, diciendo que Él era el Hijo de Dios. Y todos los que le oían estaban atónitos, y decían: ¿No es éste el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos ante los principales sacerdotes?”.

Saulo iba en camino a Damasco con la finalidad de apresar a quienes habían creído en el Señor. Mas en el camino, el Señor le salió al encuentro y le habló. Repentinamente la luz resplandeció, Pablo cayó en tierra y fue cegado; y los

hombres que viajaban con él tuvieron que llevarlo de la mano a Damasco, donde estuvo por tres días ciego y permaneció sin comer ni beber. Al final de esos tres días, el Señor envió a Ananías para que le impusiera las manos a Pablo, quien recibió la vista, se levantó y fue bautizado. Después de comer, recobró las fuerzas, y Pablo comenzó enseguida a proclamar en las sinagogas testificando a otros que Jesús era el Hijo de Dios. Obviamente, hacer esto no era nada fácil, pues anteriormente Pablo había perseguido a los discípulos del Señor. Además, es posible que Pablo fuese una de las setenta y un personas que componían el sanedrín judío. Él había recibido cartas del sumo sacerdote e iba por el camino para apresar a los creyentes y llevarlos ante él. ¿Qué debía hacer ahora que había creído en el Señor? Inicialmente, él se había propuesto encarcelar a los que creían en el Señor; ahora él mismo se hallaba en peligro de ser apresado. Humanamente hablando, él debía escaparse o esconderse, pero en lugar de ello, entró en las sinagogas (no solo una, sino muchas) para probarles a los judíos que Jesús es el Hijo de Dios. Esto nos muestra que lo primero que una persona debe hacer después de recibir al Señor, es dar testimonio. Después de haber recobrado la vista, Pablo aprovechó la primera oportunidad que tuvo para testificar que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios. Todo el que cree en el Señor Jesús debe hacer lo mismo.

Todo el mundo sabe que Jesús existe, pero muchos sólo lo conocen como uno más entre millones de hombres. En otras palabras, a Jesús se le considera que es solamente uno entre muchos. Aunque para unos sea un poco más especial que para otros, sigue siendo un hombre común para todos ellos. Pero un día, la luz y la revelación divinas iluminaron los ojos de nuestro corazón y descubrimos algo. ¡Descubrimos que este Jesús es el Hijo de Dios! ¡Descubrimos que Dios tiene un Hijo! ¡Jesús es el Hijo de Dios! ¡Qué gran descubrimiento! Descubrimos que entre todos los hombres, hay uno que es el Hijo de Dios. ¡Esto es verdaderamente maravilloso! Cuando una persona recibe al Señor Jesús como su Salvador, y confiesa que Él es el Hijo de Dios, está dando un paso trascendental y muy importante. No es una experiencia que pueda pasar desapercibida, pues se trata de un momento trascendental para la vida de una persona. Ella habrá descubierto que, entre los millones de seres humanos que hay en esta tierra, hay uno que es el Hijo de Dios. ¡Este es un gran descubrimiento, algo tremendo! De entre los billones de personas que han existido a través de la historia, hemos descubierto que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios. Ciertamente se trata de un gran asunto. Si alguno descubriera un ángel entre nosotros, ciertamente nos maravilláramos. ¿Cuánto más debemos maravillarnos de que alguno encuentre al Hijo de Dios? El Señor es infinitamente superior a los ángeles, y no existe término de comparación entre ellos. Los ángeles son muy inferiores a nuestro Señor.

He aquí una persona que tenía la misión de encarcelar a todo aquel que creyera en el Señor, pero que después de caer en tierra y levantarse, fue a las sinagogas a proclamar que Jesús es el Hijo de Dios. Una persona así tenía que estar loca o, de lo contrario, debía haber recibido una revelación. Pablo no estaba loco, sino que verdaderamente había recibido una revelación. En realidad, él había encontrado al Único entre millones de hombres que es el Hijo de Dios. Al igual que Pablo, ustedes también han conocido a este Hombre único, a Aquel que es el Hijo de Dios. Si percibimos cuán importante y maravilloso es este descubrimiento, ciertamente testificaremos inmediatamente: “¡He encontrado al Hijo de Dios!”. Ciertamente proclamaremos con voz alta: “¡Jesús es el Hijo de Dios!”. ¿Cómo podría alguno permanecer impasible después de haber creído y ser salvo? ¿Cómo actuar como si nada hubiera pasado? Si alguien que cree en el Señor Jesús permanece impasible y considera que este hecho no reviste mayor importancia, ciertamente tendremos que poner en tela de juicio que tal persona haya verdaderamente creído en el Señor. Este es un hecho grandioso, maravilloso, extraordinario, especial y que supera toda imaginación: ¡Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios! ¡Este es un hecho de suma importancia! Así pues, no es una exageración que alguien despierte a sus amigos pasada la medianoche sólo para contarles que ha hecho un gran descubrimiento. Una cosa maravillosa ha acontecido en el universo: ¡Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios!

He aquí, pues, un hombre que apenas se había recobrado de su enfermedad; acababa de recobrar la vista y lo vemos que inmediatamente corre a las sinagogas a fin de proclamar que “¡Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios!”. Todo creyente que ha visto lo mismo debe ir a las sinagogas y gritar: “¡Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios!”. Cada vez que consideramos que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, sentimos que este es el más grande descubrimiento en todo el mundo. Ningún descubrimiento puede ser más maravilloso y crucial que este. ¡Qué gran acontecimiento es llegar a saber que este hombre es el Hijo de Dios! De hecho, cuando Pedro le dijo al Señor: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”, el Señor le respondió diciendo: “No te lo reveló carne ni sangre, sino Mi Padre que está en los cielos” (Mt. 16:16-17). Cuando Jesús estuvo encubierto entre nosotros, nadie lo conoció excepto aquellos que recibieron tal revelación de parte del Padre.

Hermanos y hermanas, nunca piensen que nuestra fe es algo insignificante. Debemos darnos cuenta de que nuestra fe es algo maravilloso. Saulo tenía que proclamar esto en las sinagogas porque sabía que el descubrimiento que había hecho era maravilloso en extremo. Nosotros también haremos lo mismo, si nos damos cuenta de cuán maravilloso es lo que hemos visto. ¡Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios! Este es un hecho muy maravilloso y glorioso.

D. Contacto personal

No sólo debemos ir a la ciudad, a nuestro hogar y a las sinagogas a dar testimonio ante los demás de nuestra fe en el Señor, sino que, además, debemos dar testimonio de una manera muy específica y concreta: debemos conducir a otros al Señor por medio de un contacto personal. Tal es el testimonio que vemos en Juan 1:40-45. Andrés creyó e inmediatamente condujo a su hermano Pedro al Señor. Si bien Pedro manifestó después más dones que Andrés, fue este último quien lo trajo al Señor. Felipe y Natanael eran amigos. Felipe creyó primero y luego llevó a su amigo a recibir al Señor. Andrés llevó a su hermano al Señor, y Felipe trajo a su amigo. Estos son ejemplos de cómo podemos conducir a los demás a la salvación por medio de un contacto personal.

Hace aproximadamente cien años, hubo un creyente llamado Harvey Page. A pesar de que él no tenía ningún don especial, ni sabía cómo llevar el evangelio a las multitudes, el Señor tuvo misericordia de él y le permitió entender que podía llevar por lo menos a una persona al Señor. Él no podía realizar grandes obras, pero sí podía concentrar su atención en una persona. Todo lo que él hacía era decir: “Yo soy salvo y usted también necesita ser salvo”. Una vez que empezaba a predicarle el evangelio a alguien, no dejaba de interceder por él ni cesaba en su empeño hasta que este era salvo. Por haber puesto esto en práctica, cuando llegó el momento de su muerte, él había ganado a más de cien personas para el Señor.

En un país había cierto creyente llamado Todd, quien tenía la habilidad de conducir a las personas a la salvación. Él fue salvo a la edad de dieciséis años. Mientras visitaba una aldea en un día festivo, se hospedó en casa de una pareja de ancianos. Estos hermanos, obreros de mucha experiencia en la iglesia, lo guiaron al Señor. Este joven había vivido una vida desordenada, pero ese día se arrodilló a orar y fue salvo. En el transcurso de la conversación, este joven se enteró que el evangelio no se propagaba de manera prevaleciente en aquella región a causa de un hombre apellidado Dickens, quien rehusaba a arrepentirse. Cuando Todd escuchó esto preguntó quién era este señor Dickens, y le dijeron que este hombre era un soldado retirado, de más de sesenta años de edad. Él tenía una escopeta y había jurado disparar a quien viniera a predicarle el evangelio, porque pensaba que los creyentes eran hipócritas, y así los llamaba. Cada vez que se encontraba con uno, respondía de una manera violenta. Ningún creyente se atrevía a predicarle el evangelio, no se atrevían ni siquiera a pasar por la calle donde él vivía. Si algún cristiano pasaba por su calle lo maldecía vehementemente. Al escuchar esto, Todd oró: “¡Oh Señor, hoy he recibido Tu gracia. Me salvaste. Debo ir a testificar de este hecho al señor Dickens”. Aun antes de acabar su té dijo: “Iré”. Él acababa de ser salvo, hacía menos de dos horas; sin embargo, deseaba dar testimonio al señor Dickens. La pareja de ancianos le aconsejó diciendo: “No vayas. Muchos de nosotros hemos fracasado. Ha perseguido a algunos con una vara, y otros se escaparon corriendo cuando los amenazó con su escopeta. Ha golpeado a muchas personas, mas no lo hemos

querido llevar al tribunal por causa de nuestro testimonio. Pero creo que esto lo ha hecho aún más atrevido”. Todd dijo: “Siento que debo ir”.

Cuando tocó la puerta del señor Dickens, este salió a recibirlo con un garrote en la mano y le preguntó: “¿Qué desea, joven?”. Todd le respondió: “¿Me permite hablar con usted?”. El hombre consintió y le permitió entrar a la casa. Una vez adentro, Todd le dijo: “Quiero que reciba al Señor Jesús como su Salvador”. El señor Dickens, blandiendo el garrote, dijo: “Supongo que usted es nuevo aquí, así que lo dejaré ir sin golpearlo. ¿No has oído que a nadie le permito mencionar el nombre de Jesús en esta casa? ¡Salga! ¡Salga de inmediato!”. Todd volvió a insistir: “Quiero que usted crea en Jesús”. El señor Dickens se puso furioso y subió al segundo piso a traer su escopeta. Cuando bajó blandiendo el arma, le gritó: “¡Salga o disparo!”. Todd contestó: “Le pido que crea en el Señor Jesús. Si quiere disparar, hágalo, pero antes de que dispare, permítame orar”. Inmediatamente se arrodilló ante al señor Dickens y oró: “¡Oh, Dios! Este hombre no te conoce. ¡Por favor, sálvalo!”. Entonces oró de nuevo: “¡Oh, Dios! Este hombre no te conoce. ¡Por favor, ten misericordia de él! ¡Ten misericordia del señor Dickens!”. Todd permaneció arrodillado y rehusó levantarse. Continuó orando: “¡Oh, Dios! ¡Por favor, ten misericordia del señor Dickens! ¡Por favor, ten misericordia del señor Dickens!”. Después de orar cinco o seis veces, escuchó un gemido cerca. Un poco después, oyó que el señor Dickens había soltado la escopeta, y que luego se había arrodillado junto a él para orar: “¡Oh, Dios! ¡Por favor, ten misericordia de mí!”. En cuestión de minutos, aquel hombre aceptó al Señor. Tomó al joven de la mano y dijo: “Antes sólo había escuchado el evangelio; hoy he podido verlo”. Más tarde, el joven contaba: “La primera vez que vi su rostro, era verdaderamente un rostro de pecado; cada arruga reflejaba el pecado y la maldad. Pero después de recibir al Señor, la luz brillaba en su rostro surcado de arrugas, el cual parecía decir: ‘Dios ha sido misericordioso para conmigo’”. El señor Dickens fue a la iglesia el siguiente domingo, y posteriormente llevó a decenas de personas a la salvación.

Podemos ver aquí cómo Todd, dos horas después de haber sido salvo, pudo guiar al Señor a una persona que era considerada un caso imposible. Cuanto más pronto un nuevo creyente testifique, mejor. En lo que se refiere a conducir a otros al Señor no debemos perder el tiempo.

III. LA IMPORTANCIA DE DAR TESTIMONIO

A. Nos da un gran gozo

Los dos días más felices en la vida de un creyente son el día en que creyó en el Señor y el día en que por primera vez condujo a alguien a Cristo. El primero es un día de inmenso regocijo. Sin embargo, el gozo de conducir una persona por primera vez al Señor, es quizás mayor que el gozo que experimentamos cuando

nosotros somos salvos. Muchos cristianos no tienen mucho gozo porque nunca han dado testimonio del Señor, ni guiado a alguien al Señor.

B. Debemos aprender a ser sabios

Proverbios 11:30 dice: “El que gana almas es sabio”. Desde el inicio de nuestra vida cristiana, debemos aprender a ganar almas valiéndonos de diversos medios; esto nos hará útiles para la vida de iglesia. No estoy hablando de dar mensajes desde el púlpito. Este tipo de predicación jamás podrá reemplazar la labor personal de guiar a los demás al Señor. Es probable que una persona que sólo sabe cómo predicar el evangelio desde una plataforma, no sepa cómo conducir a un individuo al Señor. Así pues, no estamos exhortándolos a predicar desde el púlpito, sino a conducir a las personas a su salvación. Muchos tienen la habilidad de predicar, mas no saben conducir a las personas a que sean salvas, y no saben qué hacer cuando las personas acuden a ellos individualmente. Tales personas no son muy útiles. Las personas verdaderamente útiles son aquellas que pueden guiar a las personas a Cristo, una por una.

C. Engendrar vida

Ningún árbol brotará a menos que lo haga en virtud de su propio crecimiento. Asimismo, nadie puede tener la vida de Dios sin que él mismo engendre más vida. Aquellas personas que jamás testifican a los pecadores, probablemente necesitan que otros les testifiquen a ellos. Aquellas personas que no manifiestan deseo o interés alguno en llevar a otros al arrepentimiento, probablemente necesitan arrepentirse ellas mismas. Y los que permanecen callados cuando debieran dar testimonio del Señor ante los demás, probablemente necesiten escuchar nuevamente la voz del evangelio de Dios. Nadie puede ser tan avanzado que ya no necesita conducir a otros a que sean salvos. Nadie puede avanzar al nivel en que no necesita dar más testimonio ante los demás. Es necesario que todo nuevo creyente aprenda a dar testimonio a los demás desde el inicio mismo de su vida cristiana. Esto es algo que todos debemos hacer por el resto de nuestros días.

Cuando hayamos avanzado un poco en las cosas que atañen a nuestra vida espiritual, es probable que algunos nos digan: “Ahora debes ser un canal lleno de agua viva. Tienes que llegar a ser uno con el Espíritu Santo a fin de que el agua viva, es decir, el Espíritu Santo, pueda fluir en tu interior”. Sin embargo, no debemos olvidarnos que un canal tiene dos extremos. Este canal del Espíritu Santo, este canal de vida, es también un canal con dos extremos. Un extremo debe estar orientado hacia el Espíritu Santo, hacia la vida divina, hacia el Señor, mientras que el otro extremo debe estar dirigido hacia los hombres. El agua viva no podrá fluir si el otro extremo no está abierto hacia los hombres. No hay error más grande que suponer que es suficiente con estar abiertos al Señor para que el

agua viva fluya. El agua de vida no fluye por medio de los que sólo están abiertos al Señor. Un extremo debe estar abierto al Señor, y el otro tiene que estar abierto a los hombres. El agua viva fluirá únicamente cuando los dos extremos estén abiertos. Son muchos los que carecen de poder delante de Dios, debido a que el extremo hacia al Señor no está abierto. Pero son muchos más los que carecen de poder debido a que el extremo que debe dar testimonio ante los demás y conducirlos a Cristo no está abierto.

D. Experimentar la desdicha de la separación eterna

Hay mucha gente que todavía no ha escuchado el evangelio porque ustedes todavía no les han dado testimonio. La consecuencia de esto es la separación eterna: tales personas no solamente sufrirán un alejamiento temporal, sino que serán eternamente separadas de Dios. Este es un asunto sumamente crucial. En cierta ocasión, un hermano fue invitado a cenar a casa de otra persona. Puesto que se trataba de un hermano bastante instruido y elocuente, durante la cena habló mucho sobre diversos temas intelectuales. A dicha cena también había sido invitado un vecino de edad avanzada, el cual no era creyente pero que al igual que el hermano invitado, era una persona muy culta. Así pues, ambos sostuvieron una larga conversación sobre temas intelectuales. Como se había hecho tarde, el anfitrión les invitó a pasar la noche allí y les asignó habitaciones que se encontraban una frente a la otra. No llevaban mucho tiempo en sus habitaciones cuando nuestro hermano escuchó que alguien se desplomaba al piso. Al acudir allí, vio que su amigo yacía muerto en el suelo. Mientras los demás acudían presurosos a la escena, nuestro hermano se lamentaba diciendo: “Si hubiese sabido que algo así había de suceder ¡no hubiese hablado con él de los asuntos triviales como los que estuvimos hablando hace un par de horas! Más bien, le habría hablado sobre cuestiones eternas. No dediqué ni siquiera cinco minutos para hablarle sobre la salvación. No le di oportunidad alguna de ser salvo. Si hubiese sabido lo que ahora sé, me habría esforzado por decirle que el Señor murió por él. Pero ¡ahora es demasiado tarde! Si mientras cenábamos le hubiese hablado de estas cosas, probablemente ustedes se habrían burlado de mí por hablar de estos asuntos en tales momentos, pero ahora es demasiado tarde para mi amigo. Espero que me escuchen ahora: ¡Todos necesitan creer en el Señor Jesús y en Su cruz!”. Hay una separación eterna, y esta separación no es un mero alejamiento temporal. ¡Qué tragedia! Una vez que se pierde la oportunidad, ¡un hombre estará eternamente separado de los cielos! Tenemos que aprovechar toda oportunidad que se nos presente para dar testimonio a los demás.

D. L. Moody era muy hábil cuando se trataba de conducir a otros a su salvación. Él se había propuesto predicar el evangelio a por lo menos una persona todos

los días, aun cuando predicase desde el púlpito ese día. En cierta ocasión, después de acostarse, se acordó que ese día todavía no había predicado el evangelio. ¿Qué debería hacer? Se volvió a vestir y salió de nuevo a buscar a alguien a quien le pudiese hablar. Cuando miró el reloj, se dio cuenta de que ya era medianoche y las calles estaban desiertas. ¿Dónde podría encontrar a alguien a esa hora? La única persona que encontró con quien hablar fue un policía que se encontraba de servicio. “Usted tiene que creer en el Señor”, le dijo. El policía, que estaba de mal humor en ese momento, enfadadamente le contestó diciéndole: “¿No tiene usted nada mejor que hacer que tratar de convencerme de creer en Jesús a la medianoche?”. Después de compartir unas breves palabras con él, Moody regresó a casa, pero el policía fue conmovido por lo que Moody le dijo. Días más tarde el policía fue a visitar a Moody y fue salvo.

Uno debe tomar la determinación de guiar a los demás al Señor inmediatamente después de haber creído. Todos debemos hacer una lista con los nombres de las personas que quisiéramos que fuesen salvas durante ese año. Si nos hemos propuesto cooperar en la salvación de diez o veinte personas ese año, entonces debemos empezar a orar por ellas. No basta con orar de manera general. No debemos decir: “Oh Señor, por favor, salva a los pecadores”. Esta clase de oración es demasiado general. Debemos tener una meta específica. Si queremos que diez sean salvos oremos por diez, y si deseamos que veinte sean salvos, oremos por los veinte. Preparen un libro en el que puedan escribir los nombres de los que son ganados a Cristo por medio de usted. Si gana uno escríbalo, así llevará cuenta de los que han sido ganados para el Señor. Al finalizar el año, después de contar los que fueron salvos y los que todavía no lo son, siga orando por los que todavía no han recibido la salvación. Todo hermano y hermana debe poner esto en práctica. No es exagerado ganar treinta o cincuenta almas por año; diez o veinte es lo normal. Al orar, debemos pedirle al Señor por un número específico. El Señor desea escuchar oraciones específicas. Debemos orar diariamente y aprovechar toda oportunidad que se nos presente para dar testimonio. Si todos predicamos el evangelio y guiamos a otras personas al Señor, nuestra vida espiritual progresará rápidamente en pocos años.

Tenemos que enarbolar la antorcha del evangelio para que ella alumbré a todos los que nos rodean. ¡Esperamos que todo creyente salga a encender a otros! Es necesario que nosotros proclamemos el testimonio del evangelio hasta que el Señor regrese. Nosotros mismos no debemos estar encendidos sin encender a otros. Debemos encender más y más velas. Todos los días vemos almas que necesitan la salvación. Tenemos que esforzarnos por darles testimonio y conducirlos a Cristo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

CÓMO CONDUCIR LAS PERSONAS A CRISTO

Lectura bíblica: Ro. 1:16; 10:14; 1 Ti. 2:1, 4; Mr. 16:15

En el mensaje anterior, dijimos que después de haber creído en el Señor, uno debe testificar por el Señor. En este mensaje queremos hablar sobre las diversas maneras que podemos usar para conducir a otros a Cristo, pues si no sabemos cómo conducir a la gente a Cristo, temo que nuestro testimonio será en vano. Así pues, si deseamos conducir a la gente a Cristo, debemos hacer y aprender varias cosas, las cuales pueden dividirse en dos categorías: primero, lo relacionado con acudir a Dios de parte de los hombres y, segundo, lo relacionado con ir al hombre de parte de Dios. Además, quisiéramos decir algo con respecto a la distribución de folletos.

I. NOS PRESENTAMOS ANTE DIOS DE PARTE DE LOS HOMBRES

A. La oración es el fundamento para conducir a las personas a Cristo

Tenemos que hacer un trabajo fundamental a fin de poder conducir a otros a Cristo, y este es que antes de hablarles a los hombres, tenemos que hablar con Dios. Primero tenemos que pedir delante de Dios y después podemos hablar con los hombres. Siempre necesitamos hablar primero con Dios, y no con el hombre. Algunos hermanos y hermanas, a pesar de ser muy diligentes y dinámicos en llevar a las personas a Cristo, no oran por ellas. Una persona puede manifestar gran interés por el bien de los demás, pero si carece de la carga necesaria para interceder por ellos delante del Señor; ciertamente sus esfuerzos serán ineficaces. Es necesario que primero recibamos una carga del Señor antes de poder dar testimonio a los hombres.

El Señor Jesús dijo: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a Mí; y al que a Mí viene, por ningún motivo le echaré fuera” (Jn. 6:37); y en Hechos 2:47 vemos que día tras día, el Señor era quien incorporaba a la iglesia a los que iban siendo salvos. Lo primero que debemos hacer es interceder por las personas ante Dios, pidiéndole que las entregue al Señor Jesús y las añada a la iglesia. A fin de que los hombres sean salvos, necesitamos pedir e implorar a Dios por ellos. Es difícil lidiar con el corazón de los hombres. Ciertamente no es nada fácil hacer que una persona se vuelva de todo corazón al Señor. Por ello, primero tenemos que acudir a Dios y orar por dichas personas, pidiéndole a Dios que ate al hombre fuerte (Lc. 11:21-22); después podremos conversar con ellas con toda libertad. Tenemos que presentar a estas personas delante del Señor, una por una, y orar por ellas fervientemente, antes de poder guiarlas eficazmente a Cristo.

Las personas que saben conducir a otros a Cristo, se caracterizan por el hecho de que saben orar. Si usted tiene dificultad en lograr que sus oraciones sean contestadas, tendrá problemas cuando trate de dar testimonio del Señor, pues si no puede confiar en la oración, le faltará la confianza necesaria para llevar a otros a Cristo. Por tanto, tienen que aprender a orar de una manera práctica y no dejar de atender a este asunto.

B. Llevar un cuaderno de registro

A fin de orar por otros de una manera apropiada, es necesario llevar cuentas de nuestras oraciones en un cuaderno de registro. Debemos permitir que Dios ponga en nuestro corazón los nombres de aquellas personas que Él desea salvar. Cuando usted recién fue salvo, ¿cómo supo a quién debía efectuar restitución? ¿Cómo supo a quién debía retribuir por algún perjuicio? Fue el propio Señor quien nos recordó el nombre de dicha persona y el asunto que teníamos pendiente con ella. Fue Él quien nos instó a efectuar restitución. Un día, a usted le sobrevino cierto pensamiento; otro día, se acordó de alguna otra cosa; y así, como resultado de haber sido iluminado, usted tomó medidas con respecto a cada uno de esos asuntos. Este mismo principio se aplica cuando se trata de conducir a otras personas a Cristo. Permitamos que sea el Señor quien ponga ciertos nombres en nuestro corazón y, cuando esto suceda, espontáneamente surgirá en nosotros una carga que nos insta a orar por dichas personas. Quizás el Señor ponga unas cuantas personas en nuestro corazón o, tal vez, unas cuantas docenas de personas. Al anotar estos nombres, lo más importante es anotar aquellos nombres que el Señor puso en nuestro corazón. No debemos sentarnos y producir una lista al azar, pues estaríamos perdiendo el tiempo. De hecho, nuestro éxito dependerá de cómo comencemos. Usted tiene que suplicar a Dios específicamente por algunas personas, nombre por nombre. De entre sus familiares, amigos, colegas, compañeros de clase y conocidos, espontáneamente le vendrán a la mente algunos nombres. Entonces, surgirá en usted cierto sentir con respecto a ellos y tendrá el anhelo de que sean estos los primeros en ser salvos.

Podemos hacer un registro que tenga cuatro columnas. La primera es para el número de orden; la segunda, para la fecha; la tercera, para el nombre; y la cuarta, para la fecha en que la persona recibe la salvación. Esto hará que podamos recordar el número de orden que le asignamos a cada persona, la fecha en que comenzamos a orar por ella y la fecha en que se salvó. Si lamentablemente la persona muere antes de ser salva, podemos usar la cuarta columna para anotar la fecha de su fallecimiento. Una vez que alguien esté anotado en esta lista, debemos interceder por él con perseverancia, sin desmayar. Debemos orar por esa persona hasta el día en que se salve o se muera. Si la persona todavía vive, debemos seguir orando por ella hasta que sea

salva. Un hermano oró por un amigo suyo durante dieciocho años, hasta que este fue salvo. No se sabe cuando una persona será salva; algunos son salvos después de un año, otros, después de dos o tres meses. Ciertas personas parecen casos imposibles, pero con el tiempo, se salvan. No debemos desmayar, sino que debemos orar con persistencia por la salvación de esas personas.

C. El mayor obstáculo a nuestra oración son nuestros pecados

La oración nos pone a prueba y pone en evidencia cuál es nuestra condición espiritual delante del Señor. Si nuestra condición espiritual es apropiada y normal, las personas por las que oramos se salvarán una tras otra. Si intercedemos continuamente por ellas delante del Señor, al principio se salvarán una o dos, y con el tiempo otras más. Las personas deben ser salvas con cierta regularidad. Si ha transcurrido un tiempo prolongado durante el cual el Señor no ha contestado nuestras oraciones, esto es un síntoma de que hemos contraído alguna enfermedad espiritual con respecto a nuestra relación con el Señor. Entonces, debemos acudir al Señor en busca de luz, a fin de identificar el problema que nos aqueja.

Nada obstaculiza tanto nuestra oración como nuestros pecados. Debemos aprender a vivir una vida santa en la presencia del Señor y rechazar todo aquello que sabemos es pecado, pues si lo toleramos o lo tomamos a la ligera, nuestras oraciones serán estorbadas.

Nuestros pecados tienen tanto el aspecto objetivo como el subjetivo. El aspecto objetivo concierne a Dios, mientras que el aspecto subjetivo tiene que ver con nosotros. En términos objetivos los pecados constituyen un obstáculo para la gracia de Dios y Sus promesas. En Isaías 59:1-2 se nos dice: “He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, / Ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división / Entre vosotros y vuestro Dios, / Y vuestros pecados han hecho ocultar / De vosotros su rostro para no oír”. Y en Salmos 66:18 se nos dice: “Si en mi corazón hubiese yo mirado la iniquidad, / El Señor no me habría escuchado”. Así pues, si uno no ha tomado las medidas apropiadas con respecto a sus pecados, estos se convertirán en un obstáculo para sus oraciones. Los pecados que no hemos confesado, aquellos con respecto a los cuales todavía no hemos aplicado la sangre de Cristo, constituyen un gran obstáculo delante de Dios y son la causa de que nuestras oraciones no sean contestadas. Esto concierne al lado objetivo.

En términos subjetivos, el pecado hace daño a la conciencia del hombre. Cuando una persona peca, no importa lo que se diga a sí misma, ni cuánto lea la Biblia, ni cuántas promesas encuentre en la Palabra, ni cuánta gracia se encuentre en Dios, ni cuanto Dios haya aceptado a esa persona; su conciencia todavía seguirá

débil y oprimida. En 1 Timoteo 1:19 se nos dice: “Manteniendo la fe y una buena conciencia, desechando las cuales naufragaron en cuanto a la fe algunos”. Un barco puede ser pequeño o viejo, pero no debe tener agujeros. De igual manera, nuestra conciencia no debe hacer agua, porque si hay una pérdida de paz, eso nos impedirá orar. Por lo tanto, hay obstáculos no solamente delante de Dios, sino también dentro del hombre. La relación entre la fe y la conciencia es exactamente igual a la de un barco y su carga; o sea, la fe es como la carga y la conciencia como el barco. Cuando el agua entra en el barco, la carga será dañada. Cuando la conciencia es fuerte, la fe también lo es, pero si la conciencia naufraga, la fe se desvanecerá. Si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y Él sabe todas las cosas (1 Jn. 3:20).

Si deseamos ser hombres de oración, debemos eliminar minuciosamente todo el pecado de nuestras vidas. Hemos vivido en el pecado por mucho tiempo y, si queremos ser liberados totalmente de él, debemos confrontarlo con toda seriedad. Tenemos que acudir a Dios y confesar todo pecado, poniéndolo bajo la sangre, rechazándolo y apartándonos del mismo. Entonces, nuestra conciencia será restaurada. Una vez que la sangre nos limpia y nuestra conciencia es restaurada, nuestro sentimiento de culpa desaparece y espontáneamente contemplamos el rostro de Dios. No le demos ninguna oportunidad al pecado, porque esto nos debilitará delante del Señor. Si estamos débiles, no podremos interceder por otros. Siempre y cuando el pecado permanezca, no seremos capaces de decir nada en nuestra oración. El pecado es nuestro problema número uno, y en todo momento, incluso a diario, debemos permanecer alertas para reconocerlo en cuanto surja. Si, delante del Señor, uno toma las medidas pertinentes con respecto a sus pecados, entonces podrá interceder por otros y conducirlos al Señor.

D. Orar con fe

Otro aspecto muy importante es orar con fe. Si nuestra conciencia no nos acusa, es fácil poseer una fe prevaleciente y, espontáneamente nuestras oraciones serán contestadas.

¿Qué es la fe? La fe es estar libres de toda duda. Es aceptar las promesas de Dios cuando oramos. Él desea que oremos y nos lo pide, por eso dijo: “Mandadme acerca de la obra de mis manos” (Is. 45:11). Si oramos, Dios tiene que respondernos. El Señor Jesús dijo: “Llamad, y se os abrirá” (Mt. 7:7). Una vez que llamamos a Su puerta, es imposible que Él se niegue a atendernos. Y puesto que Él dijo: “Buscad, y hallaréis”, es imposible buscar y no hallar. Puesto que Jesús nos dijo: “Pedid, y se os dará”, es imposible pedir y no recibir. Si no tenemos tal convicción, ¿qué concepto tenemos de nuestro Dios? Debemos saber que las promesas de Dios son fieles y fidedignas. La fe se basa en nuestro

conocimiento de Dios; así pues, cuanto mejor le conozcamos, más prevaleciente se será nuestra fe. Puesto que somos salvos, y conocemos a Dios, podemos creer, no debemos tener ninguna dificultad en creer. Cuando creemos, Dios contesta nuestras oraciones. Aprendamos a ser personas llenas de fe desde el comienzo de nuestra vida cristiana. No debemos poner nuestra confianza en lo que sentimos o pensamos, sino en la palabra de Dios. Las promesas de Dios son como dinero, ellas son tan eficaces como si fuera dinero en efectivo. De hecho, las promesas de Dios son la obra de Dios. Las promesas de Dios anuncian Su obra, mientras que Su obra es la manifestación de Sus promesas. Tenemos que aceptar las promesas de Dios de la misma manera en que aceptamos Su obra. Cuando creemos en la palabra de Dios y permanecemos firmes en la fe, en vez de dudar, veremos cuán reales son las palabras de Dios y cómo nuestras oraciones son contestadas.

E. Debemos aspirar a ser personas de oración

Debe ser nuestra ambición llegar a ser personas de oración, es decir, personas poderosas delante de Dios. Algunas personas tienen más poder que otras delante de Dios; es decir, cuando ellas oran, Dios las escucha, mientras que cuando otras personas lo hacen, no son escuchadas. ¿Qué significa ser poderoso delante de Dios? Simplemente significa ser escuchado por Dios. Es como si Dios se complaciera en dejarse influenciar por cierta clase de personas. Hay personas que son capaces de ejercer influencia sobre Dios. Así también, no tener poder delante de Dios simplemente significa no ser escuchados por Él. Esta clase de persona puede pasar muchas horas delante de Dios y, aun así, ser ignorada por Él. Pero nosotros debemos anhelar que nuestras oraciones sean contestadas con regularidad. Debemos tener tal aspiración; pues ninguna bendición se compara a la de siempre recibir respuesta a nuestras oraciones. Tenemos que orar pidiéndole al Señor: “Que todas nuestras peticiones sean gratas a Tus oídos”. No hay nada más glorioso que lograr que Dios incline Su oído a nosotros. Es algo tremendo que Dios nos tenga tanta confianza, al grado que nos dé todo cuanto le pidamos.

Al orar, al estar en la presencia del Señor, debemos mencionar los nombres de las personas por las que tenemos carga, una por una. Debemos considerar cuanto tiempo demora Dios en salvarlas. Si nuestras oraciones no han sido contestadas después de mucho tiempo, tenemos que examinarnos a nosotros mismos y someternos al escrutinio de Dios. Con frecuencia, si queremos que nuestras oraciones sean contestadas, es necesario que tomemos ciertas medidas con respecto a nuestra condición espiritual. Si nuestras oraciones no han sido contestadas, generalmente es un indicio de que estamos enfermos en alguna área de nuestra vida espiritual. Por lo que, si seriamente no tomamos medidas al respecto, siempre fracasaremos.

Por esto es necesario mantener un cuaderno de registro, una lista, para ver si nuestras oraciones han sido contestadas o no. Hay muchos que ni siquiera saben si sus oraciones son contestadas, debido a que no mantienen un registro detallado de las mismas. Por eso, los hermanos y hermanas que recién han sido salvos debieran dedicar un cuaderno para este propósito, con lo cual podrán saber si sus oraciones han sido contestadas o no, y si existe algún problema entre ellos y el Señor. Además, esto les permitirá saber cuándo necesitan examinarse ellos mismos y cuándo necesitan ser examinados por Dios.

Si a pesar de haber orado por un largo tiempo, todavía no ha recibido respuesta, debe darse cuenta de que debe haber algún obstáculo, y que dicho impedimento siempre se debe a que algún pecado está afectando nuestra conciencia o que hay problemas con relación a nuestra fe. No es necesario que los nuevos creyentes se preocupen de aspectos más profundos de la oración; ellos deben tener en cuenta únicamente su conciencia y su fe. Así pues, al estar en la presencia del Señor, debemos confesar nuestros pecados, tomar las medidas correspondientes con respecto a los mismos y rechazarlos. Al mismo tiempo, debemos tener plena confianza en las promesas de Dios. Si hacemos esto, las personas por las que oremos se salvarán una por una, y llevaremos una vida en donde abundan las respuestas a nuestras oraciones.

F. Orar diariamente

Debemos orar por todos los que nos rodean. ¿No hay nadie a su alrededor que necesite oración? ¿Cuántos compañeros de trabajo tenemos? ¿Cuántos vecinos? ¿Cuántos familiares y amigos? Pidámosle siempre al Señor que ponga en nuestro corazón a una o dos personas específicas, porque cuando esto sucede, significa que Él tiene la intención de salvarlas por medio nuestro. Debemos escribir tales nombres en nuestro cuaderno de oración y orar por ellos constantemente.

Para efectuar este trabajo de intercesión, necesitamos apartar un tiempo específico. Si decidimos orar por una hora, media hora o quince minutos diariamente, debemos hacerlo a una hora determinada; de lo contrario, no haremos oraciones específicas, y como resultado dejaremos de orar. Por ello, siempre debemos tener una hora fija para orar, sea quince minutos o media hora. No debemos excedernos haciendo planes, por ejemplo, para orar por dos horas, pues a la postre no lo podremos cumplir. Es más práctico apartar una hora, media hora o quince minutos. Siempre debemos tener una hora fija en la que oramos por aquellos que necesitan nuestras oraciones. No debemos descuidar tal hábito; esta debe ser una práctica diaria. Después de cierto tiempo, veremos cómo los pecadores se salvan uno por uno.

G. Algunos ejemplos de intercesión

Mencionaremos algunos casos que nos muestran cómo otros creyentes han realizado esta labor.

1. Un calderero

Después de ser salvo, un obrero que trabajaba en el cuarto de calderas de un barco, le preguntó al hermano que lo guió a Cristo, qué debía hacer por el Señor. Este hermano le respondió que el Señor escogería a algunos de sus compañeros de trabajo y los pondría en su corazón, y que cuando esto sucediera, orara por ellos. Aunque había más de diez personas que trabajaban junto a él en ese lugar, el calderero recordó una de ellas en particular y se puso a orar por ella. Dicha persona llegó a enterarse de que este hermano oraba por él diariamente y se enojó. Sin embargo, algún tiempo después esta misma persona asistió a una reunión convocada por un evangelista y, al oír la invitación que el evangelista hacía al público para recibir al Señor, se puso en pie exclamando: “¡Yo quiero creer en Jesús!”. El evangelista le preguntó: “¿Por qué quiere creer en Jesús?”. El hombre le respondió: “Porque una persona ha estado orando por mí, así que tengo que creer en Jesús”. El calderero había estado orando por este hombre y, aunque esto provocó su ira en un principio, a la postre, el poder de la oración prevaleció y lo salvó.

2. Un joven de dieciséis años

Un joven de dieciséis años trabajaba como dibujante en una firma constructora. El ingeniero principal de esa compañía tenía muy mal genio e inspiraba temor en casi todos sus subalternos. Sin embargo, cuando este joven fue salvo, empezó a orar por este ingeniero. Aunque le tenía miedo y no se atrevía a hablarle, diariamente oraba fervientemente por él. Después de un corto tiempo, el ingeniero le preguntó: “Tengo más de doscientos empleados en la compañía, pero siento que tú eres diferente. Podrías decirme, por favor, ¿por qué tu y yo somos tan diferentes?”. El ingeniero tenía cuarenta o cincuenta años y el joven solamente dieciséis. El joven le respondió: “Es porque creo en el Señor Jesús y usted no”. Al oír esto, inmediatamente el ingeniero dijo: “Yo también quiero creer en Él”. El joven lo llevó a la iglesia y él fue salvo.

3. Dos hermanas

En Europa existen casas de huéspedes; no son hoteles, pero hospedan a viajeros. Dos hermanas que eran cristianas, tenían una casa de éstas en la cual solían hospedar de veinte a treinta personas. A ellas les perturbaba la ropa ostentosa de los viajeros y lo vano de sus conversaciones, así que las hermanas se propusieron ganarlos para Cristo. Sin embargo, no estaban seguras de poder

lograrlo, pues los huéspedes eran muchos y ellas eran sólo dos. ¿Cómo podrían ganarlos? Entonces se les ocurrió que la mejor manera de hacerlo era sentarse una a cada extremo del salón durante la tertulia y orar por los huéspedes desde ambos lados.

El primer día, después de la cena y mientras los huéspedes conversaban, cada hermana se sentó a un extremo del salón y ambas oraban por sus huéspedes uno por uno. A causa de ello, las bromas y la trivialidad de los huéspedes cesaron aquel día y se preguntaban que había pasado. Una persona fue salva ese mismo día. Al día siguiente, una señora se salvó. Y poco a poco, uno tras otro, todos ellos fueron traídos al Señor.

Es imprescindible que oremos. De hecho, la oración de intercesión es el primer requisito para llevar a otros al Señor. Tenemos que orar sistemáticamente, en forma ordenada, diaria y sin cesar hasta que todos nuestros amigos sean salvos.

II. IR AL HOMBRE DE PARTE DE DIOS

No basta con acudir a Dios de parte de los hombres, sino que también debemos ir a los hombres de parte de Dios. Debemos hablarles de Dios. Hay muchos que no tienen temor de hablar con Dios, pero carecen del valor necesario para hablarles a los hombres. Debemos ser valientes para hablar con los hombres y decirles la clase de Señor que es nuestro Señor. Al hablar con los hombres, debemos tener en cuenta varias cosas.

A. Jamás debemos enfrascarnos en disputas inútiles

En primer lugar, jamás se enfrasquen en vanas discusiones. Esto no quiere decir que jamás vayamos a discutir. El libro de Hechos consigna algunas disputas e incluso Pablo polemizó (cfr. Hch. 17:2, 17-18; 18:4, 19). Sin embargo, las disputas inútiles no contribuyen a la salvación de ninguna persona. A veces vale la pena enfrascarse en alguna polémica, sobre todo si procuramos ser de beneficio para los que presencian tal discusión. Pero ciertamente, debemos evitar discutir con aquellas personas a las que tratamos de salvar, debido a que generalmente las discusiones alejan a las personas en lugar de acercarlas al Señor. Si usted discute con una persona, ella posiblemente huirá.

Muchos piensan que pueden conmover el corazón de los hombres con sus argumentos, pero en realidad esto jamás sucede. En el mejor de los casos, nuestros argumentos pueden resultar convincentes para la mente de los hombres, pero aún cuando ellos no puedan refutar nuestros argumentos, no habremos ganado sus corazones. Tales discusiones son ineficaces. Debemos esforzarnos por argumentar menos y testificar más. Basta con contarle a la

gente que la paz y la alegría nos inundan desde que creímos en el Señor Jesús; y que ahora aun dormimos mejor y disfrutamos más de nuestros alimentos. Nadie puede discutir con tales asuntos. Sólo pueden asombrarse. Usted tiene que hacerles ver que ellos no tienen la paz ni el gozo que usted posee y que, por tanto, ellos necesitan creer en el Señor.

B. Debemos ceñirnos a los hechos

A fin de conducir a las personas al Señor es necesario hacer hincapié en los hechos, no en las doctrinas. Simplemente recordemos cómo es que nosotros mismos fuimos salvos. Ninguno de nosotros creyó simplemente debido a que pudo entender ciertas doctrinas. Muchos entienden las doctrinas, pero no creen. A cualquier hermano le será imposible guiar a otra persona a Cristo por medio de argumentos y doctrinas. El secreto para guiar a los hombres a Cristo es ceñirse a los hechos. Por ello, frecuentemente, las personas más sencillas son las más eficaces cuando se trata de conducir a otros al Señor, mientras que aquellos que son expertos en doctrinas quizás no sepan cómo hacerlo. Algunas personas pueden predicar mensajes maravillosos; pero ¿qué fruto tiene ganar las mentes de los hombres si no pueden conducirlos a que sean salvos?

Había un anciano que asistía a las reuniones de la iglesia porque consideraba que ello era una buena costumbre. Él no era salvo, pero asistía a las reuniones de la iglesia todos los domingos y hacía que toda su familia fuera con él. Pero cuando retornaba a su hogar, él seguía dando rienda suelta a su ira y profería toda clase de palabras soeces. Toda la familia le temía. Un día su hija, que era creyente, vino a visitarlo acompañada de la hijita de ella. El anciano llevó a su nieta a la iglesia y, al salir, la pequeña examinó a su abuelo y le pareció que él no tenía el aspecto de un creyente, por lo que le preguntó: “Abuelo, ¿crees en el Señor Jesús?”. Él le respondió: “Las niñas deben mantener su boca cerrada”. Después de dar unos cuantos pasos, la niña le dijo: “Tu no parece que eres uno que ha creído en Jesús”. Otra vez el anciano le dijo: “Las niñas deben mantener su boca cerrada”. Poco después, ella preguntó: “¿Abuelito, por qué no crees en Jesús?”. Esta niña se había percatado de un hecho: su abuelo no asistía a las reuniones de la iglesia como corresponde a un creyente. Aquel anciano, que de otro modo era tosco y difícil de tratar, se hizo más asequible a raíz de las preguntas que le hizo su nietecita. Aquel mismo día recibió al Señor.

Se requiere de cierta habilidad para predicar el evangelio. Uno tiene que conocer la manera en que Dios trabaja antes de poder predicar el evangelio. Es posible que una persona predique conforme a las doctrinas correctas y logre atraer multitudes que quieran escuchar sus mensajes y, aun así, tenga que despedir dichas multitudes sin haber logrado que ninguno se salve. Si uno sale a pescar con un anzuelo recto, no pescará nada. El anzuelo tiene que ser curvo si

se quiere pescar algún pez. Asimismo, aquellos que conducen a la gente al Señor, deben saber cómo usar un anzuelo. Es decir, usar solamente las palabras que pueden pescar a la gente. Por ello, si no podemos ganar a las personas con las palabras que usamos, debemos esforzarnos por cambiar nuestra manera de hablar. Si nos concentramos en los hechos, nuestras palabras tendrán la capacidad de cautivar y atraer a las personas, pues tales palabras podrán conmover a los demás.

C. Debemos tener una actitud sincera

No tratemos de profundizar en muchas enseñanzas; más bien, procuremos hacer referencia a los hechos. Y esto debe ir acompañado de una actitud sincera, pues salvar almas no es asunto trivial. Una vez conocí a una persona que anhelaba conducir a otros al Señor; y estaba dispuesta a interceder por ellos en oración, pero tenía una actitud incorrecta. Esta persona solía bromear cuando hablaba del Señor. Así que sus bromas menoscababan cualquier medida de poder espiritual que poseía. Como resultado no pudo conducir a nadie al Señor. Tenemos que manifestar una actitud genuina, nuestra actitud no puede ser la de una persona frívola o que le falta seriedad; sino más bien, tiene que ser evidente a la gente que nos escucha, que estamos dispuestos a hablarles de asuntos trascendentales que verdaderamente revisten de suma importancia.

D. Debemos orar pidiendo una oportunidad para hablar

Debemos orar incesantemente para que Dios nos dé la oportunidad de hablar. Dios contesta este tipo de oración.

Una vez por semana, cierta hermana reunía a un grupo de mujeres para estudiar la Biblia. Todas trabajaban en la misma compañía y ninguna creía en el Señor. La hermana observó que una de ellas, quien se preocupaba mucho por su manera de vestir, era muy altiva y no prestaba atención a nada de lo que ella decía. Así que comenzó a orar por ella y le pidió al Señor que le diera la oportunidad de hablar con ella. Un día sintió el deseo de invitarla a tomar el té, y puesto que a esta señora le encantaba charlar, aceptó la invitación. Cuando llegó, la hermana le animó a creer en el Señor, pero ella respondió: “No puedo creer, porque me gustan los juegos de azar, me fascinan los placeres y no quiero renunciar a nada de ello. No puede creer en Jesús”. La hermana le respondió: “Si uno desea creer en el Señor Jesús, no puede seguir participando en juegos de azar. Todo el que quiera creer en el Señor Jesús tiene que renunciar a la vanagloria de este mundo. Así pues, tienes que renunciar a todo ello si deseas creer en el Señor Jesús”. Aquella mujer le dijo: “Es un precio demasiado elevado; no podré pagarlo”. La hermana le dijo: “Espero que cuando estés sola en tu casa, reflexiones al respecto”. Después de decir esto, la hermana continuó

orando por ella. Cuando llegó a su casa, esta mujer se arrodilló a orar. Después de haber orado, en un impulso se dijo: “Hoy he decidido seguir al Señor Jesús”. Ella sufrió un cambio repentino. Ella misma no podía explicarlo, pero su corazón se tornó, al punto que cambió su manera de vestir y ya no lo hacía como antes. Una serie de cambios maravillosos fueron sucediendo uno tras otro en su vida. En el lapso de un año, muchas de sus compañeras de trabajo, una por una, fueron conducidas al Señor.

Quizás pensemos que es difícil hablarle a alguien, pero si oramos por él, el Señor nos dará la oportunidad propicia para hablarle, y esa persona cambiará. Al principio, aquella hermana que conducía estudios bíblicos en su casa había sentido temor de hablar con esa mujer, porque ella era muy arrogante y creía saberlo todo. Pero un día el Señor le puso la carga de orar por aquella mujer, y otro día le dijo que fuera a hablarle, y la hermana, desechando sus consideraciones, le habló del Señor. Por una parte, necesitamos orar, y por otra, debemos aprender a abrir nuestra boca. Después de orar por una persona durante algún tiempo, el Señor les dará el sentir de hablarle a esa persona. Entonces, tendrá que hablarle acerca de la gracia del Señor y de lo que Él ha hecho por usted. Tal persona no podrá ofrecer resistencia alguna, porque no podrá negar lo que el Señor ha hecho en usted. Los hermanos y hermanas que recién han sido salvos deben orar diariamente por la oportunidad de hablarle a otros. ¡Es una lástima que muchos que han sido salvos por varios años no se atrevan a hablarles a sus familiares y amigos! Quizás debido a ese temor hayan perdido muchas oportunidades que les estaban esperando.

E. Hablar a tiempo y fuera de tiempo

Dijimos anteriormente que debemos orar antes de hablarle a una persona. Sin embargo, esto no significa que si no hemos orado, no podamos hablar. Debemos predicar el evangelio a tiempo y fuera de tiempo, aprovechando toda oportunidad que se nos presente. Incluso, podemos hablarle del Señor a alguien al que tal vez sea la primera vez que lo veamos. Ustedes no saben lo que les falta, siempre tomen la oportunidad de hablar. Tenemos que estar siempre preparados para abrir nuestra boca. Aunque es importante orar por quienes figuran en su cuaderno de registro, no debemos dejar de orar por las que no conocemos personalmente. Debemos orar diciendo: “Señor, por favor, salva a los pecadores. Cualquiera que sean, ¡Sálvalos!”. Asimismo, siempre que nos encontremos con alguien y sintamos en nuestro corazón un intenso deseo de hablarle, debemos hacerlo.

Si no prestamos atención a este sentimiento que nos insta a hablar a algún desconocido, habremos dejado que un alma se nos escape. No debemos permitir que tantas almas se nos escapen de las manos. Tenemos la expectativa de que

todos los hermanos y hermanas testificarán fielmente del Señor y así conducirán muchos a Cristo.

F. Estudiarlas cuidadosamente

Cada vez que guiamos a una persona al Señor, tenemos que analizarla cuidadosamente, como un doctor que estudia minuciosamente el caso de cada uno de sus pacientes. Un médico no puede recetar la misma medicina a todo el mundo. Él le da una medicina en particular a un paciente específico. Lo mismo sucede cuando conducimos a las personas a Cristo. Nadie puede ser doctor sin haber estudiado medicina. De la misma forma, nadie puede guiar a ningún hombre al Señor, sin haberlo estudiado. Algunos hermanos son muy eficaces en su labor de salvar a los incrédulos porque los han estudiado primero. Al comenzar la obra de llevar hombres a Cristo, un nuevo creyente debe laborar arduamente para estudiar cada caso. Tenemos que averiguar por qué una persona aceptó al Señor. ¿Qué palabra hizo que abriera su ser, y por qué otra persona no lo hizo? ¿Por qué alguien, después de escuchar atentamente por un momento, se escabulló? ¿Por qué una persona aceptó al Señor después de haberse opuesto a ello anteriormente? ¿Por qué los peces no pican después que uno ha esperado por bastante tiempo? Debemos averiguar siempre la razón por la que el Espíritu actúa y también por la que no actúa.

Si no podemos conducir a otras personas a Cristo, no debemos echarle toda la culpa a otros. Quienes saben conducir a la gente al Señor se caracterizan por siempre examinarse primero ellos mismos cuando procuran identificar la raíz del problema. No podemos esperar en la playa con la esperanza que los peces salten a la orilla. Ciertamente conducir a la gente al Señor no es una tarea simple. Así pues, será necesario que dediquemos algún tiempo a examinar nuestra situación y averiguar dónde radican los problemas. Conducir a las personas al Señor es una habilidad y esta se adquiere por medio de laborar con las personas. Ya sea que nuestra experiencia haya sido exitosa o no, siempre hay algo que podemos aprender de ella. Si fracasamos, debemos averiguar el motivo de nuestro fracaso. Si tenemos éxito, debemos identificar el motivo del mismo. Cualquiera que sea la situación que enfrentamos, es necesario averiguar qué motivó un resultado determinado.

Si practica esto diligentemente, aprenderá muchas lecciones. Finalmente, descubrirá algo muy interesante: que en lo concerniente a creer en el Señor, en este mundo sólo existen unas cuantas categorías de personas. Así, al encontrar cierta clase de persona, a usted le bastará con hablarle de cierta manera para que ella acepte al Señor; y si usted le habla de otra manera, dicha persona le contradecirá y se negará a creer en el Señor. Así pues, si usted sabe cómo tratar a esta clase de persona, usted podrá tener éxito con la gran mayoría de

personas. Entonces, sabrá cómo tratar a las personas que estén en su registro y también sabrá cómo tratar a las personas que encuentre en su camino. En cuanto se encuentre con alguien, aprovechará de dicha oportunidad para darle testimonio, y será capaz de determinar inmediatamente con qué clase de persona está tratando. Usted sabrá en su corazón cómo tratar a esta clase de persona y qué decirle. Es muy probable que dicha persona sea salva. Si usted estudia cada uno de los casos que le toque enfrentar, en uno o dos años llegará a convertirse en una persona muy hábil en ganar almas para el Señor. Usted comprenderá que se requiere de sabiduría para ganar almas. Con la misericordia de Dios, usted tal vez pueda conducir a algunos al Señor, quizás unas cuantas docenas o tal vez cientos. Si usted estudia detenidamente todos estos casos, llegará a ser una persona muy poderosa en lo que concierne a ganar almas para el Señor.

APÉNDICE: LA DISTRIBUCIÓN DE FOLLETOS

A. No está limitada por el tiempo

Durante los últimos doscientos o trescientos años, el Señor ha utilizado folletos para salvar a muchas personas. Una de las características especiales en cuanto a la distribución de esta clase de literatura es que no se halla restringida por el tiempo. Si usted trata de testificar personalmente, estará limitado por el tiempo y por la disponibilidad de las personas con las que hable, pues ni usted podrá hablar durante veinticuatro horas al día, ni tampoco su audiencia estará disponible en todo momento. Aún cuando usted tenga la capacidad de predicar un mensaje maravilloso, es posible que carezca de una audiencia en ese momento. Sin embargo, no estamos restringidos por el tiempo cuando se trata de distribuir folletos, pues uno puede repartir folletos en cualquier momento y éstos pueden ser leídos a cualquier hora del día. Hoy en día, son muchos los que simplemente no tienen tiempo para asistir a nuestras reuniones, pero esto no les impide recibir un folleto. Además, nosotros podemos distribuirlos a quienes transitan por las calles o a quienes en ese momento se encuentran ocupados en sus quehaceres, ya sea en sus cocinas o en sus oficinas. Esta es la primera ventaja que tienen los folletos.

B. Los folletos pueden transmitir todo el evangelio

Muchas personas son muy fervorosas dando testimonio del Señor y conduciendo las almas a Cristo. Sin embargo, su conocimiento es limitado y su capacidad para expresarse también. No pueden comunicar el evangelio de manera cabal y adecuada. Por ello, además de procurar conducir a la gente a Cristo por otros medios, un nuevo creyente tiene que esforzarse al máximo por

aprovechar sus ratos libres para seleccionar algunos folletos y distribuirlos. Esto le permitirá efectuar aquello que no podría hacer de otro modo.

C. Los folletos no son afectados por consideraciones humanas

Además, la distribución de folletos tiene otra ventaja. Al predicar el evangelio, hay ocasiones en las que no nos atrevemos a usar palabras fuertes delante de la gente. Pero los folletos no tienen tal inconveniente, sino que pueden llegar a cualquier persona y decir todo lo que deseen. Todo aquel que predica el evangelio se halla condicionado por sus circunstancias particulares, pero los folletos predicán el evangelio sin tener que ser afectados por factores humanos. Los nuevos creyentes deben aprender a sembrar semillas por medio de la distribución de tratados.

D. Repartir folletos es una manera de sembrar

Otra ventaja de repartir folletos es que uno puede sembrar por todas partes. El Antiguo Testamento nos dice que debemos sembrar nuestra semilla en muchas aguas (Nm. 24:7). Se requiere de un esfuerzo considerable para hablar a una audiencia de tres, cinco o diez personas, pero no hay ninguna dificultad en repartir mil, dos mil o tres mil folletos en un solo día. Si una persona puede ser salva con uno de los miles de folletos que repartimos, eso es maravilloso. Los nuevos creyentes deben aprender a repartir grandes cantidades de folletos.

E. Dios usa los folletos para salvar a las personas

Es indudable que los folletos son usados por Dios para salvar a las personas. Yo conozco a algunos que los deslizan debajo de las puertas. Otros los introducen en los buzones de correo. Recuerdo un incidente en el que alguien recibió un folleto y lo tiró en la calle sin leerlo. Otra persona que pasaba por allí, al sentir que una tachuela de su zapato lo molestaba, buscó algo que le sirviera de plantilla y no encontró mejor cosa que ese folleto que encontró en el suelo. Ya en su casa, cuando se disponía a reparar el zapato que le molestaba, vio el folleto y al leerlo fue salva. Hay muchos casos similares de personas que han sido salvas por medio de folletos y muchos de estos casos son verdaderamente maravillosos.

F. Con mucha oración y un corazón dedicado

Un hermano que es recién salvo siempre debe tener folletos a la mano a fin de repartirlos en sus momentos libres. Al igual que cuando conducimos a los demás a Cristo, al repartir folletos debemos hacerlo con mucha oración y con la debida seriedad. Al repartirlos, es igualmente bueno si podemos hablar

brevemente o si permanecemos callados. Si el nuevo creyente pone en práctica esto, ciertamente le será de mucho beneficio.

CAPÍTULO VEINTE

LA SALVACIÓN DE LA FAMILIA

I. DIOS PROMETIÓ LA SALVACIÓN DE LA FAMILIA

Ahora trataremos el tema de la unidad básica en lo que respecta a la salvación. Todo se mide por unidades, y la unidad básica con respecto a la salvación es la familia.

De acuerdo a la Biblia, Dios, al relacionarse y comunicarse con el hombre, le hizo muchas promesas. Conocer tales promesas nos reportará grandes beneficios, y si las desconocemos, sufriremos gran pérdida.

Al prometer la salvación, Dios tomó la familia como su unidad, no al individuo. Si una persona que recién ha sido salva comprende esto al inicio mismo de su vida cristiana, se ahorrará muchos problemas y obtendrá muchos beneficios. Cuando Dios salva al hombre, Él no toma al individuo como unidad, sino a toda la familia.

Con respecto a la vida eterna, la Biblia toma al individuo como unidad, no a la familia. Sin embargo, con respecto a la salvación, la Biblia indica que las personas son salvas familia por familia. Así pues, la unidad de la salvación es la familia. A continuación, quisiéramos examinar algunos pasajes bíblicos que nos mostrarán claramente que la salvación es para toda la familia. Después, podremos indagar con Dios en conformidad con esos versículos, y podremos relacionarnos con Dios ya no solamente por nosotros mismos, como individuos, sino también por toda nuestra familia.

Esperamos que en el futuro ninguno de nuestros niños requiera de un esfuerzo extraordinario para conducirlos a la salvación y rescatarlos de este mundo. Debemos asegurarnos que aquellos a quienes engendramos en la carne, también lleguen a pertenecer a nuestra familia espiritual. No podemos permitir que nuestros hijos se extravíen año tras año para luego vernos obligados a pugnar por rescatarlos. No podemos simplemente traerlos a este mundo, sino que además, tenemos que conducirlos al Señor.

Si todos los hermanos y hermanas concuerdan en que debemos optar por este camino, entonces tendremos entre nosotros tantos salvos como el número de los que han crecido en el seno de nuestra familia. El Señor nos ha confiado a nuestros hijos. No debemos permitir que se pierdan, sino que tenemos que

asegurarnos que sean salvos. De otro modo, cuando hayan crecido tendremos que esforzarnos mucho para rescatarlos del mundo. Todos los pececillos que hayan engendrado nuestros peces mayores deben permanecer con nosotros y no debemos permitir que la corriente los arrastre alejándolos de nosotros, para luego tener que luchar por pescarlos nuevamente. Por lo que, todos nuestros hijos deben pertenecer al Señor y así la iglesia seguirá adelante por medio de su segunda generación.

Espero que los hermanos y hermanas vean cuán importante es este asunto. Si la iglesia podrá seguir avanzando con la siguiente generación, y si aquellos que vienen después de nosotros podrán proseguir, va a depender de si nosotros podemos conducir nuestros hijos al Señor. Si el número de los que se alejen de nosotros es igual al número de los nacidos en nuestras familias, entonces careceremos de una segunda generación. Si aquellos que hemos engendrado permanecen firmes generación tras generación y, además, algunos de afuera se añaden a nosotros, la iglesia será fuerte y aumentará en número. Jamás deberíamos engendrar un hijo para luego perderlo. Es imprescindible que los que han nacido entre nosotros sean regenerados.

II. ALGUNOS EJEMPLOS DE LA BIBLIA

La Biblia revela el principio básico de que Dios salva a los hombres familia por familia. ¿Cómo podemos demostrar esto? Para ello, debemos examinar algunos pasajes bíblicos.

A. En el Antiguo Testamento

1. Fue una familia completa la que entró al arca

Génesis 7:1 dice: “Dijo luego Jehová a Noé: Entra tú y toda tu casa en el arca”, y 1 Pedro 3:20 dice: “...el arca, en la cual algunos, es decir, ocho almas, fueron llevadas a salvo por agua”.

El arca no era para un solo individuo, sino para toda una familia. En Génesis 6 se nos muestra a un hombre que era justo delante de Dios, Noé. La Biblia no dice que los hijos de Noé, ni tampoco sus esposas, fueran personas justas. La Biblia únicamente afirma que Noé era un varón justo delante de Dios. Sin embargo, cuando Dios preparó el medio por el cual Noé sería salvo, Él mandó que la familia completa de Noé entrara en el arca. Por tanto, toda la casa, y no un individuo, fue la que entró en el arca. Un nuevo creyente debe introducir a cada uno de los miembros de su familia en el arca. Usted podría decirle al Señor: “Yo he creído en Ti y Tú has dicho que toda mi casa puede entrar en el

arca. Ahora Señor, por favor, trae a toda mi familia y ponla en el arca”. Dios honrará su fe.

2. La circuncisión fue prescrita para toda la casa

Génesis 17:12-13 dice: “Y de edad de ocho días será circuncidado todo varón entre vosotros por vuestras generaciones; el nacido en casa, y el comprado por dinero a cualquier extranjero, que no fuere de tu linaje. Debe ser circuncidado el nacido en tu casa, y el comprado por tu dinero; y estará mi pacto en vuestra carne por pacto perpetuo”.

Dios llamó a Abraham e hizo pacto con él diciendo: “Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti” (v. 7). La señal de que existía un pacto entre Dios y Abraham era la circuncisión. Todos aquellos que habían sido circuncidados, pertenecían a Dios, y aquellos que no habían sido circuncidados, no pertenecían a Dios. Dios también le dijo a Abraham que toda su casa debía ser circuncidada, incluyendo tanto a los nacidos en su casa como a los que pasaron a formar parte de ella por haber sido adquiridos con dinero. Por tanto, la promesa que corresponde a la circuncisión no le fue hecha únicamente a Abraham, sino a toda su casa. Así pues, en lo que a la circuncisión se refiere, la familia es la unidad básica. La promesa de Dios le fue hecha a la casa de Abraham, no solamente a Abraham.

3. Un cordero pascual por familia

Éxodo 12:3 y 7 dice: “Hablad a toda la congregación de Israel, diciendo: En el diez de este mes tómesese cada uno un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia ... Y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer”.

Es claro que el cordero pascual era entregado a una familia, no a un individuo. Así pues, nuevamente vemos aquí la importancia que tiene la familia para Dios. El cordero que se sacrificaba en la Pascua era para la familia y no para un individuo. No se preparaba un cordero para cada persona, sino para cada casa. Asimismo, la sangre untada sobre los postes y el dintel de la puerta cumplía la función de proteger a toda la casa, y el ángel aniquilador dejaba ilesa a toda la familia.

Resulta maravilloso ver que la salvación preparada por medio del Señor Jesucristo, al igual que con el cordero pascual, no está destinada a individuos, sino a la familia en su totalidad. Si un individuo come del cordero, esto significa que solamente él es salvo, pero si toda la casa come del cordero, esto significa que toda la familia es salva, porque la salvación es para toda la familia. La familia entera come del cordero y, asimismo, toda la familia se beneficia de la

sangre, y todos juntos disfrutaban de estas cosas. Quiera el Señor abrir los ojos de nuestro entendimiento para que lleguemos a comprender que la salvación es un asunto que involucra a toda la familia, no solamente a individuos.

4. El sacerdocio fue confiado a una familia

Asimismo, la promesa del sacerdocio fue hecha por Dios a toda una familia, a una sola casa. No fue algo que se otorgara a uno o dos individuos. Números 18:1 dice: “Jehová dijo a Aarón: Tú y tus hijos, y la casa de tu padre contigo, llevaréis la iniquidad del santuario”.

El versículo 11 dice: “Esto también será tuyo: la ofrenda elevada de sus dones, y todas las ofrendas medidas de los hijos de Israel, he dado a ti y a tus hijos y a tus hijas contigo, por estatuto perpetuo; todo limpio en tu casa podrá comer de ellas”. Dios encomendó todos los sacrificios y ofrendas a la casa de Aarón. Los sacrificios pasaban a ser pertenencia de la casa de Aarón, no de Aarón solamente. Esto se debe a que Dios acepta a la familia como una sola entidad. Por favor, recuerden que el sacerdocio le fue dado a la casa de Aarón y no solamente a Aarón. El sacerdocio tomó la familia como una sola unidad.

5. La salvación de una familia

Josué 2:19 dice: “Cualquiera que salga fuera de las puertas de tu casa a la calle, su sangre será sobre su cabeza, y nosotros sin culpa. Mas cualquiera que se estuviere en casa contigo, su sangre será sobre nuestra cabeza, si mano le tocare”. Y Josué 6:17 dice: “Y será la ciudad dedicada para destrucción a Jehová, con todas las cosas que están en ella; solamente Rahab la ramera vivirá, con todos los que estén en casa con ella, por cuanto escondió a los mensajeros que enviamos”.

Aquí vemos cómo Rahab la ramera y su casa fueron salvos. ¿Qué hizo ella? Ella recibió a los espías. Cuando ella recibió a los espías, Dios le concedió una señal. Ella debía atar un cordón de grana a una de las ventanas de su casa. Luego, todos los que estuvieran en aquella casa que exhibía el cordón de grana serían librados, mientras que el resto de habitantes de Jericó sería aniquilado. El cordón de grana simboliza la salvación. La salvación tipificada por el cordón de grana salvó a toda la casa de Rahab, no solamente a ella.

Es necesario que conozcamos en toda su extensión el espectro que abarca la salvación. El capítulo 2 de Josué nos relata la promesa hecha a Rahab, mientras que en el capítulo 6 se nos relata la ejecución de dicha promesa. Tanto la promesa en el capítulo 2, como la ejecución de la misma en el capítulo 6, nos muestran que toda la casa de Rahab fue salva. Todos aquellos que estaban en la

casa que tenía el cordón de grana fueron salvos. La salvación de Dios es para toda la familia y no tan solo para individuos.

6. Una familia es bendecida

En 2 Samuel 6:11 dice: “Y estuvo el arca de Jehová en casa de Obed-edom siete meses; y bendijo Jehová a Obed-edom y a toda su casa”.

En el Antiguo Testamento la bendición de Jehová era derramada sobre toda la familia. Mientras el arca permaneció en la casa de Obed-edom, Jehová bendijo a toda su casa. En lo que se refiere a la bendición de Jehová, la familia es la unidad y no el individuo.

Ya hablamos acerca de la salvación. Ahora veremos que este principio no está confinado solamente a la salvación, sino que además rige muchos otros asuntos, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento. La casa es considerada como una unidad. Los hijos de Dios, en especial aquellos que son jefes de familia, deben darse cuenta que Dios se relaciona con los hombres en función de sus familias. Si usted no toma en cuenta este hecho, sufrirá gran pérdida. Si usted es jefe de familia, tiene que aferrarse a este hecho. Necesita decir: “Señor, Tú me has dicho que Tú te relacionas con mi familia y no solamente conmigo. Así pues, te ruego que salves a toda mi familia”.

No solamente quien es cabeza de familia debe apoyarse en este hecho, sino que también los otros miembros de la familia deben pedir al Señor con respecto a la casa de sus padres. Rahab no era la cabeza de su casa, ella tenía un padre. Pero Rahab se aferró a Dios, y su casa fue bendecida y salvada. Es muy bueno que usted sea la cabeza de su hogar, pues ello le permite hablar en representación de toda su familia. Pero incluso si usted no es la cabeza del hogar, usted puede hablar por fe, tal como lo hizo Rahab, y decir: “Señor, haz que mi familia se vuelva a Ti para recibir Tu gracia y bendición”.

7. Nos regocijamos con toda nuestra familia

Deuteronomio 12:7 dice: “Y comeréis allí delante de Jehová vuestro Dios, y os alegraréis, vosotros y vuestras familias, en todo lo que emprendieris en lo cual Jehová tu Dios te hubiere bendecido”. Usted y toda su casa reciben la bendición de Dios y se regocijan en ello.

Deuteronomio 14:26 dice: “Y darás el dinero por todo lo que desear tu alma, por bueyes, por ovejas, por vino, por sidra, o por cualquier cosa que desear tu alma; y comerás allí delante de Jehová tu Dios, y te alegrarás tú y tu familia”.

¿Comprenden esto? Dios prometió a los israelitas que, en aquel día, ellos comerían, beberían y se alegrarían delante de Dios casa por casa. En otras palabras, la bendición es dada a toda la casa, y no a individuos.

B. En el Nuevo Testamento

¿Y con respecto al Nuevo Testamento? En el Antiguo Testamento, Dios salvaba a los hombres casa por casa, y lo mismo sucede en el Nuevo Testamento.

1. La casa de Zaqueo

Lucas 19:9 dice: “Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa”. ¡Esto es maravilloso! El Nuevo Testamento proclama el mismo principio. Me temo que muchos han predicado por más de veinte años únicamente una salvación personal. Sin embargo, el Señor nos dice que “la salvación ha venido a esta casa”.

Cuando usted predique el evangelio, tiene que hacerlo con miras a la salvación de toda la casa. No debe procurar únicamente la salvación personal de un solo individuo. Si usted verdaderamente cree en esto y esta es su expectativa, entonces la manera en que usted labore será completamente distinta. Esto depende íntegramente de la fe y expectativa que usted tenga. Si usted tiene la expectativa de que las personas vendrán una por una al Señor, ellas vendrán una a una. Pero si usted cree en que las personas vendrán al Señor casa por casa, entonces ellas sí vendrán familia por familia. La salvación de Dios abarca a toda la casa. No debiéramos reducir el espectro que abarca la salvación.

2. La casa de un noble

Juan 4:53 dice: “El padre entonces entendió que aquella era la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo vive; y creyó él con toda su casa”. En este caso, solamente una persona fue sanada: el hijo. Sin embargo, la Biblia dice que “creyó él con toda su casa”. Este es un hecho al que usted puede aferrarse delante del Señor. Si bien el hijo era quien había recibido directamente la gracia de Dios, toda la casa se volvió al Señor y creyó en Él. Nuestra esperanza, nuestra expectativa, es que nosotros también llevemos fruto de una manera prevaeciente.

3. La casa de Cornelio

Hechos 10:2 dice que Cornelio era “devoto y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre”, y Hechos 11:14 dice: “Él te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa”.

Toda la casa de Cornelio fue salva; no fue solamente una persona la que se salvó. Cornelio invitó a sus parientes y amigos más íntimos a su casa para que ellos también escucharan lo que Pedro iba a decirles. Mientras Pedro estaba hablando todavía, el Espíritu Santo fue derramado sobre todos aquellos que se encontraban en la casa de Cornelio, y todos ellos recibieron la salvación.

4. La casa de Lidia

Hechos 16:15 dice: “Y cuando fue bautizada ella, lo mismo que su familia”. El apóstol predicó el evangelio a la familia de Lidia, y toda su casa creyó y fue bautizada.

5. La casa del carcelero

Hechos 16:31 dice: “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa”. Este es uno de los versículos más conocidos entre los cristianos. Cree en el Señor Jesús y serás salvo, tú y tu casa. La Palabra de Dios no dice que si usted cree en el Señor Jesús, usted y su casa recibirán la vida eterna; más bien, dice que si usted cree en el Señor Jesús, usted y su casa serán salvos.

A través de todo el Antiguo Testamento vemos que Dios se relacionó con el hombre únicamente por familias. De la misma manera, en el Nuevo Testamento vemos que Dios se relaciona con el hombre por medio de familias. La familia es la unidad básica, no existe otra unidad menor que esta. Si alguno cree en el Señor Jesús, toda su casa será salva. ¡Esto es verdaderamente maravilloso! Yo no podría explicarles por qué es así, pero la palabra del Señor dice que es así. El Antiguo Testamento y el Nuevo concuerdan entre sí, pues ambos reconocen la misma unidad.

La iglesia en Filipos tuvo sus comienzos con un carcelero. Pablo le dijo: “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa”. El versículo 34 del mismo capítulo dice: “Y haciéndolos subir a su casa, les puso la mesa; y se regocijó de que toda su casa hubiera creído en Dios”. Aquí podemos contemplar un cuadro maravilloso. Al comienzo, la promesa le fue hecha al carcelero, pero nadie más escuchó tales palabras. “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa”. Más tarde, el carcelero trajo su familia a Pablo. Después que Pablo les hubo hablado, ellos fueron bautizados. Entonces, el carcelero trajo a todos a su casa, y se regocijó él y toda su casa por haber creído en Dios. “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa”, fíjense que no se trata de algo muy difícil de lograr. El apóstol le hizo al carcelero una promesa, y toda su casa fue salva. Todos escucharon, todos fueron bautizados y todos se regocijaron.

Supongamos que el apóstol le hubiese dicho al carcelero: “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo”. Si tal fuera el caso, tendríamos que dejar pasar algunos

días posteriores a la salvación de esta persona, enseñarle algo con la esperanza de que comprenda y, sólo entonces, poco a poco, podríamos testificar a su familia, y entonces al final quizás su familia podría llegar a creer y ser salva. Si este hubiese sido el caso, ¿cuánto tiempo hubiera requerido la casa del carcelero para ser salva? El apóstol no predicó el evangelio de esta manera. Él no trató con cada individuo en forma particular; en lugar de ello, él se dirigió a toda la familia, y le dijo: “Tú y tu casa” serán salvos. Es imprescindible que comprendamos esto: la salvación de una familia no difiere en nada de la salvación de una persona ni es más difícil. Nunca debiéramos renunciar al privilegio de hacer que toda la familia sea salva. Si toda su familia le acompaña, toda su familia será salva.

Espero que en unos cinco a diez años, cuando la iglesia predique el evangelio, sean familias las que acudan al Señor. De ahora en adelante, la meta de nuestros obreros que salen a evangelizar, deberá ser ganar familias completas. Si nuestra meta es ganar familias, serán familias las que ganemos, pero si nuestra meta es simplemente ganar individuos, solamente ganaremos individuos. Dios actúa conforme a nuestra fe.

Si entendemos bien la manera en que Dios se relaciona con los hombres, no sufriremos pérdidas innecesarias. Para Dios, la familia es la unidad. Si Dios gana una persona, deberá ganar a toda su familia también, sin importar cuántas personas conformen dicha familia. Espero que ustedes exhorten a los hermanos a tomar resoluciones firmes, casa por casa. Aquellos que son cabeza del hogar tienen la prerrogativa de traer a su familia completa al Señor, y son ellos quienes deben hacer que toda la familia sea salva.

La salvación de la familia implica el regocijo de toda la familia. ¡Este asunto es muy importante! Si comprendemos que Dios se relaciona con el hombre en función de sus familias, experimentaremos muchas bendiciones. Tenemos que aprender a tomar posesión de esta promesa de Dios.

6. La casa de Crispo

Hechos 18:8 dice: “Y Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa ... y eran bautizados”.

En la Biblia podemos encontrar tanto individuos como familias que creyeron en el Señor. Nótese cuán fácil es que la gracia de Dios alcance a toda una familia. Toda la casa de Crispo creyó y fue bautizada.

7. La promesa del Pentecostés fue dada a vosotros y a vuestros hijos

Examinemos cual fue la condición de Pentecostés. Hechos 2:39 dice: “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame a Sí”.

La promesa del Pentecostés incluye recibir el perdón de los pecados y recibir al Espíritu Santo. Esta promesa fue dada a “vosotros” y a “vuestros hijos”; no fue dada meramente a *vosotros*. Especialmente los que son jefes de familia deben apropiarse de esta promesa y decir: “Señor, Tu promesa es tanto para mí como para mis hijos. Ella no puede ser sólo para mí sin que mis niños fuesen incluidos. Yo la quiero para mí y también para mis hijos”.

8. Paz sea a esta casa

Lucas 10:5-6 dice: “En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: Paz sea a esta casa. Y si hay allí algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre aquélla; y si no, se volverá a vosotros”.

El Señor afirma que cuando alguno sale a predicar el evangelio, en el momento de entrar a una casa debe decir: “Paz sea a esta *casa*”. Esto nos muestra que la paz de Dios viene a los hombres casa por casa. Tal paz no es dada a individuos, sino a familias. Si en esa casa hay alguno sobre quien dicha paz se dignara reposar, entonces tal paz habrá venido a toda su casa. Este versículo es muy claro. Al relacionarse con el hombre, Dios lo hace de familia en familia. Damos gracias a Dios porque la paz viene al hombre casa por casa.

9. La familia de Estéfanos

En 1 Corintios 1:16 dice: “También bauticé a la familia de Estéfanos”. Aquí Pablo afirma haber bautizado a todos y cada uno de los miembros de la casa de Estéfanos. Al igual que la familia del carcelero y la casa de Lidia, toda la casa de Estéfanos creyó y fue bautizada.

10. La casa de Onesíforo

En 2 Timoteo 4:19 dice: “Saluda a Prisca y a Aquila, y a la casa de Onesíforo”, y en 2 Timoteo 1:16 dice: “Tenga el Señor misericordia de la casa de Onesíforo, porque muchas veces me confortó, y no se avergonzó de mis cadenas”. He aquí una familia que auxilió a Pablo, una familia que no se avergonzaba de sus cadenas. Nótese nuevamente que no se trataba de un solo individuo, sino de una familia entera.

Todos estos numerosos casos son evidencia suficiente para concluir que, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, Dios se relaciona con el hombre

casa por casa. Esto resulta particularmente cierto con respecto al tema de la salvación, pues Dios considera a la familia como la unidad mínima.

III. AL ADMINISTRAR SU CASTIGO, DIOS TOMA LA FAMILIA COMO LA UNIDAD BÁSICA

Ahora debemos examinar algunos versículos que nos muestran que, también al administrar Su castigo, Dios toma a la familia como la unidad. Cuando el hombre se rebeló en contra de Dios, Dios fue provocado y juzgó al hombre. Al hacerlo, Él consideró la familia como la unidad. El juicio de Dios vino por medio de un hombre sobre toda la casa, de la misma manera Su bendición viene sobre toda la casa también por un solo hombre. Una vez que comprendamos esto, tomaremos una firme postura con respecto a nuestra familia, y proclamaremos que nuestra casa es para el Señor.

A. Faraón y su casa

Génesis 12:17 dice: “Mas Jehová hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas, por causa de Sarai mujer de Abram”. El pecado de Faraón trajo sobre toda su casa las plagas que Dios envió. Dios castigó a toda su casa. Si el juicio de Dios viene sobre toda la casa, debiera ser nuestra expectativa que también Su bendición venga sobre toda la casa. Nosotros no somos aquellos que están bajo Su condenación, sino bajo Su bendición.

B. La casa de Abimelec

Génesis 20:18 dice: “Porque Jehová había cerrado completamente toda matriz de la casa de Abimelec, a causa de Sara mujer de Abraham”. Dios cerró toda matriz de las mujeres de la casa de Abimelec. Toda su casa fue castigada, no solamente una o dos personas.

C. La casa de David

En 2 Samuel 12:10-11 dice: “Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer. Así ha dicho Jehová: He aquí Yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu compañero, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol”.

Después que David pecó, la reprensión y el castigo de Dios no cayeron solamente sobre David como individuo, sino que Dios le dijo: “Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada”. Esto está muy claro. Fue únicamente David quien pecó individualmente; sin embargo, el resultado fue que toda su casa sufrió el juicio de Dios. Esto nos muestra que cuando Dios considera a la

humanidad no ve individuos, sino familias. Por tanto, los hombres deben acercarse a Dios familia por familia.

D. La casa de Jeroboam

En 1 Reyes 13:34 se nos dice: “Y esto fue causa de pecado a la casa de Jeroboam, por lo cual fue cortada y raída de sobre la faz de la tierra”. El que se hacía ídolos era Jeroboam, pero Dios juzgó su casa y la desarraigó de la faz de la tierra.

En 1 Reyes 14:14 se nos dice: “Y Jehová levantará para Sí un rey sobre Israel, el cual destruirá la casa de Jeroboam en este día; y lo hará ahora mismo”. Fue Jeroboam quien adoraba ídolos, pero Jehová desarraigó a toda su casa. No sé por qué Dios hizo esto. Únicamente puedo decir que a los ojos de Dios, la familia es una unidad. Esto está muy claro. A menos que deliberadamenteelijamos hacer caso omiso de este hecho, no podemos hacer nada más que reconocer tal realidad.

E. La casa de Baasa

En 1 Reyes 16:3 dice: “He aquí Yo barreré la posteridad de Baasa, y la posteridad de su casa; y pondré su casa como la casa de Jeroboam hijo de Nabat”. Debido al pecado de un hombre: Baasa, Dios aniquiló la posteridad de Baasa junto con su casa, de la misma manera que desarraigó a toda la casa de Jeroboam. Dios se relaciona con el hombre familia por familia.

F. La casa de Acab

Creo que una de las familias más conocidas del libro de 1 Reyes es la casa de Acab. En 1 Reyes 21:22 dice: “Y pondré tu casa como la casa de Jeroboam hijo de Nabat, y como la casa de Baasa hijo de Ahías, por la provocación con que me provocaste a ira, y con que has hecho pecar a Israel”. ¿Por qué Dios pronunció juicio sobre la casa de Acab? Porque Acab provocó a Dios. Acab fue un rey maligno en tiempos del Antiguo Testamento. Dios dijo que aniquilaría la casa de Acab de la misma manera que había hecho con la casa de Jeroboam y de Baasa. La casa entera sería desarraigada. Incluso con respecto al juicio que Dios ejecuta sobre los hombres, la unidad es la familia. Esto es obvio y evidente.

G. Las casas de Datán y Abiram

Examinaremos un pasaje más, el cual demuestra claramente lo que queremos decir. Deuteronomio 11:6 dice: “Y lo que hizo con Datán y Abiram, hijos de Eliab hijo de Rubén; cómo abrió su boca la tierra, y los tragó con sus familias, sus tiendas, y todo lo que les pertenecía, en medio de todo Israel”. Cuando Datán y

Abiram pecaron, Dios hizo que se abriera la tierra y tragara, no solamente a Datán y Abiram, sino a sus familias también.

En la Biblia, tanto en sentido positivo como negativo y tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, todos los relatos coinciden en mostrarnos claramente que Dios se relaciona con el hombre familia por familia. Hermanos, deben darle mucha importancia a la manera en que vivimos delante de Dios, porque todo cuanto hagamos individualmente afectará a toda nuestra casa.

IV. ES NECESARIO QUE LA CABEZA DEL HOGAR HAGA UNA DECLARACIÓN

Ahora, quiero dirigirme particularmente a los que son la cabeza del hogar. En la Biblia, la mayoría de las personas que asumieron alguna responsabilidad fueron jefes de familia. Delante de Dios, el jefe de familia tiene la especial responsabilidad de traer a toda su casa al Señor y ponerla al servicio del Señor. Es necesario que ustedes asuman una postura definida en vuestra condición de cabeza del hogar y declaren que sus familias habrán de creer en el Señor y que ustedes no permitirán que ninguno de los suyos sea un incrédulo. Los jefes de familia pueden decidir esto en representación de toda su casa. Incluso si sus hijos aún no creen, usted aún puede afirmar que su familia creerá en el Señor, debido a que la familia le pertenece a usted y no a sus niños. Es usted, no sus hijos, el responsable de la familia. Así pues, usted puede declarar lo dicho en Josué 24:15 delante del Señor y delante de toda su familia: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová”. Ustedes tienen que reconocer que su familia es una familia de creyentes. Ustedes tienen que declarar esto por fe, y además tienen que establecer esto en su esposa e hijos. Siempre manténganse en esta posición. “Yo soy la cabeza de este hogar, y mi familia creerá en Dios. Mi casa no va a creer en el diablo. Yo he decidido que esta familia será una familia que cree en el Señor”. Si usted declara esto con fe, y si usa su autoridad para tomar la delantera en hacerlo, sus hijos lo seguirán.

Yo creo que la cabeza de todos los hogares deben hacer la declaración de Josué 24:15. Deben reunir a todos sus hijos y los dependientes suyos, y decirles: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová”. Entonces, mientras usted exista, su familia servirá al Señor, pues esta es su familia y usted tiene la potestad para decidir si su familia servirá al Señor. Cuando usted resuelva esto con firmeza, todos los que se encuentran bajo su autoridad vendrán al Señor, pues no tendrán otra opción. ¡Esto es maravilloso!

V. ALGUNOS EJEMPLOS EN INGLATERRA

Durante mis primeros años como creyente, leí sobre este tema en la Biblia, pero en ese entonces mi experiencia era muy limitada. Doy gracias al Señor que

cuando estuve en Inglaterra, el Señor me dio la oportunidad de conocer ciertos hermanos que también creían en la salvación de la familia. En docenas de casos que observé en diversas localidades en Inglaterra, familias enteras eran cristianas. Esto me impresionó profundamente. Dios opera conforme a la fe del hombre. Allí, casi en todas las familias se experimentó la salvación de todos sus integrantes. “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa”. Entre quienes habían creído conforme a este versículo, eran muy pocos los que aún no habían experimentado la salvación entre ellos. Todos ellos fueron salvos familia por familia, incluyendo al padre, la madre, esposa, los hijos y todos los demás miembros de sus familias. A medida que me entrevistaba con estos hermanos, aumentaba mi asombro.

En una ocasión visité al señor George Cutting, autor del famoso folleto *Safety, Certainty and Enjoyment* [La seguridad, la certeza y el gozo]. Sin duda, este folleto debe ser el segundo libro más vendido después de la Biblia; y aunque se trata de un pequeño tratado, es una de las publicaciones más difundidas en el mundo. Cuando conocí al señor Cutting, él tenía más de ochenta años de edad. Sus cabellos y su barba eran completamente blancos. Tenía que guardar cama permanentemente, y su mente ya no era tan lúcida como antes. Cuando lo conocí, él me dijo: “Hermano Nee, yo no puedo vivir sin Él, y Él no puede vivir sin mí”. Él disfrutaba de una comunión muy profunda con el Señor. Doy gracias al Señor que todos los miembros de su familia, más de ochenta, eran salvos. Cada uno de sus hijos, yernos y nueras, nietos y nietas, sobrinos y sobrinas, así como bisnietos y bisnietas, fueran viejos o jóvenes, varones o mujeres, todos ellos habían sido salvos. George Cutting mismo creyó estas palabras: “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa”; y en consecuencia, toda su casa era salva.

Para George Cutting, este asunto revestía gran seriedad. Él le daba mucha importancia a la salvación de la familia, no solamente a la salvación del individuo. Su familia estaba conformada por lo menos por unas ochenta o noventa personas, y todos ellos eran salvos. ¡Gracias al Señor! “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa”. Fiel es Su Palabra.

VI. ES NECESARIO QUE TODA NUESTRA FAMILIA SEA CONDUCTA AL SEÑOR

Espero que los hermanos y hermanas que recién han sido salvos presten mucha atención a este asunto. Ahora que son salvos, ellos deben reunir a los miembros de su familia y declararles: “Desde ahora en adelante, ustedes los de mi casa pertenecen a Dios”. Ya sea que en ese momento ellos pertenezcan al Señor o no, y ya sea que ellos estén de acuerdo o no, es necesario que usted haga tal declaración. Por ser la cabeza de ese hogar a usted le corresponde hacer tal

declaración. Usted tiene que tomar cartas en el asunto y declarar que su casa servirá al Señor. Usted finalmente prevalecerá si ha ejercitado su fe al adoptar una postura firme al respecto.

Si los que se salvan entre nosotros fueran salvos familia por familia, en lugar de uno por uno, ¡cuán diferente sería nuestra situación! Hermanos y hermanas, no sean descuidados con sus hijos. Uno de los mayores fracasos entre los protestantes consiste en no haber sabido cuidar de las siguientes generaciones; ellos han permitido que sus generaciones posteriores elijan su propia fe. Los católicos no tienen que predicar el evangelio. Ellos experimentan incremento numérico únicamente en virtud de los niños nacidos entre ellos y, nada más con eso, superarán el incremento que logran los protestantes en el curso de toda su vida. ¿Han visto ustedes a los católicos predicando el evangelio en las esquinas de las calles tal como lo hace, por ejemplo, el Ejército de Salvación? No. Ellos se propagan simplemente en virtud de los nacidos en forma natural, una generación tras otra. Dos se convierten en cuatro y cuatro llegan a ser ocho. Todo niño nacido en una familia católica se convierte automáticamente en un católico romano. Los católicos no le dan mucha importancia al aumento por la evangelización. Siempre y cuando una persona haya nacido en una familia católica, ella es arrastrada a dicha religión, ya sea que se convierta en un auténtico creyente o no. No es de sorprender que el número de católicos supere más de tres veces a la población protestante. No debemos ser indiferentes al respecto, ni debemos permitir que nuestros hijos se descarríen.

Permítanme reiterar esto: un nuevo creyente debe declarar al inicio mismo de su vida cristiana que su familia pertenece al Señor. No solamente él mismo deberá ser del Señor, sino que además, tiene que declarar que su familia pertenece al Señor. Asuman su responsabilidad cabalmente y la salvación de toda su familia se hará realidad. Ustedes tienen que declarar una y otra vez en sus hogares: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová. Todos los que viven en esta casa deben optar por servir al Señor”. Ustedes deben conducir a sus familias al Señor. No busquen excusas al respecto. No permitan que ninguno se descarríe.

La salvación de la familia es uno de los principios más importantes que encontramos en la Biblia. Una vez que usted es salvo, toda su familia debe ser salva. En primer lugar, usted personalmente tiene que optar resueltamente por el Señor; y entonces, su familia cambiará. Espero que le den la debida importancia a este asunto. Esto es una gran bendición. Si usted hace esto, conducirá a más personas al Señor.

CAPÍTULO VEINTIUNO

SI ALGUNO PECA

Lectura bíblica: Jn. 5:14; 8:11; Ro. 6:1-2; Nm. 19:1-10, 12-13, 17-19; 1 Jn. 1:7-2:2

Después de ser salvos debemos dejar de pecar. El capítulo 5 del Evangelio de Juan relata que el Señor Jesús sanó a un hombre que por treinta y ocho años yacía enfermo cerca del estanque de Betesda. Después de sanarlo, al encontrárselo en el templo, el Señor le dijo: “Mira, has sido sanado; *no peques más*, para que no te suceda alguna cosa peor” (v. 14). Asimismo, en Juan 8 dice que Jesús perdonó a una mujer que había cometido adulterio, y después le dijo: “Vete, y *no peques más*” (v. 11). Así pues, inmediatamente después de recibir la salvación, el Señor nos manda: *¡No peques más!* Puesto que somos salvos, *definitivamente ya no podemos seguir pecando*.

I. SI UNO PECA DESPUÉS DE HABER RECIBIDO LA SALVACIÓN

Ya que el creyente no debe pecar, nos preguntamos, ¿es esto posible? La respuesta es ¡Por supuesto que sí! Es posible porque ahora poseemos la vida de Dios en nuestro interior y esta vida no peca. La vida divina no tolera ni el más leve indicio de pecado, pues esta vida es tan santa como Dios es santo. Debido a que poseemos esta vida, ahora somos muy sensibles al pecado. Si en nuestra conducta diaria hacemos caso a los sentimientos que son propios de la vida divina y vivimos según dicha vida, ciertamente no pecaremos.

Sin embargo, debido a que todavía estamos en nuestra carne, es posible que los cristianos pequemos. Si no andamos conforme al Espíritu, ni vivimos según la vida divina, podemos caer en pecado en cualquier momento. En Gálatas 6:1 se nos dice: “Hermanos, si alguien se encuentra enredado en alguna falta...”. Y en 1 Juan 2:1 dice: “Hijitos míos ... si alguno peca...”. Esto quiere decir que todavía es posible que los cristianos se vean envueltos en pecados, pues todavía persiste la posibilidad de que ellos pequen. Leemos en 1 Juan 1:8: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos”. Y el versículo 10 añade: “Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a Él mentiroso”. Por lo tanto, nuestra experiencia nos indica que todavía es posible que, incidentalmente, los cristianos caigan en pecado.

Si un creyente accidentalmente se ve enredado en algún pecado, ¿perderá por eso la vida eterna? ¡No! Pues el Señor dijo claramente: “Y Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de Mi mano” (Jn. 10:28). En otras palabras, una vez que alguno es salvo, lo es para siempre. El Señor dijo: “No perecerán jamás”. ¿Qué podría darnos más certeza que esto? En 1 Corintios 5, al referirse a un hermano que había cometido fornicación, Pablo dijo: “El tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que su espíritu sea salvo en el día del Señor” (v. 5). Así que incluso cuando se determine que un

creyente que practica el pecado debe sufrir la destrucción de su carne, su espíritu aún seguirá siendo salvo.

¿Significa esto que no tiene importancia si una persona peca después de haber sido salva? ¡No! Si un creyente peca después de haber sido salvo, tendrá que afrontar dos consecuencias muy graves. En primer lugar, sufrirá en esta vida. Si pecamos después de ser salvos, sufriremos las consecuencias de nuestro pecado. En 1 Corintios 5 se nos habla de un hermano que pecó y que, como consecuencia de ello, fue entregado a Satanás, lo cual ciertamente representa un gran sufrimiento. Cuando una persona se arrepiente y confiesa su pecado delante del Señor, es perdonada por Dios y es lavada por la sangre de Cristo. Sin embargo, ciertos pecados tienen determinadas consecuencias que deberán ser afrontadas. Por ejemplo, si bien Jehová quitó el pecado de David por haber tomado la mujer de Urías, la consecuencia de dicho pecado fue que la espada jamás se apartó de su casa (2 S. 12:9-13). Hermanos y hermanas, no se puede jugar con el pecado, porque este es como una serpiente venenosa, cuya mordedura nos traerá mucho sufrimiento.

En segundo lugar, si una persona peca, será castigada en la era venidera. Si un cristiano peca y no toma las medidas correspondientes en esta era, tendrá que rendirle cuentas al Señor cuando Él retorne, pues en la era venidera Él “recompensará a cada uno conforme a sus hechos” (Mt. 16:27). Pablo dijo: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba por las cosas hechas por medio del cuerpo, según lo que haya practicado, sea bueno o sea malo” (2 Co. 5:10).

Además de estas dos terribles consecuencias, como resultado de nuestro pecado hay una tercera consecuencia inmediata, a saber: que nuestra comunión con Dios se verá interrumpida. Para un cristiano, su comunión con Dios es un privilegio muy glorioso y representa la mayor de las bendiciones. Sin embargo, al pecar, su comunión con Dios se ve interrumpida inmediatamente. En tales casos, el Espíritu Santo que mora en el creyente será contristado y la vida divina en él se sentirá incómoda por ese pecado. Así, el creyente perderá su gozo y dejará de disfrutar de comunión con Dios. Antes que dicho creyente pecara, siempre que veía a otros hijos de Dios, espontáneamente se sentía atraído hacia ellos, pero ahora ese afecto parece haber desaparecido, y en su lugar se ha erigido una barrera de separación entre él y sus hermanos. Asimismo, antes de caer en pecado, al creyente le parece que no hay nada más dulce que orar y leer la Biblia, pero ahora se ha desvanecido tal dulzura y le es imposible sentirse cercano a Dios. Antiguamente, él sentía gran estima por las reuniones de la iglesia y le parecía que al dejar de asistir a una reunión sufría una gran pérdida. Pero ahora, las reuniones le parecen insípidas y le da lo mismo asistir o no.

Cuando ve a los demás hijos de Dios, lejos de querer reunirse con ellos, prefiere evadirlos. ¡Todo ha cambiado!

Como vemos, ¡es muy grave pecar después de ser salvos! Por ello, jamás debemos comportarnos irresponsablemente. Es decir, nunca debemos tolerar el pecado, y jamás debemos darle cabida en nuestras vidas.

Pero, ¿qué hacer “si alguno peca”? Si un creyente se descuida y peca incidentalmente, es decir, si yerra y es vencido por el pecado, ¿qué debe hacer? ¿Cómo podrá regresar al Señor? ¿Cómo podrá restaurar su comunión con Dios? Este es un asunto de suma importancia y debemos estudiarlo detenidamente.

II. EL SEÑOR LLEVÓ SOBRE SÍ TODOS NUESTROS PECADOS

Si queremos considerar debidamente este asunto, lo primero que nos tiene que ser revelado, es que el Señor Jesús llevó sobre Sí todos nuestros pecados en la cruz. Todos los pecados que cometimos en el pasado, los pecados que cometemos en el presente y aquellos que cometeremos mientras vivamos fueron llevados por el Señor en la cruz.

Sin embargo, el día que creímos en el Señor Jesús, al ser iluminados por la luz de Dios, nosotros únicamente pudimos ver aquellos pecados que habíamos cometido antes de haber creído. Una persona sólo puede percatarse de aquellos pecados sobre los cuales la luz de Dios ha resplandecido y le es imposible percibir aquellos pecados que todavía no ha cometido. Por tanto, en realidad los pecados que el Señor Jesús llevó sobre Sí en la cruz, son mucho más numerosos que aquellos pecados de los cuales nosotros estamos apercebidos. Si bien el Señor Jesús llevó sobre Sí todos nuestros pecados en la cruz, nosotros únicamente podemos percatarnos de aquellos pecados que ya cometimos.

En el momento de nuestra salvación, ya sea que recibiéramos al Señor cuando teníamos dieciséis años o treinta y dos, el Señor perdonó, absoluta y totalmente, todos los pecados que cometimos antes de ser salvos. Sin embargo, en el momento en que fuimos perdonados, nosotros nos percatamos de menos pecados que aquellos que el Señor realmente llevó sobre Sí. Debido a ello, la experiencia que tuvimos de la gracia del Señor, únicamente podía abarcar la experiencia personal de pecado que habíamos tenido. Sin embargo, la obra realizada por el Señor en beneficio nuestro, estuvo basada en Su conocimiento de nuestros pecados. Así pues, tenemos que comprender que incluso aquellos pecados de los cuales todavía no estábamos apercebidos en el momento de nuestra salvación, fueron incluidos en la obra de redención efectuada por el Señor Jesús.

Supongamos que usted fue salvo cuando tenía dieciséis años de edad y que, hasta entonces, había cometido mil pecados. Es probable que al creer en el Señor usted haya dicho: “Señor, gracias. Todos mis pecados han sido perdonados, pues Tú has borrado todos ellos”. Ahora bien, cuando usted dice que todos sus pecados han sido borrados, ciertamente se refería a que el Señor borró los mil pecados que hasta entonces usted había cometido. Pero, ¿qué habría sucedido si hubiera sido salvo a la edad de treinta y dos? Proporcionalmente, tal vez habría cometido dos mil pecados para entonces, y es probable que hubiese hecho una oración parecida: “Oh, Señor, gracias por haber borrado todos mis pecados”. Y si usted hubiese sido salvo a los sesenta y cuatro años de edad, su oración hubiese sido la misma: “Oh, Señor, Tú has llevado sobre Ti todos mis pecados”. Al morir en la cruz el Señor borró todos nuestros pecados, tanto los cometidos antes de cumplir dieciséis años, como los cometidos antes que tuviéramos sesenta y cuatro años. En la cruz, el Señor quitó todos nuestros pecados. Uno de los criminales que fue crucificado junto al Señor, creyó en Él muy poco antes de morir, lo cual no fue obstáculo para que el Señor borrara todos sus pecados (Lc. 23:39-43). En otras palabras, en la cruz el Señor quitó todos los pecados que cometeremos durante toda nuestra vida. Si bien, en el momento de creer en el Señor Jesús, sólo pudimos percatarnos de que Él nos perdonaba todos los pecados que cometimos antes de creer. En realidad, el Señor quitó absolutamente todos nuestros pecados, incluyendo aquellos que cometeríamos después de ser salvos. Debemos entender este hecho a fin de recobrar nuestra comunión con Dios.

III. EL TIPO DE LAS CENIZAS DE LA VACA ROJA

Las cenizas de la vaca roja son un tipo que representa la muerte vicaria del Señor Jesús por nuestros pecados.

Números 19 es un capítulo muy peculiar en el Antiguo Testamento, pues allí se menciona una vaca roja, la cual hace referencia a algo muy especial. El sacrificio de esta vaca no satisfacía la necesidad del momento, sino una necesidad futura. Esto también es muy significativo.

En el versículo 2 Dios le dijo a Moisés y a Aarón: “Dí a los hijos de Israel que te traigan una vaca roja, perfecta, en la cual no haya falta, sobre la cual no se haya puesto yugo”. Fíjense que en este caso no se ofreció un toro, sino una vaca. En la Biblia el género es muy significativo. Por ejemplo, el género masculino denota lo relativo al testimonio de la verdad, y el género femenino denota lo relativo a la experiencia de la vida. Al leer la Biblia, debemos estar familiarizados con este principio. Por ejemplo, Abraham denota la justificación por fe, mientras que Sara hace referencia a la obediencia. La justificación por fe es algo objetivo, pues tiene que ver con la verdad y el testimonio, mientras que la obediencia es

subjetiva; tiene que ver con la vida y la experiencia. En la Biblia, abundan personajes femeninos que simbolizan a la iglesia, debido a que la iglesia, por estar estrechamente vinculada a la obra del Señor en el hombre, concierne a nuestra experiencia subjetiva. En este pasaje, en lugar de un toro se usa una vaca, porque esta representa otro aspecto de la obra del Señor: Su obra en relación con el hombre. Así pues, el uso de la vaca roja en este pasaje hace alusión a la obra de Dios desde la perspectiva subjetiva, no la objetiva.

¿Qué hacían con la vaca roja? Ella era degollada, y su sangre era llevada y rociada siete veces en la parte delantera del tabernáculo de reunión. En otras palabras, la sangre era ofrecida a Dios, pues la obra de la sangre siempre es para satisfacer a Dios. Así pues, la sangre de la vaca roja era rociada siete veces a la entrada del tabernáculo de reunión, lo cual significa que era para Dios y para la redención del pecado.

Ahora bien, después de haber sido degollada fuera del campamento, la vaca era incinerada. La piel, la carne, la sangre restante y hasta el estiércol, todo era quemado; es decir, la vaca era incinerada en su totalidad. Mientras era quemada, el sacerdote añadía al fuego madera de cedro, hisopo y escarlata. ¿Qué representan la madera de cedro y el hisopo? En 1 Reyes 4:33 se nos dice que Salomón disertó sobre todos los árboles, “desde el cedro ... hasta el hisopo”. Así pues, al hablar del cedro y el hisopo se denota la totalidad de los árboles, con lo cual se hace referencia al mundo entero. ¿Y qué representa el color escarlata? La palabra *escarlata* también se puede traducir “grana”. En Isaías 1:18 dice: “Si vuestros pecados fueren como la grana, / Como la nieve serán emblanquecidos”. Por tanto, el color escarlata representa, en este caso, nuestros pecados. Quemar juntos el cedro, el hisopo y la escarlata indica que los pecados del mundo entero fueron puestos sobre la vaca roja cuando esta fue ofrecida a Dios. Vemos aquí una representación fidedigna de la cruz. El Señor Jesús se ofreció a Sí mismo a Dios. Él abrazó todos nuestros pecados. Todos estaban allí desde los más graves hasta los más triviales, tanto los pecados pasados como los pecados presentes y futuros, tanto aquellos pecados de los cuales el hombre ha tomado conciencia y para los cuales busca el perdón, como los pecados de los cuales no ha tomado conciencia todavía. Todos los pecados fueron puestos sobre la vaca roja y todos ellos fueron quemados junto con ella.

¿Qué se hacía después que todo había sido consumido por el fuego? Números 19:9 dice: “Y un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca y las pondrá fuera del campamento en lugar limpio, y se guardará para la asamblea de los hijos de Israel para el agua de purificación; es agua para purificar por el pecado”. ¿Qué significa esto? Esto es precisamente lo que hace que este sacrificio de la vaca roja sea tan especial. Después de quemar la madera de cedro, el hisopo y la escarlata junto con la vaca, se recogían las cenizas y se guardaban en un lugar

limpio. Más tarde, si alguno de los israelitas tocaba algo inmundo y se contaminaba delante de Dios, una persona limpia mezclaba el agua de purificación con las cenizas y las rociaba sobre la persona contaminada, quitando así la inmundicia. En otras palabras, las cenizas eran usadas para quitar inmundicias. Estas cenizas estaban preparadas para el futuro, eran destinadas a quitar las impurezas en un tiempo futuro.

En el Antiguo Testamento, los pecadores tenían que ofrecer sacrificios al Señor. Si alguien, después de ofrecer un sacrificio tocaba algo inmundo, se contaminaba delante de Dios y hacía que su comunión con Él fuese interrumpida. ¿Qué se hacía en tales casos? Otra persona que estuviese limpia, debía tomar las cenizas de la vaca roja, las ponía en una vasija y vertía agua viva sobre ellas, a fin de obtener las aguas de la purificación con las cuales se podía rociar el cuerpo de la persona inmunda. De esta manera se eliminaba la impureza, y el pecado era perdonado. Cuando un israelita ofrecía un toro o un cordero como ofrenda por el pecado, lo hacía porque sabía que había pecado. Pero en el caso de la ternera roja, esta era incinerada por razones diferentes; ella era ofrecida no por los pecados pasados, sino como provisión para la inmundicia futura. Así pues, la vaca roja era consumida por el fuego, no para limpiar pecados pasados, sino con miras a quitar la inmundicia que pudiera detectarse en el futuro.

Esto nos muestra otro aspecto de la obra realizada por el Señor Jesús. En este aspecto, la obra realizada por el Señor Jesús es semejante a la obra que era realizada por las cenizas de la vaca roja. Las cenizas representan la eficacia de la redención que efectuó el Señor Jesús. Estas cenizas incluyen los pecados de todo el mundo, e incluyen, además, la sangre provista para quitar dichos pecados. Así pues, cuando una persona se contaminaba o tocaba alguna cosa inmunda, no se necesitaba matar otra vaca roja para ofrecerla a Dios. Únicamente se debía tomar las cenizas de la vaca que ya había sido ofrecida, mezclarlas con agua corriente, y rociar dicha mezcla sobre el cuerpo de la persona inmunda. Esto quiere decir que no es necesario que el Señor haga nada nuevamente. Su redención ya ha logrado todo lo que era necesario lograr. Así, Él ha hecho provisión para toda inmundicia futura y los pecados futuros. Todo lo necesario ha sido plenamente logrado por medio de Su redención.

¿Qué representan las cenizas? En la Biblia, las cenizas denotan que algo ha alcanzado su estado final. Ya sea que se trate de un toro o un cordero, después que es quemado, su estado final será cenizas. Así pues, las cenizas son muy estables. Las cenizas no pueden corromperse y convertirse en algo distinto; ellas son incorruptibles e indestructibles. Las cenizas, pues, representan aquello que ha alcanzado su estado final.

Las cenizas de la vaca roja representan la eficacia eterna e inmutable de la redención del Señor. La redención que nuestro Señor logró en beneficio nuestro es sumamente firme y estable. No debemos pensar que, por ejemplo, las rocas de las montañas sean inalterables, pues ellas también pueden convertirse en cenizas. Así que las cenizas son más estables que las rocas. Las cenizas de la vaca roja representan la redención que el Señor proveyó para nosotros, la cual podemos aplicar hoy en día, en cualquier momento. Si un creyente comete el error de enredarse, incidentalmente, en algo inmundo y se contamina, no necesita pedirle al Señor que vuelva a morir por él. Únicamente necesita confiar en la eficacia eterna e incorruptible de las cenizas y rociar su cuerpo con el agua de vida, y será limpio. En otras palabras, las cenizas de la vaca roja indican que la obra de la cruz, consumada en el pasado, es susceptible de ser aplicada hoy, y se encuentra a nuestra disposición en cualquier momento. Además, la cruz es eficaz para satisfacer toda necesidad que pudiéramos tener en el futuro. Estas cenizas son específicamente para ser usadas en el futuro. Se requiere de una sola vaca roja, la cual deberá ser consumida por el fuego una sola vez, pues sus cenizas bastan para abarcar toda la existencia de una persona. ¡Gracias al Señor porque Su redención es suficiente para toda nuestra vida y porque Su muerte quitó todos nuestros pecados!

IV. LA NECESIDAD DE CONFESAR

Ya vimos el aspecto relacionado con la obra de redención que el Señor efectuó. Pero, ¿qué debemos hacer nosotros?

En 1 Juan 1:9 se nos dice: “Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda injusticia”. En este versículo, la expresión “si confesamos” hace alusión a los creyentes, no a los pecadores. Cuando un creyente peca, debe confesar sus pecados. Únicamente después de haber confesado sus pecados podrá recibir el perdón. Así pues, un creyente no debe pasar por alto sus pecados, ni tratar de encubrirlos. En Proverbios 28:13 se nos dice: “El que encubre sus transgresiones no prosperará; / Mas el que las confiesa y las abandona alcanzará misericordia”. Cuando un creyente peca, debe confesar su pecado. Debemos reconocer el pecado tal como es, sin tratar de darle un nombre bonito. No procuremos justificarnos. Por ejemplo, cualquier mentira es pecado. Si usted mintió, debe confesar su pecado. No debiera decir simplemente: “Exageré un poco en lo que dije, o no lo dije”. Lo correcto es confesar: “He pecado”. No demos explicaciones tratando de encubrir el pecado; sencillamente confesemos que hemos mentido. La mentira es pecado y debemos condenarla como tal.

Confesar es estar al lado de Dios y juzgar al pecado como tal. Hay tres cosas aquí: Dios, nosotros mismos y los pecados. Dios está en un lado, los pecados en

el otro y nosotros en el medio. ¿Qué significa cometer un pecado? Significa que nos encontramos en el extremo que corresponde al pecado y, por ende, estamos lejos de Dios. Una vez que pecamos, nos alejamos de Dios. Una vez que nos vinculemos con los pecados, no podremos estar juntos con Dios. En cuanto Adán pecó, procuró esconderse de Dios y no osaba encontrarse con Él (Gn. 3:8). En Colosenses 1:21 se nos dice: “Y a vosotros también, aunque erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente por vuestras malas obras”. El pecado genera un distanciamiento entre nosotros y Dios. Entonces, ¿qué significa confesar nuestros pecados? Significa que volvemos a estar en el lado de Dios y reconocemos que lo que hicimos era pecado. Regresamos a Dios. Dejamos de relacionarnos con el pecado. Nos oponemos al pecado, y lo llamamos por su nombre. En esto consiste la confesión de pecados. Únicamente quienes andan en la luz y sienten profunda repulsión hacia el pecado, podrán confesar sus faltas con toda autenticidad. Aquellos que son insensibles al pecado y a quienes les parece que pecar es normal, en realidad no confiesan sus pecados, y si lo hacen, simplemente reconocen algo de los labios para afuera, sin poner el corazón en ello.

Los creyentes somos hijos de luz (Ef. 5:8) e hijos de Dios (1 Jn. 3:1). Ya no somos extranjeros ni advenedizos, sino miembros de la familia de Dios; por consiguiente, debemos conducirnos con la dignidad que es digna de la familia. Por ser hijo de Dios, usted debe saber reconocer el pecado. Su actitud hacia el pecado debe ser la misma que tiene su Padre al respecto. Usted debe considerar el pecado de la misma manera que su Padre lo hace. La confesión en la casa de Dios, es el resultado de que los hijos de Dios adopten la misma actitud hacia el pecado que manifiesta su Padre. Allí, los hijos de Dios condenan el pecado de la misma manera que el Padre lo hace, pues ellos adoptan la misma actitud que tiene el Padre con respecto al pecado. Cuando un hijo de Dios peca, debe condenar el pecado tal y como su Padre lo hace.

Si confesamos nuestros pecados de esta manera, Dios “es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda injusticia”. Si habiendo pecado nos percatamos de ello y lo reconocemos como pecado, entonces Dios perdonará nuestro pecado y nos limpiará de toda injusticia. Dios “es fiel”, es decir, Él tiene que honrar Sus propias palabras y promesas, y tiene que cumplirlas. Además, Él “es justo”, con lo cual se nos indica que Él tiene que estar satisfecho con la obra de redención que Su Hijo efectuó en la cruz y que está obligado a reconocerla. Así pues, tanto con base en Su promesa como en la redención que provee, Él tiene que perdonarnos; pues Él es fiel y justo. Tiene que perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda injusticia.

Debemos prestar atención a las palabras “todo” y “toda” en 1 Juan 1:7 y 9. “Todo pecado” y “toda injusticia” nos han sido completamente perdonados y estamos

completamente limpios de todo ello. Esto es lo que el Señor ha hecho. Cuando el Señor dice “todo”, quiere decir “todo”, y no debiéramos cambiarlo por otra cosa. Y cuando Él dice que nos ha perdonado “todo pecado”, Él se refiere a absolutamente “todo pecado”, no solamente a todos los pecados que cometimos antes de creer o a los que cometimos en el pasado. Él nos ha perdonado de todos nuestros pecados.

V. TENEMOS UN ABOGADO ANTE EL PADRE

En 1 Juan 2:1 se nos dice: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis”. “Estas cosas” se refieren al perdón y a la limpieza de nuestros pecados en virtud de las promesas y la obra de Dios. Juan escribió estas cosas *para que no pequemos*. Esto demuestra que el Señor perdonó todos nuestros pecados, y como resultado, ya no pecamos. Si nos percatamos de que hemos sido perdonados, no nos sentiremos libres para pecar, sino que, por el contrario, *no pecaremos*.

Después de esto, Juan nos dice: “Y si alguno peca, tenemos ante el Padre un Abogado, a Jesucristo el Justo”. La expresión *ante el Padre* nos indica que se trata de un asunto en el seno de la familia, es decir, que esto atañe a quienes ya son salvos. Ya creímos y llegamos a ser uno de los muchos hijos de Dios. Ahora tenemos un Abogado ante el Padre, el cual es Jesucristo el Justo. “El mismo es la propiciación por nuestros pecados”. El Señor Jesús, por medio de Su muerte y por haber llegado a ser la propiciación por nuestros pecados, ha llegado a ser nuestro Abogado ante el Padre. Estas palabras están dirigidas a los cristianos.

La propiciación de la que hablamos aquí es la realidad tipificada por las cenizas de la vaca roja descritas en Números 19, pues se refiere al perdón de Dios para nuestros pecados futuros, en conformidad con lo logrado por medio de la obra en la cruz. No hay necesidad de una nueva crucifixión. Sólo necesitamos la obra de la cruz una sola vez y eso es suficiente. Con la redención eterna efectuada en la cruz, nuestros pecados son perdonados. Aquel sacrificio no fue un sacrificio ordinario, sino un sacrificio cuya eficacia puede ser aplicada en todo momento. Puesto que se trataba de cenizas, podía ser aplicado todo el tiempo. Con base en Su sangre, ahora el Señor Jesucristo ha llegado a ser nuestro Abogado. Él ha efectuado la redención en la cruz. Así pues, en virtud de la obra que Él efectuó, nosotros podemos ser lavados. Si incidentalmente pecamos, no debemos revolcarnos en ello, ni sentirnos desalentados, ni debemos permanecer en nuestro pecado. Cuando pecamos, lo primero que debemos hacer es confesar nuestro pecado ante el Señor. Dios dice que lo que hicimos es pecado; por lo tanto, debemos reconocerlo como tal. Dios afirma que ello es un error, por tanto, nosotros también debemos afirmar que es un error. Cuando le

supliquemos a Dios que perdone nuestro pecado, Él perdonará nuestro pecado y nuestra comunión con Él será restaurada de inmediato.

A los ojos de Dios, ningún hermano ni hermana debería pecar. Pero si alguno incidentalmente peca, lo primero que debe hacer es tomar medidas inmediatas al respecto; es decir, debe enfrentarse a dicho problema de inmediato. Nunca demore; tiene que resolver el asunto cuanto antes posible. Uno tiene que confesar inmediatamente. Dígale a Dios: “¡Oh Señor, he pecado!”. Confesar equivale a emitir una sentencia sobre nosotros mismos. Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda injusticia.

Cuando un hijo de Dios peca y, en vez de confesar sus pecados, permanece en ellos, su comunión con Dios se ve interrumpida. La comunión de la que él disfrutaba con Dios ya no será posible, pues al haber un agujero en su conciencia, no podrá permanecer en la presencia de Dios. Aunque es posible que dicha persona todavía pueda mantener una comunión superficial con Dios, dicha comunión habrá dejado de ser íntima y agradable. Así pues, con toda certeza, dicha persona sufrirá mucho. Aún cuando el niño que ha cometido una falta regrese a su hogar, sentirá que hay algo que no marcha bien, pues su padre no le dirige la palabra y no puede tener comunión íntima con su padre. El hijo sabe que existe una barrera entre él y su padre. En esto estriba el dolor que se produce al haberse interrumpido la comunión íntima que teníamos con Dios.

La única manera de restaurar tal comunión es por medio de acudir a Dios y confesarle nuestros pecados. Tenemos que creer que el Señor Jesucristo es nuestro Abogado y que llevó sobre Sí todos nuestros pecados. Tenemos que humillarnos y confesar nuestros fracasos y faltas delante de Dios. Además, debemos depender de Él para no volver a caer en la arrogancia ni en la irresponsabilidad cuando volvamos a emprender nuestra jornada. Debemos reconocer que no somos mejores que nadie y que podemos caer en cualquier momento. Tenemos que pedirle a Dios que tenga misericordia de nosotros y nos fortalezca para seguir adelante. Cuando confesamos nuestros pecados de esta manera, nuestra comunión con Dios es restaurada de inmediato, y el gozo y la paz que habíamos perdido volverán.

Para finalizar, debemos recalcar una vez más que los cristianos *no debemos pecar*. El pecado nos perjudica y nos hace sufrir. Que Dios, conforme a Su misericordia, nos mantenga, guarde y guíe en el camino de una comunión ininterrumpida con Él.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CONFESIÓN Y RESTITUCIÓN

Lectura bíblica: Lv. 6:1-7; Mt. 5:23-26

I. UNA CONCIENCIA IRREPENSIBLE

Después de haber creído en el Señor, debemos cultivar el hábito de confesar nuestras faltas y efectuar la restitución correspondiente. Si hemos ofendido a alguien o hemos cometido alguna injusticia en perjuicio de otra persona, debemos aprender a admitir nuestra falta delante de dicha persona y a compensarla por los perjuicios que le hayamos causado, o sea, debemos efectuar restitución. Por un lado, debemos confesar ante Dios, y por otro, debemos reconocer nuestras faltas ante los hombres y efectuar la debida reparación. Si no confesamos ante Dios, ni pedimos perdón o efectuamos restitución al hombre, nuestra conciencia rápidamente se hará insensible. Una vez que nuestra conciencia haya perdido su sensibilidad, se habrá generado un problema serio y fundamental, a saber: que la luz de Dios difícilmente podrá resplandecer en nuestro ser. Por ello, uno tiene que cultivar el hábito de confesar y de efectuar restitución a fin de mantener una conciencia sensible y aguda delante del Señor.

Un siervo del Señor solía hacerles la siguiente pregunta a sus audiencias: “¿Cuándo fue la última vez que usted pidió perdón a otra persona?”. Si ha transcurrido un período muy prolongado, entonces es probable que su conciencia se haya hecho insensible. Por lo regular, ofendemos los demás. Si después de haber ofendido a alguien uno no siente remordimiento alguno, ese es un indicio de que su conciencia sufre alguna enfermedad o deficiencia. El tiempo transcurrido desde su última confesión debe indicarle si existe un problema entre usted y Dios. Si ha transcurrido un largo período, obviamente usted carece de luz en su espíritu. Si ese tiempo es breve, es decir, si recientemente ha confesado alguna falta, ello prueba que su conciencia continúa sensible. A fin de vivir bajo la luz de Dios, necesitamos que nuestra conciencia permanezca sensible, y para ello, es necesario que condenemos el pecado continuamente. Necesitamos confesar nuestras faltas ante Dios y también ante los hombres, y debemos efectuar la restitución apropiada.

Si hemos ofendido a Dios, y la ofensa no afecta específicamente a otras personas, entonces no es necesario confesar ante los hombres. Evitemos caer en excesos. Si al haber ofendido a Dios, un hermano no ha ofendido a otras personas, entonces sólo necesitará confesar su pecado ante Dios; no hay ninguna necesidad de que confiese ante los hombres. Espero que tengamos en cuenta este principio.

¿Qué clase de pecados ofenden a nuestro prójimo? ¿Cuál es la manera apropiada de pedir perdón a otros por haberlos ofendido? ¿Cómo debemos

compensarlos por haber hecho tratos injustos? Si queremos estar claros al respecto, debemos estudiar detenidamente dos pasajes de las Escrituras.

II. LA OFRENDA POR LOS PECADOS MENCIONADA EN EL SEXTO CAPÍTULO DE LEVÍTICO

La ofrenda por los pecados tiene dos aspectos: uno se revela en Levítico 5 y el otro en Levítico 6. El capítulo 5 nos dice que debemos confesar nuestros varios pecados ante Dios, y ofrecer sacrificios por el perdón de los mismos. El capítulo 6 nos dice que si hemos causado perjuicio a otra persona, no es suficiente ofrecer sacrificio a Dios, sino que, además, debemos efectuar la debida restitución a la persona que hemos agraviado. Así pues, el sexto capítulo de Levítico nos dice que siempre que hemos causado algún perjuicio material a otra persona, debemos resolver dicho asunto ante los hombres. Por supuesto, también debemos confesar ante Dios y pedirle Su perdón; pero eso no es suficiente. No podemos pedirle a Dios que nos perdone en representación de aquellos a quienes hemos perjudicado.

¿Cómo debemos resolver este asunto delante de los hombres? Consideremos la ofrenda por los pecados descrita en Levítico 6.

A. Algunos pecados son transgresiones contra los hombres

Levítico 6:2-7 dice: “Cuando una persona peque y cometa una infidelidad contra Jehová, y mienta a su prójimo acerca de un depósito o una prenda puesta en sus manos, o por robo o por extorsión le quite algo a su prójimo, o habiendo hallado lo perdido después mienta acerca de ello, y jure en falso —acerca de cualquiera de las cosas en que suele hacer el hombre, pecando en ellas— entonces, cuando peque y sea culpable, restituirá aquello que robó, o lo que quitó por extorsión, o el depósito que se le encomendó, o lo perdido que halló, o todo aquello sobre lo cual juró en falso; lo restituirá, según su íntegro valor, y añadirá a ello la quinta parte; lo dará a aquel a quien le pertenecía el día en que se halle culpable. Y llevará al sacerdote su ofrenda por la transgresión a Jehová, un carnero del rebaño, sin defecto, según su estimación, como ofrenda por la transgresión. Y el sacerdote hará propiciación por él delante de Jehová, y será perdonado por cualquier cosa que haya hecho, por la cual haya llegado a ser culpable”. Una persona que haya ofendido a alguien o le haya causado perjuicio material, tiene la obligación de arreglar cuentas con los hombres antes de poder ser perdonado. De lo contrario, no podrá ser perdonado.

En este pasaje bíblico podemos distinguir hasta seis clases de transgresiones en contra de los hombres:

(1) Engañar al prójimo con respecto a un depósito que nos fuera encomendado: Esto se refiere a engañar al propietario con respecto a bienes que él nos confió y procurar así retener las porciones buenas y costosas mientras que devolvemos las de inferior calidad. Esto es mentir, y es un pecado delante de Dios. No debemos mentir con respecto a lo que nos haya sido encomendado, sino que debemos resguardarlo con toda fidelidad. Los hijos de Dios deben guardar fielmente lo que se les confíe. Si no podemos guardar algo, no lo debemos aceptar. Una vez que lo aceptemos, debemos hacer lo posible por guardarlo. Si a causa de nuestra negligencia algo le llega a suceder, habremos transgredido contra el hombre.

(2) Engañar al prójimo con respecto a lo dejado en nuestras manos: Esto se refiere a defraudar al prójimo en cuestiones de negocios, o a mentir en transacciones comerciales, o a lograr ganancias por medios deshonestos, o a valerse de maniobras legales o comerciales para apropiarnos de lo que legítimamente pertenece a nuestro prójimo. Delante del Señor, ello constituye pecado y debe ser severamente condenado.

(3) Robar al prójimo: Aunque tal vez esto no suceda entre santos, de todos modos debemos mencionarlo. Nadie debe adquirir nada por medios ilícitos. Cualquiera que procure hurtar las posesiones de otros valiéndose de su posición privilegiada, de su autoridad o su poderío, comete pecado.

(4) Explotar al prójimo: Constituye pecado aprovecharse de otras personas, valiéndonos para ello de la posición o el poder que tengamos. A los ojos de Dios, Sus hijos jamás deberían hacer tal cosa. Esta clase de conducta debe ser eliminada.

(5) Encontrar un objeto perdido y mentir al respecto: Los nuevos creyentes deben prestar especial atención a este asunto. Muchas personas han mentido sobre las cosas que otros han perdido. Hacer desaparecer algo, reducir la cantidad o reemplazar algo bueno con algo malo equivale a mentir. Uno encuentra cierto objeto y niega haberlo encontrado, o encuentra cierta cantidad y afirma que halló menos, o habiendo encontrado algo en buen estado, afirma que está descompuesto o que no sirve. Todo ello es mentir. Otros pierden algo y usted se aprovecha de ellos; usted los despoja buscando obtener alguna ganancia o beneficio a costa de ellos; esto también es pecado. Un cristiano no debe adueñarse de las posesiones de otros. Si usted recogió algo por equivocación, debe guardarlo bien y devolvérselo al dueño. Nunca declare que un objeto que encuentra es suyo. No es correcto quedarse con artículos perdidos, pero es peor hurtar los bienes de otros por medios ilícitos. No es correcto adueñarse de las posesiones de otros por medio de cualquier método

injusto. Un creyente no debe hacer ninguna cosa que le reporte beneficios a expensas de otros.

(6) Jurar en falso: Constituye pecado jurar en falso con respecto a cualquier cosa material. Usted sabe algo, y sin embargo, dice que no lo sabe. Ha visto algo, pero lo niega. Algo está allí, pero dice que no hay nada. Todo el que jura en falso peca.

“En alguna de todas aquellas cosas en que suele pecar el hombre”. Esto se refiere a todas aquellas transgresiones que causan perjuicio material a otras personas. Los hijos de Dios deben aprender esta lección y recordarla siempre: no deben apropiarse de lo que pertenece a otros. Jamás debemos usurpar aquello que pertenece a otro. Todo el que jure falsamente con respecto a cualquiera de los asuntos que acabamos de mencionar, habrá transgredido en contra de otras personas, y ha pecado.

Hermanos y hermanas, si hay algo deshonesto en cualquier cosa que hagan, si han adquirido algo a expensas de otros, o si han obtenido algo por uno de estos seis medios, han pecado. Deben eliminar estos pecados por completo.

B. Cómo debemos efectuar la restitución

Nuestra conducta debe ser recta, y nuestra conciencia debe ser irreprochable delante de Dios. La Palabra de Dios dice: “Entonces, cuando peque y sea culpable, restituirá aquello que robó” (v. 4). Aquí la palabra *restituir* es muy importante. La ofrenda por los pecados tiene dos aspectos. Por un lado, tenemos la necesidad de propiciar delante de Dios, y por otro lado, es necesario *restituir* a nuestro prójimo lo que le quitamos. No debemos pensar que basta con ofrecer propiciación delante de Dios, sino que también debemos *restituir* a nuestro semejante aquello de lo cual le privamos. De lo contrario, si no lo regresa, algo estará carente. La ofrenda por el pecado, mencionada en Levítico 5, se relaciona con los pecados que no ocasionan perjuicios materiales a nuestro prójimo. Por supuesto, en tales casos no es necesario devolver nada. Pero los pecados de los que habla el capítulo 6 implican pérdidas materiales, en cuyo caso uno debe efectuar la debida restitución. La propiciación por medio del sacrificio no era suficiente. Uno debía restituir lo que había tomado. Por ello, el versículo 4 dice: “Entonces, cuando peque y sea culpable, restituirá aquello que robó”. Todo lo adquirido por medios pecaminosos debe ser devuelto. Se debe devolver lo obtenido por medio del robo, el abuso, los falsos juramentos, el usufructo abusivo de los bienes que nos fueron confiados o que nos encontramos. Todo esto debe ser devuelto.

¿Cómo debe una persona devolver estas cosas? “Lo restituirá, según su íntegro valor, y añadirá a ello la quinta parte ... el día en que se halle culpable” (v. 5). Así pues, al efectuar restitución debemos tomar en cuenta tres cosas.

En primer lugar, debemos efectuar una restitución completa. Es incorrecto no efectuar restitución alguna, pero es igualmente incorrecto que nuestra restitución sea incompleta o deficiente. Ninguno debe pensar que una disculpa es suficiente. Mientras el objeto en cuestión siga en nuestras manos, ello demuestra que todavía estamos errados y tenemos que efectuar completa restitución.

En segundo lugar, Dios desea que no sólo devolvamos la cantidad completa, sino que también añadamos la quinta parte al hacerlo. ¿Por qué debemos añadir la quinta parte? Según este principio, debemos restituir abundantemente. Si hemos tomado el dinero o las pertenencias de otros, Dios desea que añadamos una quinta parte a la cantidad total cuando la devolvamos. Dios no desea que sus hijos procuren devolver lo mínimo, sino que sean como los libros que cuando se imprimen se debe dejar suficiente margen alrededor de cada página. Asimismo, no debemos ser mezquinos al disculparnos con las personas, ni al devolverles lo que les hayamos hurtado. Debemos ser amplios y generosos.

Algunos, lejos de añadir la quinta parte al efectuar reparación, no devuelven ni siquiera la quinta parte de lo que deben. Ellos se disculpan, diciendo: “Reconozco que en esta ocasión yo fui injusto, pero no siempre ha sido así; al contrario, en muchas otras ocasiones, usted fue injusto conmigo”. Lejos de constituir una confesión apropiada, esto no es más que un ajuste de cuentas. Si usted quiere reconocer su falta, no sea mezquino al hacerlo. Es mejor excederse pidiendo disculpas, que no disculparse lo suficiente. Después de todo, ¿no fue usted el que pecó? Puesto que ahora deberá efectuar reparación, procure ser más generoso. Si quitó a otros sus posesiones, no pretenda devolver exactamente lo que hurtó; pues tiene que efectuar una reparación amplia y generosa.

Los hijos de Dios deben comportarse de una manera que esté de acuerdo con la dignidad que ellos poseen. Incluso cuando reconocemos nuestras faltas y las confesamos delante de los demás, debemos hacerlo en concordancia con la dignidad que poseemos. Si pedimos disculpas y, al mismo tiempo, tratamos de hacer un ajuste de cuentas, ciertamente no estamos disculpándonos como corresponde a hijos de Dios. Por el contrario, los hijos de Dios deben reconocer sus faltas con toda amplitud y añadir una quinta parte cuando efectúen reparación. Cuando se trata de reconocer sus errores, no debiera haber ninguna renuencia al respecto, o a no estar dispuestos a efectuar el menor sacrificio posible. Si al pedir perdón lo que a usted le preocupa más es determinar con

exactitud a cuánto asciende su deuda, entonces no está comportándose como corresponde a un cristiano. Por ejemplo, hay quienes, al pedir disculpas, dicen: “Al comienzo, yo no estaba enojado contra ti, pero tus palabras me provocaron a ira y por eso te ofendí. Ahora que he confesado mi culpa, te corresponde a ti confesar la tuya”. Todo esto es propio de un ajuste de cuentas, no de la admisión de nuestra culpa y la confesión de la misma. Si usted ha de reconocer su falta, debe caminar la segunda milla, debe hacerlo generosamente. Reconozca su falta sin reservas, procurando hacerlo con toda amplitud.

Añadir una quinta parte al reconocer nuestra falta o al efectuar reparación, deberá servirnos para recordar que siempre que perjudicamos a otros, somos nosotros los que perdemos, y que no debemos volver a hacerlo jamás. Un nuevo creyente debe darse cuenta de que siempre que peca en contra de alguien, aun cuando ello le pueda reportar beneficios momentáneos, a la postre siempre le perjudicará. Si tomó cinco quintos, debe restituir seis quintos. Quizás haya sido fácil quitarle algo a alguien, pero cuando lo tenga que devolver, no sólo devolverá todo lo que tomó, sino que además, deberá añadir la quinta parte de lo que tomó.

En tercer lugar, debemos hacer nuestra confesión y restitución lo más pronto posible. El versículo 5 dice: “Lo restituirá, según su íntegro valor ... el día en que se halle culpable”. Si estamos en capacidad de devolver aquello que habíamos retenido, o si el objeto en cuestión está todavía en nuestro poder, entonces debemos efectuar la devolución en cuanto nos percatemos de nuestro pecado. Por lo general, tenemos la tendencia a postergar esta clase de devoluciones, pero cuanto más posterguemos efectuar la debida restitución, más débil será el sentimiento que nos motiva a ello. Por ello, en cuanto seamos iluminados al respecto, debemos actuar, es decir, debemos apresurarnos a efectuar la reparación debida; si es posible, debemos hacerlo ese mismo día. Esperamos que todos nuestros hermanos y hermanas opten por la senda correcta desde el primer día en que se hacen cristianos. Nosotros jamás debemos aprovecharnos de los demás, ni podemos ser injustos con nadie. El principio fundamental que rige la conducta de los cristianos aquí en la tierra, debe ser el de no aprovecharse de los demás. Siempre que nos aprovechemos de otros de la forma que sea, estaremos cometiendo un grave error. No debemos tomar ventaja de nadie. En lugar de ello, tenemos que actuar con rectitud desde el comienzo mismo de nuestra vida cristiana.

Tenemos que efectuar la restitución debida. Pero eso no es todo. No debiéramos pensar que todo ha quedado resuelto una vez que hemos pedido perdón y efectuado la reparación correspondiente. En realidad, ello no basta para que el asunto quede resuelto: “Y llevará al sacerdote su ofrenda por la transgresión a Jehová, un carnero del rebaño, sin defecto, según su estimación” (v. 6). Después

de haber reconocido nuestra falta y efectuado la restitución correspondiente, todavía es necesario que acudamos a Dios procurando Su perdón. La ofrenda de la expiación, descrita en el capítulo 5, concierne únicamente a Dios, pues no se ha causado perjuicio material a ninguna persona en particular. Pero la ofrenda descrita en el capítulo 6 se relaciona con las transgresiones cometidas en contra de otras personas. Por tanto, primero tenemos que retribuir a los hombres por el perjuicio cometido, antes de acudir a Dios en busca de Su perdón. Antes que un asunto ha sido resuelto con los hombres, no podemos acercarnos a Dios para pedir perdón ¿Qué sucede después que nos hemos reconciliado con los hombres y le hemos pedido perdón a Dios? “El sacerdote hará propiciación por él delante de Jehová, y será perdonado por cualquier cosa que haya hecho” (v. 7). Esto es lo que el Señor desea. Si hemos cometido una transgresión en contra de alguien y le hemos causado algún perjuicio, tenemos que esforzarnos por efectuar la reparación debida; sólo entonces podremos acudir a Dios y, basándonos en la sangre que Cristo derramó en la cruz, suplicar Su perdón.

Jamás debiéramos considerar este asunto como trivial o insignificante. Una vez que adoptemos una actitud tan superficial, nos aprovecharemos de los demás, y pecaremos contra ellos. Los hijos de Dios deben tener esto en cuenta y darle la debida importancia todos los días de su vida. Siempre que hayan cometido alguna falta en contra de otros, deben restituir lo que hayan retenido indebidamente, y deben acudir a Dios en busca de Su perdón.

III. LO QUE NOS ENSEÑA EL QUINTO CAPÍTULO DE MATEO

Examinemos ahora Mateo 5. Este capítulo difiere de Levítico 6. El sexto capítulo de Levítico trata de las transgresiones contra los hombres con respecto a posesiones materiales, mientras que el quinto capítulo del evangelio de Mateo va más allá de lo material.

En Mateo 5:23-26 se nos dice: “Por tanto, si estás presentando tu ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Ponte a buenas con tu adversario cuanto antes, mientras estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo: De ningún modo saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante”. Los cuadrantes aquí mencionados, no solamente se refieren a las monedas de dicha designación, sino que también hacen alusión al principio que se aplica cuando hemos cometido alguna injusticia.

El Señor dice: “Por tanto, si estás presentando tu ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti...”. Esto se refiere

específicamente a las contiendas que surgen entre los hijos de Dios y entre los hermanos. Si usted está presentando una ofrenda en el altar, es decir, si le está ofreciendo algo a Dios, y de repente se acuerda que su hermano tiene algo contra usted, tal “recuerdo” representa la manera que nos guía Dios. Con frecuencia, el Espíritu Santo nos dirige por medio de sugerirnos ciertos pensamientos o recordándonos lo que debemos hacer. Cuando algo le viene a la memoria, no deseche ni menosprecie tal pensamiento. Por el contrario, en cuanto recuerde algo, debe atender a ello con diligencia.

Si recuerda que su hermano tiene algo contra usted, esto quiere decir que usted ha pecado contra él, no necesariamente con respecto a posesiones materiales, sino tal vez actuando injustamente con él. Lo que en este pasaje se recalca no son las cuestiones materiales, sino aquello que usted hizo que causó que otros se sintieran agraviados por usted. Un nuevo creyente debe comprender que si ofende a alguien y no ofrece disculpas y pide perdón, se verá en problemas tan pronto como la parte ofendida lo nombre delante de Dios para quejarse, pues ello podría causar que Dios ya no acepte su ofrenda ni su oración. No hagamos que un hermano o hermana se queje o suspire delante de Dios por causa nuestra, porque tan pronto lo haga, estaremos acabados delante de Dios. Si hemos cometido alguna injusticia, o si hemos ofendido o lastimado a alguien, la parte ofendida ni siquiera necesita acusarnos delante de Dios. Todo lo que necesita decir es: “¡Oh, fulano!”; o simplemente necesita decir: “¡Oh!”, para hacer que Dios rechace nuestra ofrenda. Todo lo que necesita es dar un pequeño suspiro por causa de nosotros delante de Dios, para que todo lo que ofrezcamos sea rechazado. No debemos darle a ningún hermano o hermana ninguna razón para que suspiren delante de Dios por causa de nosotros. Si hacemos que otros se quejen, no podremos progresar espiritualmente y todos nuestros presentes a Dios serán anulados.

Si usted está presentando una ofrenda ante el altar y se acuerda que su hermano tiene algo contra usted o que ha dado motivos a su hermano para quejarse delante de Dios, no ofrezca su ofrenda. Si desea ofrecer algo a Dios, “reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda”. Dios desea la ofrenda, pero usted primero debe reconciliarse con los que ha ofendido. Aquellos que no se reconcilian con los hombres, no pueden presentar su ofrenda ante Dios. Deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda”. ¿Comprenden lo que tienen que hacer? Primero deben ir y reconciliarse con su hermano. ¿Qué significa ser reconciliado con su hermano? Significa disipar el enojo del hermano. Posiblemente necesite disculparse o devolver algo, pero lo más importante es satisfacer al hermano. Lo importante no es añadir la quinta o la décima parte, sino reconciliarse. Reconciliarse implica satisfacer las exigencias del ofendido.

Cuando usted ofende a su hermano y peca contra él, hace que él se irrite y le da motivos para pensar que usted actuó injustamente con él; debido a lo cual, su hermano se lamentará delante de Dios, y ello hará que se interrumpa su comunión con Dios, con lo cual su porvenir espiritual se verá truncado. Es probable que usted no se haya percatado de encontrarse en tinieblas, y crea que todo está bien, pero la ofrenda que presente ante el altar será anulada. No podrá pedirle ni darle nada a Dios. No podrá ofrecerle nada a Él, y mucho menos recibir respuesta de parte de Él. Puede haber ofrecido absolutamente todo en el altar, pero Dios no se complacerá en ello. Por tanto, antes de venir al altar de Dios, deberá reconciliarse primero con su hermano a entera satisfacción del ofendido. Aprenda a satisfacer tanto las justas exigencias de Dios como las de su hermano. Sólo entonces podrá presentar su ofrenda a Dios. Este asunto es de gran importancia.

Debemos cuidarnos de ofender a otros, particularmente a los hermanos, porque si ofendemos a un hermano, caeremos de inmediato bajo el juicio de Dios, y no será fácil ser restaurados. En el versículo 25 el Señor enfatizó: “Ponte a buenas con tu adversario cuanto antes, mientras estás con él en el camino”. He aquí un hermano que, por haber sido tratado injustamente por nosotros, ha perdido su paz delante de Dios. El Señor nos habla en términos humanos y nos muestra que nuestro hermano es como el demandante en un tribunal. La expresión *mientras estás con él, en el camino* es maravillosa. Hoy todavía estamos *en el camino*. Nuestro hermano todavía no ha muerto y nosotros tampoco, todavía estamos aquí. Él está en el camino, y nosotros también. Tenemos que reconciliarnos con él cuanto antes. Es muy posible que un día de estos no estemos aquí, como también es fácil que no estemos en el camino. O que nuestro hermano no este ni aquí ni en el camino. No sabemos quién se irá primero, pero cuando uno de los dos esté ausente, ya no se podrá hacer nada. Mientras estamos en el camino, es decir, mientras los dos partidos todavía estamos aquí, tenemos la oportunidad de hablar y pedir perdón. Debemos reconciliarnos cuanto antes. La puerta de la salvación no estará abierta para siempre; igualmente la puerta de la confesión entre los hermanos no estará siempre abierta. Son muchos los hermanos que tienen que lamentar haber perdido la oportunidad de confesar sus ofensas unos a otros, debido a que la persona a la que ofendieron ya no se encuentra en el camino. Si hemos ofendido a alguien, debemos aprovechar cualquier oportunidad para reconciliarnos cuanto antes, mientras aún los dos estemos en el camino. No sabemos si nuestro hermano o si nosotros mismos estaremos aquí mañana. Por tanto, tenemos que reconciliarnos con nuestro hermano mientras aún estemos en el camino. Una vez que una de las dos partes no esté, nada se podrá arreglar.

¡Tenemos que comprender la seriedad que reviste este asunto! No debemos ser negligentes ni podemos permanecer impasibles. Mientras dura el día,

¡apresúrese a reconciliarse con su hermano! Si usted sabe que un hermano tiene una queja contra usted, debe resolver dicho asunto y pedir perdón, no sea que después no tenga la oportunidad de reconciliarse.

Después de esto, el Señor nuevamente se vale de términos humanos para explicarnos: “No sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo: De ningún modo saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante”. No es el momento de profundizar en la interpretación bíblica con respecto al pago del último cuadrante, pues simplemente queremos hacer referencia a la práctica de pagar el último cuadrante. Tenemos que asegurarnos que este asunto sea resuelto de la manera apropiada, de lo contrario, no será resuelto. El Señor no pone énfasis, ni habla aquí de un juicio futuro ni de ser echado físicamente en una prisión. Lo que quiere es que nos reconciliemos hoy, que paguemos todos los cuadrantes hoy, y que no lo dejemos para después. Tenemos que hacer esto mientras aún estamos en el camino. No debemos posponer el asunto con la esperanza de que se resuelva con el tiempo; ciertamente esto no es aconsejable, pues no nos reportará beneficio alguno dejar pendiente este asunto para el futuro.

Esta es una lección que los hijos de Dios debemos aprender bien. Tenemos que efectuar restitución siempre que sea debido, y tenemos que confesar cuando sea necesario. Debemos efectuar la debida reparación y ofrecer las disculpas del caso, una y otra vez. No debiéramos permitir que ningún hermano o hermana tenga quejas en contra de nosotros. Si nuestra conciencia está limpia y resulta evidente que no somos nosotros los que hemos hecho el agravio, entonces podemos estar en paz. De otro modo, si hemos cometido alguna falta, debemos reconocerla. Tenemos que ser irreprochables en nuestra conducta. No debiéramos suponer siempre que son los demás los que están equivocados y que nosotros siempre estamos en lo correcto. Ciertamente es erróneo ignorar las quejas de los demás, y en lugar de ello, insistir en que nosotros estamos en lo correcto.

IV. ALGUNAS CONSIDERACIONES DE ORDEN PRÁCTICO

En primer lugar, el ámbito que abarque su confesión deberá circunscribirse al ámbito que abarcó su ofensa. Háganlo todo en conformidad con la Palabra de Dios, sin llegar a extremos ni exageraciones. Pues si uno se excede, quedará expuesto a los ataques de Satanás. Si usted ofendió a muchos, entonces deberá reconocer sus faltas ante todos ellos; pero si usted ofendió a un individuo, basta con reconocer su error sólo ante dicha persona. Si usted ofendió a muchos, pero sólo pide disculpas a uno de ellos, ello no será suficiente. Si usted ofendió a una sola persona y confiesa su pecado ante muchos testigos, se estará excediendo en su confesión. El ámbito que abarque su confesión deberá estar determinado por

la extensión del agravio que haya cometido. Ahora bien, otro factor que también resulta válido considerar es el ámbito que abarca nuestro testimonio. Hay ocasiones en las que usted ha ofendido apenas a un individuo, pero debido a que usted desea dar testimonio ante los hermanos y hermanas de su congregación, usted siente que debe hacer su confesión ante ellos también. Esto ya es distinto. En cuanto concierne a pedir disculpas y reconocer nuestras faltas, ello sólo debiera hacerse conforme a la extensión de la ofensa. No se debe exceder tales límites. En cualquier caso, esta es una consideración a la que debemos darle la debida importancia.

En segundo lugar, nuestra confesión debe ser exhaustiva. No debemos ocultar nada buscando proteger nuestro prestigio ni nuestros intereses. Hay, por supuesto, ocasiones en las que debemos confesar ciertas ofensas con gran prudencia y mesura, debido a que si no lo hacemos así, podríamos perjudicar a otras personas. Así pues, a fin de proteger los intereses y el bienestar de las otras personas que pudieran haber estado involucradas en dicha ofensa, tal vez tengamos que efectuar nuestra confesión solamente en términos generales y sin entrar en muchos detalles. Si nos es difícil tomar esta clase de decisiones al vernos involucrados en una situación un tanto compleja, lo mejor es procurar tener comunión con algunos hermanos y hermanas de más experiencia, a fin de que ellos nos ayuden a hacer lo correcto.

En tercer lugar, hay ocasiones en las que no se puede efectuar la debida restitución. Sin embargo, debemos saber distinguir entre nuestra capacidad para efectuar restitución y nuestro deseo de efectuar restitución. Quizás algunos no puedan efectuar restitución, pero por lo menos deben tener el sincero deseo de hacerlo. Si uno no puede efectuar inmediatamente la debida restitución, debe decirle a la parte ofendida: “Deseo recompensarle, pero no puedo por ahora, pero por favor espereme, que lo haré en cuanto sea posible”.

En cuarto lugar, la ley del Antiguo Testamento dice que si la persona a quien debemos hacer restitución ha muerto y no tiene pariente al cual sea compensado el daño, se deberá dar la indemnización del agravio al sacerdote que sirve a Jehová (Nm. 5:8). Según este principio, si la persona a quien debemos efectuar restitución ha fallecido, la indemnización por el agravio deberá ser entregada a sus parientes; si ellos no están disponibles, entonces, debemos darlo a la iglesia. La indemnización por el daño causado se debe dar al perjudicado o a sus familiares. No debe dársele a la iglesia simplemente porque le resulte más cómodo; pero, si uno quiere efectuar una confesión, y la persona ofendida ha fallecido y no es posible encontrar a alguien ante quien podamos admitir nuestra falta, entonces, conforme a este principio, uno puede confesar sus faltas ante la iglesia.

En quinto lugar, después de confesar sus pecados, usted debe asegurarse de que su conciencia ya no lo acusa. Es posible que nuestra conciencia nos acuse reiteradamente, aún después de haber confesado nuestro error. En tales casos, debemos tener bien en claro que nuestra conciencia ha quedado limpia en virtud de la sangre del Señor. Su muerte nos ha dado una conciencia irreprochable delante de Dios y nos hizo aptos para acercarnos a Dios. Estos son hechos consumados. Sin embargo, debemos comprender que si queremos ser irreprochables delante de los hombres, es necesario tomar medidas con respecto a nuestras muchas transgresiones. Tenemos, pues, que dejar resuelto todo asunto que implique algún agravio de índole material o moral, pero, al mismo tiempo, no debemos dejar que Satanás nos abrume con sus acusaciones.

En sexto lugar, la confesión está relacionada con la sanidad física. Por ello, en Jacobo 5:16 se nos dice: “Confesaos, pues, vuestros pecados unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados”. Con frecuencia, el resultado de confesar nuestras faltas es que Dios puede restaurar nuestra salud. La enfermedad suele sobrevenir a los hijos de Dios debido a que entre ellos han surgido faltas que le impiden a Dios bendecirlos. Por ello, si confesamos nuestras faltas los unos a los otros, nuestras enfermedades serán sanadas.

Abrigamos la expectativa de que todos los hermanos y hermanas sean diligentes y minuciosos al reconocer sus faltas y efectuar la debida restitución; de este modo se conservarán puros. Si alguno ha cometido alguna transgresión en contra de los hombres, por un lado, debe confesar sus pecados ante Dios, y por otro, debe tomar las medidas respectivas con toda seriedad. Sólo entonces su conciencia será valiente. Y cuando su conciencia es valiente, entonces tendrá un progreso considerable en su búsqueda espiritual.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

PERDÓN Y RESTAURACIÓN

Lectura bíblica: Mt. 18:21-35, 15-20; Lc. 17:3-5

¿Qué debemos hacer cuando un hermano nos ofende? Todos debemos hacernos esta pregunta. ¿Qué debemos hacer cuando nosotros no hemos ofendido a alguien, sino que el agravio ha sido cometido en contra nuestra? Si leemos detenidamente los pasajes de la Palabra del Señor, que se sugieren como lectura bíblica para este capítulo, nos daremos cuenta de que no sólo debemos perdonar al hermano que nos ha ofendido, sino que, además, debemos restaurarlo. Examinemos primeramente lo que es el perdón.

I. DEBEMOS PERDONAR A NUESTROS HERMANOS

A. Perdonar es un requisito

Dice en Mateo 18:21-22: “Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y yo le tendré que perdonar? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete”.

En Lucas 17:3-4 dice: “Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano peca, repréndele; y si se arrepiente, perdónale. Y si siete veces al día peca contra ti, y siete veces vuelve a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale”.

Los versículos en Mateo nos dicen que debemos perdonar a aquel hermano que haya pecado contra nosotros, y que debemos estar dispuestos a hacerlo no solamente siete veces, sino hasta setenta veces siete. Los versículos en Lucas nos dicen que si un hermano peca contra nosotros siete veces al día y siete veces regresa arrepentido, tenemos que perdonarle. No se preocupe si su arrepentimiento es genuino o no; nuestra responsabilidad es que tenemos que perdonarle.

Perdonar siete veces no son muchas, pero siete veces en un solo día es demasiado. Supongamos que la misma persona nos ofende siete veces en un solo día, y cada vez que esto sucede, nos dice que ha pecado contra nosotros. ¿Aún creería usted que su confesión es genuina? Me temo que pensaría que su confesión no es sincera. Por esta razón Lucas 17:5 dice: “Dijeron los apóstoles al Señor: Auméntanos la fe”. Ellos se dieron cuenta de que hacer esto era difícil. Les parecía inconcebible que un hermano ofenda siete veces al día y luego se arrepienta esas siete veces; por eso ellos no lo pudieron creer y dijeron: “Señor, aumentanos la fe”. Así que, los hijos de Dios debemos perdonar sin guardar ningún rencor, aun si nos piden hacerlo siete veces al día.

B. La medida de Dios

El Señor continuó con una parábola en Mateo 18:23-27: “Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, mandó el señor que fuera vendido él, su mujer y sus hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces aquel siervo, postrado, le adoró, diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El señor de aquel esclavo, movido a compasión, le soltó y le perdonó la deuda”.

El esclavo debía diez mil talentos, una suma de dinero muy grande que no podía pagar porque carecía de los medios necesarios. De la misma manera, jamás podríamos pagarle a Dios todo lo que le debemos. Esta deuda excede a cualquier deuda que hombre alguno pudiese haber adquirido con nosotros. Si hacemos un

cálculo de todo lo que le debemos a Dios, habremos de perdonar con suma generosidad lo que nos debe el hermano, pero si olvidamos la inmensa gracia que hemos recibido de Dios, nos tornaremos en personas despiadadas. Es necesario que sepamos estimar cuánto le debemos nosotros a Dios, para poder darnos cuenta de cuán poco los demás nos deben a nosotros.

El esclavo no tenía con qué pagar, por eso su señor “mandó que fuera vendido él, su mujer y sus hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda”. Pero en realidad, aunque hubiese vendido todo, no habría terminado de pagar toda su deuda. “Entonces aquel siervo, postrado, le adoró, diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo”.

Es difícil para los hombres entender claramente lo que es la gracia y el evangelio. Con frecuencia pensamos que si bien no podemos saldar nuestra deuda ahora, sí podremos hacerlo en el futuro. En estos versículos, sin embargo, vemos que aun si el esclavo hubiese vendido todo cuanto poseía, ello no habría bastado para saldar la deuda que contrajo. No obstante le dijo: “Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo”. Su intención era buena. Él no estaba tratando de evadir su deuda. Todo lo que pedía al señor era más tiempo, porque su intención era pagar todo. Sin embargo, tal pensamiento sólo puede provenir de aquellos que no conocen la gracia.

“El señor de aquel esclavo, movido a compasión, le soltó y le perdonó la deuda”. Este es el evangelio. El evangelio no consiste en que Dios trabaje por nosotros para concedernos lo que pensamos que necesitamos. Quizás usted diga: “Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo”. Sin embargo, el Señor no responde diciendo: “Paga con lo que tienes y el resto págalo después”. No. ¡Él perdonó todas nuestras deudas! La gracia del Señor no guarda proporción alguna con nuestras oraciones y peticiones. Nuestro Señor actúa en nuestro favor y responde a nuestras oraciones conforme a lo que Él tiene. El amo de aquel esclavo le concedió la libertad y le perdonó la deuda. ¡Así es la gracia de Dios; tal es Su medida! Todo aquel que le pide a Dios de Su gracia, la recibirá, aunque su concepto de la gracia sea muy limitado. Tenemos que tener bien en claro este principio: el Señor se deleita en conceder gracia a los hombres. Siempre y cuando anhelemos la gracia, aunque sea un poco, Él la derramará sobre nosotros. Él sólo teme que no se la pidamos. En cuanto uno manifiesta tal esperanza y exclama: “Oh, Señor ¡Ten misericordia de mí!”, el Señor derramará Su gracia sobre uno. Más aún, Él derrama Su gracia no conforme a nuestros deseos, sino como a Él le complace. Quizás nosotros pensemos que basta con que se nos dé un dólar, pero Él nos dará diez millones de dólares, no solamente un dólar; pues Él actúa en conformidad con lo que Él es, y para Su satisfacción. Nosotros nos contentaríamos con un dólar, pero Dios no puede dar tan poco. Él tiene que dar todo conforme a Su propia medida o Él no nos da nada.

Necesitamos darnos cuenta de que la salvación se realiza en el hombre según la medida de Dios. La salvación no se efectúa conforme al pensamiento del hombre. Se realiza en el hombre conforme al pensamiento y al plan de Dios.

El criminal que estaba en la cruz al lado del Señor, le imploró: “Acuérdate de mí cuando entres en Tu reino”. El Señor escuchó su oración; sin embargo, Su respuesta no correspondió con lo que este criminal le pedía. En lugar de ello, Él le dijo: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc. 23:42-43). Dios salva al hombre según Su propia voluntad, no la del pecador. La salvación no es según los pensamientos producidos por la limitada mentalidad del pecador, de cómo Dios debe trabajar para él. Más bien, la salvación es la obra de Dios sobre los pecadores según Su propio pensamiento. El Señor no esperó hasta que viniese Su reino para acordarse de aquel hombre, sino que le prometió que ese mismo día estaría con Él en el Paraíso.

El recaudador de impuestos oraba en el templo y se golpeaba el pecho, diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador”. Lo único que él pedía era que Dios le fuera propicio; sin embargo, Dios no le respondió según su oración. El Señor Jesús dijo: “Este descendió a su casa justificado en lugar del otro” (Lc. 18:9-14). En otras palabras, ese pecador recibió la justificación, lo cual era mucho más de lo que él esperaba. El pecador no tenía la menor idea de ser justificado; simplemente esperaba recibir compasión; no obstante, Dios lo justificó. Esto significa que Dios ya no le veía como un pecador, sino como una persona justificada. Dios no sólo perdonó sus pecados, sino que lo justificó. Esto muestra que Dios no realiza Su salvación en conformidad con el pensamiento humano, sino conforme a Su propia manera de pensar.

Podemos ver este mismo principio con ocasión del retorno del hijo pródigo. (15:11-32). Al regresar, estando todavía muy lejos de su casa y antes de ser recibido por su padre, el hijo pródigo estaba dispuesto a servir como jornalero. Pero al llegar a casa, su padre no le pidió que fuera su siervo, sino que le pidió a sus esclavos que sacaran el mejor vestido y se lo pusiesen, le puso un anillo en la mano, le calzó con sandalias y mató el becerro gordo para comer y regocijarse, porque el hijo que estaba muerto, había revivido; estaba perdido y había sido hallado. Este pasaje bíblico nos muestra, una vez más, que Dios no lleva a cabo Su salvación de acuerdo a la manera de pensar que es propia del pecador, sino en conformidad con Su propia manera de pensar.

Marcos 2 nos habla de cuatro hombres que llevaron un paralítico al Señor Jesús; y al no poder acercarlo al Señor a causa de la multitud, ellos quitaron el techo del cuarto en el que estaba el Señor, y bajaron la camilla en que yacía el paralítico con la esperanza de que el Señor Jesús lo sanara y este pudiese levantarse y caminar. Sin embargo, el Señor Jesús le dijo: “Hijo, tus pecados te

son perdonados” (v. 5). El Señor Jesús no sólo lo sanó, sino que también perdonó sus pecados. Esto también nos muestra que Dios actúa como a Él le place. Lo único que nosotros necesitamos hacer es acercarnos a Dios y pedir, no importa si lo que pedimos es suficiente. Esto también nos dice que Dios siempre actúa según Su propia satisfacción y no la del pecador. Por lo tanto, no debíamos considerar la salvación desde nuestro propio punto de vista, sino desde el punto de vista de Dios.

C. La expectativa de Dios

Dios tiene una sola expectativa con respecto a nosotros: que aquellos que desean recibir gracia, aprendan primero a impartir gracia a otros. Todo aquel que vaya a recibir gracia, primero tiene que aprender a compartirla con los demás. Cuando recibimos gracia, Dios espera que la compartamos con otros.

En Mateo 18:28-29 se nos dice: “Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su consiervo, cayendo a sus pies, le rogaba, diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré”. El Señor nos muestra aquí que nosotros le debemos a Él diez mil talentos, pero a nosotros sólo nos deben cien denarios. Cuando le decimos al Señor: “Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo”, Él no sólo nos deja ir en libertad, sino que perdona toda nuestra deuda. Nuestro consiervo, nuestro hermano, lo que nos debe a lo más es cien denarios, y cuando nos dice: “Ten paciencia conmigo y yo te lo pagaré”, tiene la misma esperanza y la misma súplica que tenemos nosotros. ¿Cómo entonces, no hemos de tenerle paciencia? Pero el siervo de esta historia “no quiso, sino que fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda” (v. 30).

El Señor contó tal parábola para exponer lo poco razonables que son aquellos que no perdonan. Si no perdonamos a nuestro hermano, somos el esclavo mismo mencionado en estos versículos. Cuando leemos esta parábola, nos sentimos indignados contra este siervo. ¡Cómo es posible que después que su señor le haya perdonado la deuda de diez mil talentos, él rehúse perdonar los cien denarios que su consiervo le debía. ¡Además, echó a su consiervo en la cárcel para que le pagase la deuda! Ciertamente, este hermano actuó conforme a su propia norma de “justicia”. Sin embargo, un creyente debe examinarse a sí mismo conforme a la justicia, pero debe tratar a los demás en conformidad con la gracia. Puede ser que un hermano nos deba algo, y el Señor también sabe que su hermano le debe algo. Sin embargo, también nos muestra que si no perdonamos, no estamos tratando a otros en conformidad con la gracia. De ser así, Dios considera que carecemos de gracia.

Los versículos 31-33 dicen: “Viendo sus conservos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y explicaron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu conservo, como yo tuve misericordia de ti?”. El Señor espera que nos comportemos con los demás de la misma manera que Él se comportó con nosotros. Él no nos hace exigencias que son conforme a la justicia; del mismo modo, Él espera que nosotros tampoco hagamos tales exigencias a los demás. El Señor ha perdonado nuestras deudas según la misericordia; asimismo, Él tiene la expectativa de que nosotros también perdonemos las deudas de los demás según la misericordia. El Señor espera que midamos a los demás con la misma medida con que Él nos midió. El Señor nos ha impartido Su gracia conforme a Su buena medida, la cual es apretada, remecida y rebosante; Él espera que nosotros también hagamos lo mismo con los demás conforme a Su buena medida, la cual es apretada, remecida y rebosante. El Señor espera que hagamos a nuestro hermano lo mismo que Él ha hecho con nosotros.

Lo más horrible a los ojos de Dios es que una persona que fue perdonada se niegue a perdonar. No hay nada tan feo que no perdonar cuando uno ha sido perdonado, o no ser misericordioso cuando uno ha recibido misericordia. Una persona no debería recibir gracia para sí, y luego negarle dicha gracia a los demás. Es imprescindible que toda persona aprenda delante del Señor a tratar a los demás de la misma manera en que el Señor la trató a ella. Ciertamente es detestable que una persona que ha recibido gracia, se la niegue a los demás. Es muy desagradable ver a una persona que ha sido perdonada y que se niega a perdonar a otros. Dios desaprueba que una persona cuya deuda ha sido perdonada, exija de los demás el pago de alguna deuda. Él tampoco se complace en las personas que, a pesar de que ellas mismas tienen una serie de deficiencias, no son capaces de olvidar los defectos de los demás.

El amo, en aquel pasaje bíblico, le preguntó al esclavo: “¿No debías tú también tener misericordia de tu conservo, como yo tuve misericordia de ti?”. Dios desea que seamos misericordiosos con otros, así como Él ha sido misericordioso con nosotros. Debemos aprender a ser misericordiosos con nuestros semejantes y a perdonarlos. Si hemos experimentado la gracia y el perdón de Dios, debemos aprender a perdonar las deudas de otros. Debemos aprender a perdonarlos, manifestarles misericordia y concederles gracia. Debemos levantar nuestros ojos al Señor y decirle: “Señor, Tú perdonaste mi deuda de diez mil talentos. Estoy dispuesto a perdonar a aquellos que me han ofendido hoy. Además, estoy dispuesto a perdonar a los que me ofenderán en el futuro. Tú perdonaste mis grandes pecados, yo también quiero ser como Tu, y en esta pequeñez quiero aprender a perdonar a los que me ofenden”.

D. La disciplina de Dios

El versículo 34 agrega: “Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía”. Este hombre, quien vino a estar bajo la disciplina de Dios, fue entregado a los verdugos hasta que pagase todo lo que debía.

En el versículo 35 dice: “Así también Mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano”. Este es un asunto muy serio. Esperamos que nadie caiga en las manos de Dios. Debemos perdonar de corazón a nuestro hermano, tal como Dios nos ha perdonado de corazón. Esperamos que todos los hermanos y hermanas aprendan a perdonar todas las ofensas. No trate de recordar los pecados de su hermano, ni le pida que pague lo que debe. Los hijos de Dios, debemos ser iguales a Dios en este asunto. Puesto que Dios nos trata con mucha generosidad, Él también espera que nosotros tratemos a nuestros hermanos con la misma generosidad.

II. CÓMO RESTAURAR AL HERMANO

Sólo perdonar a nuestro hermano no es suficiente, pues ello solamente se encarga del aspecto negativo. Todavía es necesario que nuestro hermano sea restaurado. Este es el mandamiento que está en Mateo 18:15-20.

A. Hablar con el que nos ofendió

Mateo 18:15 dice: “Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando a solas tú y él; si te oye, has ganado a tu hermano”. Entre los hijos de Dios ocurren ofensas constantemente. Si un hermano nos ofende, ¿qué debemos hacer? El Señor dice: “Ve y repréndele estando a solas tú y él”. Si un hermano lo ofende, lo primero que no debe hacer es ir a decírselo a otros. No hablemos de esto con los hermanos o hermanas, ni con los ancianos de la iglesia, ni hagamos de ello el tema de nuestras conversaciones. Esto no es lo que el Señor nos manda. Si un hermano nos ofende, lo primero que tenemos que hacer es ir y decírselo a él.

Con frecuencia se crean problemas cuando un hermano ofende a otro, y el ofendido lo hace público, hablando sin cesar de ello hasta que toda la iglesia se entera con excepción del hermano que supuestamente ofendió. Generar tales habladurías es propio de la conducta de una persona de carácter débil; tal persona no se atreve a hablar personalmente con el hermano que lo ofendió. Sólo se atreve a hablar del asunto cuando dicha persona está ausente, mas no se atreve a decírselo cara a cara. Ciertamente es algo muy sucio hablar a espaldas de otros y divulgar chismes. Ciertamente se deben tomar medidas con respecto al agravio cometido por nuestro hermano, pero al Señor no le agrada que

nuestra primera reacción sea quejarnos ante los demás. La primera persona a quien debemos hacérselo notar es al autor de la ofensa, quien está directamente involucrado en tal asunto. Si aprendemos bien esta lección básica, le ahorraremos muchos problemas a la iglesia.

¿Cómo debemos hablarle a quien nos ofendió? ¿Quizás debemos escribirle una carta? Pero esto no es lo que el Señor nos ordenó. El Señor no nos dijo que debemos manejar estas situaciones por escrito. Por el contrario, Él nos dijo que debíamos acudir personalmente a dicho hermano. Sin embargo, así como es incorrecto hablar de un asunto a espaldas de otro, es igualmente erróneo hablar con él delante de muchas personas. El asunto se debe comunicar “estando a solas tú y él”. Muchos hijos de Dios yerran en este asunto, porque hablan de lo sucedido cuando mucha gente está presente. Pero el Señor nos ordena hablar únicamente a las personas involucradas. En otras palabras, las transgresiones cometidas por individuos deben ser examinadas únicamente por los individuos involucrados, y no se debe involucrar a una tercera persona.

Necesitamos aprender esta lección ante Dios: nunca debemos hablar a espaldas de un hermano que nos haya ofendido, ni hablarle en presencia de muchas personas. Debemos hacerle notar su falta estando a solas con él. No tenemos que hablar de otras cosas ni traer a colación otros problemas; sólo necesitamos mostrarle la falta. Esto requiere de la gracia de Dios y es una lección que los hijos de Dios tienen que aprender.

Algunos hermanos y hermanas pueden pensar que esto es demasiada molestia, y en realidad así es; pero no pueden asustarse de los problemas si desean andar conforme a la Palabra de Dios. Si creemos que la ofensa es demasiado insignificante como para molestarnos, tal vez no sea necesario hablar con el que nos ofendió y, si no hablamos con él, tampoco es necesario que los demás se enteren. Si el asunto nos parece insignificante, simple y trivial, y comprendemos que no reviste de mayor importancia, tampoco deberíamos hablar de esto con otros. No debemos pensar que, aunque no es necesario hablar con quien nos ofendió, los demás necesitan estar informados de lo que sucedió. Si desea hablar del asunto, hágalo con el ofensor a solas. Si no hay necesidad de hablar al respecto, simplemente guarde silencio. No está bien que todos se enteren de la situación, menos el hermano que cometió la falta.

B. Nuestro propósito al hablar con aquel que nos ofendió

La segunda parte del versículo 15 dice: “Si te oye, has ganado a tu hermano”. Este es el motivo por el cual hablamos con él. El propósito al hablar con nuestro hermano no es ser remunerados; la única razón es: “Si te oye, has ganado a tu hermano”.

Por consiguiente, lo importante no es cuanto daño hayamos recibido, sino el hecho de que si tu hermano te ha agraviado, y si dicho asunto no ha sido aclarado, él no podrá llegar a Dios, pues tendrá obstáculos en su comunión y en sus oraciones. Esta es la razón por la cual nosotros tenemos que amonestarlo. Así que, no es un asunto de desahogar nuestros sentimientos heridos, sino que es una responsabilidad que nos compete. Si lo único que está en juego es nuestra susceptibilidad, tal asunto carece de importancia y no representa problema alguno para nosotros. Si este fuera el caso, y parece que puede superarlo, entonces no sería necesario que procure hablar al respecto, ni con el hermano que lo ofendió ni con ninguna otra persona. Usted conoce mejor que nadie la seriedad que verdaderamente reviste dicho asunto, por ende, sobre usted recae la responsabilidad de determinar si debe ir o no. Tal responsabilidad le compete a la persona que sepa discernir con mayor claridad tal situación. Hay muchas cosas que se pueden pasar por alto, pero también hay muchas otras que se deben afrontar responsablemente. Si se han producido algunos agravios que verdaderamente harán tropezar a nuestro hermano, debemos hacerle notar tales faltas en cuanto estemos a solas con él. Al tomar medidas con respecto a tales asuntos, debemos hacerlo con sumo cuidado. Quizás usted pueda superar dicho incidente con facilidad, pero es posible que la otra persona tenga dificultades para hacer lo mismo; pues él ha cometido un agravio en la presencia de Dios, y Dios todavía no le ha perdonado. Si un hermano nuestro ha cometido un error que ha puesto en peligro su relación con Dios, este no es un asunto insignificante y usted debe acudir a su hermano para conversar con él con toda claridad. Usted debe buscar un momento propicio en el que usted y su hermano se encuentren a solas para decirle: “Hermano, no estuvo bien que usted me agraviara de esa manera. Su ofensa arruinará su porvenir delante de Dios, pues ella creará obstáculos y le acarrearán pérdidas a usted delante de Dios”. Si él le escucha, “has ganado a tu hermano”. De esta manera, usted habrá restaurado a su hermano.

Hoy en día, son muchos los hijos de Dios que no obedecen la enseñanza contenida en este pasaje de la Palabra. Algunos suelen hablar a todo el mundo sobre las faltas cometidas por los demás, y les gusta divulgar tales cosas continuamente. Hay otros que no dicen nada al respecto en presencia de los demás, pero que jamás perdonan y que siempre guardan rencor en su corazón. Otros perdonan, pero no se preocupan por restaurar al hermano. Sin embargo, esto no es lo que el Señor desea que hagamos. Es incorrecto divulgar las faltas de los demás; también es erróneo guardar silencio y abrigar rencores en nuestro corazón, como también es erróneo perdonar pero no ir a exhortar.

El Señor no dijo que basta con que perdonemos al hermano, sino que además nos mostró que tenemos la responsabilidad de restaurar al hermano que nos ofendió. Puesto que ofender a alguien es algo grave, tenemos la responsabilidad

de hablarle a quien nos haya ofendido por el bien de él, y tenemos que encontrar la manera de restaurar a nuestro hermano y recuperarlo. Al hablar con él, debemos hacerlo con la actitud apropiada y con una intención pura. Nuestro propósito es restaurar a nuestro hermano. Si nuestra intención es ganarlo, sabremos cómo hacerle notar su falta. Pero si nuestra intención no es restaurarlo, hablar con él sólo perjudicará nuestra relación con él. El propósito de exhortar no es pedir compensación, ni es justificar nuestros propios sentimientos, sino que el propósito es restaurar a nuestro hermano.

C. La actitud apropiada al hablar con otros hermanos

Si nuestra intención es pura, sabremos cómo realizar esto paso a paso. En primer lugar, debemos tener un espíritu recto. Además, las palabras que utilicemos, la manera en que las digamos e incluso la actitud que manifestemos, incluyendo la expresión de nuestro rostro, nuestra voz y el tono de la misma, deberán ser correctas. Nuestro propósito es ganar al hermano, no solamente informarle de su error.

Si sólo pretendemos reprender a nuestro hermano, posiblemente nuestra repreensión puede ser correcta y que el uso de palabras severas se justifique; pero también es posible que debido a nuestra actitud, al tono de nuestra voz y a la expresión de nuestro rostro, jamás consigamos obtener la meta de “ganar a nuestro hermano”.

Es fácil hablar bien de un hermano o elogiar a una persona. También es muy fácil enojarnos con alguien. Todo lo que necesitamos hacer es dejar que nuestras emociones afloren y perderemos la paciencia. Sin embargo, hacerle notar a alguien sus faltas y, al mismo tiempo, restaurar y ganar a dicha persona, es algo que solamente puede ser realizado por aquellas personas que están llenas de gracia. Es imprescindible olvidarse completamente de uno mismo antes de poder ser humilde y manso, libre del orgullo y deseoso de asistir a aquellos que nos han ofendido. Así pues, lo primero que se necesita es ser, uno mismo, la persona adecuada.

Debe darse cuenta de que el Señor ha permitido que un hermano le ofenda debido a que Él desea favorecerlo a usted y lo ha elegido para ello. Así pues, Él le ha dado a usted una gran responsabilidad. Usted es Su vaso elegido, y Dios desea valerse de usted para restaurar a su hermano.

Si se ha sentido agraviado por un hermano en algún asunto pequeño, bastará con que usted le perdone y allí termina todo. No es necesario hacer nada más. Pero si algún hermano le ofende, y ello se ha convertido en un problema para usted, no debe cerrar sus ojos a dicho asunto afirmando que no representa

problema alguno. Sí existe un problema, usted no puede ignorarlo. Si dicho problema no es resuelto, se convertirá en una carga para la iglesia. Y estas cargas con frecuencia debilitan a la iglesia, sangran la vida del Cuerpo, y desperdician la labor de los ministros quienes tratan de resolver tales problemas. Debemos aprender, delante de Dios, a resolver todos estos asuntos en cuanto surjan. Si una persona nos ofende, no debemos ignorarlo y procurar pasar por alto dicho asunto. Tenemos que tomar las respectivas medidas de la manera más apropiada. Sin embargo, al hacerlo, nuestro espíritu, nuestra actitud, nuestras palabras, nuestra expresión y el tono de nuestra voz deben ser los apropiados. Esta es la única manera en que podemos ganar a nuestro hermano.

D. Decirles a otros

El versículo 16 dice: “Mas si no te oye, toma contigo a uno o dos más, para que por boca de dos o tres testigos conste toda palabra”. Si a pesar de que usted busca a su hermano y conversa con él con una motivación pura, una actitud correcta y palabras amables, él se niega a oírlo, entonces vaya e infórmele a otros. Sin embargo, usted debe decirles a otros únicamente cuando el hermano que cometió el agravio se ha negado a escucharle. No debemos dar este paso a la ligera.

Si surge algún problema entre dos hijos de Dios, y ambos presentan dicha situación al Señor y toman las medidas correspondientes, el asunto será fácilmente resuelto. Pero supongamos que uno no es cuidadoso con sus palabras y el asunto llega a conocimiento de un tercer hermano; entonces el problema se hará más complejo y será más difícil de resolver. Cuando una herida no se ha contaminado, sanará con facilidad, pero si la suciedad entra en la herida y la infecta, ella no sólo será más dolorosa, sino que las impurezas harán más difícil que dicha herida se sane. Divulgar una ofensa innecesariamente a una tercera persona es como echarle tierra a una herida. Cualquier problema que se genere entre hermanos y hermanas debe ser resuelto directamente por las personas involucradas. Sólo se debe informar a otros hermanos cuando el hermano que nos ofendió haya rehusado escuchar nuestra amonestación. El propósito de decirles a otros no es para fomentar los chismes, sino a fin de invitar a otros a amonestar, ayudar y tener comunión junto con ellos.

Aquellos “uno o dos más” que se mencionan en este versículo, deben ser personas de peso en su medida espiritual. A estos debemos exponerles el caso y pedirle su opinión. Por su parte, estos hermanos deben saber discernir si la falta está con el hermano que ofendió o no. Los hermanos maduros deben orar y considerar el asunto delante del Señor, y entonces arbitrar conforme a su discernimiento espiritual. Si ellos sienten que la culpa la tiene el hermano que

ofendió, deberán ir a dicho hermano y decirle: “Usted se ha equivocado en este asunto. Al hacer esto se ha alejado del Señor. Ahora para ser restaurado debe arrepentirse y confesar”.

“Para que por boca de dos o tres testigos conste toda palabra”. Estos “uno o dos testigos” no deben ser personas que les guste hablar en exceso. Es mejor no invitar a personas muy habladoras a tales reuniones, pues ellas no podrán convencer a los hermanos involucrados; es preferible invitar a aquellos que son dignos de confianza, honestos, espirituales y experimentados delante del Señor. De esta manera, por boca de estos dos o tres testigos constará toda palabra.

E. Finalmente, debemos decírselo a la iglesia

Leemos en el versículo 17: “Si rehúsa oírlos a ellos, dilo a la iglesia”. Si no podemos resolver el problema por nosotros mismos, debemos pedirle a uno o dos que nos ayuden. Sin embargo, si el que ofendió todavía rehúsa oírlos, tenemos que decirlo a la iglesia. Esto no significa que debemos comunicar el problema públicamente a toda la iglesia, sino que debemos decírselo a los ancianos responsables de la iglesia. Si la conciencia de la iglesia también considera que aquel hermano actuó mal, ciertamente así debe ser. Si aquel que cometió el agravio es una persona que anda delante de Dios, deberá renunciar a su propia perspectiva y parecer, y deberá aceptar el testimonio de los dos o tres testigos. Si no acepta el testimonio de dos o tres testigos, por lo menos deberá aceptar el veredicto de la iglesia. El parecer unánime y el juicio de la iglesia refleja lo que hay en el corazón del Señor. El hermano debe comprender que está mal ignorar lo que dice la iglesia, y debe ser manso; en lugar de confiar en sus propios sentimientos o juicios debe aceptar el sentir que tiene la iglesia.

¿Qué sucedería si aún se rehusara a oír? El versículo 17 añade: “Y si también rehúsa oír a la iglesia, tenle por gentil y recaudador de impuestos”. Estas son palabras muy severas. Si él rehúsa oír a la iglesia, todos los hermanos y hermanas de la iglesia ya no deben tener comunicación con él. Puesto que dicho hermano rehúsa reconocer su problema, la iglesia deberá considerarlo un gentil y un publicano, y cortar toda comunión con él. Pese a que él no está excomulgado, ninguno de los hermanos debe tener comunión con él. Cuando él hable, nadie debe escucharlo; si viene a partir el pan, deben ignorarlo; si ora, nadie debe decir “amén”. Puede venir cuando quiera y se puede ir de igual manera; sin embargo, todos deben considerarlo un extraño. Si los hijos de Dios tienen tal actitud en unanimidad, será fácil que tal hermano sea restaurado. El propósito de esta disciplina es la restauración.

El versículo 18 dice: “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, habrá sido atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, habrá sido desatado en

el cielo”. Este versículo está relacionado con los anteriores, y nos muestra que el Señor en el cielo reconocerá lo que la iglesia haga en la tierra. Si una persona rehúsa oír a la iglesia, esta le tendrá por gentil y publicano, y nuestro Señor en el cielo reconocerá lo mismo.

Los versículos 19 y 20 también están relacionados con los versículos que los preceden: “Otra vez, de cierto os digo que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por Mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en Mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”. ¿Por qué el versículo anterior dice: “Para que por boca de dos o tres testigos conste toda palabra”? Debido a que, como podemos ver aquí, el principio de los dos o tres es el principio de la iglesia. Cuando dos o tres consideran un asunto de manera unánime ante Dios y actúan de manera unánime, Dios respalda tal decisión. Los versículos de Mateo 18:18-20 hacen referencia a la resolución de los conflictos que se suscitan entre hermanos. Cuando un asunto se presenta delante de dos o tres personas y luego a toda la iglesia, el Padre reconoce en los cielos la decisión que se tome.

Quisiera aprovechar esta ocasión para tocar secundariamente otro asunto, y este es, ¿cómo la iglesia toma decisiones importantes? En Hechos 15 vemos que cuando los hermanos se reúnen, todos pueden hablar y debatir. Incluso aquellos que propugnaban guardar la ley podían levantarse y verter sus opiniones, aun cuando las mismas eran completamente erróneas. En otras palabras, todos los hermanos deben tener la misma oportunidad de expresar lo que piensan. Sin embargo, no todos los hermanos pueden ser árbitros sobre tales asuntos. Así pues, todos los hermanos pueden expresar lo que sienten delante del Señor, y después que los ancianos los han escuchado a todos ellos, estos deben expresar sus sentimientos delante del Señor, después de lo cual deben llegar a un juicio final sobre dicho asunto. Puede ser que los hermanos responsables compartan el mismo sentir delante del Señor. Tal sentir refleja el sentir de la iglesia; además, es la conciencia de la iglesia. Por ello, después que los ancianos han hablado, todos deben someterse a dicha decisión y proseguir unánimes junto con los ancianos. Este es el camino que debe seguir la iglesia. La iglesia no amordaza a nadie ni le prohíbe hablar a nadie, pero nadie debe hablar descuidada o irresponsablemente. Cuando llega el momento de tomar una decisión, los ancianos deben hablar bajo la dirección del Espíritu Santo, y todos los hermanos debemos prestarles atención. Si la autoridad del Espíritu Santo está presente en la iglesia, situaciones como la mencionada pueden resolverse sin dificultad. Pero si el Espíritu Santo no tiene autoridad en la iglesia y abundan las opiniones carnales, la iglesia no podrá tomar decisiones de ninguna clase. Debemos aprender a someternos a la autoridad del Espíritu Santo y a escuchar a la iglesia.

Que Dios nos conceda Su gracia para que seamos como nuestro Amo, quien estaba tan lleno de gracia. Si un hermano nos ofende, debemos perdonarlo de corazón, y no sólo eso, sino que debemos asumir la responsabilidad de restaurarlo acatando la Palabra de Dios. Que el Señor nos guíe a vivir esta clase de vida en la iglesia.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LAS REACCIONES QUE TIENE UN CREYENTE

Lectura bíblica: Mt. 5:38-48

Pasamos más de la mitad de nuestra vida reaccionando. Cuando nos alegramos por lo que otras personas dicen, estamos reaccionando. Cuando nos enfadamos por lo que nos comparten, también estamos reaccionando. Ya sea que nos sintamos bien o mal acerca de algo, estamos reaccionando. Reaccionamos al estar inquietos y reaccionamos si nos resentimos por algún maltrato que sufrimos. Cuando otros nos acusan injustamente y procuramos defendernos, esta es una clase de reacción. Si al ser hostilizados, procuramos soportar tales maltratos, esta es otra clase de reacción. Si analizamos detenidamente nuestra vida, descubriremos que vivimos reaccionando la mayor parte del tiempo.

I. LAS REACCIONES DE LOS CREYENTES SON DIFERENTES A LAS DE LOS INCRÉDULOS

Los cristianos también reaccionamos. Sin embargo, las reacciones de los creyentes pertenecen a una clase distinta a la que pertenecen las reacciones de los incrédulos. Podemos conocer una persona por la manera en que ella reacciona. Ningún cristiano debiera jamás reaccionar como un incrédulo, y ningún incrédulo es capaz de reaccionar como un cristiano. Si usted quiere conocer a alguien, basta con observar la manera en que reacciona.

Los creyentes deben tener su propia manera de reaccionar, que es la manera en particular que el Señor nos mandó a reaccionar. El Señor no quiere que reaccionemos como queramos. De hecho, la vida cristiana se compone de una serie de reacciones. Entonces, usted es un buen cristiano si reacciona apropiadamente, y usted es un cristiano deficiente si reacciona de modo impropio.

Nosotros hemos creído en el Señor y ahora somos cristianos. Cuando enfrentamos eventos, pruebas, persecuciones, oposición o el desafío que representa cualquier circunstancia, debemos conocer lo que ordena el Señor respecto a la manera en que debemos reaccionar. Un cristiano necesita ser disciplinado por Dios, no sólo con respecto a su conducta, sino también con

respecto a sus reacciones. Todas nuestras reacciones deberían ser estrictamente dirigidas por el Señor y gobernadas por Su disciplina. Debemos reaccionar únicamente según las directivas de Dios, pues esto corresponde con la clase de vida que el Señor nos ha dado.

II. LA ENSEÑANZA DEL SEÑOR EN EL MONTE

Leamos Mateo 5:38-48, pues este pasaje de la Palabra trata de nuestras reacciones: “Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente” (v. 38). “Ojo por ojo, y diente por diente” significa que si alguien me golpea en el ojo, yo también le haré lo mismo. Si alguien me rompe el diente, yo también le haré lo mismo. Es decir, yo haré a otros lo que ellos me han hecho a mí. Esta es una clase de reacción. Los hombres en la edad del Antiguo Testamento, que estaban bajo la ley, reaccionaban de este modo.

Sin embargo, el Señor dijo: “Pero Yo os digo: No resistáis al que es malo” (v. 39). El Señor dijo que nuestras reacciones deben ser diferentes, que nosotros los creyentes debemos ser diferentes en nuestra manera de reaccionar. No debemos resistir a los malos. Enseguida, el Señor hizo referencia a tres cosas más. Estas tres expresiones se han convertido en las palabras más conocidas de la Biblia. Son muchas las personas que conocen estas palabras: “A cualquiera que te abofetee en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera litigar contigo y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a ir una milla, ve con él dos” (vs. 39-41). ¿Se dan cuenta de que dar la otra mejilla, entregar la capa y recorrer la segunda milla son las reacciones cristianas? La otra mejilla, la túnica y la primera milla representan las exigencias propias de los hombres. La demanda de los hombres es la mejilla derecha, pero nuestra reacción es darles también la mejilla izquierda. La exigencia de los hombres es la túnica, pero nuestra reacción es entregarles además una capa. Los hombres exigen una milla, pero la reacción cristiana es dos millas. Todo el capítulo 5 de Mateo nos recuerda una sola cosa, a saber, que nuestras reacciones tienen que ser diferentes. La vida cristiana se manifiesta a través de una clase de reacciones totalmente distinta de las otras.

Quisiera mostrarles cuáles son las reacciones cristianas. Es erróneo ser cristianos y vivir como tales durante ocho o diez años, sin saber cuáles son las reacciones que debe tener un creyente. Desde los primeros días de su vida cristiana, una persona debe saber cuáles son las reacciones que el Señor exige. Jamás podremos ser cristianos apropiados si nuestras reacciones no son las apropiadas. Si nuestras reacciones no son las apropiadas, entonces no estamos comportándonos según la naturaleza o la vida de Dios en nosotros, ni tampoco satisfacemos la norma que Dios exige de todos nosotros. En nuestra vida diaria,

tenemos que reaccionar como cristianos. Es erróneo decir que somos cristianos y, aun así, reaccionar igual que la gente del mundo.

“Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no le des la espalda” (v. 42). Estas son reacciones. Cuando otros les pidan algo, deben dárselo. Cuando otros quieran tomar prestado de ustedes, no deben rechazarlos. No les es permitido negarse a ayudar a nadie, a menos que ustedes mismos carezcan de los medios que les piden.

“Oísteis que fue dicho: ‘Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo’” (v. 43). Esta es la manera en que reaccionan los hombres que están bajo la ley. Si uno es su prójimo, ellos reaccionan con amor, pero si uno es su enemigo, ellos reaccionan con odio.

“Pero Yo os digo: Amad a vuestros enemigos” (v. 44). La reacción cristiana es diferente. Incluso si alguno es su enemigo, aun así, necesita amarlo. “Y orad por los que os persiguen”. Quizás ellos le persigan, pero su reacción debe ser orar por ellos.

“Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir Su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (v. 45). Esta es la reacción de Dios. Dios envía lluvia sobre los justos al igual que sobre los injustos. El sol brilla sobre los buenos y los malos. Dios no reacciona con los hombres de una manera maligna.

Enseguida dice: “Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?” (v. 46). Si otros le aman, su reacción natural es amarlos, pero ¿qué recompensa recibirá? “¿No hacen también lo mismo los recaudadores de impuestos?”. Si esto es todo lo que un cristiano es capaz de hacer, entonces es igual que los recaudadores de impuestos. Tal clase de reacción es una reacción demasiado fácil y barata.

“Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más?” (v. 47). Si alguien es hermano suyo, entonces usted lo saluda, y si alguien no es su hermano, entonces usted no lo saluda. O quizás usted salude a una persona siempre y cuando no tenga nada en contra de ella, pero si usted tiene algo en contra de ella, entonces le da la espalda y se aleja. Si usted actúa así, ¿en qué se diferencia de los gentiles? Tal conducta es demasiado pobre.

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (v. 48). Esto quiere decir que nosotros debemos reaccionar de la misma manera en que Dios reacciona.

III. ES IMPERATIVO QUE MODIFIQUEMOS NUESTRAS REACCIONES

Todos los pasajes citados anteriormente, hablan de una sola cosa: las reacciones cristianas. Si podemos cambiar nuestras reacciones, habremos eliminado prácticamente la mitad de los problemas de nuestra vida cristiana. Nosotros reaccionamos cuando otros se comportan o hablan de cierta manera. Nosotros adoptamos cierta actitud en respuesta a cierta actitud de otros. Así pues, las reacciones abundan entre nosotros. Por eso digo que más de la mitad de nuestra vida cristiana está compuesta de reacciones. Puesto que nuestras reacciones ocupan más de la mitad de nuestra vida, si ellas son las que corresponden a un cristiano, podremos esperar que agradaremos a Dios, pero si nuestras reacciones no son las apropiadas, no podremos abrigar ni la esperanza de ser cristianos apropiados.

Tal vez algunos se estén preguntando por qué es necesario darle tanto énfasis a estos asuntos. Permítanme hablarles con franqueza. No piensen que estamos tratando de algo insignificante. Yo he tenido este sentir profundo en mí durante los últimos veinte años o más, porque he visto que son muchos los que han sido cristianos por ocho, diez, incluso veinte años, y han leído el sermón del monte una docena de veces, pero todavía no saben qué es lo que el Señor desea con respecto a sus reacciones. Ellos han sido cristianos por muchos años; sin embargo, están fundamentalmente equivocados en sus reacciones. Tales personas discuten acerca de todo y hablan acerca de la ley, de sus derechos y sobre lo que otros deben o no deben hacer. Pero ellos mismos no han comprendido cuáles son las reacciones propias de un cristiano.

Tales individuos manifiestan reacciones justas, reacciones legalistas, reacciones propias de un gentil o de un recaudador de impuestos, pero ciertamente no manifiestan las reacciones propias de un cristiano. Ellos dicen: “¿No estoy en lo correcto?”. A ellos les parece que tienen toda la razón. Pero se han olvidado que las reacciones de un cristiano no se basan en argumentos razonables. Ellos no tienen la menor idea de cómo debe reaccionar un cristiano. Este es un problema muy serio. Debido a que ellos no saben cómo debe reaccionar un cristiano, ellos tampoco saben cómo deben reaccionar los demás. Así pues, si un hermano ha decidido guardar silencio acerca de alguna injusticia cometida en contra de él, tales personas piensan que, al actuar así, este hermano está admitiendo su culpabilidad. Hace poco escuché a alguien que decía: “Fulano de tal tuvo que callar ante las reprensiones de los demás”. Según la persona que dijo estas palabras, lo correcto era argüir, mientras que guardar silencio era incorrecto. Pero esta persona simplemente no conoce cuál es el significado de la cruz. Ella no sabe en qué consiste la vida cristiana. De hecho, tal persona desconoce lo que es un cristiano.

Un hermano que recién ha sido salvo debe conocer desde un principio la manera de reaccionar que corresponde a un cristiano. Una vez que comprenda esto claramente, sabrá cómo es que debe vivir delante de Dios. Los cristianos tienen su propia manera de reaccionar. Si usted no reacciona de dicha manera, usted es semejante a un recaudador de impuestos o a un gentil. Permítanme reiterarles que la mitad de nuestra existencia consiste en reacciones. Actuamos de cierta manera porque otros actúan de cierto modo. Nos sentimos de cierto modo debido a que otros se sienten de la misma manera. Todos los días estamos reaccionando; por lo que, si tenemos reacciones equivocadas, temo que nuestro andar cotidiano no sea de mucho valor delante del Señor. Es por ello que debemos modificar nuestras reacciones.

IV. TRES CLASES DIFERENTES DE REACCIONES

Examinemos ahora los principios subyacentes a las reacciones de este pasaje de Mateo. Las reacciones humanas ante asuntos cotidianos pueden ser clasificadas según tres niveles. La primera clase de reacciones está en el nivel de nuestro raciocinio. La segunda clase está en el nivel del buen comportamiento. La tercera es la que corresponde a la vida santa de Dios. Si usted se encuentra en el nivel de su raciocinio, su reacción será el enojo y la ira. Si usted está en el nivel del buen comportamiento, su reacción será la de soportar. Pero, si usted está en el nivel que corresponde a la vida santa de Dios, usted podrá trascender todo. Estas son las tres clases de reacciones posibles.

Si hoy alguno le golpea en la mejilla derecha, y usted es una persona llena de razonamientos, quizás diga: “¿Cómo puede haberme hecho tal cosa? ¿Por qué me golpeó?”. Cuando otros le golpean la mejilla, quizás usted dé rienda suelta a su ira y argumente al respecto. Esto indica que usted está en el nivel del raciocinio. Pero quizás usted sepa que los cristianos deben comportarse apropiadamente y que está mal enojarse. Entonces, cuando otros le piden la túnica, usted los soporta en silencio y permite que ellos se lleven su túnica. Esta clase de reacción es mucho mejor que dar rienda suelta a su ira. Mas el Señor nos dice que existe otra clase de reacción, y esta última es la clase de reacción que Él requiere.

Cuando otros golpean nuestra mejilla, el Señor no desea que reaccionemos con ira. Tampoco desea que soportemos pasivamente mientras otros se llevan nuestra túnica. El Señor nos dice que cuando otros nos golpean en la mejilla derecha, les volvamos también la otra, y que les entreguemos nuestra capa a quienes quieren nuestra túnica; y que cuando otros quieren que andemos una milla, debemos andar dos. Esto no es soportar, sino trascender; esta clase de reacción supera las exigencias de los hombres. Los hombres exigen sólo hasta cierto punto, pero nosotros, delante del Señor, podemos hacer mucho más que

simplemente satisfacer las exigencias de los hombres. Nosotros además podemos sobrepasarlas

Hermanos y hermanas, el Señor nos dice que los cristianos únicamente deben manifestar una clase de reacción. Nuestra reacción debe ser la de trascender; no debe ser la de razonar ni la de sólo soportar. Les pido que nunca se olviden que aquellos que no logran trascender sus circunstancias, no se están comportando como cristianos. El Señor no nos dice que paguemos ojo por ojo; es decir, que golpeemos a la otra persona en el ojo si ella nos ha golpeado en el ojo. Tampoco nos dice que debemos soportar a quienes nos golpean en el ojo. El Señor dice que debemos, más bien, añadir a ese ojo el otro, es decir, que si alguien me golpea en un ojo, debo permitirle que también me golpee el otro ojo.

Por favor no se olviden que para hacer el cambio de ojo por ojo, a añadir un ojo al otro ojo, se requieren de por lo menos dos pasos adicionales. Para hacer el cambio de mejilla por mejilla, a añadir la otra mejilla; y de túnica por túnica, a añadir la capa; y de milla por milla, a añadir otra milla, se necesita dar dos pasos más. Ojo por ojo es una reacción. La ira es una reacción. Soportar es otra reacción. Añadir un ojo al otro ojo es otra clase de reacción. De estas reacciones, debemos rechazar todas, menos la última.

V. EL CRISTIANO ES LIBRADO DE HUMILLACIÓN, DE LAS POSESIONES MATERIALES Y DE LA VOLUNTAD

Permítanme hacer un breve repaso de estas tres cosas nuevamente. Ser golpeados en la mejilla tiene que ver con ser humillados. Los chinos podemos entender esto; también los judíos y romanos de la antigüedad entendían esto. Hay muchos relatos de aquellos tiempos que nos muestran que muchos de los esclavos de los romanos preferían que sus amos los matasen en vez de ser golpeados en la mejilla. Podían tolerar que los maten, pero no ser golpeados en la mejilla. Por tanto, ser golpeados en la mejilla significa sufrir una humillación extremada. En aquellos tiempos, tal acto representaba infligir la más grande de las humillaciones.

Las túnicas y las capas son aquellas cosas que el hombre tiene derecho a poseer. Entre las posesiones que uno pueda tener, difícilmente encontrará posesión más legítima que aquello que lleva puesto. Hasta el más pobre tiene una túnica y una capa. No importa cuánto insista alguno en negarse a todo disfrute material, ciertamente tiene que vestirse por lo menos con una túnica y una capa. Es bastante legítimo exigir tales cosas para uno mismo, pero aquí hay una persona que no le pide a usted sus propiedades ni sus haciendas, sino su túnica. Más aún, si él quiere su túnica, usted tiene que quitarse primero su capa. Por tanto, este asunto atañe a nuestras posesiones materiales de la manera más profunda.

Si ser golpeados en la mejilla se relaciona con ser humillados, ser despojados de nuestra túnica tiene que ver con nuestras posesiones más esenciales.

Obligar a otro a andar se relaciona particularmente con la voluntad de dicha persona. Puede ser que yo no tenga la intención de optar por cierto camino o ir a cierto lugar, pero otros me obligan a hacerlo. Esto quiere decir que tengo que negarme a mí mismo a fin de tomar el camino que otros eligieron. Esto implica doblegar nuestra voluntad.

Quisiera que mis hermanos y hermanas comprendieran que las reacciones cristianas tienen que ver con la otra mejilla, la capa y la milla adicional. Cuando otros me golpean en mi mejilla derecha, les doy también la otra. Cuando otros quieren mi túnica, les entrego mi capa también. Cuando otros me obligan a andar una milla, yo camino dos. Esto quiere decir que no he sido afectado por la mejilla derecha, ni tampoco por la túnica, ni por la jornada de una milla. Por esto llamo a esta clase de reacción, una reacción que trasciende. Si soy golpeado en la mejilla derecha y esto produce en mí cierto sentimiento, no permitiré que me golpeen en la mejilla izquierda. Si después de haber andado una milla he alcanzado mis límites, no podré andar una segunda milla. El resultado de esto es la clase de reacción que manifestamos ante tales circunstancias.

Los cristianos somos personas que han sido libradas de todo sentimiento de gloria y de humillación. Somos personas que han sido libradas de la atadura de las posesiones materiales y librados de nuestra propia voluntad. Cuando seamos libres de humillación, de posesiones materiales y de nuestra propia voluntad, tales cosas jamás nos volverán a afectar.

VI. LA LECCIÓN PRINCIPAL DE LA CRUZ CONSISTE EN PARAR TODOS LOS ARGUMENTOS

Tenemos que aprender a nunca discutir delante de Dios. La primera lección de la cruz es no alegar. Ninguno entre nosotros debe descender tan bajo que llegue a convertirse en una persona vengativa. Por ende, ni siquiera es necesario considerar la opción de pagar ojo por ojo o diente por diente. Sin embargo, me temo que sí hay muchos entre nosotros que les gusta alegar y defender sus derechos, diciendo: "Tu no debieras haberme golpeado". Siempre que una persona discute con otras, significa que tal persona ha sido afectada por lo que le hicieron o por lo que le sucedió. El Señor, en cambio, nos enseña que la respuesta apropiada para el mal irracional, es el bien irracional. Otros pueden ser irracionalmente malos con nosotros, pero nosotros les pagamos con bondad también irracional. La primera milla ya era una exigencia bastante irracional, pero la segunda milla resulta todavía más irracional. En realidad, ninguna de las dos es razonable. Ser golpeados en la mejilla derecha no es razonable, pero tampoco es dar la otra mejilla. Ser despojados de nuestra túnica no es nada

razonable, pero tampoco lo es regalar nuestra capa. Los cristianos son aquellos que nunca alegan conforme a la razón; ellos responden con bondad irracional al mal irracional.

Ustedes no deben ser atrapados por sus propios razonamientos. No debieran tratar de determinar si algo es razonable o no. Quizás ustedes digan que la primera milla no era razonable, pero yo les digo que la segunda milla es mucho menos razonable. Si la primera milla no se podía justificar, mucho menos la segunda. Si no pueden aceptar la primera milla, ¿cómo podrán aceptar la segunda? Pero, ¡gracias a Dios!, Sus hijos no reaccionan alegando. Ninguno de los hijos de Dios debería dar rienda suelta a su enojo; pues la esfera en la que se encuentran no es la de discutir en función de lo correcto o lo erróneo. El acto de discutir resulta totalmente ajeno al ámbito que corresponde a un creyente. Si usted cayera en tal práctica, la de argüir, habrá caído de la posición que le corresponde como cristiano, y ya no estará posicionado sobre la base que es propia de un cristiano.

VII. LOS CRISTIANOS NO SON LOS QUE HACEN LO CORRECTO O EL BIEN, SINO LOS QUE TRASCIENDEN

Espero que todos podamos ver algo aquí. Si alguno quiere mi túnica, es absolutamente correcto si me rehúso a dársela. Si se la doy, estaré haciendo el bien; pero lo que es propio de un cristiano es que se despoje de la túnica y además le dé su capa. Me parece que esto es muy claro. Cuando alguno quiere mi túnica, ¿por qué habría de dársela? Yo estoy actuando correctamente aun si me rehúso a entregársela, y si se la doy, estoy haciendo el bien. Puesto que soy bondadoso, le doy mi túnica. Sin embargo, actuar correctamente no implica que uno sea un cristiano, ni tampoco ser una persona bondadosa implica que uno sea un cristiano. Un cristiano no sólo da la túnica, sino también la capa. Así pues, un cristiano es uno que se despoja de la segunda prenda.

¿Cuál es la reacción propia de un cristiano? La reacción cristiana no consiste en hacer lo correcto ni en hacer el bien, sino en hacer aquello que trasciende. Cuando los hijos de Dios son más perseguidos, acorralados y privados de lo que les corresponde, más alto deberán elevarse. Es una lástima que algunos tropiezan cuando se ven acorralados. Es lamentable que los hijos de Dios lleguen a dar rienda suelta a su enojo y a actuar sin razón. Es especialmente lamentable que ellos se esfuercen por soportar sus circunstancias adversas, pues lo que caracteriza a un cristiano es que se remonta a grandes alturas cuando sufre persecución, cuando toda vía de escape ha sido bloqueada y cuando lo único que tiene por delante es un muro que le impide avanzar.

Recuerdo mucho un comentario que escuché hace varios años acerca de un hermano que acababa de fallecer, en el cual se decía de él: “Todo aquel que no haya sido alguna vez su enemigo, no ha llegado a conocer cuán grande era el amor de este hermano”. Este es un comentario maravilloso. Cuanto más lo hostigaban a este hermano, más fuerte se mostraba. Cuanto más lo maltrataban, más alto se elevaba. Cuanto más feroz era uno con él, más generoso era él con uno. Cuando él murió, muchos hermanos comentaban: “A fin de conocer la fortaleza de su amor, uno tenía que convertirse en su más grande enemigo. No le hicimos suficiente mal. Cuanto peor se le trataba, mayor era su amor por ti”. En esto consiste la reacción cristiana. Cuanto más se persigue a un cristiano y más se lo acorrala, más amplia es la senda que él tiene por delante.

Nadie debe pensar que esta lección es demasiado profunda. Del capítulo 5 al capítulo 7 del Evangelio de Mateo, encontramos el primer sermón del Señor Jesús. Las enseñanzas en aquel monte fueron las primeras que oyeron Sus discípulos. Esta es la razón por la cual nosotros debemos decirles estas cosas a los nuevos creyentes. Tenemos que practicar esto desde el comienzo mismo de nuestra vida cristiana. Mientras seamos cristianos, tenemos que practicar esto. Si no lo llevamos a la práctica, no tendremos paz. Un cristiano que alega con los demás, jamás podrá gozar de paz. Probablemente estemos molestos y ansiosos en el momento en que somos despojados por otros, pero no tendremos paz. Por el contrario, cuando otros nos piden la túnica y nosotros les damos además nuestra capa, daremos gritos, diciendo: “¡Aleluya!”, durante todo el regreso a casa. Nos sentiremos felices. Cuando otros quieren prestar dinero de nosotros, quizás ahorremos un poco si nos negamos a prestarlo, pero también perderemos nuestro gozo. Si nos piden dinero, debemos dárselo, porque esta es la manera de llevar una vida cristiana feliz.

Son muchos los cristianos que están todo el día con la cara larga debido a que no están dispuestos a andar una segunda milla. Si usted recorre la segunda milla, podrá hacerlo cantando en su interior.

VIII. PROBLEMAS RELACIONADOS CON LAS REACCIONES DE UN CREYENTE

Muchos hermanos y hermanas tienen problemas con sus reacciones debido a que no conocen al Señor. Les es imposible dar la otra mejilla, regalar su capa o andar una segunda milla. Siempre están diciendo: “¡Qué irrazonables son estas personas!”. Quisiera decirles con franqueza a tales hermanos, que esto es lo que el Señor exige de nosotros. Quizás a la otra persona le baste con golpearle la mejilla derecha, pero el Señor le ha dicho a usted que debe darle también la otra mejilla. Quizás la otra persona se sienta satisfecha al recibir su túnica, pero el Señor le ha dicho a usted que debe darle la capa también. Quizás la otra persona

se sienta satisfecha si puede obligarlo a andar una milla, pero el Señor le obliga a recorrer una segunda milla. Tenemos que darnos cuenta de que la otra mejilla, la capa y la segunda milla es lo que el Señor exige de nosotros, no los hombres. Todos aquellos que tienen dificultad con la otra mejilla, la segunda prenda y la milla adicional no están en conflicto con los hombres, sino con el Señor mismo, pues es Él quien exige esto de nosotros.

Quizás usted diga que los hombres están siendo irrazonables, pero recuerde que en realidad es el Señor quien es irrazonable. Si no deben golpearle en la mejilla derecha, mucho menos deben golpearle en la izquierda. Si exigirle la primera prenda era irrazonable, exigirle la segunda prenda es menos razonable todavía. Si obligarlo a andar la primera milla ya era una demanda irrazonable, la segunda milla es aún más irrazonable. Pero el Señor exige lo segundo. Se trata de un mandamiento del Señor. Podemos afirmar, pues, que el mandato del Señor es más exigente y severo que las exigencias propias de un hombre injusto. Ningún hombre irrazonable puede ser más exigente que nuestro Señor con Sus mandamientos.

¿Por qué es tan severo nuestro Señor? Porque Él sabe que la vida que Él nos dio es una vida trascendente. A menos que esta vida trascienda, no tendremos paz. Esta vida es feliz únicamente cuando ha logrado trascender. Cuanto más se procure avergonzar, deshonorar o herir a esta vida, mayor será la manifestación de Su poder.

Esto es lo que significa ser un cristiano. No es cuestión de simplemente no enojarse y ser comprensivos y tolerantes, sino se trata de trascender todas las cosas. Quizás otros nos obliguen a andar una milla, pero nosotros andaremos dos millas. Tal vez alguno quiera quitarnos una de nuestras prendas, pero nosotros le regalaremos dos. Quizás otro nos golpee en la mejilla derecha, pero nosotros le mostraremos también nuestra mejilla izquierda. Hermanos, esta vida es una vida que trasciende, que se remonta sobre todo. Es así como los creyentes reaccionan. Únicamente si actuamos así, nos estaremos comportando como cristianos.

IX. LA GRACIA QUE MORA EN LOS HIJOS DE DIOS

Algunas personas que no conocen bien la Biblia piensan que las enseñanzas impartidas en el monte y que están contenidas en los capítulos 5, 6 y 7 de Mateo, están vinculadas a la ley. ¿Será esto la ley? ¡No! Esto es gracia. La ley demanda ojo por ojo y diente por diente. ¿En qué consiste la gracia? La gracia consiste en dar a otros lo que no se merecen. De hecho, la primera mejilla, la primera prenda y la primera milla ya corresponden a la gracia. Los demás no merecen ninguna de estas cosas, pero debido a que la vida divina en nuestro ser

lo trasciende todo, ninguna de estas cosas puede afectarnos. Por esto permitimos que los demás nos golpeen en la mejilla derecha y luego volvemos la mejilla izquierda. Por esto podemos darles no solamente la túnica, sino también la capa. Y por esto podemos andar no sólo una milla, sino dos. Esto es gracia sobre gracia. Pero esta no es la gracia de Dios; esta es la gracia de los hijos de Dios. Esto es lo que los hijos de Dios hacen cuando actúan en concordancia con el Dios de toda gracia. Dios les da a los hombres lo que ellos no merecen. Nosotros también podemos darles a los hombres lo que ellos no merecen, e incluso más.

X. NUESTRA CAPACIDAD ES ENSANCHADA A TRAVÉS DE NUESTRAS REACCIONES

¿Por qué tenemos que hacer esto? Permítanme decirles lo siguiente: la enseñanza en el monte fue impartida con el fin de que nuestra capacidad fuese ensanchada. Nuestras reacciones permiten que Dios aumente nuestra medida. Nosotros queremos demasiado a muchas cosas. Pero apenas empezamos a poner en práctica las enseñanzas que el Señor impartió en el monte en nuestra vida diaria, Él comienza a despojarnos de aquellas cosas que nos eran tan queridas. La túnica y la capa nos son quitadas una y otra vez, y esto nos ensancha una y otra vez. Seremos ensanchados mucho más allá de nuestra capacidad que tener una capa o una túnica.

Muchos cristianos son del mismo tamaño que las prendas que visten; son muy pequeños. Ellos son afectados por una pequeña prenda de vestir. Una sola prenda es capaz de provocar su ira y el sacrificio de su decoro cristiano. En todo lugar que vamos, encontramos estas personas “diminutas”.

Los cristianos pueden ser grandes, pero aún más, ellos pueden ser ensanchados, porque Dios les ha dado una vida que es grande. Si usted permite que le despojen de una prenda, podrá permitir que le despojen de cien prendas. Si usted cede ante la exigencia de caminar una milla, podrá ceder cuando le exijan caminar dos millas. Si usted pone esto en práctica, será ensanchado por Dios.

La gente le da mucha importancia a que no las ridiculicen. Son muchos los que no pueden soportar ser humillados o deshonrados. Ellos son capaces de renunciar a todas sus prendas, pero no pueden ser golpeados ni deshonrados. Les es muy difícil permitir que otros les insulten. Pero he aquí uno que es golpeado en su rostro y que no solamente soporta tal golpe, sino que lo acepta gustoso, contento y feliz. Apenas volvemos nuestra mejilla para que otros nos golpeen, somos ensanchados. Somos ensanchados por medio de todas las experiencias irrazonables que nos toca vivir.

Supongamos que usted es una persona con una voluntad férrea. Si usted es oprimido y perseguido, y acepta gustosamente tal opresión y persecución al punto de recorrer una milla adicional, entonces usted será ensanchado a medida que pasa el tiempo.

En los últimos años, he conocido mucha gente “diminuta” en este mundo. Ni siquiera en la iglesia he conocido mucha gente “grande”. Es mi esperanza que los nuevos creyentes elijan este sendero desde el comienzo de su vida cristiana. Debemos tomar la vida de Dios, y reaccionar de una manera trascendente. Este es el requisito fundamental para alcanzar la madurez. Si ustedes reaccionan continuamente en conformidad con la vida trascendente de Dios, entonces serán ensanchados cada vez más. No estarán atados a ninguna cosa material. No serán limitados por ningún acto de humillación o deshonor en contra de ustedes. Ni aún su propia voluntad férrea podrá oprimirlos. Crecerán continuamente. Si no practicamos esto, la iglesia estará llena de gente “diminuta”.

XI. LA VICTORIA CRISTIANA ES UNA VICTORIA TRASCENDENTE

No estoy diciendo que sea suficiente que recorramos una milla adicional. Andar la segunda milla representa un principio, y este principio involucra que seamos trascendentes. Dar la otra mejilla también representa un principio que implica trascender.

¿Qué quiere decir ser trascendente? Trascender significa estar en la cumbre. Supongamos que alguien le golpea en la mejilla derecha. Si usted trata de recordar Mateo 5 y dice: “Estoy resuelto a dejarme golpear. Si me pide mi túnica, se la daré a mi pesar. Si me obliga a andar una milla, me esforzaré por acompañarlo por dos millas”. Esta clase de comportamiento es inútil. Esto no es trascender. Todavía no han ascendido lo suficientemente alto. ¿Quién es capaz de dar la otra mejilla? Aquellos que, cuando son injuriados, llegan a comprender que han recibido del Señor una vida que es abundante. Por esto ellos son capaces de dar la mejilla izquierda cuando alguien los golpea en la derecha. Puede ser que los hayan obligado a andar una milla, pero la vida que han recibido del Señor es tan abundante que pueden andar una segunda milla. Los cristianos jamás han sido personas renuentes, y la reacción propia de un cristiano jamás se limita a satisfacer, apenas, los requisitos mínimos.

En cierta ocasión, una hermana exclamó: “¡Por poco doy rienda suelta a mi enojo!”. Ella parecía sentirse muy victoriosa cuando declaró esto, pero esta no es la reacción propia de un cristiano. La reacción cristiana hace mucho más que aquello que es estrictamente necesario; un cristiano enfrenta los desafíos con solvencia. Este es el significado de la segunda milla. ¿Han visto esto? Algunas

personas pueden ser muy despiadadas con usted; ello representa “la mejilla derecha”. Si usted puede retribuirles con bondad y continuar siendo victorioso delante de Dios, ello representa “la mejilla izquierda”. La “mejilla izquierda” habla de abundancia; denota un excedente. La victoria propia de un cristiano no es una victoria lograda a duras penas, sino que es una victoria desbordante. Los cristianos siempre debiéramos gozar de un excedente; siempre debiéramos trascender nuestra experiencia. La victoria cristiana jamás se logra de manera forzada, nunca se logra por medio de rechinar los dientes o argüir. La victoria cristiana es siempre lograda con facilidad. Quiera el Señor ensancharnos una y otra vez, y que podamos expresar la gracia de los hijos de Dios una y otra vez.

XII. NUESTRA REACCIÓN DEBE SER PARA EL AUMENTO DE LA OBRA DEL SEÑOR

¿Por qué tenemos que volver la mejilla izquierda cuando somos golpeados en la mejilla derecha? Cuando el Señor nos concede pasar por sufrimientos a manos de los hombres, nosotros debiéramos más bien facilitar Su operación en nosotros, en vez de anularla. Por esto, damos la otra mejilla. El Señor usa las manos de los hombres para ensanchar nuestra capacidad y ayudarnos a crecer. La mano se detiene en la mejilla derecha, pero nosotros podemos añadir nuestra mejilla izquierda. Esto quiere decir que nosotros no frustramos la operación del Señor realizada por medio de la mano de los hombres, sino más bien permitimos que dicha operación avance. El Señor nos golpea, y nosotros también nos golpeamos. El Señor nos disciplina, y nosotros también nos disciplinamos. Cuando otros nos golpean en la mejilla derecha, nos unimos a ellos para golpearnos a nosotros mismos. Nosotros no estamos de nuestro lado a fin de levantarnos en contra de los que nos atacan. Por el contrario, estamos del lado de los que nos atacan. Un golpe no es suficiente, así que necesitamos ser más golpeados. El Señor nos está disciplinando y nosotros también nos disciplinamos a nosotros mismos.

La mano del Señor está sobre mí, y mi oración es que Su mano permanezca allí. Si lo he perdido todo, no me queda nada más que perder. Si he muerto completamente, ya no puedo morir más. Si todavía puedo morir un poco más, quiere decir que aún no he muerto lo suficiente. Si todavía puedo perder, quiere decir que no he perdido lo suficiente. Yo quiero que la mano del Señor caiga sobre mí con un peso todavía mayor. Yo no estoy procurando reducir el peso de Su mano sobre mí.

Si usted puede permanecer del lado del Señor y disciplinarse de este modo, no guardará rencor en contra de nadie. Las exigencias de los hombres jamás podrán ser más elevadas que las del Señor. Lo máximo que el hombre exige es una milla. La exigencia del Señor es una segunda milla. Lo máximo que los

hombres pueden hacer es obligarlo a andar una milla. Pero usted puede darle al hombre aún más; usted puede añadir algo más. Así pues, puede hacer lo mejor que pueda a fin de realizar aquello que el Señor ya ha hecho.

XIII. DEBEMOS PERMANECER FIRMES EN NUESTRA POSICIÓN CRISTIANA

Permítanme hacerles otra pregunta: ¿Es mejor ser aquel que golpea o ser aquel que recibe el golpe? ¿Envidian ustedes a los demás? Ellos nos golpean. ¿Harán ustedes lo mismo? Aquellos que golpean no están actuando como cristianos, y aquellos que soportan los golpes tampoco están comportándose como cristianos. Únicamente aquellas personas que aceptan voluntariamente ser golpeadas y que dan la otra mejilla a quienes las golpean diciéndoles: “Por favor, hagan más”, son las personas que se están comportando como cristianos.

Hoy en día, si un hermano te golpea, ¿sabes qué es lo que te ha dado? Te ha dado la mejor oportunidad de ser un buen cristiano. Él te honra al golpearte, pues te ha dado la oportunidad de actuar como un cristiano apropiado.

Por favor no olviden que aquel cristiano que golpea a otros ha perdido su dignidad cristiana. No debíamos envidiar a quienes han caído de su posición cristiana. Cada vez que usted sea maltratado o amenazado, se le estará dando la oportunidad de vivir la vida cristiana. De hecho, aquellos que le maltratan de este modo en realidad están diciendo: “Fulano, ya no quiero ser un cristiano. ¡Quiero que tú tomes mi lugar!”. Sus acciones equivalen a esto.

Si un hermano le lleva ante los tribunales, o le exige dinero o alguna prenda suya, en realidad tal persona está diciéndole: “Hoy no quiero ser cristiano. ¡Dejaré que tú lo seas en mi lugar!”. Tal persona ha renunciado a su posición cristiana y, en lugar de ello, lo ha colocado a usted en tal posición. ¿Acaso no deberíamos dar gracias a Dios por esto? Usted necesita decir: “¡Oh Dios! Te agradezco y te alabo por haberme puesto en una posición cristiana apropiada. Ciertamente, esta es Tu gracia”. Hermanos y hermanas, debemos aprender a luchar por mantenernos en la posición propia de un cristiano.

Cierta vez, hice negocios con un hermano. Según el sentido común, yo no le debía ningún dinero; sin embargo, él exigió de mí una cantidad equivalente a unos sesenta y ocho mil dólares. Mi primera reacción fue la de enojarme. Mi sentir era que él no tenía ni el más mínimo derecho a pedirme algo así. ¿Cómo podría llamarse cristiana una persona así? Ciertamente, tal persona estaba siendo totalmente irrazonable. Si él tuviera el más mínimo sentido de justicia, ¿cómo podría pedir este dinero? Pero luego, mi siguiente reacción fue de gozo. Aunque él estaba equivocado, todavía sentía gozo de poder darle ese dinero. Yo le pregunté: “Hermano, ¿verdaderamente quieres este dinero?”. Él respondió:

“Sí”. En ese momento, el Señor puso Su palabra en mí: “Este hombre te está dando la oportunidad de ser un cristiano”. Esta fue la primera vez que el Señor me habló algo así. Yo dije: “Es cierto”, y fui a preparar el dinero para dárselo.

Desde aquel día, aprendí esta lección. Cuando una persona se comporta de la manera en que este hombre lo hizo, está dejando la posición de cristiano. Cuando una persona nos hace esto, qué vergonzoso y penoso sería que nosotros también dejásemos nuestra posición cristiana. Debemos aprender a decir: “El Señor me ha puesto aquí, y es Él quien me está dando la oportunidad de vivir como un cristiano”. Debíamos decir: “Señor, yo quiero ser un cristiano”. No existe pérdida más grande que la pérdida de nuestra posición cristiana. Ser golpeados es una gran pérdida; ser despojados de nuestras posesiones igualmente es una gran pérdida; y ser avergonzados y privados de libertad son pérdidas todavía mayores, pero el Señor nos ha confiado la responsabilidad de expresar Su gracia y comprensión. Si fracasamos en esto, habremos sufrido la más grande de las pérdidas.

Algunos quizás piensen que los fuertes son aquellos que pueden golpear a los demás. Pero yo les digo que aquellos que son verdaderamente fuertes son los que pueden recibir un golpe sin devolverlo. Una persona que no puede controlar su propio genio, ciertamente es una persona débil. Una persona fuerte es una que puede ejercer dominio propio sobre su mal genio. Necesitamos saber evaluar las cosas en forma espiritual delante de Dios, y no evaluarlas como lo hace el mundo. No debemos atenernos a los puntos de vista mundanos. Debemos poseer una perspectiva espiritual.

Espero que desde el comienzo mismo de su vida cristiana, los nuevos creyentes vean cómo deben ser sus reacciones cristianas. Nosotros debíamos fijar tales pautas de conducta desde un comienzo. No debemos permitir que pasen tres, cinco, ocho o diez años antes de que adoptemos tal camino. No debemos pensar que la enseñanza impartida en el monte es demasiado profunda. Ningún cristiano debiera dejar transcurrir mucho tiempo antes de adoptar la enseñanza que el Señor impartió en el monte. La enseñanza en el monte debe ser nuestra primera enseñanza. Debe ser algo que el nuevo creyente encuentra en la entrada, no algo que sólo consigue ver después de muchos años de progreso. La enseñanza del sermón del monte es la respuesta fundamental que los cristianos tienen para toda situación. Esta reacción es el fruto de nuestra naturaleza cristiana. Cuando uno cree en el Señor Jesús, reacciona espontáneamente de esta manera y se comporta de este modo. Andar la segunda milla trae gozo a nuestro corazón. Una persona no podrá disfrutar de paz y gozo verdaderos hasta que esto sea su práctica. Esta vida está hecha para enfrentar persecución, desgracia y maltrato. Cuanto más despiadada la persecución, más fuerte será la manifestación del poder de la vida de Dios.

XIV. DOS COSAS CON RESPECTO A LAS REACCIONES QUE CORRESPONDEN A ESTA VIDA

Por último, debemos prestar atención a dos cosas con respecto a las reacciones de esta vida. En primer lugar, tenemos que orar todos los días, y tenemos que pedirle al Señor que nos libre de las tentaciones y del maligno. Tenemos que orar todos los días a fin de ser librados de la tentación. En términos humanos, es imposible vivir sobre esta tierra en conformidad con los principios descritos anteriormente. Las reacciones requeridas por el Señor son imposibles de ser encontradas en la tierra. Si usted se esfuerza por vivir de esta manera, verá que sus esfuerzos se agotarán en las pocas ocasiones que pruebe hacerlo. Por ello, el Señor intercaló una oración entre las enseñanzas que impartió en el monte. Se trata de una oración en la que se ruega, pidiendo ser librados de las tentaciones y del maligno. Nosotros podemos vivir en este mundo únicamente con la protección del Señor. Sin Su protección, no podemos proseguir ni por un solo día. Esta oración es indispensable. Si no tenemos la intención de llevar esta clase de vida o tener esta clase de reacciones, no es necesario decir nada más. Pero en cuanto surge en nosotros el anhelo de vivir por la vida de Dios, tenemos que orar esta oración. Inclusive tenemos que hacerla todos los días.

No compartan este principio de la vida cristiana con los incrédulos ni con los cristianos nominales. A esto se refiere Mateo 7 cuando dice que no debemos dar cosas espirituales a los perros, ni arrojarles perlas a los cerdos. Los perros y los cerdos son animales inmundos. Los perros representan todo lo maligno e inmundo, y los cerdos representan a los que son cristianos sólo de nombre, pero que carecen de vida. Externamente, ellos tienen la pezuña partida, pero en su interior, no rumian. Externamente, ellos son cristianos, pero en su interior no lo son. A los tales, no les digan estas palabras. Si lo hacen, estarán buscándose problemas. Si usted les habla de esto, quizás ellos le digan: “Dame la otra mejilla; a ver, deja que ponga esto a prueba en ti”. Decirles tales cosas es buscarse problemas para uno mismo. Tengan cuidado con esto. Deben, pues, orar a fin de ser librados de semejante problema.

En segundo lugar, tenemos que guardar nuestra posición cristiana. No debemos buscar problemas. Sin embargo, con el permiso de Dios, y bajo Su soberanía y el gobierno del Espíritu Santo, es posible que tengamos que enfrentar ciertas circunstancias, ya sea a manos de creyentes o de incrédulos. En tales ocasiones, debemos manifestar las reacciones apropiadas y no emprender la retirada.

La vida cristiana es una vida maravillosa. Cuanto más sea usted perseguido, avergonzado y tratado irrazonablemente, más feliz se sentirá delante de Dios. Este es el único camino que conduce a la felicidad. Si yo golpeo a un hermano

hoy y este de inmediato me diera la otra mejilla, yo me sentiría turbado por todo un mes; tal cosa sería lo más triste que me pudiera suceder.

Mientras viva sobre esta tierra, un cristiano no puede aprovecharse de nadie. Si en alguna ocasión usted se aprovecha de alguna situación o alguna persona, le será imposible erguir la cabeza en presencia del Señor en todo un mes. Cualquier ganancia terrenal constituye, en realidad, una pérdida. Es mejor dejar que otro lo golpee. Cuando uno es golpeado por otro, puede irse a casa y dormir bien, comer bien y cantar bien. Podrá subir a una colina, y la luna resplandecerá más intensamente sobre su rostro. No piense que ha ganado algo al haberse aprovechado de otros. La única manera de optar por el camino correcto es reaccionar de la manera correcta, y la única manera de vivir conforme a los principios apropiados es por medio de manifestar las reacciones apropiadas.

CAPÍTULO VEINTICINCO

LIBRES DEL PECADO

Lectura bíblica: Ro. 7:15-8:2

Todo aquel que ha creído en el Señor puede ser libre del pecado desde el día en que creyó en el Señor. Sin embargo, es probable que esta no sea una experiencia común de todos los creyentes. Hay muchos que, habiendo creído en el Señor, regresan al pecado en vez de ser libres de él. Si bien es cierto que estos creyentes son salvos, e indudablemente pertenecen al Señor y poseen la vida eterna, aun así, el pecado todavía los molesta, y son incapaces de servir al Señor como quisieran.

Después que una persona ha creído en el Señor, le resulta extremadamente doloroso ser molestado constantemente por el pecado, pues toda persona en quien Dios ha resplandecido posee una conciencia sensible. Dicha persona se ha vuelto sensible con respecto al pecado y ahora tiene en ella una vida que condena al pecado. A pesar de ello, es posible que dicha persona todavía se encuentre fastidiada por el pecado. Esto ciertamente resulta en muchas frustraciones e incluso puede llegar a producir desaliento. Obviamente, se trata de una experiencia muy dolorosa.

Muchos cristianos se esfuerzan por ser libres del pecado. Algunos piensan que si se esfuerzan lo suficiente por renunciar al pecado, finalmente conseguirán ser libres del mismo y, por ende, dedican todos sus esfuerzos para rechazar continuamente toda tentación. Hay otros que, al estar conscientes de la necesidad de ser libres del pecado, están continuamente luchando, con la esperanza de poder derrotarlo definitivamente. Incluso hay otros creyentes que piensan que el pecado los ha hecho sus esclavos y que ellos deberán dedicar

todos sus esfuerzos para liberarse de la esclavitud del pecado. Pero todas estas actitudes responden a conceptos humanos y no reflejan, de manera alguna, la Palabra de Dios ni Sus enseñanzas al respecto. Además, ninguno de esos métodos nos lleva a la victoria. La Palabra de Dios no nos exige que luchemos contra el pecado con nuestras propias fuerzas, sino que nos enseña que necesitamos ser liberados del pecado, es decir, puestos en libertad. Según la Biblia, el pecado es un poder que esclaviza al hombre, y la manera de enfrentarse a tal poder no es por medio de confrontarlo personalmente, sino por medio de permitir que el Señor nos libere de él. Nosotros tenemos pecado y no podemos separarnos de él. La manera en que el Señor se hace cargo de este asunto, no es eliminar al pecado; más bien, el Señor nos libra del poder que tiene el pecado, por medio de hacer que nos alejemos de su esfera de influencia. Es necesario que los nuevos creyentes conozcan desde el inicio mismo de su vida cristiana la manera correcta en que pueden ser libres del pecado. No es necesario que ninguno de ellos recorra un sendero largo y tortuoso a fin de ser libre del pecado. El creyente puede caminar el camino de libertad desde el momento mismo en que cree en el Señor. Ahora abordemos este tema en conformidad con los capítulos 7 y 8 de la Epístola a los Romanos.

I. EL PECADO ES UNA LEY

En Romanos 7:15-25 Pablo nos dice: “Porque lo que hago, no lo admito; pues no practico lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago ... porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso practico. Mas si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo ... así que yo, queriendo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está conmigo. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que está en guerra contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros ... así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado”.

Del versículo 15 al 20, Pablo usa repetidas veces las expresiones “lo que quiero” y “lo que no quiero”, con lo cual hace énfasis en querer hacer algo o no, es decir, en hacer algo deliberadamente o hacerlo en contra de su propia voluntad. Después, del versículo 21 al 25, hay un énfasis distinto, pues allí se hace hincapié en la ley. Estos dos aspectos que se recalcan son la clave para entender este pasaje.

En primer lugar, debemos entender el significado de “la ley”. Según el concepto comúnmente aceptado, una ley es un principio inalterable que no admite excepciones. Más aún, toda ley tiene poder; no es un poder artificial, sino un poder natural. Todas las leyes tienen poder. Por ejemplo, la gravedad es una ley. Si lanzamos un objeto al aire, inmediatamente regresará al suelo. No

necesitamos jalarlo con las manos para que este caiga, pues él mismo es atraído hacia abajo por la fuerza que ejerce la tierra. Si tira una piedra hacia arriba, esta cae de nuevo al suelo. Si arroja una plancha, también volverá a caer a tierra. Si lo tira en China o en otros países, si lo hace hoy o mañana, cualquier objeto lanzado al aire, mientras nada lo sostenga, cae, independientemente del tiempo o del espacio en que esto ocurra. Así pues, una ley es un principio que se cumple inalterablemente y sin excepciones, y es una fuerza natural que no requiere del esfuerzo humano para su perpetuación.

En Romanos 7 se nos muestra a Pablo esforzándose por ser victorioso, procurando libertarse a sí mismo del pecado. Él deseaba agradar a Dios; no quería pecar ni quería fracasar. Sin embargo, a la postre él tuvo que admitir que todas sus resoluciones fueron en vano. Él tuvo que reconocer: “Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo”. Él no quería pecar, pero seguía pecando. Él quería hacer el bien y conducirse según la ley de Dios, pero no podía. En otras palabras, lo que se proponía no podía llevarlo a cabo; y aunque estaba determinado a lograrlo, siempre terminaba fracasando en su intento. Una y otra vez, Pablo tomaba la decisión, pero el resultado era sólo un fracaso repetitivo. Esto nos muestra que el camino a la victoria no consiste en ejercer nuestra fuerza de voluntad ni en tomar resoluciones. Si bien Pablo se propuso y tomaba tal decisión una y otra vez, él continuaba fracasando y seguía pecando. Obviamente, podemos estar determinados a hacer lo que es bueno y, aun así, encontrar que no podemos hacerlo. En el mejor de los casos, los hombres apenas pueden tomar ciertas decisiones.

El querer el bien está en nosotros, pero no el hacerlo, y ello se debe a que el pecado es una ley. Después del versículo 21, Pablo nos muestra que él seguía derrotado a pesar de que, una y otra vez, se había hecho el firme propósito de hacer lo bueno. Esto se debía a que el pecado es una ley, la cual operaba en Pablo cada vez que tomaba la determinación de hacer lo bueno. Él estaba sujeto a la ley de Dios en su corazón, pero su carne estaba regida por la ley del pecado. Cada vez que él quería obedecer la ley de Dios, surgía una ley diferente, la ley del pecado, la cual operaba en sus miembros y lo subyugaba.

En la Biblia, Pablo es el primero en hacernos notar que el pecado es una ley. ¡Ciertamente este es un gran descubrimiento! Es una lástima que muchos que han sido cristianos por muchos años todavía ignoran que el pecado es una ley. Ciertamente son muchos los que conocen que la gravedad es una ley y saben que la dilatación termal de los cuerpos es otra ley; sin embargo, no son muchos los que han llegado a comprender que el pecado es una ley. Pablo mismo, en un principio, no sabía esto; pero después de pecar reiteradamente —no por voluntad propia, sino en contra de su propia voluntad y debido a una poderosa fuerza que operaba en su cuerpo— él descubrió que el pecado es una ley.

Nuestro pasado plagado de fracasos nos debe hacer notar que siempre que somos tentados, nosotros procuramos ofrecer resistencia, pero jamás tenemos éxito. Cuando somos tentados nuevamente, una vez más procuramos resistir, sólo para terminar derrotados. Y esta experiencia se repite diez, cien o mil veces, y todas las veces acabamos siendo derrotados. Esta es nuestra historia, una historia de continuo fracaso. El hecho de que esto suceda no es una casualidad; más bien, responde a una ley que siempre se cumple. Si alguno de nosotros cometiera apenas un pecado en el curso de toda su existencia, ciertamente dicha persona podría considerar el pecado como un mero percance. Pero si uno ha pecado cien o mil veces, deberá reconocer que el pecado es una ley, es decir, una fuerza que no deja de operar en nosotros.

II. LA VOLUNTAD DEL HOMBRE NO PUEDE VENCER LA LEY DEL PECADO

Pablo fracasaba debido a que, al determinarse a no volver a pecar, él se basaba en su propia fuerza de voluntad. Pero después del versículo 21, los ojos de Pablo fueron abiertos y él pudo comprender que el enemigo, el pecado al cual se enfrentaba, no era otra cosa que una ley. Cuando él se percató de este hecho, no pudo sino exclamar: “¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de esta muerte?”. Él comprendió entonces que le era imposible prevalecer sobre el pecado mediante el ejercicio de su propia voluntad.

¿Qué es la voluntad? Es la volición; es la capacidad que tiene todo ser humano de tomar decisiones, es decir, es la capacidad de querer, determinar o decidir hacer algo. Son las opiniones y juicios del individuo. Una vez que una persona ejercita su voluntad para decidir hacer algo, ella comienza a llevarlo a cabo, lo que nos muestra que en la voluntad humana reside la capacidad de producir cierto poder, por lo cual, al hablar de la fuerza de voluntad, también nos referimos al poder, la capacidad, que es propia de tal voluntad.

Precisamente allí yace el problema. Cuando la voluntad está en conflicto con la ley del pecado, ¿cuál de las dos fuerzas prevalece? Por lo general, al principio nuestra fuerza de voluntad prevalece, pero al final es el pecado el que prevalece. Supongamos que usted sostiene en su mano un libro que pesa un “cati” (unidad de medida china). Mientras usted lo sostiene en alto, la fuerza de gravedad ejerce presión en sentido contrario. A la postre, la acción constante de la ley de gravedad prevalecerá y el libro caerá al piso. Tal vez usted se esfuerce por sostenerlo y logre prevalecer durante una hora, pero después de dos horas se habrán agotado sus fuerzas, y a las tres horas su brazo desfallecerá. Finalmente, usted tendrá que dejar caer el libro, pues mientras la ley de la gravedad no se cansa, no cesa de operar ni mengua; a usted, en cambio, sí se le agotan las fuerzas. Usted simplemente no puede luchar por siempre en contra de la ley de

la gravedad. Cuanto más tiempo usted sostenga en alto aquel libro, más pesado le parecerá. No es que el libro se haya hecho más pesado, sino que la ley de la gravedad habrá triunfado, y a usted le parecerá que el libro se hace cada vez más pesado. El mismo principio se aplica cuando usted se esfuerza por vencer al pecado por medio de su propia voluntad. Si bien podemos resistir al pecado por cierto tiempo, el poder del pecado es mucho mayor que el de nuestra fuerza de voluntad. El pecado es una ley, y dicha ley no puede ser destruida mediante la resistencia que le pueda ofrecer la voluntad del hombre. Siempre que nuestra fuerza de voluntad desfallece, la ley del pecado reaparece. A la voluntad humana le es imposible persistir indefinidamente, mientras que la ley del pecado está siempre activa. Ciertamente es posible que nuestra voluntad prevalezca por cierto tiempo, pero finalmente, siempre será vencida por la ley del pecado.

Mientras no nos hayamos percatado que el pecado es una ley, nos esforzaremos por vencer al pecado mediante el ejercicio de nuestra voluntad. Por ello, siempre que seamos tentados, nos esforzaremos al máximo por vencer dicha tentación, pero finalmente lo único que conseguiremos será comprobar que, lejos de derrotar al pecado, somos vencidos por él. Después, cuando somos tentados nuevamente, nosotros procuramos tomar una decisión aún más firme que la anterior, pues pensamos que nuestro fracaso anterior fue debido a que no tomamos la previa determinación con suficiente firmeza. Así pues, nos convencemos a nosotros mismos de que esta vez no pecaremos más y de que finalmente lograremos prevalecer. Pero el resultado es el mismo; fracasamos una vez más y no podemos explicarnos por qué las resoluciones que tomamos no pueden darnos la victoria sobre el pecado. Todavía no hemos comprendido que jamás podremos vencer al pecado mediante el ejercicio de nuestra voluntad.

Es evidente que enojarnos constituye pecado. Cuando alguien lo trata mal, usted se siente herido y molesto. Si esta persona continúa injuriándolo, tal vez hasta llegue a dar puñetazos sobre la mesa, monte en cólera, grite o haga cualquier cosa parecida. Pero después, usted probablemente sienta que, por ser cristiano, usted no debió haber dado rienda suelta a su enojo y, por lo tanto, se propone reprimir su ira la próxima vez. Luego usted ora y cree que Dios lo perdonó, y confiesa su falta a los otros y, como resultado de todo ello, se siente nuevamente lleno de gozo. Entonces, usted cree que jamás volverá a enojarse. Pero un poquito después lo vuelven a tratar mal, y usted nuevamente se molesta; luego es agraviado nuevamente y usted comienza a murmurar. Así que cuando lo ofenden por tercera vez, usted explota. Después, se da cuenta de que una vez más se equivocó y pide perdón al Señor, prometiéndole que jamás volverá a dar rienda suelta a su enojo. Pero la próxima vez que le dirigen palabras ásperas, no pasará mucho tiempo antes de que su mal genio aflore de nuevo. Esto comprueba que el pecado no es un error que cometemos por casualidad, ni es algo que sólo sucede una vez; más bien, es algo que ocurre repetidas veces y que

nos atormenta toda la vida. Así pues, aquellos que mienten, continúan mintiendo; y aquellos que dan rienda suelta a su ira, continúan manifestando su cólera. Esta es una ley y no existe poder humano que pueda vencerla. Puesto que Pablo inicialmente no había aprendido tal lección, continuaba ejercitando su fuerza de voluntad tratando en vano de vencer al pecado. Pero es imposible que el hombre venza la ley del pecado por su fuerza de voluntad.

Una vez que el Señor, en Su misericordia, nos muestre que el pecado es una ley, ya no estaremos lejos de la victoria. Si uno continúa pensando que el pecado es algo que ocurre accidentalmente, y que la victoria puede ser obtenida orando más y luchando más intensamente contra la tentación, jamás podrá vencer al pecado. El relato de la historia de Pablo nos muestra que el pecado es una ley. Mientras que el poder del pecado es fuerte, el poder de nuestra fuerza de voluntad es débil. El poder del pecado siempre prevalece, mientras que nuestro poder siempre es vencido. En cuanto Pablo se percató de que el pecado es una ley, llegó a la conclusión de que todos sus métodos para vencerlo eran infructuosos, que la firmeza de sus determinaciones no servía para nada y que él jamás podría prevalecer sobre la ley del pecado por medio de ejercitar su fuerza de voluntad. Este fue un gran descubrimiento, una gran revelación para él.

Pablo comprendió que el hombre no puede lograr la liberación mediante el ejercicio de su propia fuerza de voluntad. Mientras uno deposite su confianza en la tenacidad y fortaleza de su propia voluntad, jamás adoptará el camino señalado por Dios para ser libre del pecado. Pero llegará el día en que usted tenga que postrarse ante Dios y reconocer que usted no es capaz de hacer nada para liberarse y que, por ende, no hará nada al respecto. Ese será el día en que usted podrá ser libertado. Entonces usted podrá comprender el capítulo 8 de Romanos. Hermanos, no menosprecien el capítulo 7, pues es necesario que primero comprendamos lo que este capítulo nos dice, antes de poder experimentar lo revelado en el capítulo 8. En realidad, nuestra dificultad estriba no tanto en comprender la doctrina del octavo capítulo, sino en lograr superar la experiencia descrita en el séptimo capítulo de Romanos. Son muchos los que permanecen inmersos en la experiencia descrita en el capítulo 7 y que todavía procuran ser libres del pecado en virtud de su propia voluntad. El resultado de ello siempre será el fracaso. Si usted todavía no ha comprendido que el pecado es una ley y que es imposible invalidar dicha ley, y que no puede superarla por voluntad propia, entonces usted seguirá confinado en la experiencia descrita en el séptimo capítulo y jamás podrá experimentar lo descrito en el octavo. Así pues, nuestros hermanos y hermanas que recién han sido salvos, deben simplemente aceptar lo que dice la Palabra de Dios. Si ustedes procuran ser libres del pecado por sus propios medios, ello los llevará a seguir pecando. Pecarán una y otra vez y tendrán un velo sobre sus ojos. Permanecerán en su

ceguera. Por tanto, es necesario que nuestros ojos sean abiertos, y comprendamos que todas nuestras determinaciones y luchas son en vano.

Puesto que el pecado es una ley y la voluntad del hombre no tiene poder contra ella, ¿cuál es el camino para alcanzar la victoria?

III. LA LEY DEL ESPÍRITU DE VIDA NOS LIBRA DE LA LEY DEL PECADO

Romanos 8:1-2 dice: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu de vida me ha librado en Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte”. El camino hacia la victoria consiste en ser librado de la ley del pecado y de la muerte. Este versículo no dice: “El Espíritu de vida me ha librado en Cristo Jesús del pecado y de la muerte” (me temo que muchos cristianos lo entienden de esta manera). Sino que dice: “La ley del Espíritu de vida me ha librado en Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte”. Muchos hijos de Dios piensan que es el Espíritu de vida quien los libra del pecado y de la muerte; no ven que es *la ley* del Espíritu de vida la que los libra de *la ley* del pecado y de la muerte. Algunos cristianos necesitan de muchos años para comprender que el pecado y la muerte son una ley en ellos, y que el Espíritu Santo también es otra ley que opera en nuestro ser. Pero cuando el Señor abra sus ojos, ellos comprenderán que el pecado y la muerte operan en su ser como una ley, y que el Espíritu Santo también es una ley que opera en ellos. Llegar a percatarnos de que el Espíritu Santo es una ley representa un gran descubrimiento, que hará que demos saltos de gozo y exclamemos: “¡Aleluya! ¡Gracias a Dios!”. Ciertamente la voluntad del hombre no puede vencer la ley del pecado, pero la ley del Espíritu de vida nos ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Únicamente la ley del Espíritu de vida podrá liberar al hombre de la ley del pecado.

Una vez que comprendamos que el pecado es una ley, dejaremos de intentar lograr algo mediante el mero ejercicio de nuestra voluntad. Si Dios tiene misericordia de nosotros y nos concede ver que el Espíritu Santo es una ley, experimentaremos un cambio radical. Muchos únicamente han conseguido ver que el Espíritu de vida nos imparte vida, pero no alcanzan a comprender que el Espíritu Santo es otra ley que opera en nuestro ser, y que es posible ser espontáneamente librados de la ley del pecado y de la muerte siempre y cuando confiemos en esta otra ley. Esta ley nos libra de la ley del pecado y de la muerte sin que para ello se requiera de nuestro esfuerzo. Ya no es necesario tomar determinaciones ni hacer nada más, ni siquiera tenemos que aferrarnos al Espíritu Santo. Cuando el Espíritu Santo está en nosotros, no es necesario estar tan ocupados. De hecho, si al enfrentar alguna tentación dudamos que el Espíritu del Señor habrá de operar en nosotros a menos que nos apresuremos a

prestarle alguna ayuda, ello se debe a que todavía no hemos comprendido que el Espíritu es una ley que opera en nuestro ser. Quiera Dios mostrarnos que el Espíritu Santo es una ley que opera espontáneamente en nuestro ser. La manera de ser libres del pecado no es por medio de ejercitar nuestra fuerza de voluntad; si recurrimos a ella siempre acabaremos derrotados. Mas Dios nos ha dado otra ley, la cual nos libra espontáneamente de la ley del pecado y de la muerte. El problema que para nosotros representa una ley, sólo puede ser resuelto por medio de la operación de otra ley.

No necesitamos hacer ningún esfuerzo para que una ley prevalezca sobre la otra. Ya dijimos que la gravedad es una ley, la cual hace que los objetos caigan en tierra. Pero el helio es un gas más liviano que el aire. Si inflamamos un globo con dicho gas, este comenzará a elevarse espontáneamente; no hay necesidad de soplarlo o de que se sostenga por la aplicación de otra fuerza. En cuanto soltemos este globo se remontará por los aires. En tal caso, remontarse por los aires es una ley que siempre se cumple sin necesidad de que nosotros nos esforcemos por hacer algo al respecto. Asimismo, cuando nosotros superamos la ley del pecado y de la muerte en virtud de la operación de la ley del Espíritu de vida, no se requiere de ningún esfuerzo de nuestra parte.

Supongamos que alguien lo reprende y golpea sin causa alguna, y usted, sin siquiera proponérselo o estar conciente de ello, supera tal agravio. Probablemente, después que todo haya pasado, al reflexionar sobre lo sucedido, usted se sorprenderá de no haberse enojado cuando lo reprendieron. Quizás usted se percate entonces que lo lógico era enojarse ante tales agravios, pero, para sorpresa suya, usted superó tales circunstancias sin darse cuenta de lo que estaba haciendo! En verdad, toda victoria verdadera es una victoria que se logra sin tener conciencia de ello, puesto que es la ley del Espíritu Santo, y no nuestra propia voluntad, la que opera en nosotros y levanta nuestra conducta y reacciones. Ciertamente esta clase de victoria espontánea constituye una verdadera victoria. Una vez que usted experimente esto, llegará a la conclusión de que únicamente el Espíritu que mora en usted puede guardarlo de pecar, que no es necesario que usted tome la decisión de no volver a pecar, que es el Espíritu Santo que mora en usted el que hace que usted pueda vencer y que no es necesario que usted se proponga vencer. Puesto que esta ley opera continuamente en su ser, usted es librado de la ley del pecado y de la muerte. Usted está en Cristo Jesús, y la ley del Espíritu de vida está en usted. Así, usted es libre de manera espontánea. Siempre y cuando usted no dependa para ello de su propia fuerza de voluntad y sus propios esfuerzos, el Espíritu Santo lo conducirá a la victoria.

La victoria sobre el pecado no tiene nada que ver con nuestros esfuerzos propios. Así como no tuvimos que hacer ningún esfuerzo para que la ley del

pecado nos hiciera pecar, tampoco necesitamos hacerlo para que la ley del Espíritu de vida nos libre del pecado. La victoria genuina es la que no requiere ningún esfuerzo de nuestra parte. No tenemos que hacer nada. Podemos alzar nuestros ojos y decirle al Señor: “Todo está bien”. Nuestros fracasos del pasado fueron el resultado de una ley, y las victorias de hoy también son el resultado de una ley. La ley anterior era poderosa, pero la ley que hoy opera en nosotros es más poderosa aún. La ley anterior era verdaderamente potente y nos conducía a pecar, pero la ley que ahora opera en nosotros, es más poderosa y nos libra de la condenación. Cuando la ley del Espíritu de vida se manifiesta en nosotros, su poder es mucho mayor que el de la ley del pecado y de la muerte.

Si llegamos a comprender esto, seremos verdaderamente libres del pecado. La Biblia no afirma que podemos vencer al pecado solamente mediante el ejercicio de nuestra voluntad. Ella únicamente nos habla de ser librados del pecado: “La ley del Espíritu de vida me ha librado en Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte”. La ley del Espíritu vivificante nos ha rescatado de la esfera en la que la ley del pecado y de la muerte ejerce su influencia. La ley del pecado y de la muerte todavía está presente, pero aquel en quien la ley trabajaba, ya no está allí.

Toda persona que ha sido salva debe tener bien en claro cuál es el camino que debe tomar para ser libre del pecado. Primero, tenemos que comprender que el pecado es una ley, la cual opera en nuestro ser. Si no comprendemos esto, no podremos avanzar. En segundo lugar, tenemos que comprender que para nosotros es imposible vencer a la ley del pecado. En tercer lugar, debemos comprender que el Espíritu Santo es una ley, y esta ley nos libra de la ley del pecado.

Cuanto más pronto un nuevo creyente comprenda que este es el camino que conduce a su liberación, mejor. De hecho, nadie necesita esperar muchos años, ni pasar por muchos sufrimientos, para comprender esto y experimentarlo. Muchos hermanos y hermanas han desperdiciado su tiempo innecesariamente y han derramando muchas lágrimas a causa de sus muchas derrotas a este respecto; así que, si usted anhela ser librado de dichas derrotas y sufrimientos, deberá comprender desde el inicio mismo de su vida cristiana que el camino para ser libre del pecado está descrito por las siguientes palabras: “La ley del Espíritu de vida me ha librado en Cristo Jesús”. Esta ley es tan perfecta y poderosa que es capaz de salvarnos al grado máximo, sin necesidad de que nosotros hagamos algo para ayudarla. Esta ley nos libra del pecado, nos santifica por completo y espontáneamente nos llena de la vida divina.

Hermanos y hermanas, no piensen que el Espíritu Santo que mora en nosotros solamente expresa Su vida por medio de nosotros ocasionalmente. Pensar de

esta manera demuestra que sólo conocemos al Espíritu, y no a *la ley* del Espíritu. La ley del Espíritu expresa Su vida continuamente y permanece inalterable en todo momento y en todo lugar. No necesitamos pedirle a esta ley que se comporte de cierta manera, porque ella lo hace sin nuestra ayuda. Una vez que el Señor abra nuestros ojos, veremos que el tesoro que está en nosotros no es simplemente el Espíritu Santo o una vida, sino que también es una ley. Entonces seremos librados, y el problema del pecado quedará resuelto.

Quiera Dios abrir nuestros ojos a este camino de liberación. Quiera Él hacernos entender que este es el secreto para vencer y nos conceda un buen comienzo en este camino angosto.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

NUESTRA VIDA

Lectura bíblica: Col. 3:4; Fil. 1:21; Gá. 2:20

I. CRISTO ES NUESTRA VIDA

Muchos creyentes tienen un concepto equivocado acerca del Señor Jesús. Ellos piensan que al llevar una vida humana aquí en la tierra, Él nos dejó un modelo de conducta que ahora nosotros debemos imitar. Si bien es cierto que la Biblia nos insta a imitar al Señor (Ro. 15:15; 1 Co. 11:1, etc.), ella no pretende que le imitemos por nosotros mismos. Antes de imitar al Señor, hay algo que tenemos que comprender. Debemos ver que son muchos los que se esfuerzan por imitar al Señor, pero fracasan una y otra vez; ello se debe a que ellos consideran al Señor como la buena caligrafía china, como algo que se tiene que copiar exactamente igual línea tras línea. Ellos no se percatan de lo frágil que es el hombre y de que no existe ninguna energía carnal que nos permita imitar al Señor.

Algunos cristianos pretenden ser fortalecidos por el Señor simplemente debido a que la Biblia afirma: “Todo lo puedo en Aquel que me reviste de poder” (Fil. 4:13). A ellos les parece que, puesto que es necesario hacer tantas cosas, cumplir con tantos preceptos bíblicos e imitar la conducta ejemplar del Señor Jesús, si no obtienen más poder no serán capaces de realizar todo ello. Por tanto, le piden al Señor que les dé poder; piensan que lo único que necesitan es recibir más poder para realizar todas estas cosas. Son muchos los que diariamente esperan recibir más poder de parte del Señor a fin de realizar sus actividades.

Es verdad que debemos depender del Señor para obtener poder; pero además de pedir ser investidos de poder, es necesario que nos percatemos de algo más, pues si no vemos esto, no siempre tendremos poder, aunque busquemos al

Señor. Tal vez oremos diariamente suplicándole al Señor que nos conceda poder, pero Él probablemente responderá tales oraciones solamente en ciertas ocasiones. Para algunos, esto significa que ellos pueden hacerlo todo cuando el Señor los fortalece, pero que no pueden hacer nada cuando Él no les concede Su poder. Esta es precisamente la razón por la cual muchos cristianos fracasan una y otra vez. Debemos pedirle al Señor que nos revista de poder; no obstante, si entendemos esto como una exigencia aislada o un camino único, entonces fracasaremos.

La relación fundamental que existe entre Cristo y nosotros se trasmite en la expresión *Cristo es nuestra vida*. Es únicamente en virtud de que el Señor es nuestra vida que nosotros podemos imitarle. Nosotros estamos en posición de pedirle al Señor que nos fortalezca, únicamente debido a que Él ha llegado a ser nuestra vida. Es imposible imitarlo o ser fortalecidos por Él, a menos que hayamos comprendido lo que significa la expresión *Cristo, nuestra vida*. El secreto que debemos descifrar, comprender y captar cabalmente, antes de poder imitar al Señor o pedirle que nos fortalezca, es *Cristo, nuestra vida*.

Leemos en Colosenses 3:4: “Cristo, nuestra vida” y en Filipenses 1:21: “Para mí el vivir es Cristo”. Esto nos muestra que el camino a la victoria es que Cristo sea nuestra vida. La victoria es: “Para mí el vivir es Cristo”. Si un cristiano no sabe lo que significan *Cristo, nuestra vida* y *para mí el vivir es Cristo*, no podrá experimentar la vida del Señor en la tierra; no podrá seguir al Señor, ni podrá experimentar la victoria en Él tampoco podrá recorrer el camino que tiene por delante.

II. PARA MÍ EL VIVIR ES CRISTO

Muchos creyentes han entendido mal Filipenses 1:21. Cuando Pablo dijo: “Porque para mí el vivir es Cristo”, él simplemente reconocía un hecho. Sin embargo, muchos cristianos piensan que estas expresiones son sólo una meta, o una esperanza. Pero Pablo no estaba diciendo que su meta era vivir a Cristo, sino que, en realidad él estaba diciendo: “Si vivo, es porque tengo a Cristo; sin Él, yo no puedo vivir”. Este era un hecho, no una meta que él procuraba alcanzar. Este era el secreto de la vida que él llevaba, no simplemente una esperanza que él acariciaba. Su vivir era Cristo; es decir, el hecho de que Pablo viviera equivalía a que Cristo viviera.

Gálatas 2:20 es un versículo conocido, pero muy malentendido entre los creyentes, incluso más malentendido que Filipenses 1:21. Muchos han hecho de Gálatas 2:20 su meta y oran animados por la esperanza y el anhelo de poder, algún día, alcanzar la condición espiritual en la que puedan afirmar: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Así pues, cada vez que leen este versículo, lo hacen

imbuidos de grandes aspiraciones. Son muchos los que oran, ayunan y abrigan la esperanza de que, algún día, serán crucificados juntamente con Cristo y alcanzarán cierta condición espiritual en la que podrán afirmar: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Es decir, Gálatas 2:20 se ha convertido en su meta y esperanza.

Nuestra experiencia nos dice que ninguno que abriga tal esperanza podrá alcanzar la meta. Si usted procura alcanzar cierta condición espiritual en la que llegue a estar crucificado juntamente con Cristo y hace de ello la meta y esperanza de su vida, a fin de que, en lugar de vivir usted, sea Cristo el que viva; entonces, tendrá que esperar una eternidad para llegar a ver que su aspiración sea cumplida, pues usted espera por aquello que es imposible alcanzar.

Dios nos ha dado el don maravilloso de la gracia. Ahora hay un camino en donde aquellos que fracasan pueden vencer; los que son inmundos pueden llegar a ser limpios; los que son mundanos pueden ser santos; los que son terrenales pueden tornarse en personas celestiales; y los creyentes carnales pueden llegar a ser espirituales. Esta no es una meta, sino un camino, y este camino descansa en la vida de sustitución, pues, de la misma manera en que encontramos una muerte sustitutiva en la gracia del Señor, así también ahora encontramos que Él vive en nuestro lugar. En la cruz, el Señor llevó sobre Sí nuestros pecados; y por medio de Su muerte, fuimos librados de morir, nuestros pecados fueron perdonados y fuimos librados del justo juicio divino. Asimismo, Pablo nos dice que fuimos librados de vivir por nosotros mismos en virtud de que el Señor vive en nosotros. Esto implica sencillamente que puesto que Él vive en nosotros, nosotros ya no tenemos que vivir. Así como Él murió una vez por nosotros en la cruz, Él ahora vive en nosotros y por nosotros. Pablo no dijo: “Espero no vivir más y dejar que Él viva en mí”, sino dijo: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Este es el secreto para obtener la victoria y es el camino para ser victoriosos.

El día que se nos dijo que fuimos librados de morir, lo creímos y lo aceptamos como el evangelio. Asimismo, cuando se nos dice que ya no tenemos que vivir, debiéramos aceptar tales noticias como el evangelio para nosotros. Así pues, tengo la esperanza de que los nuevos creyentes oren mucho, pidiendo ser iluminados por Dios, a fin de llegar a comprender que Cristo vive en nosotros y que ya no tenemos que vivir por nosotros mismos.

Si no comprendemos esto, mantener un testimonio adecuado o experimentar la vida cristiana se convierte en una carga muy pesada. Luchar contra la tentación, llevar la cruz y obedecer la voluntad de Dios es una carga muy pesada. Por ello, a muchos creyentes les parece que la vida cristiana es muy difícil. Se esfuerzan y luchan sin cesar por mantener un buen testimonio ante los demás, pero

constantemente tienen que lamentarse por no poder lograrlo y por traer así vergüenza al nombre del Señor. Muchos simplemente carecen de la fortaleza necesaria para rechazar el pecado; no obstante, se sienten culpables cuando no lo rechazan. Se sienten condenados cuando pierden la paciencia, pero, aun así, no consiguen ser pacientes. Se afligen por odiar a otros, pero no tienen fuerzas para amar. Muchos están exhaustos por tratar de llevar una vida cristiana apropiada. Piensan que la vida cristiana es semejante a escalar una montaña con una pesada carga a cuestas, y que jamás podrán llegar a la cima. Antes de ser salvos, la carga del pecado pesaba sobre sus espaldas. Ahora que han creído en el Señor, han puesto la carga de santidad sobre sus espaldas. Han cambiado una carga por otra, y esta nueva carga es tan agotadora y gravosa como la primera.

Esta experiencia muestra claramente que estas personas practican la vida cristiana de una manera errónea. Pablo dijo: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Este es el secreto de la vida cristiana. El Señor en ustedes es quien vive la vida cristiana; nosotros no la podemos vivir. Si usted procura llevar la vida cristiana por su propia cuenta, la perseverancia representará un gran sufrimiento para usted; lo mismo sucederá cuando procure amar, ser humilde o llevar la cruz. Pero si permite que Cristo viva en usted, le traerá gozo perseverar en la vida cristiana, así como amar, ser humilde y llevar la cruz.

Hermanos y hermanas, quizás se hayan cansado de intentar llevar la vida cristiana. Tal vez les parezca que vivir la vida cristiana consume todas sus energías y les priva de todas sus libertades. Pero si descubren que no necesitan seguir viviendo, ciertamente estarán de acuerdo en que estas son las buenas nuevas del evangelio para ustedes. Así pues, ningún creyente tiene que llevar una vida tan agotadora. ¡Esto constituye magníficas noticias para nosotros! ¡Ciertamente este es un evangelio maravilloso! ¡Ya no tenemos que ejercer grandes esfuerzos al procurar comportarnos como cristianos! ¡La vida cristiana ha dejado de ser una carga que llevamos sobre nuestros hombros! Ahora uno puede afirmar: “Antes oí el evangelio, y en él se me dijo que ya no tenía que morir. Doy gracias a Dios, pues no tengo que morir. Ahora estoy cansado y fatigado de vivir, pero Dios dice que ya no tengo que vivir yo. ¡Gracias a Dios, ya no tengo que esforzarme por vivir!”.

Indudablemente morir es un sufrimiento para nosotros, pero igualmente lo es vivir en la presencia de Dios. En realidad, no tenemos la más mínima idea de lo que es la santidad de Dios. Tampoco conocemos lo que es el amor ni conocemos la cruz. Así pues, para personas como nosotros, vivir para Dios ciertamente representa algo imposible de sobrellevar. Cuanto más tratamos de vivir, más suspiramos y más sufrimos. Llevar la vida cristiana representa para nosotros una gran lucha y un esfuerzo enorme. De hecho, es absolutamente imposible

lograrlo. Jamás podremos satisfacer las exigencias de Dios. Algunas personas manifiestan constantemente su mal genio. A otros les es imposible ser humildes y siempre manifiestan su orgullo. Tratar de vivir en la presencia de Dios y actuar humildemente es una tarea ardua y gravosa para una persona orgullosa. En Romanos 7, vemos a Pablo como un cristiano cansado y agotado. Él dijo: “Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (v. 18). Diariamente se esforzaba, pero diariamente caía. Por ello, él sólo podía lamentarse: “¡Miserable de mí!” (v. 24). En realidad, ser creyente no equivale a llevar un hombre carnal al cielo y allí sujetarlo a esclavitud. Afortunadamente, ningún hombre carnal puede entrar al cielo, pues si lo hiciera, inmediatamente saldría corriendo; no podría soportar ni un sólo día allí. Su temperamento, sus pensamientos, su manera de proceder y sus opiniones son radicalmente diferentes de los de Dios. ¿Cómo podría llegar a satisfacer las exigencias de Dios? No tendría nada que hacer delante de Dios excepto salir corriendo de delante de Su presencia.

Pero este es el evangelio para ustedes: Dios no desea que ustedes hagan el bien ni desea que se propongan hacer el bien; Dios sólo desea que Cristo viva en ustedes. A Dios no le interesa si uno hace obras buenas o malas, sino quién es la persona que hace las obras. A Dios no le satisfacen sólo las buenas obras; Él desea saber quién es el que hace las buenas obras.

Por lo tanto, lo que Dios desea no es que imitemos a Cristo ni que andemos como Él; tampoco que le supliquemos de rodillas para tener las fuerzas necesarias para andar como Él. Más bien, Dios desea que experimentemos el hecho de que “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. ¿Pueden ver la diferencia? No es cuestión de imitar la vida de Cristo ni de ser revestidos de poder para experimentar Su vida, sino de que en ninguna ocasión seamos nosotros los que vivamos. Dios no nos permite que vivamos por nosotros mismos; no venimos a Dios por nosotros mismos, sino que venimos a Dios por medio de que Cristo viva en nosotros. Así pues, no es cuestión de imitar a Cristo ni tampoco del poder que recibamos de Él, sino de que Cristo viva en nosotros.

Este es el vivir de un creyente; este vivir es el de una persona que ya no vive por sí misma, sino que Cristo está viviendo en ella. Antes era yo quien vivía, no Cristo; pero ahora, ya no soy yo quien vive, sino Cristo. Otra persona vive en mi lugar. Si una persona no puede decir: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”, entonces ella no conoce lo que es el cristianismo; no conoce la vida de Cristo ni la vida del creyente, solamente está aspirando poder ser uno que diga: “No vivo yo, mas Cristo”. Pero Pablo no nos dice que él se esforzaba por, algún día, alcanzar cierta condición espiritual en la que ya no viviera él, sino Cristo. Más bien, él simplemente nos contó cómo vivía, a saber: que él dejaba de vivir por sí mismo y permitía que en lugar de él, fuera Cristo el que viviera en él.

III. CON CRISTO ESTOY JUNTAMENTE CRUCIFICADO

Quizás algunos se pregunten: “¿Cómo puedo experimentar el hecho de que *ya no vivo yo*? ¿Cómo puede ser eliminado mi yo?”. La respuesta se halla en la primera parte de Gálatas 2:20: “Con Cristo estoy juntamente crucificado”. Si no estoy crucificado juntamente con Cristo, no puedo ser eliminado y mi “yo” subsiste. ¿Cómo puedo decir: “Ya no vivo yo”? Solamente los que están crucificados “juntamente con Cristo” pueden decir: “Ya no vivo yo”.

Si hemos de experimentar de manera concreta el hecho de que fuimos crucificados juntamente con Cristo, es necesario que ambas partes cooperen. Es imposible que experimentemos esta crucifixión si sólo hay cooperación de un solo lado; la cooperación de ambas partes es esencial.

Es imprescindible que nuestros ojos sean abiertos para ver que cuando Cristo fue crucificado, Dios puso nuestros pecados sobre Él y los clavó en la cruz. Esta parte de la obra le corresponde a Dios. Cristo murió por nosotros y quitó nuestros pecados. Esto ocurrió hace más de mil novecientos años, y nosotros lo creemos. Asimismo, cuando Cristo fue crucificado, Dios nos puso a *nosotros* en Cristo. Así pues, no sólo nuestros pecados fueron quitados hace más de mil novecientos años atrás, sino que incluso nuestra persona fue eliminada. Cuando Dios hizo que Cristo llevara sobre Sí nuestros pecados, también nos puso a nosotros mismos en Él. En la cruz, nuestros pecados fueron quitados y nuestra persona fue aniquilada. Recordemos Romanos 6:6, que dice: “Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él”. No tenemos que abrigar la esperanza de algún día ser crucificados con Cristo, pues ya fuimos crucificados juntamente con Él. Este es un hecho irreversible y para siempre: Dios nos ha puesto en Cristo, y cuando Cristo murió en la cruz, nosotros también morimos.

Si uno escribe unas cuantas palabras en un pedazo de papel y luego rompe el papel, también romperá con él las palabras que fueron escritas. La Biblia nos dice que el velo del templo estaba bordado con querubines (Éx. 26:1). También nos dice que cuando el Señor murió, el velo fue rasgado (Mt. 27:51), y por consiguiente, los querubines también fueron rasgados. El velo representa el cuerpo de Cristo (He. 10:20). Los querubines tenían un rostro de hombre, de león, de buey y de águila (Ez. 1:10; 10:20). Así pues, estos querubines representan a todos los seres creados. Cuando el cuerpo del Señor Jesús fue rasgado, toda la creación fue rasgada juntamente con Él. Él murió para que “gustase la muerte por todas las cosas” (He. 2:9). Así, toda la creación falleció con Él. Por años usted ha tratado en vano de hacer el bien y de ser un creyente exitoso, pero Dios lo ha crucificado con Cristo. Cuando Cristo fue crucificado, toda la vieja creación fue rasgada, incluyéndolo a usted.

Usted tiene que creer esta verdad. Es necesario que los ojos de su entendimiento sean abiertos y usted llegue a comprender que Cristo llevó sobre Sí, no solamente todos sus pecados, sino también su persona. Así como sus pecados fueron quitados en la cruz; de la misma manera, usted mismo ya fue crucificado. Cristo logró todo esto. Muchos fracasan porque continúan mirándose a sí mismos. Quienes tienen fe deben mirar a la cruz y fijar su mirada en lo que Cristo logró. ¡Dios me puso en Cristo! ¡Cuando Cristo murió, yo también morí!

Entonces, ¿por qué esta “persona” todavía vive? Si ya fue crucificada, ¿por qué sigue viviendo? Para resolver este problema, usted debe ejercitar su fe y su fuerza de voluntad para identificarse con Dios. Si usted se examina a sí mismo diariamente con la esperanza de mejorar, sólo conseguirá que su yo se haga más activo, pues ciertamente, no hará que este muera por sí mismo. ¿Qué es la muerte? Cuando alguien es tan débil, que ya no puede ser más débil, ha muerto. Muchos no reconocen su propia debilidad y siguen demandando mucho de sí mismos. Esto indica que aún no están muertos.

En Romanos 6 se nos dice que Dios nos crucificó juntamente con Cristo; sin embargo, en Romanos 7 se nos presenta a una persona que sigue valiéndose de su propia voluntad. Aunque Dios ya lo crucificó, él sigue procurando hacer el bien. Por un lado, no quiere morir, pero por otro, tampoco logra hacer el bien. Si sólo dijera: “Señor, no puedo hacer el bien y no creo que pueda hacerlo; no puedo ni tampoco trataré”, todo estaría bien. Pero Romanos 7 nos dice que el hombre no está dispuesto a morir. Dios ya crucificó nuestro viejo hombre, pero nosotros no queremos morir; seguimos procurando hacer el bien. Hoy muchos creyentes se siguen esforzando, aunque bien saben que no pueden lograrlo. Con respecto a ellos, no se puede hacer nada. Supongamos que una persona es muy impaciente. ¿Qué puede hacer? Quizá haga todo lo posible por ser paciente por su propio esfuerzo. Cada vez que ora, pide paciencia. Aún mientras trabaja, está pensando en la paciencia que necesita. Pero cuanto más trata de ser paciente, más impaciente se vuelve. En vez de tratar de ser paciente, debería decir: “Señor, Tú ya crucificaste esta persona impaciente. Soy impaciente. No quiero ser paciente ni voy a tratar de serlo”. Este es el camino de la victoria.

El Señor ya lo crucificó a usted. Usted simplemente debe decir: “Amén”. Puesto que usted ya fue crucificado, es inútil que trate de esforzarse por ser paciente, por ejemplo. Dios sabe que usted no puede convertirse en una persona paciente y por eso lo puso en la cruz. Aunque siga tratando de ser paciente, Dios lo ha desahuciado. Aún más, ya lo crucificó. Es un gran error pensar que usted logrará ser una persona paciente, y también es un grave error esforzarse por vivir la vida cristiana. Dios ya sabe que nosotros no podemos hacerlo y la única opción que nos plantea es la crucifixión. Aunque uno piense que puede lograrlo, Dios afirma que no es posible y lo que uno debe hacer es morir. ¡Qué gran necedad es

tomar determinaciones y continuar luchando! Puesto que Dios sabe que no podemos lograrlo, más nos vale concordar con Él. Dios sabe que merecemos morir. Si uno dice: “Amén, moriré”, todo queda resuelto. La cruz refleja la evaluación que Dios ha hecho de nosotros. Según la perspectiva divina, es imposible que nosotros podamos vivir la vida cristiana; de lo contrario, Él no nos habría crucificado. Pero Él sabe que la única alternativa que tenemos es la muerte y, por ello, nos crucificó. Si viéramos las cosas desde el punto de vista de Dios, todo quedaría solucionado. Hermanos y hermanas, Dios debe hacer que nosotros lleguemos a aceptar el veredicto que Él emitió con respecto a nosotros.

Aquí vemos dos aspectos: en primer lugar, Cristo murió, y nosotros fuimos crucificados, lo cual Dios llevó a cabo. En segundo lugar, nosotros tenemos que reconocer este hecho y decir amén. Estos dos aspectos deben operar para que la obra de Dios pueda tener algún efecto en nosotros. Si constantemente tratamos de hacer el bien y de ser pacientes y humildes, la obra de Cristo no tendrá ningún efecto en nosotros. Nuestra determinación de ser pacientes y humildes sólo empeorará las cosas. Más bien debemos inclinar la cabeza y decir: “Señor, Tú dijiste que estoy crucificado, así que yo diré lo mismo. Dijiste que soy inútil; por lo tanto, yo confesaré lo mismo. Dijiste que no puedo ser paciente, así que no trataré de serlo. Dijiste que no puedo ser humilde, entonces dejaré de intentar serlo. Esto es lo que soy. Es inútil que siga tratando de tomar más determinaciones; solamente sirvo para permanecer en la cruz”. Si hiciéramos esto, ¡Cristo viviría y se expresaría en nosotros!

No debemos pensar que practicar esto es algo muy difícil. Todo hermano y hermana cuando recibe la salvación debe aprender esta lección. Desde el comienzo debemos aprender a no vivir por cuenta propia. En lugar de esto, debemos permitir que el Señor viva. El problema radica en que muchos creyentes no han abandonado las esperanzas que tienen en sí mismos. Todavía siguen tratando de resolver los problemas por sí solos. El Señor Jesús no tiene ninguna esperanza en ellos, pero ellos todavía siguen luchando y procurando encontrar maneras de vivir como cristianos. Tropiczan una y otra vez, y siguen levantándose e intentando avanzar. Pecan una y otra vez, pero siguen haciendo resoluciones. Todavía tienen esperanzas en ellos mismos. El día vendrá en que Dios les concederá gracia y les abrirá los ojos. Ese día verán que, así como Dios los considera un caso perdido, ellos también deben estar conscientes de que están desahuciados. Puesto que Dios dijo que la muerte es el único camino, también ellos deben decir que la muerte es el único camino. Sólo entonces acudirán a Dios y confesarán: “Tú me crucificaste, así que yo no deseo seguir viviendo. Con Cristo estoy juntamente crucificado. De ahora en adelante, ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”.

Hemos errado durante muchos años. Hemos cometido muchos pecados y hemos estado esclavizados a nuestras muchas debilidades, a nuestro orgullo y a nuestro mal genio. Es hora que renunciemos a nosotros mismos. Debemos acercarnos al Señor y decir: “Ya basta; nada de lo que he tratado ha tenido éxito. Renuncio. Señor, Tú toma el control. Estoy crucificado. Desde ahora vive Tú en mi lugar”. Esto es lo que significa decir: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”.

IV. VIVO POR LA FE DEL HIJO DE DIOS

La segunda parte de Gálatas 2:20 también es muy importante: “Y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios”. Cristo vive en nosotros. De ahora en adelante, vivimos en la fe del Hijo de Dios. Por ello, podemos ejercitar nuestra fe a diario y, debido a que creemos que el Hijo de Dios vive en nosotros, podemos decirle al Señor: “Creo que Tú vives por mí; Tú eres mi vida. Creo que Tú vives en mí”. Cuando creemos de esta manera, vivimos de esta manera. Bajo ningún motivo volveremos a actuar por nosotros mismos. La lección fundamental de Romanos 7 consiste en que ya no podemos tomar nuestras propias determinaciones; es decir, que es mejor no proponernos hacer algo, pues tales decisiones son vanas. Puesto que todo cuanto hagamos por nosotros mismos es inútil, simplemente debemos detener cualquier iniciativa o determinación personal que queramos hacer.

Al tentarnos, Satanás no sólo se propone hacernos pecar, sino, más aún, hacer que nuestro viejo hombre actúe por sí mismo. Así pues, cuando somos tentados, tenemos que rehusarnos a actuar y debemos decirle al Señor: “Esto no me corresponde a mí, sino a Ti. Acudo a Ti para dejarte vivir en mi lugar”. Aprenda a acudir siempre al Señor. Nunca actúe por su cuenta propia. Fuimos salvos por medio de la fe, no por medio de las obras. Del mismo modo, debemos vivir dependiendo de la fe y no de nuestras obras o de nuestro propio esfuerzo. Fuimos salvos únicamente al poner nuestros ojos en el Señor. Asimismo, vivimos solamente por medio de poner nuestros ojos en Él. De la misma manera en que la salvación fue cumplida por el Señor sin involucrar ninguna de nuestras obras, así también nuestra vida hoy en la tierra es solamente el Señor viviendo en nosotros, sin necesidad de que nosotros intervengamos. Debemos poner nuestros ojos en el Señor nuestro Salvador y decirle: “Señor, eres sólo Tú; ya no soy yo”.

Si seguimos actuando por nosotros mismos después de decirle esto al Señor, lo habremos dicho en vano. Debemos detener toda actividad propia si queremos que estas palabras tengan algún significado. Hermanos y hermanas, debemos recordar que el fracaso no se debe a que no hacemos lo suficiente, sino a que hacemos demasiado. Mientras un individuo siga esforzándose, la gracia de Dios no podrá operar en él, ni él podrá recibir el perdón de sus pecados. De la misma

forma, mientras el hombre se esfuerce por realizar su propia obra, tratando de hacerlo todo solo, la vida de Cristo no podrá manifestarse en él. Este es un principio. La cruz no tendrá ningún efecto en los que confían en sus propias acciones y esfuerzos. Mientras sigamos insistiendo en nuestra propia bondad, no seremos salvos, pero cuando nos volvamos de nosotros mismos al Señor, seremos salvos. Lo mismo sucede hoy; si ustedes tratan de hacer obras, en lugar de dejar que la cruz y la vida de Cristo operen en ustedes, habremos impartido esta lección en vano. Debemos aprender a condenarnos a nosotros mismos. Debemos confesar que jamás venceremos por nosotros mismos. Debemos dejar de tomar nuestras propias determinaciones y de intentar lograr algo por nosotros mismos. Simplemente volvámonos al Señor y digámosle: “Acudo a Ti, pues vives en mí. Vive en mi lugar. Vengo a Ti para obtener la victoria. Te pido que expreses Tu vida en mí”. Si le decimos esto, el Señor hará esto en beneficio nuestro. Pero si dejamos de ejercitar nuestra fe, debido a que estamos empeñados en realizar esto por nuestro propio esfuerzo y labor, entonces el Señor no podrá hacer nada al respecto. Este asunto debe quedar definido de una vez por todas. Diariamente, debemos ejercitar nuestra fe y decirle al Señor: “¡Señor, yo no sirvo para nada! Tomo Tu cruz. Señor, no permitas que actúe por mí mismo. Señor, sé mi Amo y expresa Tu vida en mí”. Si podemos creer, esperar y confiar en el Señor de esta forma, podremos testificar diariamente: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”.

CAPÍTULO VEINTISIETE

BUSCAR LA VOLUNTAD DE DIOS

Lectura bíblica: Jn. 7:17; Mt. 10:29-31; 18:15-20; Ro. 8:14; Sal. 119:105; 1 Jn. 2:27

I. LA NECESIDAD DE OBEDECER LA VOLUNTAD DE DIOS

Antes de ser salvos, todo lo que hacíamos, lo hacíamos según nuestra propia voluntad. En aquel entonces, nos servíamos a nosotros mismos, y todo lo que hacíamos era para complacernos. Estábamos dispuestos a hacer cualquier cosa con tal que fuese de nuestro agrado o nos pusiese contentos. Pero ahora creemos en el Señor y hemos aceptado a Cristo Jesús como nuestro Salvador. Lo hemos reconocido como nuestro Amo y le servimos. Sabemos que Él nos redimió y que, por ende, le pertenecemos a Él y ahora vivimos para servirle. Es por este motivo que necesitamos un cambio fundamental. Ya no podemos seguir conduciéndonos regidos por nuestras preferencias; tenemos que andar según la voluntad de Dios. Después de creer en el Señor, el enfoque de nuestro vivir cambió. Nosotros ya no somos el centro; el centro es el Señor. Lo primero que debemos hacer después de ser salvos es preguntar: “¿Qué haré, Señor?”. Pablo hizo esta pregunta apenas fue salvo, según se nos cuenta en Hechos 22:10, y

nosotros también debemos formularnos la misma pregunta. Así pues, siempre que nos encontremos en alguna situación, debemos decir: “Señor, no sea como yo quiero, sino como Tú quieres”. Al tomar decisiones o al escoger nuestros caminos, debemos decirle al Señor: “No sea como yo quiero, sino como Tú quieres”.

La vida que poseemos tiene una demanda básica: que andemos conforme a la voluntad de Dios. Cuanto más obedezcamos la voluntad de Dios, más gozo tendremos. Cuanto más nos neguemos a nuestra propia voluntad, más recto será nuestro camino delante de Dios. Si andamos conforme a nuestra voluntad como solíamos hacer, no estaremos contentos, sino que sufriremos. Después de ser salvos, cuanto más vivamos según nuestra propia voluntad, más sufrimiento y menos gozo tendremos, pero cuanto más vivamos conforme a la nueva vida que tenemos ahora y cuanto más obedezcamos la voluntad de Dios, más gozo y paz tendremos. Este es un cambio maravilloso. No debemos pensar que seremos felices si andamos conforme a nuestra propia voluntad. Más bien, después de convertirnos en cristianos, si en lugar de andar de acuerdo a nuestros propios deseos, aprendemos a sujetarnos a la voluntad de Dios y la obedecemos, nuestro sendero estará lleno de paz y gozo. El gozo del cristiano no depende de que él pueda andar según sus propios deseos, sino que está estrechamente relacionado con el hecho de hacer la voluntad de Dios.

Una vez que llegamos a ser cristianos, tenemos que aprender a acatar la voluntad de Dios y a ser gobernados por ella. Si uno puede someterse humildemente a la voluntad de Dios, se evitará muchos desvíos innecesarios. Muchos fracasan y detienen el crecimiento de la vida divina en ellos, debido a que viven regidos por su propia voluntad. El resultado de conducirnos según nuestros propios deseos y determinaciones siempre será la tristeza y la miseria. A la postre, tendremos que andar conforme a la voluntad de Dios. Dios nos subyugará por medio de las circunstancias. Si Dios no nos hubiese elegido, nos permitiría andar como nos plazca. Pero puesto que Él nos escogió, nos conducirá en el camino de la obediencia y en armonía con Su manera de proceder. Nuestra desobediencia sólo redundará en desvíos innecesarios. De todos modos, al final, siempre tendremos que obedecer.

II. CÓMO CONOCER LA VOLUNTAD DE DIOS

Ahora debemos preguntarnos cómo podemos conocer la voluntad de Dios. Con frecuencia pensamos que nosotros, simples seres mortales, jamás podríamos llegar a entender la voluntad de Dios. Sin embargo, debemos tener presente que nosotros no somos los únicos que deseamos obedecer la voluntad de Dios, pues Dios mismo también desea que obedezcamos Su voluntad. Así que no sólo nosotros deseamos conocer Su voluntad; Él también desea que sepamos cuál es

Su voluntad. Puesto que Él desea que la obedezcamos, primero nos la debe dar a conocer. Por lo tanto, a Dios le corresponde revelarnos Su voluntad. Ninguno de los hijos de Dios debería preocuparse y decir: “Si no sé cuál es la voluntad de Dios, ¿cómo podré obedecerla?”. Esta preocupación es innecesaria porque Dios siempre encuentra la manera de darnos a conocer Su voluntad (He. 13:21). Tenemos que creer que Dios siempre nos revelará Su voluntad usando los medios más apropiados. Él debe decirnos cuál es Su voluntad. Si somos sumisos en nuestra actitud y nos hemos propuesto obedecer, sin duda conoceremos Su voluntad. Debemos tener la plena certeza de que Dios anhela revelar Su voluntad al hombre.

¿Cómo se puede conocer la voluntad de Dios? El creyente debe prestar atención a tres cosas a fin de conocerla. Si estas tres cosas concuerdan, entonces podremos estar seguros de que es la voluntad de Dios. Estas tres cosas son: (1) las circunstancias, (2) el guiar del Espíritu Santo y (3) las Escrituras. Estas tres cosas no están en orden de importancia ni en una secuencia especial. Simplemente queremos dejar establecido que estas son las tres cosas que nos ayudan a conocer la voluntad de Dios. Siempre que el testimonio de estas tres fuentes concuerde, podremos tener la certeza de que conocemos la voluntad de Dios. Si hay alguna discrepancia entre estos tres testimonios, todavía será necesario esperar. Tenemos que esperar hasta que estas tres cosas concuerden, para poder seguir adelante.

A. Las circunstancias

Lucas 12:6 dice: “¿No se venden cinco pajarillos por dos asariones?”. Mateo 10:29 dice: “¿No se venden dos pajarillos por un asarion?”. Si con un asarion se pueden comprar dos pajarillos, uno pensaría que con dos asariones se podrían comprar cuatro, pero el Señor dijo que con dos asariones se podían comprar cinco pajarillos. Es decir que con un asarion se compran dos pajarillos, pero con dos asariones se compran cuatro pajarillos más uno de regalo. Esto nos muestra cuán baratos eran los pajarillos. Sin embargo, incluso algo tan barato como un pajarillo, no cae a tierra si Dios no lo permite. Aun cuando el quinto pajarillo era entregado gratis, ni uno de ellos es olvidado por Dios. Ningún pajarillo cae a tierra sin el previo consentimiento de Dios. Esto muestra claramente que nada sucede sin el permiso de Dios. Si nuestro Padre celestial no lo permite, ni siquiera un pajarillo caerá a tierra.

Cuán difícil es contar los cabellos de una persona. Sin embargo, el Señor dijo: “Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados” (Mt. 10:30). Nadie sabe cuántos cabellos tiene, ni tendría la manera de contarlos, pero Dios los tiene todos contados. ¡Dios es muy minucioso y exacto!

Si Dios se ocupa de una criatura aparentemente tan insignificante como un pajarillo, ¡cuánto más cuidará de Sus propios hijos! Si Dios cuida de algo tan trivial como nuestro cabello, ¡cuánto más cuidará de otros asuntos de mayor importancia! Desde el momento en que creemos en el Señor, debemos aprender a reconocer Su voluntad en las circunstancias, pues nada nos sucede por casualidad. Todo es medido por el Señor. La carrera, el cónyuge, los padres, los hijos, los parientes y los amigos que tenemos, todo ello ha sido dispuesto por Dios. Detrás de todo lo que nos sucede a diario, está la mano providencial de Dios. Por consiguiente, necesitamos aprender a leer la voluntad de Dios en las circunstancias. Tal vez un nuevo creyente no tenga mucha experiencia en seguir la dirección del Espíritu, ni conozca mucho de las enseñanzas de las Escrituras, pero por lo menos puede ver la mano de Dios en las circunstancias. Esta es una lección básica que todo creyente debe aprender.

Leemos en Salmos 32:9: “No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento, / Que han de ser sujetados con cabestro y con freno, / Porque si no, no se acercan a ti”. En muchas ocasiones, cuando nos comportamos como un caballo o un mulo, sin entendimiento, Dios tiene que sujetarnos con cabestro y con freno para evitar que cometamos errores. ¿Alguna vez han visto a un criador de patos? Ellos suelen usar una vara larga para arrear a sus patos. Cuando los patos comienzan a desviarse a la derecha o a la izquierda, los vuelve a encaminar usando su vara. Los patos no tienen otra alternativa que seguir por el camino indicado. De la misma forma, tal vez nos encomendemos al Señor, diciendo: “Señor, verdaderamente soy como un caballo y como un mulo, pues carezco de entendimiento, pero no quiero cometer errores; deseo conocer Tu voluntad. Por favor, sujétame con Tu cabestro y detenme con Tu freno. Si me sueltas, me iré por el camino errado. Por favor, guárdame con Tu voluntad y dirígeme a Tu voluntad. Si me desvío, por favor detenme. No sé muchas cosas, pero sí sé lo que es el dolor. Cada vez que rechace Tu voluntad, ¡por favor detenme!”. Hermanos y hermanas, jamás debiéramos considerar insignificantes las circunstancias que Dios ha dispuesto para nosotros. Aunque hayamos caído en vergüenza, y hayamos venido a ser como un caballo o un mulo, casi siempre podremos contar con la misericordia de Dios para ponernos el freno a tiempo. Dios se vale de nuestras circunstancias para impedirnos que cometamos errores. Él nos obliga a que no tengamos otra alternativa que seguirlo a Él.

B. El guiar del Espíritu Santo

Podemos ver la mano de Dios en nuestras circunstancias, pero Él no se complace en guiarnos como si fuésemos caballos o mulos obstinados. Él desea dirigirnos desde nuestro interior. Romanos 8:14 dice: “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”. Somos hijos de Dios y Su vida está dentro de nosotros. Así pues, Dios no se limita a dirigirnos

mediante nuestras circunstancias, sino que también nos habla y nos guía desde nuestro interior por medio de Su Espíritu. El Espíritu mora en nosotros, y por ello la voluntad de Dios nos es revelada desde lo más profundo de nuestro ser.

El libro de Ezequiel nos dice que Dios pondrá en nosotros un “espíritu nuevo” (11:19). Y añade de nuevo: “Pondré espíritu nuevo dentro de vosotros ... Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu” (36:26-27). Debemos distinguir entre “un espíritu nuevo” y “mi Espíritu”. Aquí, “mi Espíritu” se refiere al Espíritu de Dios, mientras que “un espíritu nuevo”, se refiere a nuestro espíritu cuando fuimos regenerados, el cual es como un templo, un hogar en donde mora el Espíritu de Dios. Si no tuviésemos un espíritu nuevo dentro de nosotros, Dios no nos habría dado Su Espíritu, y el Espíritu Santo no habría venido a morar en nuestro ser. A través de los siglos, Dios siempre ha querido dar Su Espíritu al hombre. Sin embargo, el espíritu del hombre había sido envilecido, contaminado por el pecado; estaba muerto y también sujeto a la degradación de la vieja creación. Por todo ello, era imposible que el Espíritu de Dios morara en el hombre, aunque este siempre fue Su deseo. Antes de estar en la posición de recibir el Espíritu de Dios, el hombre necesita recibir un espíritu nuevo por la regeneración, a fin de que Dios pueda morar en él.

Una vez que los nuevos creyentes adquieren un espíritu nuevo, el Espíritu de Dios mora en ellos. Entonces, de manera espontánea, el Espíritu de Dios puede comunicarles Su voluntad, debido a que ahora, en lo más íntimo de su ser, ellos poseen cierto sentir interno. Así pues, los nuevos creyentes no solamente son capaces de discernir lo que ha dispuesto Dios en las circunstancias, sino que ahora además, poseen internamente cierto conocimiento y seguridad. No sólo debemos aprender a confiar en la providencia de Dios que rige en nuestras circunstancias, sino que también debemos aprender a confiar en el guiar del Espíritu Santo dentro de nosotros. En el momento apropiado, cuando surja la necesidad, seremos iluminados en nuestro interior por el Espíritu de Dios, el cual despertará en nosotros cierto sentir y así nos revelará lo que procede de Dios y lo que no procede de Él.

Cierto hermano, antes de convertirse, solía beber. A él le encantaba beber y todos los inviernos consumía grandes cantidades de vino; incluso elaboraba su propio vino. Luego tanto él como su esposa fueron salvos. Puesto que él carecía de buena educación, le era muy difícil leer la Biblia. Cierta día, habiendo preparado su bebida y alimentos, se disponía a beber como lo solía hacer, pero después de dar gracias al Señor por los alimentos, se detuvo y le preguntó a su esposa: “¿Puede tomar vino un creyente?”. Su esposa le dijo que ella no sabía. Él agregó: “Es una lástima no tener a quién preguntarle”. Su esposa le respondió: “El vino y la comida ya están listos. Comamos hoy y averiguaremos después”. Una vez más dio gracias, pero sintió interiormente que algo no estaba bien.

Pensó que como cristiano debería averiguar si los hijos de Dios pueden tomar vino o no. Le dijo a su esposa que sacara la Biblia, pero no sabía qué pasaje leer. Así que, se encontró en un callejón sin salida. Después de algún tiempo, conoció a alguien a quien pudo relatarle aquel incidente; esta persona de inmediato le preguntó si finalmente había tomado vino ese día, y nuestro hermano le respondió: “Al final, no lo tomé, porque *el dueño de casa en mi interior* no me lo permitió; así que ese día no tomé vino”.

Si uno desea obedecer la voluntad de Dios, descubrirá cuál es Su voluntad. Sólo aquél que es insensible a tal sentir interno permanecerá en tinieblas. Si nuestro propósito sincero es obedecer la voluntad de Dios, Aquel “dueño de casa en nuestro interior” nos guiará. El *dueño de casa* al que se refería nuestro hermano, es en realidad el Espíritu Santo. Cuando una persona cree en el Señor, el Espíritu Santo viene a morar en ella a fin de dirigirla y así convertirse en su Amo. Dios revela Su voluntad no sólo por medio de nuestras circunstancias, sino también por medio del *dueño de casa en nuestro interior*.

El Espíritu Santo generalmente nos guía mediante dos clases de indicaciones. El Espíritu nos dirige instándonos interiormente a hacer algo. Este es el caso mencionado en Hechos 8:29 en el que “el Espíritu dijo a Felipe: Acércate y júntate a ese carro”, así como el caso mencionado en Hechos 10:19-20, cuando el Espíritu Santo le dijo a Pedro: “Levántate, baja y vete con ellos sin dudar”. Estas son instancias en las que el Espíritu nos urge a hacer algo. En otros casos, el Espíritu nos dirige impidiéndonos hacer algo. Este es el caso mencionado en Hechos 16:6-7: “Habiéndoles prohibido el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron entrar en Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió”. En estos casos ellos fueron restringidos internamente. El relato del “dueño de casa en mi interior” es un caso típico de ser restringidos internamente.

Todo creyente nuevo debe estar algo familiarizado con este sentir interno si desea conocer la voluntad de Dios. El Espíritu de Dios mora en lo más íntimo de nuestro ser. Por tanto, este sentir producido por el Espíritu no es algo superficial ni una mera emoción externa, sino que surge en lo más profundo de nuestro ser. Es una voz que no llega a ser una voz, y un sentir que en realidad no puede definirse como sentimiento. Se trata del Espíritu de Dios en nuestro interior que nos muestra si algo se conforma a Su voluntad o no. Si poseemos la vida divina, nos sentiremos bien cuando actuemos conforme a esta vida, y nos sentiremos muy mal si desobedecemos y nos desviamos, aunque sea sólo un poco, de esta vida. El creyente debe vivir de tal manera que ceda a esta vida. No debemos hacer nada que perturbe nuestra paz interna. Cuando nos sintamos turbados, debemos tener en cuenta que el Espíritu en nuestro interior está descontento y afligido por lo que estamos haciendo. Si hacemos algo contrario al

Señor, careceremos de paz interna. A medida que lo realicemos, tendremos menos paz y menos gozo. En cambio, si algo procede del Señor, espontáneamente tendremos paz y gozo.

Sin embargo, no debemos analizar demasiado nuestros sentimientos internos, pues ello nos acarrearía confusión. Si usted está constantemente analizando si algo es correcto o no, acabará por confundirse. Algunos no dejan de preguntarse cuál es el sentir del Espíritu y cuál es el sentir del alma. Siempre analizan si algo es correcto o incorrecto. Esto no es nada saludable; de hecho, es una enfermedad espiritual. Es muy difícil hacer volver al camino recto a una persona que se auto-analiza demasiado. Espero que ustedes puedan evadir esa trampa. En realidad, uno analiza cuando carece de suficiente luz, pues si la tuviera, todo le sería aclarado espontáneamente, y no tendría que desperdiciar sus fuerzas haciendo tales análisis. Si una persona procura obedecer sinceramente al Señor, podrá sentir fácilmente el guiar interior.

C. Las enseñanzas de las Escrituras

La voluntad de Dios es revelada y conocida no sólo por las circunstancias y por el Espíritu que mora en nosotros, sino también por medio de la Biblia.

La voluntad de Dios nunca cambia. Su voluntad es revelada a través de las diversas experiencias vividas por los hombres de antaño, que se hallan relatadas en la Biblia. La voluntad de Dios se revela en forma de principios y ejemplos bíblicos. Para conocer la voluntad de Dios, debemos estudiar cuidadosamente la Biblia, ya que este no es un libro de simples narraciones, sino un libro de un contenido rico y profundo. La voluntad de Dios se revela plenamente en las Escrituras. Basta con fijarnos en lo que Dios dijo en el pasado, para reconocer cuál es Su voluntad hoy, pues Su voluntad es siempre la misma. En Cristo sólo hay un sí (2 Co. 1:19). La voluntad de Dios para con nosotros jamás contradice lo que enseña la Biblia. El Espíritu Santo nunca nos conducirá a hacer algo que Él haya condenado en la Biblia.

La Palabra de Dios es lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino (Sal. 119:105). Si deseamos entender la voluntad de Dios y ser guiados por Él, debemos estudiar la Biblia de forma seria y cuidadosa.

Dios nos habla por medio de la Biblia de dos maneras: mediante la enseñanza de principios bíblicos y mediante las promesas que constan en la Biblia. Necesitamos la iluminación del Espíritu Santo para entender los principios bíblicos y necesitamos el guiar del Espíritu para recibir las promesas de la Biblia. Por ejemplo, el Espíritu puede hablarnos mediante el mandamiento que da el Señor en Mateo 28:19-20, de que todos los creyentes deben predicar el

evangelio. Esta enseñanza constituye un principio bíblico. Sin embargo, si es la voluntad de Dios o no que vayamos a un determinado lugar a predicar el evangelio, dependerá únicamente del guiar del Espíritu. Así pues, todavía es necesario que usted ore mucho al respecto y le pida a Dios una palabra específica. Cuando el Espíritu Santo pone en lo íntimo de su ser cierta frase o versículo de manera poderosa, fresca y viviente; entonces, usted habrá recibido una promesa del Espíritu. Es así como usted podrá identificar la voluntad de Dios.

Algunos creyentes se valen de métodos supersticiosos para indagar la voluntad de Dios. Abren la Biblia y oran: "Oh Dios, por favor lleva mi dedo al versículo que me revele Tu voluntad". Después de orar con los ojos cerrados, abren la Biblia y señalan cualquier pasaje con el dedo. Luego abren los ojos y asumen que el versículo que lean primero será el que refleje la voluntad de Dios. Algunos creyentes en su estado pueril tratan de conocer a Dios de esta forma. Y debido a su desesperación, es posible que Dios sea condescendiente con su ignorancia y les muestre qué camino seguir, pero debemos poner en claro que esta no es la manera apropiada de determinar cuál es la voluntad de Dios. De hecho, tales métodos no darán resultado en la mayoría de los casos y constituyen una senda peligrosa que deja un amplio margen para cometer errores. Hermanos y hermanas, recuerden que poseemos la vida divina y que el Espíritu de Dios mora en nosotros. Debemos pedirle a Dios que nos revele Su Palabra por medio del Espíritu Santo. Nuestro estudio de la Biblia debe ser concienzudo y sistemático, y debemos memorizarla bien. Ello permitirá que cuando sea necesario, el Espíritu Santo use los pasajes que hayamos estudiado para hablarnos y guiarnos.

Combinemos ahora las tres cosas que hemos mencionado. No es necesario que se den en cierto orden. A veces las circunstancias se nos presentan primero, luego recibimos instrucciones del Espíritu y después las enseñanzas de la Biblia. En otras ocasiones, primero recibimos la dirección del Espíritu y las enseñanzas de la Biblia, y sólo después discernimos que nuestras circunstancias confirman tales palabras. Nuestras circunstancias nos indican, sobre todo, el tiempo elegido por Dios para realizar algo. Cuando el hermano George Müller buscaba la voluntad de Dios, siempre se hacía tres preguntas: (1) ¿Es esto obra de Dios? (2) ¿Soy yo la persona que debe realizar esta obra? (3) ¿Es este el momento que Dios determinó para que dicha obra se realice? Se puede responder a la primera y a la segunda pregunta basándonos en lo que enseña la Biblia y en cómo nos guíe el Espíritu, pero para definir la tercera pregunta requiere la provisión de las circunstancias.

Si queremos tener la certeza de que nuestro sentir interno representa el guiar del Espíritu, debemos hacernos dos preguntas: (1) ¿Está de acuerdo con la

enseñanza de la Biblia? (2) ¿Está confirmado por nuestras circunstancias? Si nuestro sentir interno no concuerda con la Biblia, no puede representar la voluntad de Dios. Si las circunstancias no proporcionan ninguna confirmación, debemos esperar. Puede ser que nuestro sentir esté equivocado o que no sea el tiempo del Señor.

Al buscar la voluntad del Señor, debemos cultivar un temor sano a equivocarnos. No debemos aferrarnos a un sentir personal. Podemos pedirle a Dios que bloquee los caminos que no concuerden con Su voluntad.

Supongamos que alguien le propone realizar cierta labor, o usted mismo se propone realizar algo, o que alguien le ha aconsejado evaluar su futuro. Al contemplar esta clase de decisiones, ¿cómo puede usted saber si ello concuerda con la voluntad de Dios? En primer lugar, usted debe examinar las enseñanzas de la Biblia e identificar lo que Dios dijo en Su Palabra sobre tales asuntos; después debe examinar su sentir personal al respecto. Si bien la Biblia enseña esto, ¿su sentir interno se ajusta a ello? Si hay alguna discrepancia, demuestra que aún no puede confiar en su sentir interno y, por tanto, usted debe continuar esperando y buscando al Señor. Pero si su sentir interno concuerda con el testimonio de la Biblia, entonces debe volverse a Dios y orar: “Oh Dios, Tú siempre me has revelado Tu voluntad por medio de las circunstancias. Es imposible que mi sentir interno y la enseñanza de la Biblia estén señalando en una dirección, y mis circunstancias en otra. ¡Señor! Por favor, opera en mis circunstancias y haz que ellas concuerden con Tus instrucciones bíblicas y con el guiar del Espíritu”. Usted verá que Dios siempre confirma Su voluntad mediante las circunstancias. Recuerde que no cae un pajarillo a tierra si no es la voluntad de Dios. Si lo que usted se propone hacer es la voluntad de Dios, sus circunstancias ciertamente concordarán con su sentir interior, así como con lo que ve en la Biblia. Si puede ver con claridad su sentir interno, la enseñanza de la Biblia y las circunstancias, entonces también podrá discernir claramente la voluntad de Dios para con usted.

III. LA CONFIRMACIÓN DE LA IGLESIA Y OTROS FACTORES

La voluntad de Dios, además de revelarse en Su Palabra, en el espíritu del hombre y por medio de las circunstancias, se revela también por medio de la iglesia. Al buscar la voluntad de Dios en cuanto a cierto asunto, uno debe estar claro con respecto a cuál es la dirección a la que le guía el Espíritu, la enseñanza de las Escrituras y lo que indican nuestras circunstancias. Además, en lo posible se debe buscar comunión con los miembros de la iglesia que conocen a Dios, a fin de saber si ellos pueden dar el amén al guiar del Señor en usted, pues ello representará una confirmación adicional con respecto a la voluntad de Dios.

Estas personas conocen más la Palabra de Dios, su carne ha sido algo eliminada y se encuentran bajo la dirección del Espíritu. Debido a tal condición espiritual, Dios expresa lo que está en Su corazón más libremente a través de ellas. Tales personas tomarán en cuenta cuál sea la condición espiritual suya en la vida de iglesia y verán si pueden decir amén a lo que usted ha visto. Si ellos le dan el amén, usted podrá tener la certeza de que el sentir que usted tiene es la voluntad de Dios. Pero si ellos no le pueden dar el amén, será mejor que usted espere y busque que el Espíritu lo guíe más. Como individuos, estamos bajo ciertas limitaciones. De hecho, es posible que lo que uno percibe internamente, lo que uno entiende sobre la base de las Escrituras y lo que uno discierne con respecto a sus circunstancias sea todo equivocado. En ese sentido, la iglesia es mucho más confiable. Así pues, si los otros miembros de la iglesia piensan que la “directiva” que usted cree haber recibido no es digna de confianza, entonces usted no debe insistir. No piense que la “directiva” que usted percibe es siempre digna de toda confianza. Es en tales ocasiones que debemos aprender a ser humildes.

Mateo 18 nos habla del principio que rige en la vida de iglesia. Si un hermano peca contra otro, el hermano ofendido debe hablar a solas con el ofensor; si este rehúsa escucharlo, debe tomar a uno o dos consigo para que por boca de dos o tres testigos conste todo asunto. Si el ofensor se niega a escuchar, se debe comunicar el asunto a la iglesia. Finalmente, el ofensor tiene que oír a la iglesia. Debemos aceptar el sentir de la iglesia. El Señor Jesús dijo: “Todo lo que atéis en la tierra, habrá sido atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, habrá sido desatado en el cielo” (v. 18). Puesto que la iglesia es la morada de Dios y el faro de Su luz, necesitamos creer que la voluntad de Dios se revela en la iglesia. Debemos humillarnos y de temer nuestro juicio personal. Por ello necesitamos tener comunión con la iglesia y recibir el suministro del Cuerpo.

La iglesia tiene una gran responsabilidad delante de Dios, pues tiene que actuar como luz de Dios. Si la iglesia es descuidada y actúa en forma carnal o irresponsablemente, no podrá suministrarnos confirmación alguna. La iglesia puede proporcionar una confirmación divina y fidedigna si es que ha llegado a ser el portavoz del Espíritu Santo. Por ello, la iglesia tiene que ser espiritual y debe permitir que el Espíritu presida en ella, pues sólo así el Espíritu podrá usarla como el portavoz de Dios. Cuando nos referimos a recibir la confirmación de la iglesia, ello no implica que todos los hermanos y hermanas de la iglesia deban discutir el asunto en una reunión. Más bien, nos referimos al hablar de un grupo de personas que conocen a Dios y que son guiadas por el Espíritu. Por este motivo, los ancianos encargados de la iglesia y los que realizan la obra del Señor, deben poseer cierto conocimiento de los asuntos espirituales; su carne debe haber sido eliminada hasta cierto grado; y deben mantenerse velando todo el tiempo y deben tener comunión ininterrumpida con el Señor. Además, deben

estar llenos de la presencia de Dios, y deben vivir y ser dirigidos por el Espíritu Santo. Sólo entonces ellos podrán emitir un juicio acertado, y únicamente entonces el Espíritu proveerá una confirmación exacta por medio de ellos.

Algunos posiblemente citen Gálatas 1:16-17, donde dice que cuando Pablo recibió una revelación, no consultó con carne ni sangre, ni subió a Jerusalén a ver a los apóstoles que eran antes que él. Creen que es suficiente que únicamente ellos vean algo con claridad y que no es necesario tener comunión con la iglesia. Sin duda, una persona con una revelación tan clara como la de Pablo, puede tener confianza en lo que ve. Pero, ¿ha recibido usted la revelación de la misma forma que Pablo? Aun Pablo recibió la ayuda y suministro del Señor por medio de otros hermanos. Él vio una gran luz cuando iba camino a Damasco; cayó a tierra y escuchó que el Señor le dijo: “Levántate y entra en la ciudad, y *se te dirá lo que debes hacer*”. Así pues, él tuvo que recibir la imposición de manos de un hermano poco conocido, llamado Ananías. Asimismo, los colaboradores de la iglesia de Antioquía le impusieron las manos y lo enviaron a la obra (Hch. 9:3-6, 12; 13:1-3). Lo que Pablo escribió en el primer capítulo de Gálatas, tenía el propósito de demostrar que el evangelio que él anunciaba no era según hombre, sino que lo había recibido “por revelación de Jesucristo” (vs. 11-12). No detectamos jactancia alguna en tales palabras. Debemos ser humildes y no ser obstinados. No debiéramos tener un concepto demasiado elevado de nosotros mismos. ¡El hecho es que estamos muy por debajo de Pablo como para compararnos con él! Debido a que estamos personalmente involucrados, nuestros intereses y sentimientos personales son como una nube que nos impide ver claramente, cada vez que procuramos conocer la voluntad de Dios. Por ello, se hace necesaria la intervención de la iglesia, pues ella podrá suministrarnos lo que necesitamos y sernos de mucha ayuda. Siempre que sea necesario, no debemos titubear en ir y obtener la confirmación de parte de la iglesia.

Sin embargo, también debemos evitar irnos al otro extremo. Algunos cristianos son demasiado pasivos. Todo lo consultan con la iglesia, queriendo que los demás tomen las decisiones por ellos. Esto está en contra del principio neotestamentario. No podemos tratar a un grupo de personas espirituales de la iglesia como si fueran los profetas del Antiguo Testamento, pidiéndoles consejo para todo. En 1 Juan 2:27 dice: “Y en cuanto a vosotros, la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas...”. Esta unción es el Espíritu que mora en nosotros. La confirmación de parte de la iglesia jamás podrá reemplazar la enseñanza de la unción. La confirmación de parte de la iglesia no debiera ser estimada como si se tratara de las palabras de los profetas. Su propósito es el de confirmar lo que vemos, para que nosotros podamos tener

la certeza de la voluntad de Dios. Es una protección y no un sustituto de nuestra búsqueda personal de la voluntad de Dios.

Debemos recalcar que este método de buscar la voluntad de Dios sólo debe aplicarse en asuntos importantes. En lo relacionado con asuntos triviales, no necesitamos recurrir a todo esto. Podemos tomar decisiones basándonos en nuestro sentido común. Dios no nos ha despojado de nuestro propio juicio. Él desea que usemos nuestro propio juicio en los asuntos que simplemente requieren de sentido común. Por consiguiente, el método propuesto debe emplearse solamente al buscar la voluntad de Dios en cuanto a los asuntos más importantes de nuestra vida.

Al buscar la voluntad de Dios, no debemos caer en un estado anormal en donde ponemos la mente en blanco, y nuestra voluntad permanece completamente pasiva. Hebreos 5:14 habla de aquellos “que por la práctica tienen las facultades ejercitadas en el discernimiento del bien y del mal”. Debemos usar tanto nuestra mente como nuestra voluntad. Nuestra voluntad debe estar del lado de Dios, y debemos colaborar con Él. Es cierto que tenemos que hacer a un lado nuestra propia voluntad, pero es incorrecto anular la función que cumplen nuestra mente y nuestra voluntad, permitiéndoles que estén pasivas. Muchos confían en su intelecto y no en Dios, lo cual es un grave error, pero otros piensan que confiar en Dios significa prescindir de la función que desempeñan nuestras mentes, lo cual también es un grave error. Cuando Lucas escribió su evangelio, dijo que había “investigado con diligencia” (1:3). En Romanos 12:2 Pablo nos mandó que fuésemos transformados por medio de la renovación de nuestra mente para que comprobemos cuál sea la voluntad de Dios. Al buscar la voluntad de Dios, necesitamos valernos de nuestra mente y nuestra voluntad. La mente y la voluntad tienen que ser transformadas y renovadas por el Espíritu Santo.

Debemos mencionar brevemente el asunto de las visiones y los sueños. En el Antiguo Testamento Dios revelaba Su voluntad a los hombres por medio de visiones y sueños. En el Nuevo Testamento también hay visiones y sueños, pero Dios no los usa como medios esenciales para dirigir a los suyos. En la era del Nuevo Testamento, el Espíritu de Dios mora en nosotros y nos habla directamente desde nuestro interior. El medio más importante y común para recibir dirección específica es el guiar interior. Dios nos guiará por medio de sueños y visiones sólo cuando haya algo muy importante que deba decirnos, que en condiciones normales nos sería difícil aceptar. En el Nuevo Testamento, las visiones y los sueños no son el medio usual que usa Dios para dirigirnos. Por tanto, aunque tengamos visiones y sueños, de todos modos necesitamos ser resguardados al indagar cuál es la correspondiente confirmación tanto de nuestro sentir interno como de las circunstancias externas. Por ejemplo, Hechos

10 nos muestra que Dios quería que Pedro le predicara el evangelio a los gentiles. Pedro, siendo judío, nunca iría a los gentiles, pues se lo impedía su tradición. A fin de que Pedro superara tales prejuicios, Dios tuvo que mostrarle una visión. Después que Pedro recibió dicha visión, Cornelio le envió tres delegados suyos; estas circunstancias fueron una confirmación externa, a lo cual se unió lo que el Espíritu Santo le habló. Recibir confirmación tanto interna como externa le permitió a Pedro tener la certeza de que él estaba actuando en conformidad con la voluntad de Dios.

Ciertamente hay casos en los que uno no tiene mucho tiempo para meditar ni esperar. En tales casos uno puede determinar la voluntad de Dios de manera inmediata si la visión o el sueño es claro y obvio, y nuestro sentir interno lo confirma; en tales casos, no es necesario esperar la confirmación de las circunstancias. Por ejemplo, Pablo tuvo un éxtasis mientras oraba en el templo. Él vio que el Señor le hablaba y le ordenaba salir cuanto antes de Jerusalén. Al principio argumentó con el Señor y trató de rehusarse, pero el Señor volvió a hablarle: “Ve, porque Yo te enviaré lejos a los gentiles” (Hch. 22:17-21). En otra ocasión, Pablo enfrentaba una fuerte tormenta en alta mar y perdió toda esperanza de sobrevivir. Entonces Dios envió un ángel para que estuviera a su lado y le confortara, diciéndole que no temiera (27:23-34). Estas fueron visiones claras, pero no ocurren frecuentemente en el Nuevo Testamento. Dios revelaba cosas a Sus hijos en visiones y sueños sólo cuando había una necesidad especial. Algunos creyentes tienen continuamente lo que ellos llaman sueños y visiones. Esta es una especie de enfermedad espiritual. Puede provenir de algún desorden mental, de un ataque de Satanás o del engaño de espíritus malignos. Sea cual fuere la causa, es una situación anormal.

En conclusión, Dios guía a los hombres de muchas maneras. Todos diferimos en cuanto a nuestra condición espiritual. Es por eso que Dios nos guía de diferentes maneras. Sin embargo, Dios principalmente se vale de nuestras circunstancias, Su dirección interna y las enseñanzas de la Biblia. Recalquemos de nuevo que cuando estas tres cosas concuerdan, podemos confiar que tenemos la voluntad de Dios.

IV. LOS QUE SON APTOS PARA CONOCER LA VOLUNTAD DE DIOS

Finalmente, incluso el conocimiento de todos los métodos correctos no garantiza que podamos conocer la voluntad de Dios. Un método correcto arroja resultados válidos únicamente si la persona que lo emplea es la correcta. Si la persona no es correcta, hasta los métodos acertados son inútiles. Es inútil que una persona rebelde trate de conocer la voluntad de Dios. Si uno desea conocer

la voluntad de Dios, debe ser motivado por el anhelo profundo de llevarla a cabo.

Deuteronomio 15:17 relata el caso del esclavo que se hace perforar la oreja contra el dintel de la puerta de su amo, lo cual da a entender que para servir a Dios, nuestros oídos tienen que escuchar Su palabra constantemente. Debemos acercarnos al Señor y decirle: “Estoy dispuesto a poner mi oreja contra la puerta, pues quiero inclinar mi oído a Tu palabra. Deseo servirte y hacer Tu voluntad. Te suplico de todo corazón que me permitas servirte. Te serviré porque Tú eres mi Amo. Tengo un vivo deseo en el corazón de ser Tu esclavo. Déjame oír Tu palabra y muéstrame Tu voluntad”. Necesitamos acudir al Señor y suplicarle que nos confíe Su palabra. Tenemos que inclinar nuestro oído y ponerlo contra el dintel de la puerta para que Él lo perfore. Tenemos que esperar Su comisión y estar atentos a Su mandato.

En más de una ocasión me he sentido profundamente entristecido al ver que muchos se afanan por descubrir las diversas maneras de conocer la voluntad de Dios mas no están enteramente dispuestos a obedecer a Dios. Ellos se limitan a estudiar tales métodos a fin de adquirir conocimiento, pero en realidad están dirigidos por sus propios deseos. Ellos meramente toman a Dios como su consejero y a Su voluntad como mero punto de referencia. Hermanos y hermanas, la voluntad de Dios sólo es dada a conocer a quienes están determinados a obedecerla! “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá...” (Jn. 7:17). Para conocer la voluntad de Dios, debemos estar decididos a cumplirla. Si uno tiene un deseo intenso y absoluto de hacer la voluntad de Dios, Dios le dará a conocer Su voluntad aunque uno no conozca los métodos apropiados. Hallamos lo siguiente en la Biblia: “Porque los ojos de Jehová recorren toda la tierra, para fortalecer a los que tienen corazón perfecto para con Él” (2 Cr. 16:9). La traducción literal de este versículo es: “Porque los ojos de Jehová corren de aquí a allá por toda la tierra, para mostrarse fuerte a favor de los que tienen un corazón inclinado completamente a Él”. Sus ojos escudriñan corriendo por toda la tierra de uno a otro confín. Sus ojos no corren solamente una vez, sino que viajan continuamente para ver si el corazón de alguien busca Su voluntad. Él se aparecerá a aquel cuyo corazón esté totalmente inclinado a Él. Si su corazón está completamente inclinado hacia el Señor y dice: “Señor, sólo deseo Tu voluntad; verdaderamente la deseo”, Dios le mostrará Su voluntad. Él no se abstendrá de revelarse a Sí mismo a usted. Él tiene que revelarse a Sí mismo a usted. No debemos pensar que sólo aquellos que han creído en el Señor por mucho tiempo pueden entender Su voluntad. Esperamos que todos los creyentes ofrezcan todo lo que tienen, desde el día que fueron salvos. Esto les abrirá el camino para entender la voluntad de Dios.

No debemos creer que conocer la voluntad de Dios es asunto trivial. A los ojos de Dios, nosotros somos como insignificantes gusanos. ¡Es maravilloso que seres así, puedan conocer la voluntad de Dios! ¡Quiera el Señor mostrarnos lo glorioso que es conocer Su voluntad! Puesto que Dios se humilló a Sí mismo a fin de darnos a conocer Su voluntad, nosotros tenemos que procurar conocerla y debemos adorarla, atesorarla y cumplirla.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

LA ADMINISTRACIÓN DE NUESTRAS FINANZAS

Lectura bíblica: Lc. 6:38; 1 Ti. 6:7-10, 17-19; 2 Co. 9:6; Mal. 3:10; Pr. 11:24; Fil. 4:15-19

I. ADMINISTRAR NUESTRAS FINANZAS EN CONFORMIDAD CON LOS PRINCIPIOS ESTABLECIDOS POR DIOS

En este capítulo hablaremos acerca de las ofrendas monetarias y el acto de dar en general. Después que una persona ha vendido todas sus posesiones, aún seguirá percibiendo ingresos; el dinero todavía encontrará la manera de llegar a sus manos. Entonces, ¿cómo deberá administrar su dinero? Incluso después que tal persona ha ofrendado todo su dinero, no debiéramos pensar que el dinero no volverá a ejercer influencia alguna sobre ella. Puede ser que algunos hayan podido entregar todo su dinero en un solo momento, pero el dinero, gradualmente, puede volver a ejercer influencia sobre ellos. Llegará el tiempo en que nuevamente considerarán que su dinero les pertenece a ellos. Por tanto, un creyente tiene que aprender a renunciar a su dinero constantemente.

La manera en que los cristianos debemos administrar nuestros bienes, difiere radicalmente de la manera en que los incrédulos administran los suyos. La manera cristiana de administrar las finanzas es por medio de dar, mientras que los incrédulos lo hacen por medio de acumular. Hoy estamos interesados en ver cómo debe vivir un cristiano a fin de ser libre de toda necesidad. Dios nos ha prometido que no nos faltará nada en esta tierra. Las aves del cielo no carecen de comida y a las flores del campo no les falta el vestido. Así mismo a los hijos de Dios no debiera faltarles el vestido ni el alimento; si ellos padecen necesidad, tiene que existir una razón para ello. Si un hermano está en aprietos económicos, entonces este hermano no está administrando sus bienes en conformidad con los principios que Dios estableció.

Después que usted ha renunciado a todas sus posesiones para seguir al Señor, debe conducirse según los principios establecidos por Dios. Si usted no se ciñe a tales principios, llegará el momento en que se encontrará en pobreza. Existe una

gran necesidad de que muchos de los hijos de Dios aprendan a administrar sus bienes. De lo contrario, únicamente pueden esperar encontrar dificultades en su camino. Hoy queremos considerar la manera de obtener la prosperidad que Dios concede.

II. LA PROVISIÓN QUE DIOS DA, ES CONDICIONAL

Mientras vivamos en esta tierra como creyentes, tenemos que depender del Señor para nuestra alimentación, vestimenta y otras necesidades. Sin la misericordia de Dios, no podríamos sobrevivir un solo día en este mundo. Esto es cierto incluso para los ricos; ellos también tienen que depender del Señor. Durante la segunda guerra mundial vimos que muchos ricos fueron despojados hasta de sus vestidos y alimentos. Un día mucha gente sentirá remordimiento por sus riquezas. Pablo nos advirtió que no debemos depender de las riquezas inciertas. Una persona avara será siempre una persona ansiosa. Aquellos que confían en el Señor quizás no tengan muchos ahorros, pero nunca serán abandonados por el Señor en medio de sus dificultades. Él puede suplirles todo lo que necesitan. Sin embargo, también tenemos que darnos cuenta que tal suministro tiene condiciones.

Si Dios es capaz de alimentar las aves del campo, entonces Él es capaz de mantenernos vivos. En realidad, nadie puede alimentar a todas las aves ni proveer suficientes fertilizantes para hacer crecer a todos los lirios del campo. Pero Dios posee suficientes riquezas para sustentar las aves del cielo y los lirios del campo. Dios también tiene suficientes riquezas para mantener vivos a Sus hijos. Dios no desea que nos falte nada. Él no desea que seamos privados de nada de lo que necesitamos para vivir. Todos los que padecen privaciones, se encuentran en tal situación debido a problemas que radican en ellos mismos; es decir, debido a que no han administrado sus bienes en conformidad con lo dispuesto por Dios. Si administramos nuestro dinero en conformidad con las leyes establecidas por Dios, no padeceremos pobreza.

Leamos Lucas 6:38. Esta porción de la Palabra nos describe la clase de persona a quien Dios provee. Dios siempre está dispuesto a dar. Cuando Él provee, es capaz de suministrar con tanta abundancia que va a salir de nuestra boca, y tal vez hasta que la aborrezcamos, tal como se narra en Éxodo. Así pues, Dios no tiene ninguna dificultad en realizar algo así. Jamás debiéramos pensar que Dios es pobre. Suya es toda bestia del bosque y los millares de animales en los collados. Si todo le pertenece a Dios, ¿por qué Sus hijos son pobres? ¿Por qué Sus hijos tienen necesidad? Ciertamente, no se debe a que Dios no pueda suplir. Lo que hace falta es que nosotros satisfagamos Sus requisitos para que recibamos Su suministro. Tenemos que cumplir ciertas condiciones antes que nuestras oraciones puedan ser respondidas. Incluso nuestra salvación requirió

del cumplimiento de ciertas condiciones, pues primero nosotros tuvimos que creer. Toda promesa implica ciertos requisitos previos que nosotros tenemos que cumplir antes de recibir lo prometido. De la misma manera, tenemos que cumplir con lo que Dios exige antes de recibir Su suministro. Lo que Dios exige es que demos. El Señor dice: “Dad, y se os dará”.

III. DAD, Y SE OS DARÁ

He visto a algunos hermanos y hermanas padecer extrema necesidad debido a que no fueron fieles con respecto a sus ofrendas; y no porque les faltaran ingresos. La Biblia nos muestra un principio fundamental: uno tiene que dar para hacerse rico y uno se empobrece por medio de acumular riquezas. Todo aquel que se preocupa únicamente por sí mismo, está destinado a ser pobre. Todo aquel que aprende a dar, está destinado a tener en abundancia. La Palabra de Dios afirma esto y es verdad. Si queremos escapar de la pobreza, tenemos que dar una y otra vez. Cuanto más demos, más nos dará Dios. Puesto que estamos deseosos de compartir nuestro excedente con otros, otros también estarán felices de poder compartir su excedente con nosotros en el futuro. Si damos una vigésima parte a los demás, ellos también nos darán una vigésima parte. Si damos una milésima parte a los demás, ellos también nos darán una milésima parte.

Con la misma medida con que medimos a los demás, los demás nos medirán a nosotros. De la misma manera en que tratamos a nuestros hermanos y hermanas, Dios nos tratará a nosotros. Si estamos dispuestos a sacrificar nuestro sustento, otros también estarán dispuestos a sacrificar su sustento por nosotros. Si solamente damos a los demás aquello que nos sobra y que nos resulta completamente inútil, los demás también nos darán cosas totalmente inservibles e inútiles. Son muchos los que tienen problemas con sus ingresos porque tienen problemas en cuanto a dar. Si una persona da como es debido, es muy difícil que vaya a tener problemas con sus ingresos. La Palabra de Dios es bastante clara. Si damos a los demás, el Señor nos dará a nosotros; si no damos a los demás, el Señor no nos dará a nosotros. La mayoría de las personas únicamente ejercitan su fe cuando se trata de pedirle dinero a Dios; pero no ejercitan su fe para dar dinero. No es de extrañarse, entonces, que no tengan la fe necesaria para recibir algo de Dios.

Hermanos, en cuanto nos hacemos cristianos, tenemos que aprender la lección básica de la mayordomía de las finanzas. Los cristianos tenemos una manera única de administrar nuestras finanzas: lo que recibimos depende de lo que damos. En otras palabras, ejercer la mayordomía cristiana de las finanzas consiste en recibir conforme a lo que se da. La gente del mundo da conforme a lo que ha recibido, pero nosotros recibimos conforme a lo que hemos dado.

Nuestros ingresos dependen de nuestros egresos. Así pues, los que ansían tener dinero y no lo sueltan, nunca podrán recibir dinero de Dios; jamás recibirán una provisión de parte de Dios.

Todos debemos depender del Señor para nuestras necesidades, pero Dios cubrirá únicamente las necesidades de un tipo de personas: aquellas que dan. La expresión “medida buena” que el Señor usa en Lucas 6:38, es una expresión maravillosa. Cuando Dios da al hombre, jamás lo hace de manera mezquina. Él es siempre generoso y desbordante. Nuestro Dios siempre es generoso. Y Su copa está siempre rebosante. Dios jamás será tacaño. Él afirma que siempre que dé, habrá de hacerlo con medida buena, apretada y remecida. Consideren la manera en que compramos arroz, La mayoría de los vendedores de arroz no nos permitirían sacudir la medida que usan para medir la cantidad de arroz, pues ellos jamás dejan que el arroz se asiente, sino que de inmediato lo echan en las bolsas. Pero el Señor dijo que Su medida era: “apretada, remecida”, incluso “rebosando”. Nuestro Dios es así de generoso. Al dar, lo hace con medida apretada, remecida y rebosando. Sin embargo, Él también dice que con la misma medida con que medimos a los demás, se nos medirá a nosotros. Si somos astutos y exactos al dar a los demás, Dios únicamente moverá a los demás a que nos den con astucia y exactitud.

Primero tenemos que dar a los demás, antes que los demás nos den a nosotros. La mayoría de personas jamás aprende a dar. Tales personas quieren que Dios siempre conteste Sus oraciones, pero tenemos que dar primero, antes de poder recibir. Si no hemos recibido nada recientemente, quiere decir que tenemos alguna dificultad en cuanto a dar. He sido cristiano por más de veinte años, y mi testimonio verdaderamente corrobora este principio. Siempre que una persona tiene alguna dificultad en cuanto a dar, experimentará carencias.

IV. DOS TESTIMONIOS SOBRE LA MAYORDOMÍA DE LAS FINANZAS

A. El testimonio de Handley Moule

Handley C. G. Moule de Inglaterra era el editor de la revista *Vida y fe*. En muchos aspectos él era un gran hombre delante de Dios. Uno de sus logros sobresalientes era su conocimiento de la Biblia, y también era una persona que confiaba en el Señor en su vida diaria. Muchas veces a lo largo de su existencia, él experimentó necesidades y pruebas, pero debido a que conocía Lucas 6:38, siempre que tenía una necesidad le decía a su esposa: “Últimamente algo está mal en nuestras ofrendas”. Él no hablaba de la necesidad que existía en su casa; en lugar de ello, sus pensamientos estaban orientados a dar.

En cierta ocasión, en su casa casi no quedaba provisión. No tenían ni siquiera harina, que es el ingrediente principal de la dieta inglesa. Nuestro hermano esperó dos días, pero nadie le traía nada. Él entonces le dijo a su esposa: “Seguramente hay algo en nuestra casa que es más de lo que necesitamos”. Él no le pidió harina al Señor; en lugar de ello dijo: “Seguramente hay algo en nuestra casa que no necesitamos, y por esto el Señor no nos provee”. Ellos se arrodillaron y oraron al Señor pidiéndole que les mostrara cualquier cosa en exceso que pudieran tener en su casa. Después de orar, revisaron todas sus pertenencias. Comenzaron por el ático, verificando que no hubiese nada en exceso allí. Incluso revisaron las pertenencias de sus niños y encontraron que tenían sólo lo necesario. Entonces, el hermano Moule le dijo al Señor: “Verdaderamente no hay nada en exceso en esta casa. Señor, has cometido un error al no proveernos lo que necesitamos”. Pero después de una breve pausa, le dijo a su esposa: “El Señor nunca se equivoca. Tiene que haber algo en nuestra casa que verdaderamente no necesitamos”. Así que buscaron nuevamente. Cuando llegaron a la despensa, vieron una caja de mantequilla, la cual les había sido dada varios días antes. El señor Moule se alegró cuando vio aquella caja y le dijo a su esposa: “Seguramente es esto lo que tenemos en exceso”.

Ambos ya eran bastante ancianos. Durante muchos años ellos habían aprendido la lección acerca de dar. Ellos conocían las palabras del Señor: “Dad, y se os dará”. Así pues, estaban ansiosos por regalar la caja de mantequilla, pero, ¿a quién debían regalarla? El señor Moule era uno de los hermanos responsables en su iglesia y, después de revisar la lista de hermanos y hermanas de escasos recursos, él decidió dar a cada uno de ellos una porción. La pareja de ancianos cortó la caja de mantequilla en varios pedazos pequeños que envolvieron y distribuyeron entre aquellos hermanos y hermanas. Después de distribuir todos los paquetes, le dijo a su esposa: “Ahora hemos resuelto este asunto”. Entonces, ambos se arrodillaron y oraron así: “Señor, te recordamos lo que dijiste: *Dad, y se os dará*. Te rogamos que recuerdes que ya no tenemos harina”.

Esto ocurrió probablemente el sábado. Entre quienes recibieron las porciones de mantequilla había una hermana muy pobre que había estado paralizada y postrada en cama por varios años. Por varios días ella había estado comiendo su pan sin mantequilla y había estado orando: “Señor, ten misericordia de mí. Dame un poco de mantequilla”. Poco después de esta oración, había llegado el señor Moule trayéndole mantequilla. Ella de inmediato agradeció al Señor por esto. Poco después, ella oró nuevamente: “Señor, aunque el hermano Moule no padece ninguna necesidad y me ha dado esta mantequilla, oye su oración si es que él necesita algo”. El hermano Moule no le había dicho a nadie acerca de su necesidad, y nadie sabía nada al respecto. Algunos incluso habían esparcido el rumor de que Moule era un hermano muy rico que siempre estaba regalando cosas y que él había comprado deliberadamente toda esa mantequilla a fin de

distribuirla. Pero esta hermana oró: “Si él padece alguna necesidad, por favor responde a su oración”. En aquel mismo día, probablemente en cuestión de dos o tres horas, el señor Moule recibió dos sacos de harina. Su problema había sido resuelto.

Tenemos que creer cada palabra que el Señor nos ha dado. La dificultad que tiene la mayoría de personas es que no toman la Palabra de Dios como la palabra de Dios. El señor Moule creyó que la Palabra de Dios era la palabra de Dios. Si usted no da, definitivamente tampoco recibirá. Si usted da a los demás, ciertamente los demás también le darán a usted. Por esto debemos aprender a dar. Dar no es el final, sino que al dar le permitimos a Dios darnos. Este es el principio que rige la mayordomía cristiana de las finanzas. No podemos esperar que Dios nos suministre cosa alguna si en nuestra casa tenemos excedentes.

Una vez cierto colaborador me dijo: “Durante los últimos veinte años, cada vez que he conservado dinero en mis manos, siempre he tenido algún problema”. Si tenemos problemas en dar, tendremos problemas en cuanto a recibir. Cuanto más desee guardar, menos tendrá. Cuanto más de, más tendrá. La mayoría de las personas se aferran a todo lo que tienen, y por ello, Dios les deja aferrarse a lo poco que tienen. Ellos no han aprendido a dar. Si usted carece de la gracia de dar, la gracia de Dios no podrá reposar sobre usted. Si usted no tiene gracia para los demás, entonces tendrá poca gracia de Dios para usted mismo.

B. Mi primera lección en cuanto a dar

Yo les puedo dar muchos testimonios acerca del dar, pero no deseo hacerlo. Les hablaré únicamente de la primera lección que aprendí al respecto. En 1923 el hermano Weigh Kwang-hsi me invitó a su ciudad Kien-ou, la cual quedaba a unas 150 millas de Fuzhou. En aquel entonces yo era un estudiante, y el hermano Weigh era mi compañero de clase. Cuando estaba a punto de partir para Kien-ou, le pregunté al hermano Weigh: “¿Cuánto cuesta el pasaje?”. Él me dijo: “El pasaje en barco cuesta varias docenas de dólares”. Yo le repliqué: “Déjame orar al respecto. Si el Señor quiere que vaya, iré”.

En aquel tiempo no tenía nada de dinero en el bolsillo. Entonces oré: “Si Tú quieres que vaya, tienes que proveerme el dinero necesario”. Después de orar de esta manera, el Señor me dio entre diez y veinte dólares. Además, tenía más de cien monedas de diez centavos. Pero con todo lo que tenía aún no alcanzaba para pagar ni la mitad del pasaje. Poco después de esto, el hermano Weigh me escribió una carta en la que me decía que todo estaba listo. Yo le envié un telegrama diciéndole que iría. Decidí salir un viernes. El jueves me levanté temprano y el Señor me dio esta palabra: “Dad, y se os dará”. Interiormente yo

no me sentía seguro. Si yo le daba mi dinero a otros, y el Señor no me daba nada, entonces no podría viajar. Me sentía muy preocupado.

Sin embargo, aquel sentir interno se hizo cada vez más y más intenso. Sentí que debía entregar todos los billetes y conservar las monedas. Por tanto, comencé a meditar a quién debía darle el dinero. Finalmente, pensé en darle todos los billetes a cierto hermano que tenía familia. No me atrevía a decirle al Señor que obedecería ni me atrevía a decirle que desobedecería. Simplemente le dije: “Señor, aquí estoy. Si Tu quieres que yo dé esto al hermano, por favor, permite que lo encuentre en el camino”. Me levanté y salí de la casa. En el camino me encontré con este hermano. En cuanto vi a este hermano, mi corazón se abatió. Pero estaba preparado; así que me acerqué a él y le dije: “Hermano, el Señor me ha dicho que coloque esto en sus manos”. Después que le dije esto, di media vuelta y me fui. Cuando había dado apenas dos pasos, mis lágrimas empezaron a brotar. Dije: “Le he enviado un telegrama al hermano Weigh diciéndole que iría. Ahora el dinero se ha esfumado. ¿Cómo podré ir?”. Pero también me sentía muy feliz por dentro, porque el Señor había dicho: “Dad, y se os dará”.

Camino a casa, le dije al Señor: “Señor, tienes que darme los medios necesarios para viajar. Queda poco tiempo y el barco sale mañana”. El jueves no recibí dinero alguno y el viernes procedí a prepararme para el viaje sin haber recibido nada de dinero. Un hermano vino para despedirme, pero todavía yo no había recibido ningún dinero. Este hermano me condujo a bordo del barco. En cuanto abordé la nave, pensé: “No puedo ir. Jamás llegaré a mi destino. Nunca antes he salido de Fuzhou ni tampoco he viajado al interior. No conozco ni una sola persona al oeste de Fuzhou”. Yo había estado orando desde que salí de casa aquel día. Cuando abordé el barco, todavía seguía orando. Estuve orando hasta que el hermano que me llevó se fue, e incluso hasta que me eché a dormir. Le dije al Señor: “Señor, yo he dado a otros. Sin embargo, Tú no me has dado nada a cambio. Ahora es asunto Tuyo”. Aquel día, viajé en ese barco hasta el puente de Hung-Shan, en donde cambié de botes para ir a Shui-Kou. Mientras me encontraba a bordo, caminé de la cubierta baja a la cubierta superior del barco varias veces, pensando: “Para que Dios me provea, debo caminar alrededor unas cuantas veces más, para facilitarle a Dios y ver si ha dispuesto que me encuentre con alguien a bordo”. Pero esto no dio resultado y no pude encontrar en el barco a ningún conocido. No obstante, continué repitiéndome: “Dad, y se os dará”.

Esto continuó hasta el día siguiente. A eso de las cuatro o cinco, el barco estaba llegando a Shui-Kou. En Shui-Kou, yo tenía que cambiar de barco nuevamente para abordar otro barco más caro. Después que pagué el pasaje para el nuevo barco, descubrí que sólo me quedaba un poco más de setenta monedas de diez centavos. Yo me sentí muy turbado y oré: “Señor, estoy en Shui-Kou. ¿Debo comprar un pasaje de retorno a Fuzhou?”. En ese mismo momento, resolví que

simplemente continuaría el viaje a Kien-ou y dejaría el resto en manos del Señor. Le dije al Señor: “Señor, no voy a pedir dinero siempre y cuando Tú me lleves hasta Kien-ou”. Después de orar así, me sentí en paz.

Estaba parado en la proa del barco y, antes que este tocara el puerto de Shui-Kou, una pequeña embarcación se acercó y el conductor del barco me preguntó: “Señor, ¿va usted a Nan-Ping o a Kien-ou?”. Le respondí: “A Kien-ou”. Él me dijo: “Yo lo llevaré allí”. Le pregunté cuánto iría a costar el pasaje y él me respondió: “Setenta monedas de diez centavos”. Cuando escuché esto, supe que era el Señor quien me abría el camino. Acepté ir con él, y el barquero llevó mi equipaje a su barco. El costo normal de un pasaje a Kien-ou era setenta u ochenta dólares. Le pregunté al barquero: “¿Por qué me deja que viaje en su barco por tan poco dinero?”. Él replicó: “El pasaje es muy barato porque este bote ha sido alquilado por un funcionario del condado. Él ocupa la cabina de adelante y me ha dado permiso para llevar otro pasajero, de tal modo que yo pueda ganar algún dinero adicional para mi comida durante el viaje”. Recuerdo aquel día con toda nitidez; recuerdo que compré algunas verduras y un poco de carne con el poco dinero que me quedaba y llegué hasta Kien-ou a salvo.

Cuando llegó el tiempo en que debía partir de Kien-ou, tuve que enfrentar nuevamente otro dilema. Me quedaban apenas doce monedas de diez centavos. Después de haber gastado cerca de un dólar en algunas compras, me quedaban apenas veinte centavos. Seguí orando a medida que se acercaba el fin de la conferencia. Un día el señor Philips, uno de los famosos “Siete de Cambridge”, me invitó a comer. Él me dijo: “Señor Nee, hemos sido muy ayudados por su visita. ¿Sería correcto que yo cubriera los gastos de su viaje de retorno?”. Cuando escuché esto, me sentí muy contento, pero sentí que no era propio que aceptara tal ofrenda. Le respondí: “Alguien ya ha cubierto tales gastos”. Cuando él escuchó esto, dijo: “Lamento oír tal cosa”, y no volvió a mencionar el asunto. Cuando regresé a casa, me lamenté mucho por haber declinado aquel ofrecimiento. Pero cuando oré, internamente sentí paz.

Esperé otro día más. Al tercer día, mientras me preparaba para partir, tenía apenas veinte centavos en mi bolsillo. Esto no era suficiente para comprar el pasaje. Verdaderamente me encontraba en un dilema. El papá del hermano Weigh y su familia habían venido para despedirme. Mi equipaje ya había sido llevado por el maletero y el hermano Weigh estaba andando conmigo. Yo oré: “Señor, Tú me has traído a Kien-ou. Tú tienes que llevarme de regreso a casa. Esta es Tu responsabilidad, y no se la puedes dar a otro. Si he cometido algún error, estoy dispuesto a confesarlo, pero no creo haber hecho nada errado”. Continuamente repetía: “Esta es Tu responsabilidad, porque Tú me has dicho: *Dad, y se os dará*. A medio camino del muelle, llegó una persona enviada por el señor Philips, la cual me entregó un sobre. Al abrir el sobre, encontré una nota

del señor Philips que decía: “Sé que alguien ha cubierto sus gastos de viaje. Pero Dios ha puesto en mi corazón que debo compartir los gastos de su viaje. Por favor, permita que un hermano anciano como yo pueda tener una pequeña participación en este asunto y acepte esta pequeña suma”. Tomé el dinero y le dije al Señor: “Oh Dios, esto ha llegado justo a tiempo”. Pagué el precio del pasaje con ese dinero y todavía recuerdo que cuando regresé a casa, me quedó suficiente dinero como para imprimir otra edición de la revista *El testimonio actual*.

A mi regreso, busqué al colaborador a quien había dado mi dinero. En cuanto entré en su casa, su esposa me preguntó: “Hermano Nee, cuando usted partió de Fuzhou, ¿por qué le dio a mi esposo veinte dólares? ¿Por qué se alejó de inmediato después de haber entregado el dinero?”. Yo le respondí: “Por una sola razón: Yo estuve orando todo ese día y el Señor me dijo que se lo diera a él. Cuando salí de mi casa y me lo encontré en el camino, simplemente le entregué el dinero”. Ella me contó: “Aquella noche solamente teníamos lo necesario para una última comida. Cuando recibimos su dinero, compramos una carga de arroz y muchas libras de leña. El Señor no nos volvió a proveer más dinero hasta hace algunos días. En aquella ocasión tuvimos que orar y esperar por tres días”. Cuando salí, me fui sin contarles lo que me había pasado a mí. Mientras descendía por la colina, me dije a mí mismo: “¡Qué bueno que no guardé los veinte dólares para mí! Ese dinero hubiese muerto si lo guardaba en mi bolsillo, pero ahora, por haberlo entregado, ha sido muy útil”. Levanté mi rostro y le dije al Señor: “Por primera vez entiendo Lucas 6:38”. En ese momento, me consagué al Señor nuevamente y dije: “Desde este día en adelante, me dedicaré a dar. No dejaré que un solo centavo permanezca ocioso en mis manos”.

Únicamente desearía poder dar más dinero, a fin de que opere más milagros en manos del Señor y a fin de que las oraciones de otros sean contestadas. No quiero aferrarme a mi dinero, pues estaría permitiendo que permanezca ocioso e inútil. No me atrevo a jactarme de mis experiencias en cuanto a dar. Pero probablemente yo haya dado un poquito más que los demás, y quizás haya recibido también un poco más que los demás. Pero puedo afirmar esto: en todo China, difícilmente se encontrará otra persona que haya recibido tanto y dado tanto como yo. Pueden tomar estas palabras como las palabras de alguien que “está fuera de sí” (2 Co. 11:23). Prefiero dejar que mi dinero opere milagros y se convierta en respuesta a las oraciones de otros, antes de dejarlo ocioso y que se haga inútil. Si no puedo utilizar mi dinero hoy, lo entregaré. Cuando tenga una necesidad, regresará, y cuando regrese, regresará con más de lo que di.

Desde el comienzo, un nuevo creyente tiene que aprender a administrar sus finanzas. No me gusta contar muchas historias acerca de mí mismo; sin embargo, tengo que testificar que desde 1923, en China, no me quedo detrás de

nadie en lo que concierne a usar hasta el último centavo. El Señor dijo: “Dad, y se os dará”. Yo estoy aprendiendo esto constantemente. A medida que doy a los demás, el Señor cubre mis necesidades. Estoy persuadido de esto: que una persona únicamente recibe si sabe dar. Una y otra vez me ha sucedido que cuando doy generosamente, el Señor también me da generosamente. No me importa que la gente crea que soy rico. Es cierto, soy rico, porque siempre estoy dando. Siempre dejo que mi dinero corra. Mi dinero nunca deja de circular y cuando regresa a mí, siempre encuentro que se ha multiplicado muchas veces. Nuestro Dios nunca es tacaño.

V. LA MANERA CRISTIANA DE ADMINISTRAR LAS FINANZAS

La manera cristiana de administrar el dinero consiste en no aferrarse al dinero. Cuanto más se aferra uno a su dinero, más este muere. Cuanto más lo aprietan, más rápidamente desaparecerá; se desvanecerá como el vapor. Pero cuanto más lo entregamos, más tendremos. Si los hijos de Dios aprenden a dar más, Dios contará con muchas maneras de operar Sus milagros. Retener el dinero solamente empobrece a los hijos de Dios. Dios no confía en los que se aferran a su dinero y no dan. Cuanto más den, más les dará Dios.

A. Sembrar con nuestro dinero

Leamos 2 Corintios 9:6 que dice: “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra con bendiciones, con bendiciones también segará”. Este es otro principio bíblico para la administración de las finanzas. Cuando los cristianos dan, no están tirando el dinero; lo están sembrando. La Palabra no dice: “Aquel que tira su dinero escasamente, también segará escasamente; y el que desperdicie su dinero con bendiciones, con bendiciones también segará”, sino que dice: “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra con bendiciones, con bendiciones también segará”. Cuando usted da, usted está sembrando. ¿Quiere que su dinero crezca? Si es así, tiene que sembrarlo. Cuando usted entrega su dinero, este crece. Cuando usted no lo entrega, no crece.

Hermanos y hermanas, ¿podría alguno ser tan necio como para esperar una cosecha sin haber sembrado? ¿Cuántas veces ha dejado Dios de contestar sus oraciones y satisfacer sus necesidades? Eres “hombre duro”, que siegas donde no sembraste y recoges donde no aventaste. Esto es imposible. ¿Por qué no siembra algo de su dinero? Hay muchos hermanos y hermanas que se encuentran en dificultades. ¿Por qué no siembra en ellos a fin de cosechar cuando llegue el tiempo de la siega? Cuanto más se aferra uno a su dinero, menos tendrá. En el pasaje bíblico citado al comienzo del párrafo anterior, podemos ver un cuadro muy hermoso. Los corintios ofrendaron para los

hermanos en Jerusalén, teniendo en cuenta las necesidades de ellos, y Pablo les dijo que esto era sembrar; no era tirar el dinero. Por favor no se olviden que el dinero puede ser una semilla en nuestras manos. Si usted se percató que un hermano o hermana se encuentra en necesidad y usted lo tiene en cuenta, Dios hará que ese dinero que usted dio se multiplique y usted podrá cosechar treinta, sesenta, incluso hasta cien veces más. Espero que más de vuestro dinero sea sembrado.

Un nuevo creyente debe aprender a sembrar de tal manera que cuando padezca necesidad, pueda cosechar lo que ha sembrado. Ustedes no pueden cosechar aquello que no sembraron. Hay muchos hermanos que cada vez son más pobres. Si usted se come todo lo que tiene, por supuesto no tendrá ningún excedente, pero si usted dedica la mitad de sus semillas para sembrar, tendrá una nueva cosecha el año siguiente. Si al año siguiente usted vuelve a utilizar la mitad de sus semillas para sembrar, nuevamente tendrá una nueva cosecha el siguiente año. Si queremos sembrar, no podemos consumir todo lo que tenemos. Hay algunos que siempre están comiendo y nunca siembran. Tales personas tampoco reciben nada cuando enfrentan alguna necesidad. Supongan que algunos nuevos creyentes siembran algún dinero al entregarlo a otros hermanos, y que al hacerlo oran diciendo: “Oh Dios, he sembrado en otros hermanos. Cuando padezca necesidad, quiero cosechar”. Si ellos hacen esto, ciertamente Dios honrará Sus propias palabras.

B. Ofrendar a Dios

Esto no es todo. En el Antiguo Testamento, Dios les dijo a los israelitas: “Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Mal. 3:10). Aquí vemos el mismo principio.

En aquel tiempo, los israelitas se encontraban sufriendo extrema pobreza y grandes dificultades. ¿Cómo podrían haber cumplido las palabras de Malaquías 3:10? Los israelitas quizás hayan preguntado: ¿Si no podemos sobrevivir con diez cargas de arroz, cómo podremos con nueve? ¿Si diez sacos de harina no son suficientes, cómo es que nueve sacos habrán de ser suficientes?”. Estas palabras corresponden a labios carnales y necios. Dios reprendió al pueblo y le dijo que lo que era imposible para el hombre era posible para Dios. Era como si les dijera: “Traed a mi despensa y probadme, si no os abriré las ventanas de los cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde”.

Mientras diez cargas son la causa de nuestra pobreza, nueve se convierten en la causa de nuestra abundancia. Los hombres suelen pensar que cuanto más

tienen en sus manos, en mejor situación se encontrarán. Sin embargo, mantener las cosas en nuestras manos es causa de pobreza, mientras que entregarlas como ofrenda a Dios es causa de bendición. Si yo retengo en mis manos una carga adicional, esta se convertirá en mi maldición, pero si es puesta en la despensa divina, se convertirá en bendición para mí. El principio que regía a los israelitas consistía en que la pobreza afligía a quienes procuraban retener para sí lo que le correspondía a Dios. Cuando ustedes retienen algo, acabarán en pobreza.

C. Repartir el dinero

Ahora leamos Proverbios 11:24: “Hay quien reparte, y le es añadido más; / Y quien retiene de lo que es justo sólo para vivir a menos”. Mucha gente no reparte y se queda sin nada. Mucha gente reparte y prospera. Esto es lo que la Palabra de Dios nos muestra. En esto consiste el principio cristiano que rige la administración de nuestras finanzas.

D. Debemos entregárselo todo a Dios

Consideremos otro maravilloso pasaje bíblico: la oración que elevó Elías en el monte Carmelo suplicando lluvias (1 R. 18). Había entonces una sequía tan intensa que hasta el rey y sus edecanes tenían que salir en busca de agua. Mientras Elías se encontraba reparando el altar erigido en el monte, en el cual quería ofrecer sacrificio a Jehová, él pidió a los hombres que derramaran agua sobre el altar y sobre el sacrificio.

¡Cuán valiosa era el agua en esos días! Incluso el rey tenía que salir a buscar agua, pero Elías instó a los hombres a derramar agua. Les dijo que derramaran agua tres veces sobre el altar, hasta que corriera agua como un río alrededor del altar. ¿Acaso no era un desperdicio derramar tanta agua antes que vinieran las lluvias? ¿No hubiese sido lamentable que no viniera la lluvia después de haber derramado tanta agua? Pero Elías les dijo que derramaran jarras de agua. Enseguida, se arrodilló y le rogó a Dios que enviara fuego para consumir el sacrificio. Dios escuchó su oración y recibió el sacrificio por medio del fuego, y después envió la lluvia. Nosotros, asimismo, primero debemos derramar el agua antes que venga la lluvia. La lluvia no vendrá si somos renuentes a derramar el agua.

El problema que tiene mucha gente es que se aferra a lo que tiene y, aun así, espera que Dios conteste sus oraciones. Si bien Dios deseaba acabar con la sequía, el hombre debía primero derramar el agua. La mentalidad humana es siempre proveerse de alguna segunda alternativa. En caso de que no venga la lluvia, por lo menos tendrían algunas jarras de agua. Pero aquellos que están contando las jarras que poseen, jamás verán la lluvia. Para recibir las lluvias, uno tiene que ser como Elías, dispuesto a deshacerse del agua que posee.

Tenemos que entregarlo todo. Si los nuevos creyentes no son librados del poder y la influencia del dinero, la iglesia jamás podrá avanzar sin zigzaguear. Espero que ustedes sean personas consagradas al Señor y que habrán de entregar todo lo que tienen a Dios.

E. La promesa de provisión

Filipenses 4:19 es un versículo muy especial. Los corintios eran muy parsimoniosos en cuanto a dar, mientras que los filipenses eran muy generosos. Pablo recibió de los filipenses una y otra vez. Él le dijo a los filipenses: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”. ¿Ven algo especial en este versículo? Pablo recalcó: “*MiDios*, pues, suplirá todo lo que os falta”. El Dios que recibe el dinero y las ofrendas, habrá de suplir para las necesidades de los que dan.

Esto está muy claro. Los filipenses habían estado cubriendo las necesidades de Pablo una y otra vez, y el Dios de Pablo había provisto para sus necesidades. Dios jamás proveerá para aquellos que no dan. Hoy en día, son muchos los que se apoyan en Filipenses 4:19, pero sin entenderlo verdaderamente, porque Dios no da a quienes le piden, sino a quienes dan. Únicamente ellos pueden reclamar para sí Filipenses 4:19. Aquellos que no dan, no pueden reclamar para sí esta promesa. Ustedes tienen que dar antes de poder decir: “Oh Dios, hoy provee para todas mis necesidades conforme a Tus riquezas en Cristo Jesús”. Dios proveyó únicamente para todas las necesidades de los filipenses. Dios únicamente proveerá para las necesidades de aquellos cuya práctica se rige por el principio de dar.

Cuando vuestra tinaja casi no tenga harina y vuestras vasijas estén vacías y sin aceite, les ruego que no se olviden que primero tienen que hacer el pan para Elías con lo poco que les haya quedado. Primero, tienen que alimentar al siervo de Dios. Primero tomen un poco de aceite y harina, y hagan pan para el profeta. Después de breve tiempo, este poco de harina y aceite servirá para alimentarlos por tres años y medio. ¿Quién ha oído jamás que una persona pudo alimentarse con la misma botella de aceite durante tres años y medio? Pero permitan que les diga, si ustedes toman un poco de harina y aceite, y hacen pan para el profeta, verán que aquella botella de aceite los alimentará por tres años y medio (cfr. Lc. 4:25-26; 1 R. 17:8-16). Lo que uno tiene, tal vez no le alcance ni para una comida, pero cuando lo entregamos, se convierte en el medio por el cual somos sustentados. Esta es la manera cristiana de administrar las finanzas.

VI. DEBEMOS SOLTAR NUESTRO DINERO

Tanto el Nuevo Testamento como el Antiguo Testamento nos enseña lo mismo. La manera cristiana de administrar nuestras finanzas no debiera conducirnos a

la miseria. Dios no quiere que seamos pobres. Si hay pobreza entre nosotros, se debe a que algunos están reteniendo su dinero. Cuanto más se amen a sí mismos, más hambre padecerán; y cuanto más importancia le atribuyan al dinero, más pobre serán. Quizás yo no pueda testificar con respecto a otros asuntos, pero ciertamente puedo testificar acerca de esto. Cuanto más uno retiene su dinero, más pobreza y carencia padecerá. Este es un principio cierto. Durante los últimos veinte años, he visto muchos casos semejantes. Únicamente deseo que podamos soltar nuestro dinero y permitirle que circule libremente alrededor de toda la tierra, a fin de que este opere y pueda ser usado por Dios para realizar milagros y responder a las oraciones de los santos. Entonces, cuando tengamos alguna necesidad, Dios nos proveerá.

No solamente nosotros estamos en las manos de Dios, sino que Satanás mismo está en Sus manos. Suya es toda bestia del bosque y los millares de animales en los collados. Solamente los necios piensan que ellos han ganado el dinero que poseen. Un nuevo creyente debe comprender que diezmar es su obligación. Debemos dar de nuestras ganancias a fin de atender a las necesidades de los santos más pobres. No sean tan necios como para recibir todo el tiempo. No traten de acumular su dinero o esconderlo. La manera de actuar de los cristianos es dar. Siempre dé lo que tenga y descubrirá que el dinero se convierte en un factor de vida en la iglesia. Cuando usted tenga alguna necesidad, las aves del campo trabajarán para usted, y Dios hará milagros a su favor.

Confíe con todo su ser en la Palabra de Dios. De otro modo, Dios no podrá realizar Su palabra en usted. Primero, entréguese usted mismo a Dios y luego dé su dinero una y otra vez. Si usted hace esto, Dios tendrá la oportunidad de darle a usted.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

NUESTRA OCUPACIÓN

Lectura bíblica: 2 Ts. 3:10-12

La ocupación a la que se dedique un cristiano, reviste especial importancia. Si este elige la ocupación equivocada, no podrá avanzar de manera positiva. Un cristiano tiene que darle la debida atención al asunto de elegir su ocupación.

I. LAS OCUPACIONES QUE DIOS DISPUSO PARA EL HOMBRE SEGÚN LAS ESCRITURAS

A. En la era del Antiguo Testamento

Después que Dios creó al hombre, Él proveyó una ocupación para él. Dios les asignó a Adán y a Eva la tarea de cuidar y mantener el huerto. Así pues, aun la ocupación existió antes que el hombre pecara. En el principio, la ocupación a la que estaban dedicados Adán y Eva era la de horticultores, pues ellos cuidaban y mantenían el huerto de Edén, el huerto que Dios había creado.

Después que Adán y Eva pecaron, la tierra dejó de servirlos. Ellos se vieron obligados a labrar la tierra y obtener su alimento con el sudor de sus rostros (Gn. 3:17-19). Esto nos muestra claramente que después que el hombre cayó, la ocupación que Dios dispuso para él fue la de agricultor, de uno que labraba la tierra. El hombre todavía tiene que arar la tierra con el sudor de su rostro a fin de lograr que la tierra produzca alimentos para él. Hasta el día de hoy, los agricultores siguen siendo los más honestos entre los hombres. En el principio, Dios dispuso que el hombre labrara la tierra.

En el cuarto capítulo de Génesis se nos dice que Caín cultivaba la tierra mientras que Abel cuidaba ovejas. Aquí, se introduce la crianza del ganado ovino. Esto nos muestra que otra ocupación aceptable para Dios es la ganadería.

Después de esto, cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la tierra, surgieron diversas clases de artesanos. Hubo herreros, fabricantes de instrumentos musicales y artífices de bronce y metal (4:21-22). Para el tiempo de la torre de Babel, ya había albañiles y carpinteros (11:3-4) (aunque edificar la torre de Babel fue un acto incorrecto, esto sin embargo indica que los hombres estaban aprendiendo a construir; por tanto, trabajar en bronce, herrería, fabricación de instrumentos musicales y los oficios en general son ocupaciones apropiadas).

En Génesis 12, Dios eligió a Abraham, quien estaba dedicado a la ganadería y poseía mucho ganado vacuno y lanar. Jacob también tenía rebaños de ganado vacuno y ovino. Esto nos muestra que su principal ocupación consistía en criar animales.

Cuando los israelitas estuvieron en Egipto, trabajaron como obreros, fabricando ladrillos para Faraón. Pero después que salieron de Egipto, Dios les prometió que los llevaría a una tierra que fluye leche y la miel. En la leche y la miel, podemos distinguir dos ocupaciones: la ganadería y la agricultura. Sabemos que los racimos de uva que aquella tierra daba, requerían de dos personas para transportarlas. Esto demuestra que ya se practicaba la agricultura. Dios dijo que si los israelitas le desobedecían y adoraban a los ídolos, Él haría que los cielos fuesen como bronce y la tierra como hierro para ellos; es decir, los cielos y la tierra dejarían de rendirle su cooperación a los israelitas. Esto muestra claramente que las ocupaciones que se desempeñaban en la tierra prometida de

Canaán, consistían en el cultivo de la tierra y la crianza de ganado. Estas eran las ocupaciones en el Antiguo Testamento.

B. En la era del Nuevo Testamento

Las parábolas del Señor Jesús en el Evangelio de Mateo nos muestran que en la época del Nuevo Testamento una de las ocupaciones básicas era dedicarse a la agricultura. Por ejemplo, en el capítulo 13 se nos relata la parábola del sembrador, y en el capítulo 20 la parábola de la vid. Lucas 17 habla del esclavo que regresa de haber arado la tierra o cuidado el ganado en los campos. En Juan 10, el Señor dijo que el buen Pastor dio su vida por las ovejas. Por tanto, la crianza de ganado y la agricultura son las ocupaciones básicas que Dios dispuso para los hombres.

El Señor llamó a los doce apóstoles, la mayoría de los cuales eran pescadores. A quien había sido recaudador de impuestos, el Señor le dijo expresamente que abandonara tal oficio. Pero con los pescadores, fue como si el Señor les dijese: “Una vez fueron pescadores, pero de ahora en adelante, Yo los haré pescadores de hombres”. Esto nos muestra que la pesca es otra ocupación aceptable.

Lucas era médico y Pablo fabricaba tiendas. Fabricar tiendas difiere de la pesca. Al fabricar tiendas, la mano de obra es agregada al costo del material. Al cultivar la tierra, generamos directamente el producto final. Al fabricar telas, vestimentas o tiendas; el precio de nuestra labor es añadido a los materiales brutos para manufacturar el producto final.

En base tanto al Antiguo Testamento como al Nuevo Testamento, lo único que puedo decirles es que Dios ha dispuesto ciertas ocupaciones para el hombre. Los discípulos del Señor eran agricultores, ganaderos, artífices, pescadores y fabricantes. Si habían otras ocupaciones, la única que podríamos incluir es la que corresponde a los “obreros” (no la de los obreros que llevan a cabo la obra espiritual), porque el Nuevo Testamento dice: “Digno es el obrero de su salario” (1 Ti. 5:18). Un obrero es uno que labora manualmente o que vende su labor. Así pues, obtener un salario por medio de labores manuales constituye también una ocupación aceptable en la Biblia.

II. EL PRINCIPIO QUE RIGE NUESTRA OCUPACIÓN

Basándonos en las ocupaciones aprobadas por Dios que se mencionan en la Biblia, podemos ver un principio básico: el hombre tiene que recibir o tomar de la naturaleza, o tiene que ganar su salario a cambio de su tiempo y labor. Estos son los principios mostrados en la Biblia con respecto a nuestras ocupaciones.

A. Al recibir lo que produce la naturaleza, la abundancia es incrementada

El sembrador siembra la semilla de trigo en la tierra. Después de algún tiempo, la tierra produce muchos granos, a razón de cien por uno, sesenta por uno o treinta por uno (Mt. 13:3, 8). Un grano se convierte en cien, sesenta o treinta granos. Sembramos una sola semilla en la tierra, pero esta produce muchos granos. Esto es recibir de la naturaleza. La naturaleza provee ricamente y todos pueden extraer de ella. Dios hace salir Su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos (5:45). Esto nos indica claramente que Dios envía tales cosas con miras a la agricultura. Es la intención de Dios que el hombre obtenga su suministro de la naturaleza. El mismo principio se aplica a la ganadería. Uno cría ovejas para que den leche o para que produzcan muchas ovejas. Esto representa un incremento de la producción. Es algo que la naturaleza nos suministra; no es algo que adquirimos por otros medios.

En el Nuevo Testamento, vemos que la pesca es una ocupación. La pesca sustrae su producto de los ríos y los mares. Nuevamente, esto equivale a recibir de la naturaleza. No empobrecemos a nadie al pescar en ríos y mares, y hasta podríamos hacernos ricos al sustraer algo de los ríos, y estas riquezas no harían pobre a nadie. Cuando mi oveja me da seis corderitos, o mi vaca me da dos terneros, ninguna familia es empobrecida a causa de esto. Cuando cultivo la tierra, ninguno se queda hambriento ni sufre pérdida porque mi campo haya producido granos a razón de cien por uno. El principio básico con respecto a las ocupaciones que Dios aprueba, consiste en obtener ganancias sin que nadie incurra en pérdidas. Esta es la clase de ocupaciones nobles que Dios dispuso para los hombres.

B. La manufactura añade valor

El mismo principio se aplica a la fabricación de tiendas que realizaba Pablo. Él no recibió directamente de la naturaleza. Al pescar, criar ganado y cultivar la tierra, nosotros recibimos directamente de la naturaleza. Pero Pablo, al manufacturar, añadía valor a los materiales que había adquirido. Esto incrementa el valor de los bienes. Un pedazo de tela puede costarme un dólar. Después que he cortado y cosido ese pedazo de tela para hacer una tienda, tales materiales pueden valer dos dólares. Así, el valor de la tela ha sido incrementado y mi salario es equivalente al valor agregado. Nadie fue empobrecido ni sufrió pérdida porque Pablo hubiese fabricado tiendas. Si hago que el valor de una tela aumente, es apropiado que yo reciba mi salario, porque he invertido mis habilidades y mi tiempo en ello. Por tanto, otro de los principios con respecto a las ocupaciones que Dios aprueba es que ellas añaden valor a los bienes.

C. Trabajar por un salario

Podemos descubrir otro principio al considerar los obreros, artesanos o médicos que son contratados. En tales casos, uno gana su dinero y compensaciones por medio de su labor. Esto no sustrae nada de la naturaleza ni tampoco añade valor a los materiales, sino que consiste en invertir la labor de uno, o sea, que uno paga cierto precio para proveer un servicio a fin de percibir ingresos. Así pues, la recompensa obtenida como resultado de la labor de uno, es aceptable delante de Dios.

D. Aquello que la Biblia desapruueba: el comercio

Existe una ocupación que la Biblia particularmente desapruueba. Por favor, presten la atención adecuada a este asunto. Si un nuevo creyente puede elegir su profesión, espero que no escoja la de comerciante. ¿Por qué? Debemos considerar este asunto desde una perspectiva más amplia, pues esto, probablemente, nos mostrará un cuadro más claro. Supongamos que reunimos cien personas aquí y cada una de ellas tiene un millón de dólares. Si los reunimos, tendremos cien millones de dólares. Supongamos que soy uno de ellos y me dedico a hacer comercio entre ellos. Naturalmente, querré obtener más dinero; querré que mi millón de dólares se convierta en dos millones de dólares. Olviden por un momento cómo administro mi dinero, ya sea honesta o deshonestamente. El caso es que después de un mes, tengo dos millones de dólares. Esto implica que algunos tienen menos dinero. Necesariamente es este el caso porque solamente hay cien personas, cada una de las cuales tenía un millón de dólares. Aun si he conducido mi negocio de la manera más honesta posible, todavía habré causado que alguien pierda dinero al incrementar mis fondos a dos millones de dólares.

Yo soy cristiano y si usted es cristiano, entonces digamos que también usted es mi hermano. ¿Acaso se vería bien que gane dinero y me haga más rico por medio de hacer que usted sea más pobre? Ciertamente no. Aun si usted fuese un gentil y un pagano no debo hacer eso; yo soy cristiano; yo soy un hijo de Dios y poseo la correspondiente posición, la condición que es propia de un hijo de Dios. Los hijos de Dios no deben causar que ningún incrédulo sea empobrecido cuando ellos aumentan sus fondos. Yo me sentiría muy mal incluso si empleo medios honestos para ganar el dinero de otro creyente. Y me sentiría igualmente mal si empleo medios honestos para ganar el dinero de un incrédulo. Esto es lo que significa involucrarse en el comercio. Usted no puede tomar el dinero del bolsillo de otros y ponérselo en el suyo propio. No importa cómo lo haga. Siempre que usted hace que el dinero que estaba en los bolsillos del otro pase a sus manos, usted está causándole pérdida a los demás. Esto es un hecho.

Por supuesto, ninguna de las ocupaciones básicas que Dios aprueba en la Biblia conllevan tal problema. Supongamos que yo cultivo la tierra y cosecho cien cargas de arroz. Esto no hará que las posesiones de otro hermano sean reducidas de diez a nueve cargas. Es imposible que al hacer esto yo vaya a causar que las riquezas de mi hermano sean reducidas. Las cien cargas de arroz que obtenga, no habrán de disminuir en nada lo que otro posea, ni empobrecerá a nadie. Esto no es ganar dinero, sino incrementar la abundancia de la tierra. Tenemos que diferenciar completamente entre estas dos clases de actividades: ganar dinero y hacer que la abundancia sea incrementada son dos actividades completamente distintas. Dios no desea que Sus hijos ganen dinero simplemente por ganar dinero. Dios quiere que nuestra ocupación haga que la abundancia aumente. Este principio básico es bastante claro. Un nuevo creyente no debe estar pensando en el dinero día y noche. No estén considerando constantemente cómo ganar dinero. Por favor no se olviden que, en tales casos, siempre que usted gane dinero, lo hará a costa de que otros hayan perdido dinero. El principio subyacente en el comercio es que cuando el dinero de uno aumenta, el dinero de otros disminuye.

III. LAS TRES DISTINTAS CLASES DE OCUPACIONES ENTRE LAS CUALES DEBEMOS ELEGIR

Aquí, vemos tres diferentes clases de ocupaciones: una es el comercio, la otra es laborar y la tercera es producir. Según la Biblia, la ocupación más elevada dispuesta por Dios para el hombre es la de producir. Desde Adán, Dios puso la mira en ocupaciones que producen, porque la producción contribuye a que aumente la abundancia de la tierra en lugar de empobrecer a los demás. Por ejemplo, si crío cien ovejas, y después de ciertos años estas se han convertido en cuatrocientas ovejas, habré logrado un incremento de trescientas ovejas. Este incremento no sustrae un solo dólar del bolsillo de ningún hermano o hermana. No variará la cantidad de dinero que otros tengan en sus casas, ni otros tendrán menos simplemente porque mi oveja parió cuatro corderitos. Este es el principio bíblico básico con respecto a las ocupaciones. Yo siempre debo estar multiplicando la riqueza y siempre debo estar añadiendo a la misma. Quizás yo llegue a vender mis ovejas y recibir dinero, pero al hacerlo, no habré hecho a nadie más pobre.

Si un nuevo creyente tiene la oportunidad de elegir su propia ocupación, espero que vaya a elegir una que genere el aumento de bienes antes que el aumento de su capital. Es muy egoísta procurar que nuestro dinero aumente sin que aumenten los bienes. Tenemos que aprender a generar un aumento de los bienes en la tierra y no un aumento de nuestra riqueza personal. Existe una gran diferencia entre estas dos.

La fabricación de tiendas por parte de Pablo nos muestra otro principio. Él no hizo que aumentara la cantidad de algodón, seda u otro textil. Pero debido a que él cortó, cosió e invirtió su esfuerzo y energía, él le agregó valor al material. De acuerdo con los eruditos de la Biblia, en aquel entonces las tiendas tenían que ser teñidas. Por ello, Dean Alford nos dice que cuando Pablo dijo: “Estas manos...” en Hechos 20:34, él se estaba refiriendo a las manchas inevitables que eran producidas en sus manos al teñir las tiendas. Al fabricar tiendas, Pablo hacía que aumentara el valor de los bienes.

Es muy bueno aumentar las riquezas de la tierra. Es muy bueno también aumentar el valor de los bienes. Supongamos que fabrico una silla de madera. Esto es bueno, porque al hacerlo, he incrementado el valor de la madera. Aunque no haya hecho que la abundancia de la naturaleza sea multiplicada, el mundo cuenta con una silla más, gracias a mí trabajo. Cuando Pablo terminaba de fabricar una tienda, el mundo contaba con una tienda más. Esto no lo beneficia a uno a expensas de los demás. Uno puede fabricar una tienda, puede hacer que unos cuantos metros de tela sin mayor valor se conviertan en una valiosa tienda. Hacer que un pedazo de tela se convierta en una tienda, aumenta los bienes de este mundo. Esta es también una ocupación que resulta aceptable para Dios.

Un nuevo creyente tiene que comprender que hay dos características determinantes para una ocupación apropiada. Uno tiene que hacer que aumente la abundancia de la tierra o que aumente el valor de los bienes. De hecho, cuando alguien fabrica una tienda, también hace que la abundancia de este mundo sea incrementada. A causa del trabajo que él hace con sus manos, el número de tiendas en este mundo habrá sido aumentado. Por tanto, también es correcto decir que esto hace que aumente la abundancia de este mundo. Así pues, este es el principio básico con respecto a las ocupaciones que Dios dispuso para el hombre.

IV. DEBEMOS EVITAR QUE NUESTRA OCUPACIÓN SEA UNA ACTIVIDAD PURAMENTE COMERCIAL

He estudiado un poco de economía. Sé que el comercio es necesario. Pero yo soy un cristiano, no un economista. Si bien es cierto que el Señor Jesús dijo que debíamos negociar hasta que Él regresara (Lc. 19:13), este versículo significa que debemos entregarnos a nuestro trabajo tal como un comerciante se dedica a su negocio. Sabemos que un comerciante tiene que estar dedicado a su negocio. Él se involucrará en cualquier cosa, siempre y cuando pueda reportar algún dinero. Con aquellas palabras, el Señor quería decirnos que debemos aprovechar toda oportunidad que se nos presente. Nosotros tenemos que dedicarnos a nuestro trabajo de esa manera.

El comercio comenzó en Tiro y acabará en Babilonia. Esto lo encontramos en Ezequiel 28 y Apocalipsis 18. Aquel que inventó el comercio es el príncipe de Tiro. Ezequiel 28 nos indica que el príncipe de Tiro representa a Satanás. “A causa de la multitud de tus contrataciones (lit. comercio) fuiste lleno de iniquidad (lit. violencia), y pecaste” (v. 16). Recuerden que el comercio siempre hace que uno obtenga dinero a expensas de otros y a expensas de disminuir las riquezas de este mundo. Esta no es la clase de ocupación que Dios desea para nosotros. Esta es la clase de ocupación que pertenece a Satanás. El principio subyacente de tal ocupación es erróneo.

El principio que rige el comercio es el de incrementar el dinero en el bolsillo de uno, por medio de disminuir el dinero en el bolsillo de otros. Una vez que la idea de ganar dinero se apodera de la mente de una persona, el resultado es muy sencillo: uno ganará más dinero mientras que otros tendrán menos. Una vez que el dinero de uno aumenta, otros tienen que perder el suyo. Supongamos que en todo el mundo sólo hubiera veinte billones de dólares; ya sea que usted sea rico o pobre, la cantidad total de dinero en el mundo es limitada. Para que mi dinero aumente, tengo que tomar el de los demás. Esta es una actividad exclusivamente comercial. No estoy diciendo que después de haber atrapado muchos peces uno no pueda vender los pescados. Tampoco estoy diciendo que después de haber cosechado nuestros cultivos, de haberse reproducido nuestros corderos o haber fabricado una tienda, no podamos vender tales productos. Lo que estoy diciendo es que fabricar tiendas, criar ovejas, cosechar cultivos y pescar no son actividades puramente comerciales. Tales ocupaciones intercambian lo producido por dinero; así pues, los beneficios obtenidos se derivan de la naturaleza. Es la naturaleza la que me da de su abundancia y no es que yo me haga rico por medio de empobrecer a otros.

Los cristianos no deben tratar de ganar el dinero de otros. Jamás deben abrigar ningún pensamiento que tenga que ver con aprovecharse de otros. Por ser hijos de Dios, nuestras normas de conducta son muy elevadas. No se ve bien que nosotros tratemos de acumular el dinero del mundo. Supongamos que el presidente de una nación extranjera visita la ciudad de Kuling y se encuentra con un nativo enfermo de malaria. Si entonces el dignatario procurase venderle pastillas de quinina diciéndole: “Compré estas píldoras a cinco dólares cada una. Ahora, te las vendo a seis cada una”. ¿Qué clase de historias produciría esta acción? Ciertamente, no corresponde a la condición del presidente de una nación el tratar de ganar un dólar de un culi. Ver que un cristiano se aprovecha de otra persona es mucho peor que ver al presidente de una nación aprovecharse de un culi. Los cristianos pertenecemos a una posición diferente. Nosotros no podemos ganar dinero de otros.

Los cristianos somos personas nobles; tenemos nuestra dignidad, nuestra propia posición y nuestros principios. Es una vergüenza que ganemos el dinero de otros. No podemos aumentar nuestra riqueza de este modo. Yo preferiría ser un campesino que se dedica a arar la tierra y a sembrar; esto es mucho más glorioso que obtener dinero de los demás. Dios ha dispuesto que la naturaleza trabaje para nosotros, y nosotros seremos personas mucho más nobles si no tratamos de ganar dinero de los demás. Los cristianos deben tener en mente que jamás ganarán dinero a expensas de otro ser humano.

Cualquier ocupación que aumenta la cantidad y el valor de los bienes es aceptable para Dios, pero actividades puramente comerciales, no son aceptables para Dios. Por favor, presten mucha atención al capítulo 28 de Ezequiel. El principio que está escondido al procurar el engrandecimiento por medio del comercio, comenzó con el príncipe de Tiro. Dios lo reprendió diciéndole: “A causa de la multitud de tus mercaderías te han llenado con violencia (lit.)”. En Apocalipsis 18 el mundo ha llegado a su fin, y el reino está a punto de comenzar. Allí vemos que Babilonia es juzgada. El comercio habrá de continuar a lo largo de la historia hasta que a Babilonia le llegue su fin. Todos los mercaderes de la tierra lloran y se lamentan por lo que le ha sucedido a Babilonia. Allí también vemos todos los bienes de la tierra; el primero es el oro y el último son las almas de los hombres. Todo está dispuesto para la compra y venta, desde el oro hasta el alma de los hombres. El hombre siempre piensa en ganar mucho dinero y hacerse rico. Pero hermanos y hermanas, nosotros debemos huir de tan baja ocupación.

V. LAS ACTIVIDADES PURAMENTE COMERCIALES DIFIEREN DE LAS PRODUCTIVAS

Espero que ustedes sepan distinguir entre aquellas actividades que son puramente comerciales y las actividades productivas. El trigo, el ganado, las ovejas, las tiendas y los pescados pueden ser vendidos. No nos referimos a esta clase de comercio. Lo que el mundo llama comercio consiste en que hoy yo compro cien sacos de harina de otra persona y los guardo hasta que suba de precio, y entonces los vendo. O compro cincuenta latas de aceite y las almaceno hasta que el precio suba para entonces venderlas. Ni el trigo ni el aceite aumentaron por causa mía. No hice que hubiera más aceite ni más trigo; sólo conseguí que mi dinero aumentara. No aumenté los bienes de este mundo; sin embargo, mi riqueza aumentó. Esto es vergonzoso. Esto es algo que los creyentes deberían procurar evitar a cualquier precio.

Es correcto comprar y vender lo que hemos producido, a fin de seguir produciendo más, pero es incorrecto comprar y vender por el mero hecho de comprar y vender. Es correcto que un hermano venda los productos de su

granja, pero es incorrecto que ese mismo hermano compre arroz para venderlo nuevamente. Aunque ambos están vendiendo, los principios que rigen en cada caso son completamente distintos. Si un hermano compra diez tiendas y las revende, ciertamente no está dedicado a la misma ocupación que Pablo tuvo. Ambos son completamente diferentes. Si usted trabaja en algo y luego vende aquello que trabajó, esto es algo que Dios bendice. Pero si usted compra algo y luego lo vende, abrigando en su corazón la esperanza de que va a ganar dinero en el proceso, entonces se está involucrando en la más baja de las ocupaciones, no solamente desde el punto de vista de un cristiano, sino también desde el punto de vista de cualquier gentil.

Ningún hermano dedicado a una actividad exclusivamente comercial debe ser designado como hermano responsable, puesto que tal persona jamás podrá ser completamente libre de la influencia del dinero. Nuestra senda se hace cada vez más y más clara. Los hijos de Dios tienen que ser completamente liberados de la influencia de las riquezas. Esta es la única manera en que ellos pueden servir a Dios y es el único modo en que la iglesia puede avanzar.

VI. LAS OCUPACIONES QUE AGRADAN A DIOS

Tanto los que se dedican a la crianza de ganado así como a la agricultura, pueden ser considerados productores. Los mercaderes pertenecen a una categoría distinta. Existe aún una tercera categoría que se encuentra entre estas dos clases de personas. Ellos son trabajadores; como los médicos y los profesores, que trabajan sirviéndose de sus habilidades. Estas también son buenas ocupaciones de acuerdo a la Biblia. Si bien ellos no están produciendo nada, tampoco están extorsionando nada de los demás. Si bien ellos no reciben nada de la naturaleza, tampoco están sustrayéndole nada a las personas. Ellos se sostienen por medio de aportar su propia contribución de tiempo, energía y capacidad mental. El obrero es digno de su salario. Esta es una ocupación bíblica que es aceptable para Dios. Podemos afirmar que la ocupación más noble y elevada es aquella que produce. La segunda clase de ocupación más elevada es aquella que labora utilizando ciertas habilidades y que recibe compensación por haber aportado ya sea su capacidad física o intelectual.

El productor toma de la naturaleza y no recibe nada de los hombres. El obrero no toma nada de la naturaleza, pero tampoco recibe nada de los hombres. El mercader no toma nada de la naturaleza y toma de los hombres. Se trata, pues, de tres clases distintas de ocupaciones. El productor toma algo de la naturaleza sin tomar nada de los hombres. Esta es la ocupación más elevada en la Biblia. El obrero invierte su energía, ya sea física o mental. Esta persona invierte su tiempo y energía para ganar lo que le corresponde; ella no hace que los demás sean empobrecidos. Otros le pagan por el servicio que ella les presta, y el interés

de ambas partes es mutuamente complementario. Esta es una ocupación aceptable para Dios. El mercader cuyo negocio es una actividad puramente comercial, no recibe nada de la naturaleza, pero recibe algo de los hombres. Su única motivación es ganar dinero. Esta es la más baja de las ocupaciones, según la Biblia.

Hoy en día, el camino es bastante claro y el principio que rige también es bastante claro. Esperamos que todos los hermanos procurarán que se produzca un cambio en cuanto a sus ocupaciones.

VII. LA MANERA DE PROSEGUIR

No quisiera ver que ninguno de ustedes tome un camino exagerado. Al encontrarse con personas que se ocupan en actividades puramente comerciales, no las condenen de inmediato. Ellos no tuvieron la oportunidad de elegir sus ocupaciones. Yo conocí a un hermano que era bastante puro cuando se graduó de la escuela, pero después que se involucró en los negocios, su corazón fue gradualmente corrompido. Él procuraba ganar dinero día y noche. Si usted quería que él le comprara algo, él procuraba ganar algún dinero en el proceso. Él siempre estaba procurando ganar dinero a costa de otros. Esto es muy pobre. Estoy convencido que una persona que se comporta de esa manera, ha sido corrompida en su corazón. Espero que cualquiera que pueda elegir su ocupación, no elija dedicarse a una actividad puramente comercial. Tenemos que abrir los ojos de aquellos que ya están dedicados a tales actividades y ayudarles a cambiar. No los avergüencen, pero al menos muéstrenles el camino claramente.

Las actividades puramente comerciales jamás podrán ser buenas. Esperamos que de aquí a diez o veinte años, será una tradición entre nosotros que ninguno de nosotros se dedique a una actividad puramente comercial. Espero que, en el futuro, todos los hermanos y hermanas entre nosotros fomenten el hábito de rehuir cualquier actividad puramente comercial. Como hijos de Dios, debemos preferir ser maestros o trabajadores manuales antes que dedicarnos a actividades puramente comerciales. Hemos de arar la tierra y cosechar el trigo, la cebada o el arroz, y luego vender lo cosechado. Podemos criar los corderitos producidos por nuestras ovejas y después venderlas. Nuestras gallinas pondrán huevos, los cuales venderemos. Nuestras vacas darán leche, la cual después venderemos. Fabricaremos telas para luego venderlas. Nosotros podemos hacer todas estas cosas. Cuanto más trabajemos y produzcamos, más seremos bendecidos por Dios. Lo peor que nos podría suceder es que nuestros hermanos y hermanas simplemente ganen mucho dinero. Nada podría ser peor que esto.

Hoy en día, los hermanos y hermanas que se reúnen con nosotros son los más pobres en comparación con los que se reúnen en las denominaciones. Si no somos cuidadosos, podríamos llegar a ser los más ricos. Debido a que somos más honestos, diligentes y frugales que los demás, y debido a que no mentimos, ni fumamos, ni bebemos, ni vivimos en mansiones, es posible que en breve, todos los hermanos y hermanas lleguen a ser muy ricos. En cierta ocasión, poco antes de morir, John Wesley dijo: “Estoy preocupado por aquellos que se reúnen con nosotros en la asamblea metodista. Son personas honestas, diligentes y frugales. Pronto se convertirán en la gente más rica del mundo”. Tales palabras se han hecho realidad hoy en día. Los metodistas están entre las personas más ricas del mundo, pero como resultado de ello, su testimonio se ha perdido.

Espero que todos los nuevos creyentes ganen su sustento por medio de su propio trabajo. Espero que ninguno de ellos gane dinero por medio de tomar con una mano y quitar con la otra. El principio que nos rige debe consistir en hacer que aumente la abundancia de la tierra y no el dinero del mundo. Si hacemos esto, el dinero que recibamos será limpio, y cuando se lo entreguemos a Dios, será aceptable delante de Él. Así, cada uno de nuestros dólares acabará en buen lugar. Supongamos que un hermano confecciona una canasta, la vende y luego ofrenda ese dinero al Señor. Esto es mucho mejor que otro hermano que compra diez canastas, las vende y luego ofrenda sus ganancias al Señor. La cantidad de dinero ofrecida puede ser la misma, pero la naturaleza del dinero ofrecido es muy distinta. Espero que muchos hermanos y hermanas vean este principio. Nosotros tenemos que laborar con nuestras manos o producir algo. Ambas actividades están de acuerdo con los principios apropiados. Yo no puedo prohibir a nadie que se involucre en negocios que son puramente comerciales, pero sí quisiera aconsejar a todos que se esfuercen al máximo por evitar actividades que sean exclusivamente comerciales. Esta clase de ocupación siempre oprimirá a un cristiano. Esperamos que los nuevos creyentes entre nosotros puedan complacer al Señor al elegir sus ocupaciones.

CAPÍTULO TREINTA

EL MATRIMONIO

A fin de ser un buen cristiano, uno tiene que resolver de forma completa todos los asuntos fundamentales. Si existe algún problema básico que todavía no haya sido resuelto debidamente, ya sea que se trate de la familia o de la ocupación, llegará el momento en que los problemas regresarán. Mientras haya algún asunto que no haya sido resuelto, un cristiano no podrá seguir una senda recta delante del Señor.

Hoy abordaremos el tema del matrimonio, y lo vamos a examinar desde varios ángulos. Un nuevo creyente debe saber qué es lo que la Palabra de Dios dice acerca del matrimonio.

I. EL MATRIMONIO ES SANTO

Lo primero que debemos abordar con respecto al matrimonio es lo relacionado al sexo. Debemos tener bien en claro que los seres humanos tienen conciencia del sexo de la misma manera que tienen conciencia del hambre. Así como el hambre es una exigencia natural del cuerpo humano, el sexo es también una exigencia natural de nuestro cuerpo. Sentir hambre es natural; no es pecado. Pero robar alimentos constituye pecado; eso no es natural. De la misma manera, tener conciencia del sexo es algo natural y no constituye pecado. Pero si una persona se vale de medios impropios para satisfacer tal apetito, cae en pecado.

El matrimonio fue ordenado e iniciado por Dios; por tanto, tener conciencia del sexo también fue dado por Dios. El matrimonio no es algo que fue instituido después que el hombre cayó, sino que ya existía antes que el hombre pecara. No fue instituido después del capítulo 3 de Génesis, sino que Dios lo instituyó en el capítulo 2. Por tanto, el tener conciencia del sexo vino a existir antes y no después que el pecado entrara en el mundo. En definitiva, nadie peca por tener conciencia del sexo. Tal conciencia no incluye en sí mismo ningún elemento pecaminoso. Por el contrario, se trata de una conciencia que Dios mismo creó.

Los nuevos creyentes deben entender esto claramente. En el curso de mi vida y mis servicios cristianos durante los últimos treinta años, he tenido la oportunidad de conocer a muchos hermanos y hermanas jóvenes. Muchos de ellos sufrían conflictos internos con respecto al matrimonio. Ellos se sentían innecesariamente condenados por su conciencia, debido a que ignoraban tanto lo que Dios ha dispuesto como lo que dice la Palabra de Dios. Ellos sentían el deseo y la necesidad de casarse, pero pensaban que esto era pecado. Algunos hermanos han llegado a dudar seriamente de la operación de Dios en sus vidas, únicamente debido al hecho de estar conscientes del sexo. Es un pensamiento pagano tratar el sexo como algo pecaminoso en sí mismo. Tenemos que entender claramente la Palabra de Dios. De la misma manera que no constituye pecado que un hombre tenga hambre, la necesidad sexual no es pecaminosa; es un deseo natural.

Hebreos 13:4 nos dice: “Honroso sea entre todos el matrimonio”. El matrimonio no sólo es honroso sino incluso santo. Dios considera el sexo no solamente natural, sino también santo.

El Dr. Meyer, un colaborador de D. L. Moody, escribió muchos y muy buenos libros para la edificación de los cristianos. Él dijo en cierta ocasión: “Únicamente la más inmunda de las mentes podría considerar el sexo como algo inmundo”. Me parece que está bien dicho. El hombre asocia ideas inmundas con el sexo, debido a que él mismo es inmundo. Para los puros, todas las cosas son puras. Mas para los contaminados todo es contaminado, pues su mente y conciencia están contaminados. Debemos darnos cuenta de que el matrimonio es limpio. Una relación sexual como fue ordenada por Dios es santa, limpia e incontaminada.

En 1 Timoteo 4:1-3 Pablo nos dice que en los tiempos venideros habrían enseñanzas demoníacas, una de las cuales consistía en prohibir el matrimonio. Aquí vemos que aun las enseñanzas demoníacas pretendían procurar la santidad. G. H. Pember expuso claramente en sus escritos cómo los hombres habrían de prohibir casarse en procura de la santidad. Tales personas creían que esto los haría santos. Sin embargo, en su epístola a Timoteo, Pablo nos dijo que prohibir el matrimonio es una doctrina de demonios. Dios jamás prohibió el matrimonio.

Nadie debiera sentirse innecesariamente condenado por su conciencia debido a enseñanzas religiosas paganas. El estar consciente del sexo es algo muy natural y no constituye pecado. Únicamente cuando uno tiene que lidiar con esta conciencia existe la posibilidad de que surja el pecado. No es un asunto de si está presente este estado de conciencia sexual, ya que tener tal conciencia es algo muy natural y no constituye pecado. Es la manera en que uno trata con tal conciencia, la que determina si constituye pecado o no. Esta es una cuestión que debemos aclarar definitivamente. De otro modo, uno se sentirá condenado por su conciencia y no podrá crecer. De hecho, tal sentimiento de culpa no tiene nada que ver con el pecado, sino que es resultado de la ignorancia.

II. LOS ELEMENTOS BÁSICOS DE UN MATRIMONIO

A. Ayudarse mutuamente

El matrimonio ha sido dispuesto por Dios. En Génesis, Dios dijo que no era bueno que el hombre estuviera solo. Además, Dios dijo que todo cuanto había creado era bueno. Él proclamó que todo lo que había creado era bueno, a excepción del segundo día. El único motivo por el cual Dios no dijo lo mismo del segundo día fue porque el firmamento era el lugar donde se encontraba Satanás. Además de proclamar que todo lo que Él creó era bueno, Él dijo explícitamente que algo no era bueno. En el sexto día, al crear al hombre, Dios dijo: “No es bueno que el hombre esté solo” (Gn. 2:18). Con esto no estamos sugiriendo que el hombre no haya sido creado bien. Lo único que esto significa es que no era

bueno que el hombre estuviese solo, es decir, que sea un hombre solo. En ese tiempo, sólo la mitad del hombre había sido creada.

Dios formó una ayuda idónea para Adán el sexto día. Eva fue formada también en el sexto día, y ese mismo día Dios trajo Eva a Adán. Ella fue formada con el propósito de que se casaran. Las palabras *ayuda idónea* significan: “adecuada para dar la ayuda debida”. En hebreo, esta expresión significa: “alguien que le hace juego, una pareja; alguien que brinda la ayuda correspondiente”.

Al considerar Génesis 2:18, muchos lectores de la Biblia piensan que cuando Dios creó al hombre, Él creó a un hombre y a una mujer. Sin embargo, la Biblia únicamente dice que Dios creó al hombre. Su creación del hombre fue Su creación de varón y hembra. El varón y la hembra conformaban un hombre completo. Era como si al comienzo Dios hubiese creado la mitad del hombre y luego, cuando vio que este hombre era solamente una mitad, hizo la otra mitad. Las dos mitades fueron unidas a fin de llegar a ser una unidad completa. Únicamente cuando las dos mitades fueron unidas, el hombre fue completo. Por esto Dios no dijo que “era bueno” sino hasta después de haber formado a Eva. Esto nos muestra que el matrimonio no fue instituido por el hombre, sino por Dios. La institución del matrimonio no vino después, sino antes de la caída del hombre. El hombre no pecó el primer día que fue creado, sino que ese día él se casó. El mismo día en que Dios formó a Eva, Él se la entregó a Adán. Esto no fue algo que sucedió después que el hombre pecó. Así pues, Dios mismo fue el que inició el matrimonio.

En Génesis 2 vemos el matrimonio en la creación de Dios. En Juan 2, al comienzo del ministerio del Señor Jesús, tenemos el matrimonio en Caná, en el cual el Señor cambió el agua en vino. Aquí vemos que no sólo el Señor permite el matrimonio, sino que lo aprueba y lo endorsa. Él no sólo asistió a las bodas, sino que aun las realzó y las mejoró. Es claro que el matrimonio fue iniciado por Dios y, en especial, fue aprobado por el Señor Jesús. Por lo tanto, esto es algo completamente de Dios.

Aquí vemos la posición que ocupa el matrimonio ante Dios. El propósito de Dios es obtener un esposo y una esposa, los cuales deben ayudarse mutuamente. Por tanto, Dios llamó a la esposa de Adán “ayuda idónea”. En hebreo, esta expresión quiere decir: “adecuada para ayudar”. Aquí descubrimos que el deseo y el propósito de Dios es que el hombre viva de manera corporativa, que tengan comunión mutua y que se brinden una ayuda mutua. Este es el propósito de Dios.

B. La prevención del pecado

En el Antiguo Testamento, Dios instituyó el matrimonio antes que el pecado viniera al mundo. En el Nuevo Testamento, Pablo dijo que el matrimonio no solamente es permitido, sino que, además, es necesario debido a la presencia del pecado (1 Co. 7).

El matrimonio puede prevenir el pecado. Por esto Pablo dijo que los hombres deben tener sus propias esposas y las mujeres sus propios maridos, con el fin de prevenir el pecado de la fornicación (v. 2). Pablo no condenó como pecado el estar conscientes del sexo. Al contrario, él indicó que tanto el varón como la mujer deberían casarse a fin de prevenir el pecado.

Pablo fue quien afirmó que no debíamos proveer para la carne (Ro. 13:14). Pero a alguien que constantemente cometen el pecado de soberbia, Pablo jamás le diría: “Puesto que usted siempre está cometiendo el pecado de soberbia, vaya a su casa y manifiéstela allí, ia fin de que no la manifieste en ningún otro lado! Si manifiesta su soberbia en un lugar, ital vez no vaya a manifestarla en otros lugares!”. Decir algo así hubiese sido “proveer para la carne”. Dios jamás estaría de acuerdo con su altivez ni con hacer algún arreglo para que usted pueda manifestar su soberbia. Consideremos a una persona que le encanta robar. Usted no debe decirle: “Puesto que no puedes dejar de hurtar, te permitiré robar lo que pertenezca al hermano fulano de tal, y así no robarás a los demás”. Uno no puede decir tal cosa; más bien deberá decirle: “Definitivamente, no puedes robar”. Robar es definitivamente un pecado; y nosotros no deberíamos hacer provisión alguna para ello. Caer en la soberbia es ciertamente un pecado, y no podemos hacer provisión para ello. Pero en un sentido absoluto, el sexo no es pecado. Por esto, los hombres deben tener sus propias esposas y las mujeres sus propios maridos. Si no entendemos esto, podríamos pensar que las palabras de Pablo tenían como objetivo hacer provisión para la carne. Pero sabemos que el apóstol no hizo provisión alguna para la carne. Por tanto, jamás podríamos considerar que el matrimonio constituye pecado. El matrimonio no es la provisión hecha por Dios para la carne. Nuestro deseo es colocar el matrimonio en un plano muy elevado. Se trata de algo santo y que fue ordenado por Dios mismo.

Debido a que el pecado ha entrado, el matrimonio es necesario, y este es capaz de prevenir el pecado; esto no es hacer provisión para la carne. Existe una diferencia muy marcada entre ambos.

En 1 Corintios 7, Pablo habló del matrimonio. Él comenzó diciendo que la esposa no tiene autoridad sobre su propio cuerpo y que el marido no tiene autoridad sobre su propio cuerpo (v. 4). La enseñanza de Pablo es bastante clara e inequívoca. A menos que sea con el propósito de dedicarse a ministrar al Señor, el esposo y la esposa no debían separarse. Esto previene la fornicación (v.

5). A fin de impedir la fornicación, Dios dispone que el varón y la mujer se casen y no se separen.

Pablo utilizó palabras muy claras para hablar de aquellos cuyo deseo sexual es muy intenso. Él dijo que los tales deben casarse a fin de evitar “estarse quemando” (v. 9). Él no reprendió a tales personas. Pablo no dijo: “Es erróneo que tengan un deseo tan intenso. Han pecado por sentir un deseo tan intenso. Por tanto, tienen que hacer alguna provisión para su carne”. En lugar de ello, él dijo: “Si tu deseo es muy intenso, debes casarte. Es mejor casarse que seguir viviendo con un deseo tan intenso”. La Palabra de Dios es muy clara con respecto a esto. El estar conscientes del sexo no constituye pecado. Incluso un deseo sexual muy intenso no es pecado. Pero Dios ha dispuesto que aquellos que tienen una conciencia del sexo intenso, se casen. Ellos no debieran abstenerse del matrimonio para luego caer en pecado. Esto es lo que el Señor nos ha mostrado.

La institución del matrimonio tiene un aspecto que corresponde al Nuevo Testamento, y otro aspecto que corresponde al Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento nos indica que el matrimonio nos provee la ayuda adecuada. El Nuevo Testamento nos dice que el matrimonio ha sido instituido a fin de prevenir el pecado. Uno de los aspectos del matrimonio cristiano actual es proporcionarle a los cónyuges una ayuda mutua, y el otro aspecto es la prevención del pecado.

C. Coherederos de la gracia

Existe un tercer aspecto. En su primera epístola, Pedro dijo que las esposas son: “coherederas de la gracia de la vida” (3:7). En otras palabras, a Dios le complace ver esposos y esposas que le sirven juntos. Dios se deleitaba al ver que Aquila y Priscila le servían juntos, al ver que Pedro y su esposa, Judá y su esposa le servían juntos.

Por tanto, existen tres elementos básicos que componen un matrimonio cristiano. En primer lugar, está la ayuda mutua; en segundo lugar, la prevención del pecado; y en tercer lugar, el hecho que dos personas unidas en la presencia de Dios juntas heredan la gracia. Uno no debe ser un cristiano solitario, sino un cristiano junto con otra persona. Uno no debe heredar la gracia solo, sino que debe hacerlo junto con otra persona.

III. CON RESPECTO A LA VIRGINIDAD

La Biblia también indica que pese a que hay una conciencia del sexo, con algunas personas tal conciencia no es muy intensa, y para ellas no es necesario

que satisfagan tal necesidad. La Biblia les aconseja a tales personas que se mantengan vírgenes.

A. Los beneficios de mantenerse virgen

La virginidad no hace que uno sea más santo espiritualmente. Sin embargo, una persona que es virgen ciertamente podrá dedicar toda su energía a la obra del Señor. De esto también se habla en 1 Corintios 7.

Pablo nos hace notar tres inconvenientes que tiene el matrimonio. En primer lugar, el matrimonio es una atadura. Él dice: “¿Estás ligado a mujer?” (v. 27). Con frecuencia, después que se ha casado una persona pierde su libertad, pues una vez que se casa, llega a estar ocupada con muchas cosas. Tal persona estará ligada a su cónyuge y se preocupará por una diversidad de asuntos. En segundo lugar, aquellos que se casan tendrán aflicción. Pablo dijo: “Pero los tales tendrán aflicción de la carne” (v. 28). Cuando una persona se ha casado, la aflicción de la carne aumenta y le resulta más difícil servir al Señor con un corazón sencillo. En tercer lugar, aquellos que se casan tienen que preocuparse por las cosas de este mundo (vs. 32-34). En Mateo 13, el Señor indica que tales cuidados son como espinas y abrojos que fácilmente pueden sofocar el crecimiento de la semilla. El resultado es la esterilidad (v. 22). En resumen, el matrimonio trae consigo problemas familiares, complicaciones, aflicciones y ansiedad.

Las palabras de Pablo no eran solamente para los colaboradores, sino también para los hermanos y hermanas. Una persona que se conserva virgen podrá ahorrarse muchas dificultades. Pablo no manda conservarse vírgenes, pero sus palabras denotan que él se inclinaba por esta opción. Pablo no tenía opinión propia al respecto; él se limitó a indicarles a los hermanos ciertos hechos. El matrimonio es bueno y previene el pecado. Pero el matrimonio también conduce a las personas a verse envueltas en problemas familiares, complicaciones, aflicciones y las ansiedades propias de este mundo.

B. El tipo de persona que puede mantenerse virgen

Después de decir esto, Pablo nos indica qué tipo de persona puede mantenerse virgen. Él dijo que algunos tienen el don de Dios de conservarse vírgenes. Es un don de Dios poder conservarse vírgenes. Cada persona recibe cierto don de parte de Dios, unos, una clase de don, y otros, otra clase de don. Si yo soy de las personas que necesitan casarse, el matrimonio será para mí el don que Dios me dio; se necesita el don de Dios para casarse. Por esto Pablo dijo: “Pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno de un modo, y otro de otro modo” (1 Co. 7:7). Es decir, quienes se mantienen vírgenes tienen su propio don de parte de Dios, y también aquellos que se casan tienen su propio don de parte de Dios.

La primera condición para ser uno que se mantiene virgen es que tal persona tiene conciencia del sexo, pero no tiene la compulsión por ello. Algunas personas tienen un deseo sexual apremiante, mientras que otras sólo son conscientes del sexo, pero no tienen la compulsión. Únicamente aquellas personas cuyo deseo sexual no es apremiante podrán mantenerse vírgenes.

En segundo lugar, tal persona deberá tener el deseo de permanecer soltera con firmeza de corazón. Los versículos 36 y 37 dicen: “Pero si alguno piensa que se comporta indebidamente para con su *hija* virgen que pase ya de edad, y es necesario que así sea, haga lo que quiera, no peca; que se case. Pero el que está firme en su corazón, sin presión alguna, sino que es dueño de su propia voluntad, y ha resuelto en su corazón guardar a su *hija* virgen, bien hace”. Pablo nos muestra que para que alguien se mantenga virgen, se hace necesaria una resolución firme, es decir, tal persona está resuelta a mantenerse virgen. Cualquiera que piense que es incorrecto mantenerse virgen, puede casarse. Pero si una persona ha resuelto mantenerse soltera y tiene la tendencia a ello, y mantiene firme en su corazón el deseo de permanecer virgen, tal persona puede conservarse soltera. Por tanto, la firmeza de corazón es requisito indispensable para ello.

En tercer lugar, semejante decisión no deberá estar en conflicto con las circunstancias de uno. El versículo 37 dice: “Sin presión alguna”. A algunos no les resultará fácil mantenerse vírgenes y deberán considerar sus circunstancias; quizás habrán de crear muchos problemas en su familia si deciden mantenerse vírgenes. Por tanto, tienen que darse las circunstancias ambientales adecuadas para que uno pueda mantenerse virgen.

Pablo nos indica que existen tres condiciones básicas para que uno se mantenga virgen, a saber: (1) que no tengan compulsión, (2) que uno se mantenga firme en su corazón respecto a tal decisión y, (3) que esta decisión no vaya a crear problemas en su entorno. Únicamente cuando estas tres condiciones son cumplidas, uno podrá mantenerse virgen.

C. La virginidad se relaciona con el reino de los cielos y el arrebatamiento

Aquellos que deciden mantenerse vírgenes tienen mucho que ganar delante del Señor. Mateo 19 nos dice claramente que para una persona virgen le es más fácil ingresar en el reino de los cielos. Tenemos que reconocer que “hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos”. Mateo 19 habla claramente de la relación que existe entre la virginidad y el reino de los cielos. No nos atreveríamos a indicar específicamente cuál es la relación que existe entre la virginidad y el reino de los cielos; sin embargo, podemos afirmar que es definitivamente ventajoso mantenerse vírgenes con respecto a ingresar al

reino de los cielos. El Señor nos dice que hay quienes escogieron ser eunucos, es decir, eligieron permanecer vírgenes por causa del reino de los cielos.

Esto no es todo. Apocalipsis 14 nos muestra que las primicias (los ciento cuarenta y cuatro mil) son vírgenes. Ellos siguen al Cordero dondequiera que va. Estos ciento cuarenta y cuatro mil son los primeros en ser arrebatados. Definitivamente, existe un vínculo entre la virginidad y el arrebatamiento. Un día descubriremos que quienes permanecieron vírgenes tenían ciertas ventajas muy definidas en lo que respecta a entrar al reino de los cielos y ser arrebatados. ¿Y qué tal del tiempo presente? Pablo dijo que mantenerse virgen ciertamente reduce las aflicciones y capacita a una persona para servir bien a Dios.

Nosotros únicamente podemos exponer tales hechos ante nuestros hermanos y hermanas. Únicamente aquellos que no tienen compulsión por sexo, que están firmes en su corazón al respecto y cuyo entorno presenta el suministro adecuado para ello, podrán mantenerse vírgenes. Queremos presentar este asunto de la manera más objetiva y bíblica posible a nuestros hermanos y hermanas. Delante del Señor, cada uno debe tomar su propia decisión al respecto.

IV. EL CÓNYUGE

Con respecto al matrimonio en sí, Dios ha establecido pautas definidas para determinar con quién nos podemos casar y con quién no nos podemos casar. La Biblia indica claramente que quienes conforman el pueblo de Dios sólo pueden casarse entre ellos. En otras palabras, si uno va a contraer matrimonio, deberá encontrar su cónyuge entre los que conforman el pueblo de Dios; no debe buscar su cónyuge entre los que pertenecen a otro pueblo.

A. Los mandamientos del Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento encontramos suficientes mandamientos que nos indican que no debemos casarnos con ninguno que se encuentre fuera del pueblo de Dios.

Deuteronomio 7:3-4 nos dice que los israelitas no debían casarse con los cananeos. Ellos no debían dar sus hijas en matrimonio a los hijos de los cananeos ni tampoco debían tomar las hijas de los cananeos como esposas para sus hijos. Esto se debía a que los cananeos los alejarían del Señor y los seducirían para servir a otros dioses. A lo largo del Antiguo Testamento, Dios nos muestra claramente que uno debe buscar su cónyuge entre el pueblo del Señor. Uno no puede buscar un esposo o esposa entre los incrédulos. El mayor problema de buscar un cónyuge entre los incrédulos es que la otra persona podría alejarnos del Señor y hacer que adoremos a otros dioses. Resulta fácil para una esposa imitar a su esposo en la idolatría. También es fácil que un

esposo siga a su esposa para adorar ídolos. Puesto que ambos están casados, es fácil que uno siga al otro en la adoración de otros dioses.

Josué 23:12-13 advierte a los israelitas en contra de casarse con personas de esas tierras. Se les advirtió que aquellas personas habrían de ser como trampas y como espinas para ellos. Es decir, que tales cónyuges se convertirían en sus espinas, y que ellos caerían en una trampa.

En la época de Nehemías, los israelitas retornaron de la cautividad a la tierra de Judá. Muchos de ellos se habían casado con esposas gentiles y no podían hablar la lengua hebrea. En Nehemías 13:23-27 se nos dice que Nehemías les mandó cortar todo vínculo con las mujeres gentiles y a suspender toda relación con ellas. Aquí se manifiesta un problema fundamental que se produce al casarse con una mujer gentil: al servir a Dios, tarde o temprano los hijos siguen a la madre, y no al padre. Si usted se casa con un gentil sus hijos seguirán a su cónyuge gentil y se irán al mundo. Este es un problema serio.

Malaquías 2:11 nos dice que los israelitas prevaricaron, o sea, traicionaron y profanaron la santidad de Dios al tomar para sí esposas gentiles. A los ojos de Dios, casarse con una mujer gentil es profanar la santidad de Jehová. Por tanto, los cristianos deben procurar cónyuges únicamente entre los creyentes.

También debemos hacer caso a la advertencia que nos muestra el fracaso de Salomón, quien era el más sabio de los reyes, pero aun así cayó en idolatría por casarse con mujeres gentiles.

B. En el Nuevo Testamento

Las palabras de Pablo en el Nuevo Testamento son bastante claras. En 1 Corintios 7:39, Pablo les dice a las viudas que pueden casarse, con tal que sea con alguien que esté en el Señor.

Un pasaje bíblico muy conocido es 2 Corintios 6:14. Aquí se nos dice que los creyentes y los incrédulos no pueden compartir el mismo yugo. Estas palabras no se refieren solamente al matrimonio, pero ciertamente se refieren también al matrimonio. Los creyentes e incrédulos no deben hacerse socios en los negocios; no deben unirse en torno a un propósito común, tal como dos animales que aran el campo y que son uncidos a un mismo yugo. Dios no permite esto. Él no permite que un creyente y un incrédulo sean uncidos bajo un mismo yugo. En el Antiguo Testamento, no se podía uncir a un caballo con un buey, ni tampoco se podía uncir a un asno con un caballo. Es imposible uncir un animal lento con uno rápido. Es imposible juntar a una persona que va en una dirección con otra que va en una dirección opuesta, o uno que va tras las cosas del mundo con uno que busca las cosas celestiales. Es imposible unir a uno que procura bendiciones

espirituales con otro que procura las riquezas materiales. Es imposible unir a uno que se esfuerza por ir en una dirección con otro que se esfuerza por ir en otra dirección. Si tales personas se unen, el yugo que las une acabará por romperse.

Entre aquellas relaciones que pueden encontrarse bajo yugo desigual, ninguna es más seria que la relación matrimonial. Es posible que alguno se una en yugo desigual para alguna empresa comercial o con otros propósitos. Pero no existe yugo más severo que el yugo matrimonial. Cuando un creyente y un incrédulo comparten juntos la responsabilidad de una familia, el resultado no será nada más que problemas. El cónyuge ideal es un hermano o hermana. Jamás elijan caprichosamente a un incrédulo. Si descuidadamente eligen como cónyuge a algún incrédulo, ciertamente enfrentarán problemas más tarde. Uno tirará para un lado, y el otro para el otro. Uno buscará lo celestial, mientras el otro buscará las cosas de este mundo. Uno procurará dones celestiales, y el otro buscará las riquezas de este mundo. La diferencia entre estas dos clases de personas es inmensa. Por esto la Biblia nos exhorta a casarnos con los que están en el Señor.

V. SI EL CÓNYPUGE ES UN INCRÉDULO

Pero existe el siguiente problema: supongamos que un hermano ya está casado con una mujer que no es creyente, o una hermana está casada a un incrédulo. ¿Qué deberá hacer? Dijimos antes que una persona soltera deberá buscar un cónyuge entre aquellos que están en el Señor. Sin embargo, hay algunos que ya están casados. Ellos ya tienen un esposo o una esposa que no es creyente. ¿Qué deberán hacer?

A. Si el cónyuge incrédulo quiera separarse

En 1 Corintios 7 dice algo al respecto. Los versículos 12, 13 y 15 abordan este tema, y nos dice qué debemos hacer cuando surge alguna contienda en el seno de una familia en la cual solamente uno de sus miembros es cristiano. Por favor tengan presente que si hoy en día no surgen muchas quejas en tales hogares, se debe simplemente a que los creyentes que pertenecen a tales familias no son lo suficientemente absolutos en su consagración al Señor. El Señor Jesús predijo en los evangelios que habrían muchas disputas en las familias. Si un creyente se ha consagrado sin reservas al Señor, está destinado a generar contiendas en la familia. Si ocurren casos en los que “cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres”, tal como lo indica Lucas 12:52, esto se debe a que algunos miembros de dicha familia han creído en el Señor. Supongamos que un esposo abandona a su esposa debido a que ella ha creído en el Señor. Supongamos que le diga: “Tú has creído en el Señor y, por eso, ya no te quiero más”. ¿Qué deberá hacer la esposa? La palabra del Señor en 1 Corintios 7 es

bastante clara: “Sepárese” (v. 15). Por tanto, si un esposo quiere separarse porque su esposa ha creído en el Señor, o viceversa, la palabra es: “Sepárese”.

Sin embargo, debemos tener una cosa bien en claro: uno no debe ser jamás el que tome la iniciativa de separarse. Uno no debe ser la persona que solicite la separación. Tiene que ser el cónyuge incrédulo quien pida la separación. Es él quien no está contento debido a que su cónyuge ha creído en el Señor. Es él quien piensa que su relación ya no tiene futuro desde que su cónyuge se convirtió al Señor. Es él quien quiere irse. Si él desea separarse: “Sepárese”.

B. Si a su cónyuge no le importa que usted sea creyente, el Señor lo salvará

Pablo dijo que si a nuestro cónyuge no le importa nuestra conversión, entonces no hay necesidad de separarse. ¿Y cómo va a saber si el Señor a lo mejor lo salva por medio de usted? Si él es indiferente y consiente en seguir viviendo con usted, Pablo dijo que usted deberá sentirse en paz con respecto a tal relación y no debe abandonar a su cónyuge. Él dijo que un incrédulo podía ser santificado por su cónyuge creyente. Él también dijo: “¿Qué sabes tú, oh mujer, si salvarás a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si salvarás a tu mujer?” (v. 16). Si su cónyuge quiere dejarlo, eso es problema de él, no suyo; pero si él no quiere irse, usted debe creer que el Señor lo salvará. Pablo dijo que sería fácil que él sea salvo. Quizás no sea tan fácil que el Señor salve a otros, pero ciertamente le será fácil salvar a alguien que ya le pertenece a usted. Tenemos que enfrentarnos a tal situación adoptando esta posición.

VI. QUÉ DEBEMOS HACER SI NOS HEMOS COMPROMETIDO CON UN INCRÉDULO

Algunos hermanos y hermanas enfrentan un problema distinto: ellos se han comprometido con un incrédulo. ¿Qué deberán hacer?

A. Lo mejor es si el incrédulo toma la iniciativa de anular el compromiso

Es obvio que el Señor no quiere que nos casemos con un incrédulo. Si alguno ya está comprometido con un incrédulo, lo mejor que podría suceder es que el novio incrédulo o la novia incrédula anule el compromiso voluntariamente. Después de todo, se trata de dos personas que todavía no se han casado; sólo se han comprometido a casarse. Si el Señor abre el camino para que el incrédulo acceda voluntariamente a anular dicho compromiso, debido a que la otra persona ha creído en el Señor, esta sería la mejor de las soluciones.

B. No debemos anular ningún acuerdo arbitrariamente

Sin embargo, con frecuencia es imposible lograr tal solución. Debido a que ya existe un acuerdo nupcial, es probable que la otra persona no quiera renunciar tan fácilmente a ello simplemente porque usted haya creído en el Señor. En tal situación, debemos comprender que al comprometernos con la otra persona, hemos celebrado un pacto con ella. Tal clase de pacto es un voto hecho delante de Dios. Un cristiano no puede anular arbitrariamente tal clase de pacto únicamente porque haya creído en el Señor, pues cualquier pacto es santo a los ojos de Dios. Usted puede proponer que tal pacto sea anulado. La otra persona puede tomar la iniciativa de disolver dicho pacto, o usted puede iniciar la disolución del mismo. No es necesario que quien haga la propuesta de disolver el pacto sea la otra persona. Este caso es distinto del anterior. En el caso del matrimonio, la otra persona tiene que tomar la iniciativa. En el caso de un compromiso, usted puede iniciar la disolución de tal compromiso. Pero si la otra persona insiste en que usted cumpla con el acuerdo nupcial, usted tendrá que cumplirlo. Una vez que un cristiano da su palabra, tiene que honrarla, pues no puede anularla arbitrariamente. Nosotros recibimos la salvación porque Dios honra Su palabra. Si Dios no honrara Su palabra, simplemente no habría salvación para nadie. Por tanto, usted tiene que gestionar con la otra persona. Si la otra persona se niega a disolver la relación, usted tendrá que casarse con él o ella, según sea el caso.

Salmo 15:4 dice: “El que aún jurando en daño suyo, / No por eso cambia”. Después que los israelitas ingresaron a la tierra de Canaán, los gabaonitas los engañaron llevando consigo pan seco y mohoso, zapatos viejos y recosidos, y vestidos viejos y gastados. Ellos dijeron que venían de un país lejano, y Josué prometió no aniquilarlos. Pero luego los israelitas descubrieron que Gabaón en realidad era un territorio cercano. No obstante, debido a que los israelitas habían celebrado un pacto con ellos, Dios no les permitió a los israelitas aniquilarlos. A lo más los hicieron sus proveedores de leña y agua (Jos. 9:3-27). Honrar los pactos que uno ha celebrado es un asunto muy serio en la Biblia. Uno puede anular correctamente un compromiso nupcial siempre y cuando la otra persona consienta en hacerlo, pero si ella rehúsa anularlo, uno no podrá hacerlo de manera unilateral y arbitraria. El pacto con los gabaonitas tuvo serias repercusiones. Los cielos se secaron porque Saúl masacró a los gabaonitas. David se vio obligado a preguntarles a los gabaonitas qué debía hacer por ellos. Los gabaonitas exigieron que siete hijos de Saúl fuesen ahorcados, y David tuvo que cumplir con su demanda (2 S. 21:1-6). Dios no permite que nosotros quebrantemos un pacto arbitrariamente. Tenemos que aprender a honrar los pactos que hacemos. No podemos cometer ninguna injusticia.

C. Gestionar ciertas condiciones de antemano

Supongamos que, antes de hacerse cristiano, usted se había comprometido a contraer matrimonio con alguien que es incrédulo, ¿qué deberá hacer si la otra persona insiste en casarse con usted? Tal vez esto es algo que usted puede hacer: gestione de antemano algunas condiciones. Por ejemplo, podría decirle: “Me casaré contigo, pero quisiera definir ciertas cuestiones antes que nos casemos”. ¿Cuáles son esas cuestiones? En primer lugar, su futuro cónyuge deberá permitirle servir al Señor. Usted no debiera ingresar al hogar del otro a escondidas, sino que debe hacerlo enarbolando sus estandartes. Usted es ahora una cristiana. Aun cuando se está casando con un incrédulo, él deberá darle la libertad para servir al Señor. Su cónyuge no debe interferir con su servicio al Señor. En segundo lugar, si tienen hijos, ellos tienen que ser criados en conformidad con las enseñanzas del Señor. Si la otra persona se convierte o no dependerá de ella, pero los niños deben ser criados según la enseñanza del Señor; usted tiene que dejar esto bien establecido desde un comienzo. Ponga esto sobre la mesa de negociaciones desde un principio, y lleguen a un acuerdo por anticipado. Si tienen un acuerdo al respecto, después no tendrá que enfrentarse con esas dificultades, pero si usted no llega a un acuerdo anticipado al respecto, encontrará dificultades después. Casarse con un incrédulo siempre significará sufrir pérdida. Pero usted puede minimizar dicha pérdida y ahorrarse muchos dolores de cabeza por medio de conseguir ciertos acuerdos previos. La otra persona tiene que estar de acuerdo con darle la libertad necesaria para que usted conduzca a sus niños al Señor. Usted es ahora un cristiano y no seguirá las costumbres de este mundo. Usted estará siempre del lado del Señor. Si la otra persona está de acuerdo con esto, usted puede proceder a casarse. Y si la otra persona no está de acuerdo con tales condiciones, ella es libre de anular el compromiso. Tenemos que informarle a la otra persona de nuestro compromiso futuro. Esto aminorará los problemas que luego habrán de presentarse.

VII. QUÉ HACER SI UNO NECESITA CASARSE, PERO NO ENCUENTRA UN CÓNYUGE CREYENTE

Este es un problema real; no es algo imaginario, pero únicamente podemos decir que la Biblia no contiene ninguna enseñanza al respecto. Sin embargo, podemos palpar lo que había en el corazón de Pablo. En 1 Corintios 7, Pablo manifestó su deseo de que, si fuera posible, las viudas permanecieran solteras. Pero entonces él también manifestó su deseo de que las viudas se casaran con personas que estaban en el Señor (v. 39). Por tanto, las viudas pueden volverse a casar si tienen la necesidad. De acuerdo con este principio, podemos decir que lo mejor es que un hermano se case con una hermana que está en el Señor. Si esto no le es posible, es mejor que no se case. Sin embargo, si tiene que casarse, todavía estaremos contentos al verlo casarse. Incluso si la otra persona no es creyente, aun así nos gustaría que se case.

Cuando decimos esto, no estamos fomentando que se elija, como dice el mundo, “de los males, el menor”. Lo que queremos decir es que preferiríamos ver que una persona cometa un pecado en contra del gobierno divino antes de que cometa un pecado moral. Si al no casarme caigo en pecado, cometo un pecado moral, y si me caso con una mujer que no es creyente, cometo pecado en contra del gobierno de Dios. Existen dos clases de pecado: uno es el pecado moral y el otro es el pecado en contra del gobierno de Dios. Si un hermano tiene que casarse y no puede encontrar una hermana, lo mejor que puede hacer es permanecer soltero. Pero si tiene que casarse, debemos permitirle casarse, aun cuando ello signifique casarse con una persona incrédula.

Si usted se casa con alguien que no es creyente, debe darse cuenta de que le esperan problemas muy serios. Es particularmente difícil para un creyente casarse con una persona que no es creyente. Las dificultades que se encuentran son aún mayores que las dificultades que surgen en una pareja de incrédulos en la que uno de los cónyuges se convierte en un creyente. Un esposo o esposa que se vuelve creyente estando casado, ciertamente encontrará dificultades, pero la mayoría de las veces el Señor le ayudará a avanzar. Sin embargo, un creyente que se casa con una persona que no es creyente, encontrará muchas dificultades. Tenemos que advertirle por anticipado, y tal persona deberá percatarse de las muchas penurias que le esperan más adelante.

Si alguien se casa con un incrédulo, tenemos que advertirle de otra cosa: debe cuidarse de no ser arrastrado por el otro cónyuge. Tiene que tener presente que se está casando con un incrédulo y, si se descuida, puede fácilmente desviarse. Por supuesto, los que ya están casados con una persona que no es creyente o que están comprometidos, también tienen que ser muy cuidadosos al respecto, pero aquellos que están planificando casarse deberían ser aún más cuidadosos. En otras palabras, ellos necesitan una protección especial, necesitan ser resguardados y requieren de mucha oración, a fin de que no se dejen llevar por la otra persona.

Si usted no tiene otra alternativa que casarse con un incrédulo, también tiene que establecer, claramente y de antemano, las condiciones para tal relación. Tiene que decirle al incrédulo: “Yo he creído en el Señor. No te puedo obligar a que tú creas en Él, pero tú tampoco puedes interferir con mi fe. Tienes que darme absoluta libertad a este respecto”. También tiene que presentarle la crianza de los niños y decirle: “Tienes que darme absoluta libertad para conducir a nuestros niños al Señor. Yo no quiero que ninguno de ellos adore ídolos ni que sea conformado a este mundo”. Si usted recalca estas cosas lo suficiente, quizás pueda superar tal situación.

Quisiera dirigirles algunas palabras a los hermanos y hermanas más maduros. Cuando ustedes vean que un nuevo creyente está enfrentando un conflicto de esta naturaleza, tienen que ser muy cuidadosos. No abran la puerta demasiado. No permitan que tal hermano o hermana se case de manera arbitraria y a su antojo con un incrédulo. Por otro lado, no cierren la puerta mucho. No lo alejen del pecado contra el gobierno divino, a costa de exponerlo a que cometa un pecado moral. Es mejor dejar que alguien caiga bajo la mano gubernamental de Dios, antes que dejarlo caer en un pecado moral.

Hay algo más que quisiera decir a este respecto. Tenemos muchos hermanos y hermanas jóvenes en cada localidad. La mayoría de problemas para encontrar una esposa surgen cuando demasiados santos abrigan demasiadas expectativas con respecto a la formación y la posición que esperan de sus cónyuges. Un hermano que está en una posición social más elevada, no quiere casarse con una hermana que ocupa una posición inferior, y viceversa. Hoy en día no hay carencia de hermanos y hermanas, pero la cuestión de la posición social ha generado muchos problemas. Yo creo que este problema se resolvería fácilmente si los hermanos y hermanas cambiaran sus conceptos acerca de las ocupaciones. Para las hermanas, sería fácil casarse si no menospreciaran a los hermanos que son gente de campo. También sería fácil para los hermanos casarse si no menospreciaran a las hermanas campesinas. Hoy en día, nosotros menospreciamos las ocupaciones que Dios honra y exaltamos las ocupaciones que los hombres adoran. Esto complica las cosas. Hoy en día, no carecemos de hermanas ni hermanos, pero no tenemos muchas parejas que concuerden en cuanto a su posición. Puesto que el asunto de la posición social es un concepto mundano, necesitamos que nuestro concepto acerca de las ocupaciones cambie radicalmente a fin de resolver este problema.

VIII. QUÉ HACER SI UNO TIENE CONCUBINAS*

[* Nota del editor: Watchman Nee habla de las concubinas debido al problema que existía en ese tiempo histórico en China.]

En la Biblia no encontramos mandamiento alguno que ordene a un hombre separarse de su concubina. En ningún lugar en la Biblia Dios le pide al hombre que despida a su concubina. Me refiero a las concubinas que se hayan tomado antes de haber creído en el Señor. Me parece que en la Biblia encontramos suficientes indicaciones sobre cómo desea Dios que tratemos a las concubinas.

Consideremos primero las exigencias de los hombres antes de considerar las exigencias que hace la Biblia al respecto. El pensamiento inmediato del hombre es despedir a todas sus concubinas. Si la concubina no puede ser expulsada, el pensamiento propio de los hombres es que el esposo suspenda sus relaciones

sexuales con ella. Este es el concepto humano y, lamentablemente, muchos hermanos y hermanas tienen este concepto. Pero esta no es la revelación divina, sino que en realidad se trata de un concepto pagano.

A. La Biblia no exige que las concubinas sean despedidas

En la Biblia, ningún otro tomó una concubina de peor manera que David. Él no solamente tomó una concubina para sí, sino que al hacerlo, hasta cometió homicidio. Urías murió a causa de su esposa; David sacrificó a Urías para ganar a Betsabé. Salomón nació de Betsabé, y el propio Señor Jesús desciende de ella. El Señor reconoce este hecho en el Nuevo Testamento. El primer capítulo de Mateo menciona cuatro mujeres; entre ellas está incluida Betsabé, y se la nombra como la que había sido mujer de Urías. Tenemos que ser muy claros a este respecto: aquellos que tomaron para sí concubinas, deberán soportar la disciplina de Dios; jamás deben echar fuera a sus concubinas.

¿Por qué la Biblia no exige que se abandone a la concubina? Les ruego que tengan presente que caer en el pecado de fornicación y tomar para sí una concubina, son dos cosas distintas. Si uno roba una Biblia hoy, podrá restituirla con otra Biblia después. Si uno hurta mil dólares hoy, podrá reembolsar la misma cantidad después. Pero si tomo para mí una concubina, no puedo devolverla.

Algunos hermanos piensan que uno debe deshacerse de todas sus concubinas. Este pensamiento es formulado desde el punto de vista del varón; sin embargo, todos los varones deben saber que, a los ojos de Dios, tomar para sí concubina equivale a cometer adulterio. Por el lado de la concubina, cuando ella se casa con un varón, ella no está casada con dos maridos. El varón está casado a dos mujeres, pero la concubina no está casada a dos maridos. Tenemos que comprender que el Señor jamás exigirá que el hombre se deshaga de su concubina.

Me parece que el principio subyacente a lo sucedido con la madre de Salomón es bastante claro. El Señor envió deliberadamente a Natán el profeta a hablar con David después que este se casó con Betsabé. Todo cuanto el Señor tenía que decir respecto de este asunto, ya fue dicho por medio de Natán, y no es necesario que ninguno de nosotros añada algo a sus palabras. Aun si Natán dejó de decir algo, no sería necesario que ni usted ni yo añadamos una nota a este tema con tres mil años de retraso. Natán le dijo a David que su hijo ciertamente moriría y que juicio vendría sobre él. Otros habrían de cometer fornicación con sus esposas a plena luz del día, y la espada no se apartaría jamás de su casa (2 S. 12:7-14). Natán no le pidió a David que se deshiciera de Betsabé. Si David hubiera hecho esto, ¿qué podría hacer ella? Urías ya estaba muerto. Hay quienes

hoy en día no tienen a su Urías, mientras que el Urías de otras está muerto. ¿Qué deberían hacer? Cuando Dios envió Natán a David, Él no le pidió a David que despachara a Betsabé. De hecho, después Dios hizo que ella diera luz a Salomón (v. 24). Dios no hizo que ninguna de las esposas de David diera luz a Salomón. Dios hizo que la concubina de David, Betsabé, concibiera a Salomón. Aún más, en la primera página del Nuevo Testamento se nos dice que: “Y David engendró a Salomón de la *que había sido mujer* de Urías” (Mt. 1:6). El Nuevo Testamento no nos dice que uno puede tomar una concubina para sí, pero tampoco ordena deshacerse de su concubina.

B. No debe disminuir el deber conyugal

Éxodo 21:9-11 especifica que si un amo desposa a una de sus siervas con su hijo, deberá hacer con ella según la costumbre de las hijas. Y si el hijo después contrajese matrimonio apropiadamente, la sierva permanecerá como su concubina. La disposición divina es clara, pues dice: “No disminuirá su alimento, ni su vestido, ni el deber conyugal”. Si él no cumple con ella en cuanto a estas cosas, ella deberá salir libre y dejará de ser su esclava. Por tanto, si alguno piensa que ya no puede tener relaciones sexuales con su concubina, él no está guardando la ley de Dios. Espero que hayan comprendido esto claramente.

C. Tal persona no podrá desempeñar el cargo de anciano

En el Nuevo Testamento, hay sólo un pasaje que trata el asunto de las concubinas. Al leer la Biblia, nos complace encontrar asuntos que solamente son mencionados una vez. Si un determinado asunto es mencionado dos veces, nos vemos obligados a hacer una comparación. Si dicho asunto es mencionado tres veces o más, tenemos que integrar los diversos pasajes bíblicos antes de poder llegar a una conclusión acerca de lo que Dios enseña al respecto. Por esto, a todos los que estudian la Biblia les encanta encontrarse con disposiciones que aparecen una sola vez, pues así a uno le basta referirse a un solo caso para conocer la voluntad de Dios al respecto. En el Nuevo Testamento hay un solo pasaje, en 1 Timoteo, que sólo indirectamente se refiere al asunto de las concubinas. Allí dice que el que vigila debe ser marido de una sola mujer. Esto significa que ninguna persona que tenga concubina podrá desempeñar el cargo de anciano en la iglesia. Sin embargo, el Nuevo Testamento no dice que tal persona deba deshacerse de su concubina, ni que deba abstenerse de cumplir su deber conyugal.

D. El mejor arreglo es que la concubina sea salva y decida separarse voluntariamente

Si una concubina es salva y no siente el apremio de relaciones sexuales continuas, sería muy bueno si ella estuviese dispuesta a separarse del marido. Pero esto es algo voluntario; no se trata de un mandamiento del Señor ni tampoco de una ordenanza establecida por la iglesia. La iglesia no debe exigir nada al respecto.

Dios únicamente unió a dos personas, y este principio debe ser mantenido. Es obvio que una persona que toma para sí una concubina sufrirá más aflicciones en la carne que aquel que es monógamo. Naturalmente, el Señor hará que tal persona reciba más disciplina de Su parte.

IX. EL DIVORCIO

La Biblia habla del divorcio, pero el divorcio es autorizado por las Escrituras únicamente bajo una condición. Entre las naciones de este mundo existen muchísimas ordenanzas con respecto al divorcio. Algunos países tienen hasta más de veinte distintos reglamentos para casos de divorcio. Los chinos también tienen muchas ordenanzas al respecto. Por ejemplo, si alguno de los cónyuges tiene problemas mentales, o si surge alguna incompatibilidad, entonces la pareja puede divorciarse. Pero la Biblia únicamente reconoce una condición para el divorcio: el adulterio. Factores tales como la inestabilidad mental de uno de los cónyuges o la separación prolongada, no constituyen razones legítimas para divorciarse. La única razón para permitir un divorcio es la de relaciones sexuales fuera del matrimonio. En Mateo 19 y Lucas 16, el Señor Jesús indica claramente que el divorcio es permitido únicamente si ocurre adulterio.

A. Lo que Dios unió, el hombre no debe separarlo

El divorcio es permitido sólo en el caso de que haya adulterio, debido a que el hombre no debe separar aquello que Dios unió. En otras palabras, el esposo y la esposa, a los ojos de Dios, son una sola persona. Todo divorcio viola esa unidad. ¿Qué es el adulterio? Es la destrucción de tal unidad. Si usted tiene relaciones sexuales con una persona que no es su esposa o su esposo, ha cometido adulterio y ha violado la unidad de su matrimonio. Es posible que un esposo o una esposa se ausenten por varios años, o uno de los cónyuges puede sufrir desequilibrios mentales; incluso puede haber hostilidad psicológica, y puede ser que muchos otros factores estén presentes; pero si uno de los cónyuges se aparta y se casa con otra persona, estará quebrantando la unidad del matrimonio y habrá cometido, de hecho, adulterio.

B. Es permitido separarse únicamente cuando la unidad del matrimonio ha sido quebrantada

Se permite el divorcio cuando ha habido adulterio, debido a que la unidad ya ha sido quebrantada. Inicialmente, la esposa era una sola entidad con su esposo. Si su esposo comete adulterio, ella es libre. Cuando había unidad, ella tenía que preservar dicha unidad. Ahora que la unidad ha sido quebrantada, la esposa es libre. Por tanto, el adulterio es la única condición para el divorcio. Una esposa puede dejar a su esposo si este ha cometido adulterio. Si una hermana descubre a su esposo cometiendo adulterio, o si su esposo toma a otra mujer, entonces ella puede divorciarse de su esposo, y la iglesia no puede impedirselo. Ella puede divorciarse de su esposo y puede volverse a casar. Todo lo que destruya la unidad es pecado. Una persona puede dejar a su esposo o esposa únicamente si ha habido adulterio, porque el adulterio ha destruido la unidad. El divorcio no es sino una declaración pública de que la unidad que existía entre esposo y esposa se ha desvanecido. Puesto que la unidad ya no existe, el otro cónyuge es libre para volverse a casar.

El capítulo 19 de Mateo y el capítulo 16 de Lucas son dos pasajes bíblicos muy claros al respecto, y tenemos que prestarles mucha atención. El divorcio se basa en el adulterio cometido por el otro cónyuge. El adulterio quebranta la unidad que inicialmente existía entre el esposo y la esposa; los dos ya no son uno, sino que han vuelto a ser dos. Por tanto, pueden divorciarse porque ya no hay unidad entre ellos. De hecho, el divorcio ya ocurrió cuando uno de los cónyuges cometió adulterio, no cuando se iniciaron los trámites de divorcio. Estos trámites sólo son un proceso. El matrimonio se inicia con una declaración de unidad; un divorcio es una declaración de que tal unidad dejó de existir. Es por esto que el divorcio es permitido donde hay adulterio. Un divorcio que no esté basado en adulterio significa que ambos cónyuges están cometiendo adulterio al divorciarse. Ellos no pueden divorciarse pese a que no se puedan llevar bien. Una vez que se divorcian, han cometido adulterio. Si la unidad no ha sido quebrantada todavía, y uno de ellos procura volverse a casar, él o ella en realidad estará cometiendo adulterio. Únicamente cuando tal unidad ha dejado de existir, podrá permitirse que una persona se vuelva a casar.

Tenemos que conocer qué es el matrimonio. El matrimonio significa unidad; significa que dos personas han dejado de ser dos y ahora son una sola carne. El adulterio destruye esta unidad, mientras que el divorcio sólo es un anuncio de que tal unidad ha dejado de existir. Hoy, si la unidad que existía entre dos personas ha sido destruida, se justifica volverse a casar. Pero supongamos que aún se conserve la unidad, solo que ambos cónyuges riñen encarnizadamente, no se llevan bien y hasta se amenazan mutuamente con el divorcio. Lo más probable es que este mundo y las leyes civiles les permitan divorciarse. Pero a los ojos de Dios, los dos no pueden divorciarse. Si lo hacen, en realidad han cometido adulterio. El divorcio es permitido únicamente donde ha ocurrido el adulterio. Tenemos que comprender que nadie puede separar lo que Dios unió.

Puesto que ya existe una unión, uno jamás debe tratar de quebrantarla por ninguna razón.

X. LAS VIUDAS

La Biblia permite que las viudas y los viudos se vuelvan a casar por la misma razón. El matrimonio es algo que dura hasta la muerte. En la resurrección, no existirán relaciones matrimoniales. En la resurrección, los hombres ni se casarán ni se darán en casamiento (Mt. 22:30). Casarse y darse en casamiento son cosas de este mundo. Los ángeles ni se casan ni se dan en casamiento. Asimismo, los hombres resucitados no se casan ni se dan en casamiento. El matrimonio es un asunto que corresponde a esta era, no a la era venidera. Por tanto, el matrimonio termina con la muerte. Después que el cónyuge de uno ha fallecido, uno puede permanecer sin casarse por causa del afecto compartido, pero la Biblia no hace ninguna prohibición que impida que él o ella se casen con otra persona.

Consideren la enseñanza contenida en Romanos 7, que afirma que todo cristiano es una persona que se ha vuelto a casar. Por medio de la muerte y resurrección de Cristo, nosotros nos volvimos a casar. Este capítulo del libro de Romanos nos dice que la esposa está ligada por la ley a su marido mientras este vive. Después que su esposo muere, la esposa puede casarse con otro varón. Cualquier mujer que se casa con otro hombre mientras su marido vive, es adúltera. Por ende, si todavía no hemos muerto a la ley, o si somos adventistas del séptimo día y, aun así, nos hemos casado con Cristo, todos nosotros seríamos adúlteras. Damos gracias a Dios que tenemos solamente un esposo. Los adventistas del séptimo día tienen dos maridos. Romanos 7 nos dice que no podemos pertenecer a Cristo mientras que la ley aún viva; si hubiésemos pertenecido a Cristo en ese entonces, hubiésemos sido adúlteros. Nosotros estábamos inicialmente casados con la ley y pertenecíamos a la ley; sin embargo, se nos ha hecho morir por medio de Cristo. Hoy en día, cuando nos volvemos a Cristo, ya no somos adúlteros. Romanos 7 nos dice que una esposa está ligada a su marido hasta que él muera. Después que su marido muere, ella es libre. Es incorrecto que en la iglesia alguno piense que las viudas no deben volverse a casar. Este es un concepto pagano.

Es correcto que una viuda quiera permanecer soltera como virgen. Pablo dijo: “Bueno les fuera quedarse como yo” (1 Co. 7:8). Vivir solo y mantener su virginidad por causa del servicio al Señor es correcto, pero permanecer sin casarse por causa de las críticas y la presión de la sociedad es incorrecto. Espero que este concepto sea eliminado de la iglesia.

Pablo le dijo a Timoteo: “Quiero, pues, que las *viudas* jóvenes se casen” (1 Ti. 5:14). Lo mismo se aplica a los viudos. Entonces, la cuestión es si uno tiene o no la necesidad de casarse. Algunos tienen una necesidad fisiológica; otros tienen una necesidad psicológica, pues se sentirían muy solos si no se casaran nuevamente. Algunos tienen una necesidad a causa de su familia. Es correcto que un hermano o hermana se vuelva a casar después que su cónyuge ha fallecido. Ningún cristiano debe criticar a otro por esta causa. Tenemos que erradicar todo concepto pagano de nuestras mentes.

XI. COMETER PECADO

En la Biblia, Dios reconoce la validez del sexo. No hay, pues, nada malo con tener conciencia del sexo o con el sexo mismo. Estar conscientes del sexo no constituye pecado; más bien, es algo santo. Sin embargo, esto es cierto únicamente dentro del contexto del matrimonio. En el matrimonio, el sexo es algo bueno y santo, pero cualquier conciencia del sexo o cualquier actividad sexual fuera de los límites de tal unión constituye pecado. ¿Se ha percatado usted de la diferencia? ¿Qué cosa es pecado? El sexo fuera del matrimonio es pecado. ¿Por qué? Porque el sexo fuera del matrimonio quebranta la unidad matrimonial. Por tanto, el sexo es pecado sólo cuando destruye tal unidad. El sexo no tiene nada que ver con el pecado, cuando se trata solo del sexo. El sexo en sí mismo no constituye pecado. Tenemos que ver esto claramente delante del Señor.

En Mateo 5:28 el Señor Jesús dijo: “Pero Yo os digo que todo el que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”. Aquí, la palabra *mira* implica el uso de nuestra voluntad. No es simplemente mirar una mujer, sino observarla. Ver es un acto pasivo, mientras que observar es una acción deliberada. “Mira” está seguida de la frase “para codiciarla”. Así que no se trata de un pensamiento de codicia que cruza fugazmente por nuestra mente al ver a una mujer, sino que se trata de mirar a una mujer con el propósito de codiciarla. La codicia surge primero, y después el acto deliberado de mirar a una mujer con dicho fin. Se trata, pues, de la segunda mirada, no de la primera. La primera vez es una mirada al azar a una mujer en la calle, mientras que la segunda vez, nosotros decidimos mirarla. Entre la primera mirada y la segunda ha surgido un pensamiento codicioso y, por ello, la segunda mirada es con el propósito de satisfacer dicha codicia. La segunda mirada es ya el tercer paso en dicho proceso. En este versículo, el Señor Jesús no se estaba refiriendo a la primera mirada, sino a aquella mirada que constituye el tercer paso. Cuando algunos ven a una mujer en la calle, no pueden controlarse y la codician. Satanás introduce entonces pensamientos de lascivia en tal persona, y ella decide mirar una segunda vez, lo cual constituye pecado. Así pues, entretener pensamientos lascivos y mirar a alguien una segunda vez es pecado.

Mateo 5 dice que cualquiera que mira a una mujer con el propósito de codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. El Señor Jesús no se refiere a la primera mirada. Nos equivocamos si sacamos a colación esta primera mirada en el marco de esta discusión. Supongamos que, accidentalmente, una mujer en la calle llama mi atención. Entonces, Satanás probablemente haga surgir en mí pensamientos de lascivia. Si rechazo tales pensamientos, allí quedó todo, pero si me vuelvo para mirarla una segunda vez, esto constituye pecado. Por favor, no se olviden que el estar conscientes del sexo en sí no es pecaminoso; para que se convierta en pecado es necesario el consentimiento de nuestra voluntad. Si tal consentimiento ocurre fuera del contexto matrimonial, entonces atentamos contra la unidad matrimonial por medio de nuestra voluntad. Es pecado destruir tal unidad con nuestro comportamiento y, a los ojos de Dios, también es pecado destruir tal unidad por medio de nuestra voluntad.

En el Antiguo Testamento, solamente se habla del adulterio como pecado; no se hace mención de la fornicación como pecado. El Antiguo Testamento sólo prohíbe expresamente el adulterio, debido a que, en aquel entonces, los hombres todavía no se conocían lo suficiente a sí mismos. ¿Qué es el adulterio? El adulterio es un pecado cometido por aquellos que están casados. ¿Qué es la fornicación? La fornicación es el pecado cometido por aquellos que todavía no se han casado. El acto es el mismo, pero el pecado no es el mismo. Podemos decir que una ramera no comete adulterio, sino fornicación, porque no está casada. Tenemos que darnos cuenta que Dios no desea que el hombre cometa fornicación. El Antiguo Testamento habla únicamente del pecado cometido por aquellos que estaban casados; no hace referencia a quienes todavía no se habían casado. Esto no quiere decir que no haya ocurrido fornicación en los tiempos del Antiguo Testamento, sino que simplemente allí todavía no se encuentra tal expresión. Aquí vemos que el acto que destruye la unidad, el adulterio, es pecado. Sin embargo, el acto que no destruye dicha unidad, la fornicación, también es pecado.

Debemos comprender que el adulterio es pecado y que la fornicación también es pecado. Destruir la unidad de los cónyuges es pecado. La fornicación, la cual ocurre entre aquellos que no están casados y que, aparentemente, no destruye la unidad matrimonial, también es pecado. Los cristianos no deben cometer adulterio ni tampoco deben cometer fornicación. Tenemos que comprender que el sexo es santo y que el estar conscientes del sexo no es pecado. Pero si usted está casado y tiene sexo fuera del matrimonio, esto constituye adulterio. Si usted no está casado pero tiene relaciones sexuales, esto constituye fornicación. Como creyentes, jamás debemos cometer adulterio ni fornicación.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

LA ELECCIÓN DEL CÓNYUGE

Lectura bíblica: Gn. 2:18

I. LO IMPORTANTE QUE ES LA ELECCIÓN DEL CÓNYUGE

Cuando Dios creó al hombre, Él consideró que Adán era una mitad y Eva la otra mitad. El varón no era un hombre completo hasta que ambas mitades fueron reunidas. Así pues, todos necesitamos casarnos. Las únicas excepciones son aquellas personas que han recibido el don de Dios para mantenerse vírgenes. La gran mayoría de los maestros de la Biblia están de acuerdo en que, cuando los hijos de Dios buscan su cónyuge, en realidad, buscan su otra mitad. Dios lo creó a usted como una mitad y Él ha creado, además, otra mitad para usted. Usted tiene que encontrar la otra mitad a fin de ser una persona completa. Así pues, buscar pareja significa buscar ser completo. Las dos mitades son inútiles si permanecen como tales. Usted tiene que encontrar su otra mitad. Si ambas mitades se juntan, pero todavía permanecen dos mitades, entonces hay algo errado en tal matrimonio. Creemos firmemente que aquello que Dios unió, no debe ser separado (Mt. 19:6). Es por ello que debemos encontrar el complemento que Dios tiene para nosotros.

El matrimonio entre nuestros jóvenes es un asunto que tiene mucho que ver con la iglesia; por tanto, los hermanos y hermanas maduros no deben ignorar este asunto. Tenemos que reconocer su importancia y ayudar a los jóvenes a hacer la elección correcta. Si ellos no hacen la elección correcta en cuanto a su matrimonio, y algo sucede después en el curso de sus vidas, sus problemas familiares se convertirán en los problemas de la iglesia. Esto pondrá una carga muy pesada sobre la iglesia.

Esperamos que los hermanos y hermanas jóvenes abran sus corazones al Señor con respecto al asunto del matrimonio. Deben abandonar todo prejuicio y considerar este asunto con calma; eviten todo subjetivismo y procuren abordar este asunto de la manera más objetiva posible. Si son demasiado subjetivos, su corazón y su mente estarán demasiado férvidos como para poder considerar todos los factores con sobriedad y claridad. No se dejen inquietar por sus emociones y no hagan nada apresuradamente. Jamás se olviden que, por ser cristianos, una vez que ustedes resuelvan casarse con alguien, estarán tomando una decisión irreversible. La gente de este mundo puede “entrar” y “salir” del matrimonio con facilidad, pero ustedes no. Por esto, deberán considerarlo cuidadosamente antes de entrar en el matrimonio.

Permítanme mencionarles algunos factores básicos que afectan el matrimonio. Me gustaría que los hermanos y las hermanas jóvenes consideren estos factores

con la debida calma y los tomen en cuenta uno por uno. No basta con mirarlos a la ligera.

II. LOS FACTORES QUE AFECTAN LA ELECCIÓN DEL CÓNYUGE

A. La atracción natural

A Jacob le fue más fácil casarse con Raquel que con Lea. Jamás debiéramos menospreciar el rol que cumple la atracción natural en el matrimonio. Nunca me atrevería a decir que se puede elegir a cualquiera como cónyuge con tal que sea un hermano o hermana. La atracción natural no se relaciona con si es un hermano o hermana en el Señor. Pero si dos personas se casan, ellas tienen que sopesar todos los factores que forman parte de una relación matrimonial. Uno de estos factores básicos es la atracción mutua que debe existir entre ellos.

El Dr. Bevan, de la “Alianza Cristiana y Misionera”, acuñó una expresión muy apropiada al respecto; él dijo: “La atracción mutua constituye la expresión más elevada del amor”. Este gran siervo del Señor dijo también: “Cuando el Señor te convierte en hermano o hermana de todos los creyentes, esto no tiene nada que ver con la atracción, pero cuando Él te dice que te cases con cierta persona, la atracción entra en juego”.

Incluso Pablo mismo no ignoró este aspecto en 1 Corintios 7. Él dijo que si uno piensa que debe casarse y desea hacerlo, debe casarse. Esto nos muestra que el matrimonio tiene que ser producto de nuestra propia voluntad. Uno tiene que sentir que desea hacerlo. La atracción natural es un requisito previo para lograr un matrimonio exitoso. Por supuesto, nadie necesita enseñar esto, puesto que nuestros jóvenes ya lo saben. Ellos ciertamente son conscientes del papel que juega la atracción natural en el matrimonio. Nosotros queremos mencionar esto simplemente para que ellos vean que los hermanos más maduros en el Señor reconocen tanto la existencia de este factor como su legitimidad. Cualquier matrimonio en el que la atracción natural esté ausente no marchará bien. Tales matrimonios son uniones a regañadientes.

Si usted quiere a alguien como cónyuge, tiene que desear estar con él (o ella) y tiene que disfrutar su compañía. No se trata de que usted pueda tolerar su presencia, sino de que usted debe disfrutar de su compañía. Hay seguramente mucha gente cuya presencia usted tolera, pero de cuya compañía usted no necesariamente disfruta. Si usted desea casarse con alguien, tiene que ser alguien cuya compañía usted aprecie y valore mucho. Tiene que sentirse feliz de poder estar con tal persona. Si usted no disfruta de su compañía ni puede deleitarse en ello, entonces no debe casarse con tal persona, porque le falta un factor básico para el matrimonio. El deleitarse en la compañía de alguien no

debiera ser algo efímero; tiene que ser un sentimiento perdurable. Usted deberá tener la certeza de que treinta o cincuenta años después, la compañía de su cónyuge seguirá siendo un deleite para usted. Este disfrute no debiera cesar después de tres o cinco días. Esta clase de atracción es uno de los requisitos fundamentales para un buen matrimonio.

B. La salud física

En segundo lugar, tenemos que tomar en cuenta nuestra salud. Es verdad que un gran amor supera cualquier debilidad física. Incluso sabemos que algunas personas se casan a fin de atender a una persona con cierto impedimento físico. Por ejemplo, en Inglaterra conocí a un hermano que se quería casar con una hermana debido a que ella era ciega. Hay muchos casos así en la historia de la iglesia. Donde el amor es grande, las debilidades físicas son superadas.

No obstante, tenemos que comprender que, en circunstancias normales, no todos tenemos tan grande amor. Normalmente, las debilidades físicas pueden convertirse en factores perjudiciales que atentan contra el éxito de una relación matrimonial. A medida que las debilidades físicas de uno de los cónyuges se agudizan, la necesidad de que el otro cónyuge se sacrifique también se hace más aguda y esto, espontáneamente, redundará en la posibilidad de que este matrimonio fracase.

Hay dos actitudes posibles que se pueden suscitar en el caso de una persona que es casada y sufre de algún tipo de incapacidad física, y que recibe cuidados especiales de parte de su pareja. Tal persona puede ser muy egoísta o puede ser excesivamente conciente de sí misma. Una persona egoísta solamente recibe, nunca da. Solamente toma, pero nunca gasta. Si el cónyuge minusválido es egoísta y siempre está pensando en sus propias necesidades, después de algún tiempo tal egoísmo será evidente para su pareja. Entonces el cónyuge de tal persona tenderá a menospreciarla y llegará a pensar: "Mi esposo (o mi esposa) es demasiado egoísta. Él (o ella) piensa solamente en sí mismo(a) y no en los demás". En tales casos, uno de los cónyuges comenzará a menospreciar a su otra mitad.

Quizás tal persona no sea egoísta, pero sea excesivamente conciente de sí misma. Esto también causará un problema. Si una persona es así, se sentirá culpable por ser el objeto del servicio constante y de los sacrificios de su cónyuge. Le será muy difícil recibir tales servicios y cuidados especiales. Por esto, en circunstancias normales, la enfermedad de uno de los cónyuges afecta el éxito del matrimonio.

Consideremos ahora el lado del cónyuge que provee los cuidados. También son posibles dos actitudes distintas. Tal persona o está dispuesta a sacrificarse o está dispuesta a sacrificarse pero con ciertas limitaciones. La paciencia de los hombres se agota fácilmente; tiene un límite, y cuando la paciencia se agote, los problemas estallarán en el hogar. Algunas veces, quizás no se trate de que la paciencia de uno de los cónyuges se agotó, sino que este no está dispuesto a sacrificarse. Habrá ocasiones en que uno de los cónyuges descubrirá que el otro es muy egoísta y probablemente comience a menospreciarlo por ello, pero si el otro es excesivamente conciente de sí mismo, se generará en él un abrumador sentimiento de deuda. Esto es como prestarle dinero a otro. Si el que se presta el dinero es egoísta, no cesará de pedir prestado, pero si él es excesivamente conciente de sí mismo, de cualquier forma, al prestarle dinero, sólo conseguiremos que se sienta peor. Quisiera que ustedes tomen esto en cuenta. Si bien tales problemas de salud no constituyen problemas insuperables, tarde o temprano serán un problema serio para la familia. Puede ser que las dolencias o limitaciones físicas de uno de los cónyuges no sean un problema en el momento del matrimonio, pero ciertamente se convertirán en un problema después.

Conozco un hermano que padece una severa enfermedad y cuya esposa tiene que trabajar para sostener a la familia. La esposa trabaja durante el día y hace las tareas del hogar cuando llega a casa por la noche. Semejante situación no puede durar por mucho tiempo. Quizás la esposa trabaje por uno o dos meses, pero ella no podrá seguir así por siempre. En condiciones normales, nadie puede asumir más responsabilidades que las que es capaz de soportar.

Me parece que un hombre y una mujer deben gozar de un nivel parecido de salud para que un matrimonio tenga éxito. No es posible tener un matrimonio en el que uno de los cónyuges sea muy saludable, y el otro padezca alguna enfermedad o limitación muy grave. De otro modo, le será muy difícil a la pareja proseguir cuando tengan que enfrentar pruebas particularmente severas. Uno tiene que darle la debida importancia a la salud de la otra persona cuando se trata de escoger un cónyuge.

C. El factor hereditario

Debemos considerar el matrimonio como un cometido a largo plazo. Como tal, el asunto de la herencia debe ser considerado. Uno debe considerar tanto la salud de su cónyuge como también la de sus progenitores.

El factor hereditario es un factor relevante no solamente en el campo de la salud, sino también es algo que menciona la Biblia. La ley de Dios afirma que nuestro Dios es un Dios celoso. Dios castigará la iniquidad de los que le odian, hasta la tercera y cuarta generación. Dios también se mostrará misericordioso

hasta la milésima generación con aquellos que le aman y guardan Sus mandamientos. Son muchos los que llevan vidas de disipación y rebeldía en su juventud debido a que sus padres o abuelos sembraron a los vientos. La Biblia dice que aquellos que —al llevar vidas disipadas— sembraron vientos, cosecharán torbellinos. Quizás ellos mismos hayan sido perdonados, sean salvos y un día hayan recibido una nueva vida; mas no todos los que califican para ser salvos califican para el matrimonio. Quizás el Señor haya perdonado sus pecados y su conducta pasada, y los haya salvado, pero si ellos se casan y tienen hijos, es probable que su descendencia no se salve tan fácilmente. Ellos transmitirán su simiente maligna a su descendencia, pero no podrán transmitirles su regeneración. Ellos únicamente pueden sembrar la simiente de pecado, mas no la que corresponde a la vida de Dios; ellos no podrán transmitir su regeneración a sus hijos.

En muchas ocasiones, cuando tales personas engendran hijos, la siguiente generación cae en pecados serios y transgresiones muy graves, lo cual causa mucha tristeza a sus padres. No estoy diciendo que esto ocurrirá durante sus primeros años de matrimonio, sino que cuando sus hijos sean mayores, les causarán muchos dolores. Algunos se preguntan cómo es posible que personas tan espirituales hayan dado a luz la clase de hijos que tienen. Quizás usted se pregunte por qué tal hermana tiene una hija tan indisciplinada. Deben darse cuenta que existe la ley de la herencia. En muchos casos, la segunda y tercera generación hereda la simiente maligna de la primera generación. Si uno siembra vientos, cosechará torbellino. Su segunda generación cosechará lo que usted haya sembrado. Por un lado, esta clase de siembra le dará a la iglesia pecador difícil con el que trabajar y, por otro, le dará a usted un hijo rebelde en su familia. Así pues, esto habrá de representar un problema bastante serio para todos.

¿Qué debemos hacer si hay personas que ya están casadas y ahora se enfrentan algún problema a causa de su herencia? Tales personas tienen que rogar que Dios les conceda misericordia y que puedan ser librados de la disciplina del gobierno de Dios. Todo esto se relaciona con la disciplina procedente del gobierno de Dios, así como con lo que Dios ha dispuesto. Por ello, tales personas deberán rogar en oración ser libradas de la disciplina procedente del gobierno de Dios y que Dios los guarde de tan severas consecuencias.

Los jóvenes, tanto los hermanos como las hermanas, deberán darle la importancia debida al rol que juega el factor hereditario en la otra persona, pues esto estará directamente vinculado con su vivir el resto de sus días.

D. La familia

En cuarto lugar, uno tiene que tomar en cuenta la familia de la otra persona. En el occidente circula una expresión muy popular que dice: “Me estoy casando con fulanita, no con su familia”. Pero les ruego que nunca se olviden que esto no es posible. Cuando alguno se casa con alguien, tal compromiso incluye a toda la familia del otro. Cuando alguien se casa con una muchacha, la familia de ella viene junto con ella. Cuando alguien se casa, toda la familia del otro viene también, porque en mayor o menor medida toda persona forma parte de su propia familia. Entonces, todo lo que usted tiene que hacer, es ver si la familia de la otra persona posee principios morales elevados o una escala de valores lo suficientemente alto. ¿Qué punto de vista manifiestan en diversos asuntos? ¿Aplican normas estrictas para todo cuanto hacen? ¿Cómo tratan los varones a las mujeres en esa familia? ¿Cómo tratan las mujeres a los varones? Simplemente consideren estos asuntos un poco y les bastará para conocer qué futuro familiar les aguarda.

Un joven ha estado en el seno de su familia por diez o veinte años. Quizás él o ella no esté conforme con su familia pero una vez que se case, sin que tal persona se percate, los rasgos característicos y la manera de actuar de su familia saldrán a la superficie. Tarde o temprano, estos rasgos distintivos se manifestarán. No me atrevería a decir que así sucederá con diez de cada diez casos, pero sí me atrevería a afirmar que así sucederá con siete u ocho de cada diez casos. Si bien tales rasgos característicos quizás no salgan a la superficie de una sola vez, lo cierto es que, poco a poco, la familia de la otra persona se infiltrará en la suya propia.

Si en una familia el padre es demasiado estricto con sus hijos, estos no serán muy afectuosos. Los hijos de familias excesivamente severas con frecuencia les falta cariño. Si en una familia hay calor de hogar y los padres rebosan de afecto por sus hijos, ellos espontáneamente se desarrollarán como personas amables y fáciles de tratar. Si en una familia tanto el padre como la madre son personas muy severas, sus hijos serán personas introspectivas y hurañas. Está bien si usted quiere elegir a su esposo de esa familia, pero no espere conseguir un esposo afectuoso. Y si usted elige a una hija de esa familia, ella será una persona en la que prevalecerá la introspección y la timidez. Si una familia posee ciertas características, siete u ocho de cada diez hijos tendrán tales características. Las características propias de una familia siempre salen a flote en la segunda generación.

Por esto algunos dicen: “Si quieres casarte con la hija, observa bien a la madre”. Quizás estas palabras no sean absolutamente ciertas, pero ciertamente hay algo de verdad en ellas. Por medio de observar la manera en que la madre trata a su esposo, usted sabrá cómo tratará la hija a su esposo en el futuro. La hija ha estado observando a su madre durante más de veinte años, y eso es lo que ella

ha aprendido. A diario, ella ha estado observando la manera en que su madre trata a su padre. ¿Cómo no habría de tratar a su esposo de la misma manera? A ella le será muy difícil no hacer lo mismo. Yo no me atrevería a afirmar que en diez de cada diez casos una hija será igual a su madre, pero sí diría que esto sucederá en siete u ocho de cada diez casos.

Por ejemplo, algunas personas poseen un carácter muy fuerte. Ellas pueden ser muy dóciles cuando usted conversa con ellas, pero se han criado en una familia de temperamentos muy dominantes. Tarde o temprano estos rasgos de autoritarismo volverán a aparecer. Si una familia es bastante unida y en ella no hay muchas disputas ni discusiones, los que procedan de dicha familia serán espontáneamente personas de buen genio y tranquilas. Tales personas difícilmente argüirían con otros o los agredirían. Los nacidos en el seno de una familia así por lo menos considerarán que es equivocado pelear y que es algo serio. Pedirles que peleen sería como pedirles que escalen una montaña. Si un creyente se ha criado en una familia en la que se discute y pelea todos los días, puede ser que tal persona lo trate con suma amabilidad hoy, pero tal amabilidad no es digna de confianza, pues se trata solamente de una máscara temporal. Llegará el día en que tal persona no será muy cuidadosa y todo cuanto aprendió de su familia resurgirá. A dicha persona le será fácil maldecir y pelear; no le cuesta esfuerzo hacerlo, y no habrá nada que usted pueda hacer al respecto.

Así pues, antes que usted decida casarse con alguien, deberá analizar a la familia de la otra persona y decidir si le gusta o no. Si a usted le gusta su familia, entonces casi un setenta u ochenta por ciento del problema estará resuelto. Si usted percibe que algo está mal allí, no espere que su futuro cónyuge vaya a ser la excepción.

Les suplico que no se olviden que las costumbres de una persona, sus hábitos, no es lo mismo que los puntos de vista a los que tal persona se adhiere. Uno puede tener una determinada perspectiva, pero aun así tener hábitos que van en contra de dicha perspectiva. Si en una familia se dan las discusiones, peleas y malos hábitos, tarde o temprano los nacidos en esa familia discutirán y pelearán. No es fácil alterar los hábitos de una persona, cualquiera que esta sea. Si uno se casa con una hermana, se está casando con toda su familia también. Es por ello que uno debe examinar cuidadosamente a la familia de la otra persona.

E. La edad

En términos generales, las mujeres maduran y envejecen antes que los varones. En un matrimonio, el varón debería ser, por lo general, cinco, seis, siete e incluso ocho años mayor que la mujer. La mujer madura unos cinco años antes

que el varón y envejece unos diez años más rápido que él. Esto es verdad en lo concerniente al desarrollo fisiológico.

Por otro lado, en el desarrollo mental de la vida humana, el hombre tiene cierta edad intelectual. Es posible que una persona madure físicamente y aun así permanezca infantil en cuanto a su edad intelectual. Es posible ser viejo en su cuerpo y joven en su mente. Un hombre puede tener un cuerpo de treinta años, pero se conduce como si tuviese veinte en cuanto a su edad mental. En ese sentido, todavía es muy joven. Entre los cristianos, si la madurez mental de un hermano es mayor que la de la hermana, es posible que no sea motivo de preocupación que el hermano sea más joven que la hermana.

La cuestión es si uno le da mayor importancia a la edad física o a la edad mental de las personas. Si la edad física es lo más importante, es mejor que el hermano sea mayor que la hermana. Si la madurez mental es lo más importante, podría estar bien que una hermana sea mayor que el hermano con el que se va a casar. Esto es algo que nosotros no podemos decidir en lugar de la pareja; ellos mismos son los que tienen que considerarlo. Algunos le dan más importancia al aspecto físico y otros al aspecto psicológico o intelectual. No existe una norma determinada con respecto a la edad de los cónyuges.

F. La compatibilidad de personalidades, metas e intereses

Los cinco factores anteriores están relacionados con el aspecto fisiológico de la vida humana. Ahora, quisiéramos hablar acerca del aspecto psicológico. En otras palabras, queremos abordar la cuestión de la personalidad del cónyuge.

Para que un matrimonio sea un matrimonio saludable, no solamente debe haber una atracción natural mutua, sino también compatibilidad y armonía en cuanto a sus personalidades. Podemos decir también que debe existir compatibilidad en cuanto a intereses y gustos. Si en un matrimonio no hay compatibilidad en cuanto a sus personalidades e intereses, tarde o temprano dejará de haber paz en esa familia, y ambos cónyuges sufrirán. Un nuevo creyente tiene que comprender que la atracción natural es algo temporal, pero que la compatibilidad de carácter es algo que perdura.

Entre los incrédulos, la clase de amor que se describe en las novelas románticas está siempre en la esfera de la atracción natural. Pero esta no es la clase de amor de la que se habla en la Biblia. El amor ciertamente incluye la atracción natural, pero la atracción natural puede que no sea amor. En el amor, tiene que haber atracción natural, y además, tiene que haber compatibilidad de personalidades. Hay dos condiciones básicas, o mejor dicho, dos ingredientes fundamentales

para el amor: un ingrediente es la atracción natural, y el otro es la compatibilidad o similitud de personalidades e intereses.

Quizás usted se sienta atraído hacia alguien por causa de su apariencia externa, pero tal vez a usted no le va a gustar dicha persona debido a que no se conduce conforme a sus gustos. Tal vez a esa persona no le guste lo que a usted le gusta, y quizás a usted le disguste lo que a ella le gusta. Esto simplemente es indicio de que existe una incompatibilidad de personalidades.

1. Afectuoso versus frío

Puede ser que un esposo, o una esposa, sea una persona muy afectuosa en su vida familiar, y que a él, o a ella, le guste mucho la gente y sea generoso con ellos, o esté dispuesto a hacer lo necesario a fin de recibir afectuosamente a otros en su hogar. Pero tal vez su cónyuge sea más bien frío e indiferente hacia los demás. No es que este cónyuge carezca de todo afecto, pero ciertamente no manifiesta un afecto tan intenso como la otra persona. De inmediato, podemos percatarnos que hay un problema con las personalidades. Supongamos que usted es una persona muy afectuosa con los demás y suele ser generosa y cálida con los demás. Y suponga que se casa con un esposo que también es muy cariñoso y afectuoso con la gente. Entonces ustedes dos compartirán un gran interés por conocer otras personas y la vida les parecerá muy sencilla. Siempre que ustedes giren hacia el oeste, se encontrarán con que la marea también fluye hacia el oeste; siempre se encontrarán avanzando en la misma dirección en que la marea fluye. Pero si su cónyuge es indiferente y frígido hacia los demás, él irá en una dirección, mientras que usted irá en otra. Usted sentirá que lo está tolerando, y él sentirá que es él quien la tolera a usted. Así, cuando usted se comporte de cierto modo, él pensará que actuar así es excesivo y que la está tolerando a usted demasiado. Y cuando él se comporte de cierto modo, usted pensará que él es demasiado mezquino y que, ahora, es usted quien lo está tolerando. Esto no es nada bueno.

2. Amable versus hosco

Algunos no sólo son afectuosos sino también amables. Tales personas no quieren herir ni ofender a nadie y siempre son consideradas con los demás. Si uno elige un esposo o esposa que sea igualmente amable y considerado con los demás, que es feliz si no tiene que herir el amor propio de otros y que jamás quisiera avergonzar a nadie, entonces él o ella estará siempre contento y será optimista. Cuando se mueva en cierta dirección, parecerá que la marea siempre fluye en la misma dirección. La vida le parecerá sencilla. Pero supongamos que la otra persona sea totalmente distinta a uno. Supongamos que ella siempre va en otra dirección y es una persona áspera y exigente para con todo y con todos. Entonces, uno encontrará muchos problemas en su matrimonio. A veces, una

persona no sólo es bondadosa con la gente sino incluso con los gatos y los perros. Si uno toma como cónyuge a una persona que siempre está golpeando a los perros y a los gatos, enfrentará muchos problemas. Algunas personas son amables con las personas tanto como lo son con sus cosas; pero otras son insensibles a todo, no solamente hacia sus mascotas, sino también hacia sus prójimos. Es un problema bastante serio que dos personas de personalidades opuestas tengan que vivir juntas. Es muy difícil esforzarse por ir en una dirección, cuando el otro toma la dirección opuesta.

3. Generoso versus mezquino

Consideren otro ejemplo. Un hermano puede ser muy generoso con las personas y estar dispuesto a regalar cualquiera de sus posesiones. Si un hermano o hermana lo visita, esta persona sacará todo lo que tiene para compartirlo. Pero supongamos que tal persona toma como esposa a una hermana que se encoge de horror cada vez que alguien viene a comer a su casa y que le preocupa que los demás vayan a consumir todo cuanto tiene. Es de esperarse que surjan dificultades en tal matrimonio. No se trata de un fracaso de orden moral, sino que se trata de un problema de personalidades. Ciertas personas tienen una personalidad tal que cada vez que tienen que compartir un poco de comida con otros, se encogen de horror ante tal posibilidad. Cuando sus invitados vienen, tales personas deliberadamente sirven aquello que es inferior en calidad y se reservan para sí lo que es de mejor calidad. Obviamente, este no es un problema de orden moral, sino un problema que atañe a la personalidad. Tales personas siempre han de manifestar esa tendencia. Si un individuo generoso se casa con una esposa a quien le gusta regalar sus cosas tanto como a él, dicho individuo sentirá que siempre navega a favor de la corriente y será muy feliz. Pero si existe alguna incompatibilidad de personalidades, ambas partes estarán esforzándose por avanzar en direcciones opuestas y discutirán airadamente todo el tiempo. Esto llegará a constituir un problema muy serio.

4. Sincero versus cauteloso

Algunas personas son muy sinceras por naturaleza. Tales personas no solamente son francas, sino que gustan de ser personas muy abiertas. Otras personas son cautelosas por naturaleza. No solamente son cautelosas ellas mismas, sino que además quieren que las demás personas sean cautelosas y reservadas. Si se juntan estas dos clases de personas, surgirán muchos problemas. Les ruego que no se olviden que no hay nada de malo en ser una persona franca, como tampoco hay nada de malo en ser una persona cautelosa. No se trata de un problema moral, sino de un conflicto de personalidades. Aquí hay una persona que es cautelosa, callada e introspectiva. Al lado de ella está otra persona que es franca y abierta en todo aspecto. La persona cautelosa no

debiera criticar a la persona más abierta; ni tampoco la persona que es franca debe criticar a la persona cautelosa. Ambas son personas maravillosas. A uno le encanta ser franco, mientras que al otro le encanta ser cauteloso. La persona franca piensa que la otra persona es demasiado lenta, mientras que a la persona cautelosa le parece que la otra persona se mueve demasiado rápido. Como resultado, ambas personas sufren. Si una persona franca se encuentra con otra persona igualmente sincera, ambas proseguirán en armonía. Si una persona cautelosa conoce a otra persona cautelosa, ellas también se llevarán muy bien.

5. Reflexivo versus impulsivo

Algunas personas son muy prudentes y reflexivas; les gusta sopesar todo muy cuidadosamente y examinar cada detalle exhaustivamente. Pero otras personas son muy impulsivas en todo cuanto hacen. Esta clase de persona suele actuar primero y sólo después piensa en lo que hizo o consulta con otros al respecto. Nuevamente, esta no es una cuestión moral, sino que es algo relativo a la personalidad del individuo. Una persona reflexiva no debiera criticar a las personas impulsivas; en lugar de ello, debiera procurarse una esposa que sea reflexiva y prudente como él. Uno impulsivo debe conseguirse una mujer impulsiva. De este modo, ambos vivirán en paz. Si una persona reflexiva se casa con una persona impulsiva, esto creará un problema bastante significativo, pues ambos se esforzarán por ir en direcciones opuestas.

6. Exacto al hablar versus descuidado en sus palabras

Algunas personas suelen ser muy exactas en lo que dicen. Son personas tan exactas que su exactitud aterroriza a los demás. Cada palabra que pronuncian tiene que ser exactamente correcta. Otras personas, en cambio, quizás no sean imprecisas deliberadamente, pero no son tan cuidadosas en cuanto a las palabras que emplean. Nuevamente, no es un asunto de moralidad, sino de personalidad. Si juntamos estas dos clases de personas, probablemente uno critique al otro por decir mentiras, mientras que el otro afirme que es mejor callarse que tener que hablar como lo hace el otro. Para ser justos, si toda palabra tiene que ser tan precisa, quizás no se podrían pronunciar más de veinte frases al día en todo el mundo. Así pues, ustedes pueden comprobar a través de esto que la incompatibilidad de personalidades es verdaderamente un gran problema.

7. Activo versus tranquilo

Tomemos otro ejemplo. Algunas personas están llenas de energía, mientras que otras son muy tranquilas. Ambas están en lo correcto, puesto que no es una cuestión moral. Pero cuando una persona muy activa se casa con otra muy

pasiva, aun cuando ambas sean hermano y hermana, sin duda esto puede producir problemas para dicho matrimonio. Tarde o temprano, tal conflicto de personalidades se convertirá en un problema de orden moral. Un cónyuge magnificará los rasgos peculiares del otro cónyuge. El esposo que es muy tranquilo sentirá que su esposa es demasiado extrovertida. Y la esposa que es muy activa, a su vez, sentirá que se ha casado con un hombre insensible. Así, surgirá un gran problema en el seno de esta familia. Yo conozco alguien a quien le encanta quedarse en casa, pero que está casado con una hermana a quien le gusta ir de visita de lugar en lugar. Al esposo, esto le parece insoportable. Simplemente no soporta tener que acompañar a su esposa de un lado a otro todo el tiempo; pero cuando está en casa, se siente encarcelado si no acompaña a su esposa. Cuando él llega a su casa, casi nunca encuentra a su esposa. Tal marido está siempre tratando de sobrellevar semejante situación. Si esta no se resuelve, estallarán los problemas. Repito, este no es un asunto de carácter moral, sino una cuestión de personalidades; se trata de algo que se pasó por alto en el momento del casamiento.

8. Pulcro versus desarreglado

Cierta hermana se preocupa mucho por la limpieza de su casa. Todo en su casa tiene que estar minuciosamente limpio. Ella sigue a su esposo con un trapo y limpia todo cuanto encuentra a su paso, pero el esposo se complace en ser desaliñado. Cierta día visité su hogar y me encontré al esposo tirando una almohada al piso, volteando una silla y moviendo todas las cosas fuera de lugar. Cuando le pregunté por qué hacía todo esto, él me respondió: “Hoy me siento muy feliz porque mi esposa se fue a visitar a sus padres”. Él se sentía tan frustrado con la pulcritud de su esposa que se deleitaba en el desorden. Esta no es una cuestión de índole moral. No hay nada de malo en ser personas un poco pulcras y tampoco hay nada de malo en andar un poco desaliñados.

9. La compatibilidad de personalidades es el factor más importante para mantener un buen matrimonio

Un nuevo creyente tiene que comprender que existen dos condiciones fundamentales para el amor. Una es la atracción natural, y la otra es la compatibilidad de caracteres. Al elegir una pareja, usted tiene que elegir, primero, una persona que le resulte atrayente. Un matrimonio en el cual no hay atracción mutua no marchará bien. En segundo lugar, uno tiene que elegir a una persona cuya personalidad sea similar a la de uno mismo. Los hermanos más maduros deberán ayudar a los más jóvenes a conocer su propia personalidad. No descuide el aspecto de la compatibilidad de caracteres simplemente porque haya atracción natural.

Conozco una pareja en Shanghái que siempre está discutiendo. Le pregunté al esposo por qué la había elegido a ella como esposa en primer lugar. Él me respondió que la primera vez que la vio, se sintió atraído por sus ojos oscuros. Esto es atracción natural. A él le gustaban sus ojos oscuros, pero poco después que se casaron, se olvidó si ella tenía ojos claros u oscuros. Lo único que podía recordar era que a ella le gustaba la pulcritud, mientras que a él no; que a ella le gustaba ser muy jovial, mientras que él prefería la tranquilidad; y que ella era muy rápida, mientras que él era muy lento. Por favor recuerden que la personalidad es algo permanente, mientras que la atracción natural es algo temporal.

Al elegir pareja los jóvenes no deben considerar únicamente la atracción natural. Sin duda debe haber atracción natural. Me complace que nuestros jóvenes, tanto hermanos como hermanas, le den la debida importancia a la atracción natural. No hay nada erróneo en ello, pero no basta con sentirse atraídos mutuamente. Tienen que considerar también la compatibilidad de sus personalidades. Y esto es algo completamente diferente. Si hay un conflicto de personalidades, la atracción natural desaparecerá muy pronto. La atracción natural es capaz de inducirnos a una unión matrimonial, pero jamás podrá sustentar tal matrimonio. Así pues, debemos estar conscientes de los problemas concretos que pueden surgir en tal relación.

Algunos han dicho que una persona puede tener dos cielos o dos infiernos. Una persona puede ascender a un cielo y descender a un infierno; o puede ascender a dos cielos o descender a dos infiernos. En ningún otro lugar sobre la tierra hay tanta felicidad como en una familia feliz. Pertenecer a una familia feliz es como estar en el cielo. Asimismo, el más terrible lugar sobre la tierra es una familia que está triste; es como estar en el infierno. Cuando una familia está contenta, uno se siente en los cielos. Si uno pertenece a una familia triste, uno se siente en el infierno. Así pues, un creyente puede experimentar un cielo y un infierno; y un incrédulo puede experimentar dos infiernos. Una persona que no es creyente puede experimentar el infierno mientras está en la tierra y otro infierno después de morir cuando vaya al infierno. Hay muchos cristianos que experimentan cierta clase de infierno hoy en día, pero que irán a los cielos en el futuro. Tales creyentes viven de este modo debido a que en su vida familiar hace falta la armonía de personalidades.

Yo recuerdo el caso de un hermano cuya esposa discutía y peleaba con todos en todo lugar. Ella podía ser muy espiritual cuando así lo quería; podía hacer bellas oraciones y comportarse muy espiritualmente. Pero cuando se enojaba, nadie podía hablar con ella. Ella peleaba con sus vecinos todo el tiempo, y nadie podía hacer nada al respecto. Su esposo tenía que andar alrededor pidiendo perdón a una y otra familia todo el tiempo. Cada vez que llegaba a casa, tenía que

descubrir con quién había peleado esta vez su esposa para ir a pedirle disculpas a tales personas. Ella se metía en problemas todos los días. En realidad, si ese hermano se hubiese casado con una hermana tranquila, o si esa hermana se hubiese casado con un hermano muy activo, no habría tales problemas. Si una hermana muy activa se casa con un esposo muy tranquilo, o un hermano muy tranquilo se casa con una esposa que es muy activa, ciertamente surgirán problemas en la familia.

10. No debemos esperar que la personalidad de nuestro cónyuge cambie

Son muchos los que tienen un concepto equivocado: ellos creen que pueden cambiar la personalidad de otros. Por favor recuerden que esto no es posible. Incluso el Espíritu Santo mismo necesita mucho tiempo para transformar a una persona. Si es así con el Espíritu Santo, ¿cuánto podrá lograr usted? Por favor recuerden que el matrimonio no trae consigo el poder para cambiar la naturaleza de una persona. Son muchos los hermanos y hermanas que saben que sus cónyuges poseen personalidades que difieren de la suya propia y quieren cambiarlas. Pero después de dos o tres años, ellos descubren que todavía no ha ocurrido ningún cambio. Si existe alguna expectativa destinada al fracaso, ciertamente es esta. En toda mi vida no he visto un solo esposo que haya logrado cambiar a su esposa; ni tampoco he visto a ninguna esposa que haya conseguido cambiar a su esposo. Una vez compartí que en el matrimonio, uno solamente puede adquirir cosas ya hechas, no cosas para hacer. Ya sea como fuere la persona con la cual usted se casa, eso exactamente es lo que usted obtiene. Usted no puede pedirle que fulano o sutano sea de tal o cual manera de ser. Usted primero tiene que descubrir si podrá o no podrá aceptar la personalidad de dicha persona. Usted únicamente puede descubrir la personalidad actual de la otra persona; jamás debe abrigar la esperanza de poder cambiarla. Si usted tiene tal esperanza, ciertamente será defraudado. Esperamos que los hijos de Dios habrán de darle mucha importancia a esto, pues esto les ahorrará muchos dolores de cabeza.

Durante los diez años en los que laboré en Shanghái, una cuarta parte de mi tiempo lo pasé dando consejos a familias con problemas. De manera enfática, les aconsejo no unir a dos creyentes cuyas personalidades difieran entre sí. Si fomentamos tal clase de unión, las consecuencias serán ciertamente muy graves. Los niños que se críen en tales familias, ciertamente serán afectados, pues no sabrán qué lado tomar cuando sus padres se encuentren en el vaivén del subibaja. Es obvio que para tales niños, tampoco les será fácil ser salvos.

G. Los defectos

Ahora, debemos tomar en cuenta el asunto de los defectos. Nuestra conversación anterior se refirió a las diferencias en cuanto a la personalidad de los cónyuges y no involucraba asuntos de orden moral. Pero los seres humanos no solamente difieren en cuanto a sus personalidades, sino también en cuanto a sus defectos.

1. Los defectos de orden moral

¿Qué es un defecto? Algunas personas son perezosas, mientras que otras son diligentes. La diligencia es una virtud, mientras que la pereza es un defecto. Algunas personas eligen sus palabras con mucho cuidado y precisión; tal precisión es una virtud. Otras personas no solamente son un poco descuidadas con las palabras que usan, sino que además mienten constantemente; a estas personas les encanta exagerar. Este es un defecto de su carácter. Algunos saben mantener la boca cerrada y no les gusta hablar mucho, lo cual es una virtud. A otros les encanta criticar y corregir a los demás; esto constituye un defecto. Tales personas difunden chismes acerca de esta y aquella familia. Esto no es una cuestión de la personalidad, lo cual no involucra valores morales. Si un determinado rasgo de la personalidad involucra asuntos de carácter moral, entonces constituye un defecto, y se tiene que tomar medidas al respecto en la presencia de Dios. Algunas personas hacen las cosas lentamente, mientras que otras actúan con rapidez; estos son rasgos de la personalidad. Pero si una persona es tan rápida que se convierte en una persona impaciente, ella tiene un defecto. Algunas personas son tan lentas que se convierten en personas que no son dignas de confianza. Esto es también un defecto. Ser impacientes es un defecto y ser tan lentos que perdemos la confianza de los demás también es un defecto.

2. Al descubrir los defectos del otro

¿Qué debíamos hacer respecto a las debilidades o defectos de la otra persona? Este asunto es tan difícil que no puede ser decidido por una tercera persona. Antes que nuestros jóvenes se casen, es imprescindible que ellos lleguen a conocer los defectos de la otra persona; ellos tienen que hacerlo antes de comprometerse, no después. Es erróneo buscar los defectos del otro después de haberse casado; de hecho, hacer esto es actuar neciamente. Después que uno se ha casado, es demasiado tarde para procurar descubrir los defectos del otro. Si usted intenta descubrir los defectos del otro después de haberse casado con tal persona, es demasiado tarde porque usted ya está viviendo con ella todos los días. En tal caso, usted verá muchas cosas incluso sin procurar descubrirlas. Si usted intenta deliberadamente encontrar los defectos del otro, ciertamente encontrará muchos más. El matrimonio no tiene como propósito darnos la ocasión de encontrar los defectos o errores del otro. Después de haberse casado,

no abra sus ojos. Y antes de comprometerse, cuando todavía está eligiendo pareja, no sea cegado por la atracción natural. No deje que la atracción natural sea como un velo que le impida ver los defectos de la otra persona. No se entusiasmen tanto que lleguen a ignorar los defectos de la otra persona.

3. Algunos defectos no se pueden tolerar

Examinemos el asunto de los defectos. Existen dos maneras de enfrentarse a los defectos de la otra persona. Algunos defectos son intolerables. Se asemejan a personas de carácter muy difícil con las cuales nos resulta muy difícil llevarnos bien. Un matrimonio no tendrá éxito si en él se hallan presentes tal clase de defectos. Hay otros defectos que son tolerables. Después de examinar tales defectos, quizás uno decida que puede convivir con ellos. Por supuesto, uno tiene que procurar descubrir los defectos del otro antes de comprometerse con dicha persona. Algunos procuran descubrir los defectos de su cónyuge después de haberse casado. Para entonces, es vano procurar descubrir tales defectos; más bien, esto acarreará perjuicios para la familia, porque nadie puede cambiar tales defectos. Es imposible cambiarlos. Uno tiene que tomar nota de tales defectos y sopesarlos *antes* de casarse, a fin de determinar si puede o no convivir con los defectos del otro.

4. No se trata de que tengamos los mismos defectos

Ahora debemos recordarles algo: no vayan a suponer que aquellos que tienen ciertos defectos en común pueden llevarse bien. Son muchos los que piensan que aquellas personas con defectos diferentes no pueden llevarse bien, pero que aquellos con defectos similares, sí pueden. Nada está más lejos de la verdad. Algunas parejas que comparten los mismos defectos discuten entre sí y pelean entre ellos todo el tiempo. Uno tiene un temperamento muy fuerte, y el otro también es de carácter enérgico. Quizás usted piense que es maravilloso que ambos tengan el mismo carácter. En realidad, en tales casos las dificultades se han hecho más complejas debido a que ambos tienen los mismos defectos. Si hay una diferencia de personalidades, la conciencia no está involucrada, pero si es cuestión de defectos, la conciencia entra en juego. Si ambos cónyuges son creyentes, cualquier defecto de la otra persona ofenderá la conciencia de los dos. Así, la carga de la responsabilidad que recaiga sobre ellos será más compleja, y los problemas que surjan serán también más complejos. Por esto decimos que una pareja debe tener personalidades similares, pero defectos distintos.

Recuerdo un esposo que dejaba las cosas tiradas alrededor de la casa y que nunca arreglaba su habitación. Su esposa era igual. Uno desordenaba, y el otro desordenaba todavía más. Uno podría pensar que en tales casos no se harían acusaciones mutuas y tendrían paz el uno con el otro, pero esta pareja discutía

todo el tiempo. El esposo decía: “¿No te parece que dejar las cosas tiradas alrededor es causar mucho desorden?”, y la esposa le respondía: “¿Por qué no las recoges tú? ¿Acaso no ves que estoy muy ocupada?”. Les ruego no se olviden que una carga es ya bastante pesada, pero que dos llegan a ser insoportables. El resultado será que los problemas familiares se harán más complejos. Jamás debiéramos suponer que los problemas disminuirán si ambas partes tienen los mismos defectos. Tener defectos similares resultará en mayores problemas; de hecho, los problemas se duplicarán. Si el defecto es de una sola persona, ella podrá soportar su propio defecto; pero si ambos cónyuges comparten el mismo defecto, entonces la carga es insoportable. Si ya es difícil para uno soportar sus propios defectos, entonces le resultará imposible soportar los defectos del otro además de los suyos propios.

Los jóvenes, tanto los hermanos como las hermanas, deben darse cuenta de que algunos defectos pueden ser tolerados incluso cuando están presentes en ambos, pero que otros defectos, si son propios de ambos cónyuges, se vuelven mucho más complejos. Tales defectos son intolerables. Es mejor que los defectos de las dos personas sean diferentes. Por supuesto, algunas veces parejas con defectos similares consiguen llevarse bien; no existe una norma definitiva al respecto. Simplemente, uno tiene que observar por sí mismo.

H. El carácter

Para que un matrimonio tenga éxito, ambas partes tienen que poseer atributos en su carácter que sean estimados por la otra persona. La esposa no debe menospreciar al esposo, ni el esposo debe menospreciar a la esposa. Una vez que surge cualquier clase de menosprecio o desdén, la familia estará acabada. El respeto por el carácter del otro debe ser mutuo. El esposo debe sentir respeto por el carácter de su esposa, y la esposa debe sentir respeto por el carácter de su esposo. Por tanto, no solamente debemos considerar el asunto de la personalidad y los defectos del otro, sino también el asunto del carácter del otro.

Por ejemplo, se puede tolerar que una esposa ocasionalmente esconda u omita ciertas cosas al hablar. Pero esto se convierte en un problema que atañe a su carácter si ella suele mentir todo el tiempo. Algunos esposos son egoístas por naturaleza y suelen preocuparse únicamente por sí mismos y no por los demás, pero su egoísmo no debiera llegar al extremo que pierdan el respeto de su esposa por ellos. Esto es muy distinto del asunto de la compatibilidad de caracteres. Ya es difícil para una pareja adaptarse a las fricciones y conflictos por las diferencias en cuanto a la personalidad. Si además de esto hay cierto desdén por el carácter del otro, los cimientos mismos de la familia serán sacudidos. Entonces, nada podrá hacerse para remediar tal situación.

A veces nos encontramos con un marido detestable. Otras veces, nos encontramos con esposas muy calculadoras, las cuales únicamente harán cosas que sean provechosas para ellas mismas y nada más. Sin duda, se trata de defectos fundamentales en el carácter de uno; no se trata de meras debilidades. Tales defectos son motivo de desdén y de falta de respeto. Una vez que se introduce tal elemento, el ingrediente básico para un matrimonio habrá desaparecido. Es por ello que tenemos que preguntarnos si podemos tolerar el carácter de la otra persona.

Algunas personas son crueles. Son personas ásperas con los demás, sin importar cuál sea el motivo. Son personas insensibles a los problemas y sentimientos del otro. Lo único que desean es expresar sus propios sentimientos y no les importa si los sentimientos de la otra persona han sido heridos. Ya no se trata de un asunto de incompatibilidad de caracteres, sino de un defecto fundamental del carácter, el cual abre la puerta para que surja la falta de respeto.

Algunas personas no ejercen control alguno sobre sí mismas; no se sujetan a ninguna disciplina. Son desordenadas en todo, inclusive en cuanto a su temperamento. Si surge algún problema, dan rienda suelta a su enojo. ¿Por qué se enoja una persona? Se enoja porque es egoísta y sólo le importa su propia satisfacción. En último análisis, el problema no estriba en el temperamento o en los defectos de esta persona, sino en su carácter. Una vez que este elemento se halle presente, también estarán presentes el desdén y la falta de respeto.

Por tanto, antes que dos personas se casen, tienen que descubrir los atributos dignos de admiración que hay en la otra persona. Esto se aplica de manera particular en el caso de matrimonios entre hijos de Dios; siempre tiene que haber rasgos nobles en ambos cónyuges. Si una persona no tiene nada en ella que los demás puedan admirar, tal persona no está calificada para casarse. Una persona tiene que tener por lo menos uno o dos rasgos nobles a los ojos de Dios a fin de que pueda inspirar el respeto de su cónyuge.

I. Llevarse bien con los demás

Existe otro aspecto de la personalidad y de las consideraciones humanas que debemos tomar en cuenta. Si usted contempla la posibilidad de casarse con alguien, tiene que preguntarse si tal persona puede llevarse bien con los demás. El matrimonio implica convivencia, y una cuestión muy importante es si la otra persona puede vivir con otros. Algunas personas son muy individualistas por naturaleza. Tales personas simplemente no pueden vivir con otras. Si un hermano no está en buenos términos con su padre, su madre, sus hermanos y sus hermanas; entonces, lo único que usted puede esperar es un matrimonio miserable si se casa con él. Si una hermana no puede llevarse bien con nadie y

siempre está peleándose con otros, pueden estar seguros que los momentos de felicidad serán muy escasos si usted la toma por esposa.

Todo aquel que desee casarse tiene que cumplir con un requisito básico: él o ella tiene que ser capaz de llevarse bien con otros. Debido a que el matrimonio consiste en convivir con otro, si uno no puede llevarse bien con otros, ¿cómo podría llevarse bien con usted? Las posibilidades de que esto suceda son muy pequeñas y será muy difícil que tal persona cambie. Si se trata de una persona que no muestra consideración o respeto por nadie, ¿piensa usted que tendrá respeto por usted? Si usted espera hasta después del matrimonio, descubrirá entonces que él tampoco tiene respeto por usted. Para tales personas es difícil casarse. Al elegir una esposa, usted tiene que asegurarse que su cónyuge posee las cualidades humanas indispensables para un matrimonio. Usted tiene que averiguar si se trata de una persona capaz de llevarse bien con los demás.

Supongamos que una hermana ha alcanzado la edad en la que debe casarse. Si ella va a todo el mundo y les dice: “Mi mamá es terrible. Mi papá es terrible. Mis hermanos y hermanas son terribles. Todos en mi familia me tratan muy mal”. Pueden estar seguros que ella más tarde se quejará de que usted es una persona terrible y que la trata muy mal. Tal persona simplemente no es capaz de llevarse bien con los demás.

Por favor recuerden que si ustedes son personas que saben llevarse bien con los demás, las posibilidades que tienen de tener éxito en su matrimonio son muy elevadas. Por el contrario, si uno no puede convivir con nadie, las posibilidades de éxito matrimonial serán muy reducidas. No estoy diciendo que uno no sea capaz de convivir con tal clase de personas, pero me temo que no será nada fácil. Este factor es muy importante.

J. Ser una persona consagrada

Ya abordamos el asunto de la salud, el carácter y lo relativo al alma de las personas. Ahora, quisiéramos cubrir lo relativo al espíritu de la persona. En términos espirituales, una persona tiene que ser consagrada al Señor.

No debiéramos casarnos con un incrédulo. Sin embargo, hay mucho más involucrado que simplemente esto; debemos tener una visión mucho más elevada delante del Señor. Un matrimonio exitoso no solamente tiene la atracción física y la compatibilidad de caracteres, sino que también debe tener una unión en la que ambas partes comparten el mismo objetivo espiritual. Esto quiere decir que ambas personas anhelan servir al Señor. Ambos tienen que estar completamente entregados al Señor. Uno vive para Dios y el otro también. En todas las cosas, grandes o pequeñas, ambos son para el Señor. Esto quiere

decir que la consagración al Señor es un elemento imprescindible. De hecho, tal consagración es aún más importante que poseer un buen carácter. Una vez que la pareja es una pareja consagrada al Señor, el matrimonio contará con una base firme. En tal matrimonio, ambos compartirán un interés común muy fuerte delante de Dios.

En tal familia, no se pondrá en tela de juicio quién debe ser la cabeza y quién debe obedecer. En lugar de ello, ambos dirán que Cristo es la Cabeza y ambos le obedecerán. Entonces, no habrá necesidad que ninguno procure salvar las apariencias. Muchas veces, la esposa discute con su esposo, no porque ella esté en lo correcto y él se haya equivocado, sino simplemente porque quiere guardar las apariencias. Tal discusión no tiene nada que ver con lo correcto y lo erróneo, pues la esposa únicamente está esforzándose por la apariencias. Pero si ambos están consagrados, no estarán procurando guardar esa apariencia, pues ambos estarán dispuestos a ser avergonzados delante del Señor. Ambos podrán confesar sus faltas delante del Señor. Nosotros debemos ser personas que anhelan el cumplimiento de la voluntad de Dios. Cualquier conflicto se puede resolver si ambas partes anhelan el cumplimiento de la voluntad de Dios.

En una familia, si tanto el esposo como la esposa están consagrados al Señor, y si ambos sirven al Señor en unanimidad, tendrán una alta posibilidad de que tal matrimonio tenga éxito. Aun cuando existen diferencias de índole natural, y aun cuando la atracción física disminuya, ninguno de estos aspectos se convertirán en impedimentos para tal unión, y la familia seguirá hacia adelante de manera positiva.

Todos estos diez factores deben ser tomados en cuenta cuando se trata de elegir un cónyuge. Estos factores pueden ser clasificados como atributos de orden físico (o atributos externos), atributos de orden psicológico (o atributos del carácter) y atributos de orden espiritual. Tenemos que tomar en cuenta los tres aspectos. Tenemos que tomar en cuenta tanto los atributos físicos de una persona, como también su personalidad y su espiritualidad. Todos estos tres aspectos deben ser considerados con la debida perspectiva. Tenemos que tomar en cuenta todos estos tres aspectos y examinarlos uno por uno.

III. DENLE LA DEBIDA ATENCIÓN A LA ELECCIÓN DEL CÓNYUGE

Antes de que usted contemple la posibilidad de casarse con alguien o antes de comprometerse con alguien, usted debiera anotar todos sus rasgos personales uno por uno. ¿Qué tal la atracción natural? ¿Qué tal su salud? ¿Qué tal su familia? Tenemos que anotar todas estas características en detalle. Este es un asunto muy serio. No sean descuidados al respecto. Ustedes deben anotar cada atributo, uno por uno. ¿Qué tal su personalidad? ¿Cuáles son sus defectos o

debilidades? ¿Cuántos atributos que usted valora se encuentran en esa persona? ¿Es ella capaz de llevarse bien con otros? ¿Cuán bien se relaciona con su familia? ¿Cuán bien se relaciona con sus amigos? ¿Tiene amistades? Por favor no se olviden que aquellos que no tienen amistades resultan esposos y esposas muy deficientes. Una persona que no se lleva bien con los demás, casi no tiene posibilidad alguna de llevarse bien con usted. Usted debe observar cómo ella trata a la gente en privado; cómo trata a sus amigos, parientes, hermanos y hermanas más jóvenes, a los niños y a los padres. Luego, usted tiene que saber si se trata de una persona consagrada íntegramente al Señor y si anhela vivir para el Señor. Trate de averiguar cuánto ha dejado por seguir al Señor y cuánta experiencia espiritual posee.

Los hermanos más maduros en el Señor y que están a cargo de los jóvenes, también debieran hacer una lista con respecto a estas dos personas y deberán hacer una comparación. Sólo entonces tendrán ellos una idea de si estas dos personas pelearán entre ellas en el futuro. Son muchos los que se percatan de los problemas que existen sólo después que estos han salido a la superficie. Tenemos que estudiar esto cuidadosamente de antemano. Esto nos dará indicios de las posibilidades de éxito que una pareja tiene en el futuro.

Me gustaría decirles enfáticamente que la vida familiar de la siguiente generación tiene una relación muy estrecha con la vida de iglesia que habrá de llevar dicha generación. Quisiera decir algo a los mayores: tienen que cuidar de las familias de la siguiente generación. La vida de iglesia será fuerte y saludable sólo si ustedes cuidan bien de este asunto. Si la generación siguiente tiene familias terribles, la iglesia sufrirá grandes inconvenientes. Hoy en día, aquellos que ya tienen familias no pueden cambiarlas. Sólo podemos pedirles que sean más comprensivos, tolerantes, cuidadosos y cariñosos. Pero espero que aquellos que entre nosotros todavía no se han casado, se esfuercen ellos mismos por establecer y edificar una buena familia. Este es, por cierto, un empeño excelente. En los días venideros, quiera Dios derramar Su gracia sobre la iglesia a fin de que muchas familias jóvenes puedan surgir, familias en las que tanto el esposo como la esposa sirvan al Señor y recorran Su camino juntos y en unanimidad. ¡Qué hermoso cuadro será este!

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

EL ESPOSO Y LA ESPOSA

Lectura bíblica: Col. 3:18-19; 1 P. 3:1-7; Ef. 5:22-23

Ya hablamos acerca de la elección del cónyuge. Lo dicho anteriormente estaba orientado a nuestros jóvenes, tanto hermanos como hermanas. Sin embargo, no todos los que se reúnen con nosotros son jóvenes. En el futuro, algunos de los

nuevos creyentes serán parejas ya casadas. La Biblia tiene enseñanzas muy claras para aquellos que están casados. Algunos pasajes bíblicos contienen enseñanzas para los maridos, y otros pasajes contienen enseñanzas para las esposas. Antes de casarse, uno tiene que esforzarse por elegir un cónyuge con el menor número de defectos posible. Sin embargo, después que una persona se ha casado, tiene que comportarse de tal manera que evite causar problemas, tanto a la familia como a la iglesia.

I. DEDIQUE TIEMPO A APRENDER A SER UN ESPOSO O UNA ESPOSA

Lo primero que una persona casada tiene que comprender es que ser esposo o esposa es un asunto muy serio. Toda persona requiere cierta preparación antes de asumir cualquier responsabilidad o trabajo. Por ejemplo, un médico necesita de cinco, seis o siete años de adiestramiento antes de poder practicar medicina. Un profesor tiene que pasar algunos años en una escuela normal antes de empezar a enseñar. Un ingeniero también tiene que estudiar unos cuatro años en la universidad, antes de empezar su carrera. Incluso una enfermera requiere de al menos tres años para prepararse para su trabajo. Pero lo interesante es que nadie dedica ni un solo día para aprender a ser esposo o esposa. No es de asombrarse entonces que tantos fracasen en su rol matrimonial, pues ellos jamás se detuvieron a considerar cómo podrían ser esposos y esposas apropiados. Yo estaría muy indeciso y me sentiría muy incómodo si tuviera que pedirle asistencia médica a una persona que jamás estudió medicina. Asimismo, estaría lleno de dudas y temor si tuviera que valerme de una enfermera que jamás estudió para ser enfermera. Estaría temeroso e incómodo ante la posibilidad de contratar a un maestro que no haya recibido adiestramiento alguno. Y si quisiera edificar una casa, solamente contrataría para ello a un ingeniero civil. Asimismo, tengo mis dudas respecto de aquellos que han llegado a ser esposos y esposas sin que jamás hayan sido adiestrados para ello.

Nuestros padres nunca nos enseñaron a ser esposos o esposas. Simplemente, al llegar a ser adultos, buscamos un trabajo, y en cuanto pudimos mantener una familia, encontramos una pareja y nos casamos. Por favor recuerden que muchas de las dificultades que surgen entre marido y mujer, se deben a que ninguno de los dos ha recibido preparación alguna. Cuando dos personas se casan sin haber recibido ninguna preparación y de improviso se encuentran que son marido y mujer, ¿qué otra cosa podrían esperar sino tener problemas familiares? Todo cuanto hacemos en nuestras vidas requiere de adiestramiento; ninguno de nosotros se atrevería a emprender una actividad sin haber reflexionado en ello antes. Nosotros nos preparamos para nuestro trabajo y procuramos aprender algo al respecto antes de emprenderlo.

Tenemos que comprender que no hay ninguna tarea que sea más difícil que la de ser esposo o esposa. Todo trabajo tiene horarios fijos. Este es el único trabajo que demanda las veinticuatro horas del día. En todo trabajo se establece una edad en la que uno se puede jubilar, con la excepción de este. Se trata, pues, de una vocación muy seria y muy importante.

Por ahora, nos olvidaremos de nuestro pasado. Si bien no estuvieron preparados para ser marido y mujer, aun así, ya han llegado a serlo. Ustedes ya están casados y han alcanzado esta etapa en sus vidas. Tal vez su ligereza en el pasado haya causado perjuicios serios a su familia, por lo que hay que ver que la familia es un asunto muy serio. Ahora, usted debe tener un nuevo comienzo y empezar todo de nuevo. Los esposos deben empezar a aprender cómo ser esposos, y las esposas deben tener un nuevo comienzo y aprender cómo ser esposas.

Quizá no siempre dé buenos resultados el intentar aplicar a nuestra vida familiar la misma vehemencia que usamos en nuestro trabajo. Sin embargo, la verdad es que muchas personas son mucho más descuidadas con su familia que lo que son con su trabajo. Tal ligereza inevitablemente propicia el fracaso familiar. Tenemos que invertir todas nuestras energías en la edificación de nuestra familia. Tenemos que ocuparnos de ello más concienzudamente que de nuestros trabajos. Si nos comportamos con ligereza y no consideramos que ser esposo o esposa es una ocupación que reviste gran seriedad, entonces inevitablemente nuestra familia será un fracaso. Si queremos que nuestra familia tenga éxito, tenemos que estimarla como si fuera nuestra principal ocupación y debemos dedicar tiempo a tal empeño. Tenemos que hacer que nuestra familia marche bien a cualquier precio y poner nuestro máximo esfuerzo en este cometido que reviste de suma importancia. Aquellos que son negligentes con respecto a su matrimonio y no tienen la intención de que sea un éxito, jamás tendrán un matrimonio exitoso.

Todos los hermanos y hermanas casados tienen que aprender esta lección. Tenemos que pasar cierto tiempo delante del Señor a fin de hacernos cargo de este asunto de un modo responsable. Este trabajo es mucho más difícil que cualquier otro. Debemos pasar tiempo a solas con el Señor a fin de aprender bien nuestras lecciones. Espero que desde el día de hoy comencemos a aprender esta lección.

II. DEBEMOS CERRAR NUESTROS OJOS A LOS DEFECTOS DEL OTRO

Después que una persona se ha casado, deberá aprender a cerrar sus ojos para no ver. En un matrimonio, dos personas viven juntos como marido y mujer. Ellos conviven día tras día, año tras año, sin ninguna ausencia ni separación. Así pues, ambos tienen mucho tiempo para descubrirse sus debilidades y defectos.

Por ello, ustedes tienen que aprender, delante del Señor, a cerrar sus ojos desde el día de su matrimonio. El propósito del matrimonio no es descubrir los defectos del otro, ni tampoco descubrir sus carencias. Su esposa no es su estudiante y su esposo no es su discípulo. No hay necesidad de que usted procure descubrir sus carencias a fin de “ayudar”. Jamás procure descubrir sus defectos y nunca trate de corregir. Si ustedes prestan atención a esta advertencia, su familia estará erigida sobre cimientos firmes.

Tal como les dije anteriormente, uno tiene que abrir mucho sus ojos a fin de discernir y sopesar cuidadosamente las carencias de la otra persona, antes de empezar un matrimonio, pero una vez que se ha casado, debe procurar no saber más. Desde el día de su casamiento, no deberá tratar de entender nada. Si trata de encontrar defectos, podrá encontrarlos muy fácilmente. Sin embargo, Dios ha unido a estas dos personas. Quizá ellos vayan a vivir juntos unos cincuenta años. Durante esos cincuenta años cada cónyuge tendrá todas las oportunidades que quiera para descubrir los defectos del otro. Por ello, lo primero que se debe hacer después de casados, es cerrar los ojos para no ver los defectos y carencias de la otra persona. Ya saben bastante del otro; si deliberadamente procuran averiguar más, no terminarán con nada más que problemas.

Cuando Dios une a dos personas como marido y mujer, tiene la intención de que en tal relación haya sumisión y amor. Dios no desea que uno se dedique a descubrir las carencias o errores del otro, o a corregirlo. Dios no te ha hecho amo o maestro del otro. Ningún esposo es el maestro de su esposa, y ninguna esposa es el amo de su esposo. Ninguno de los dos tiene que corregir al otro. Cualquiera sea la clase de persona con la que usted se haya casado, debe esperar que ella continúe igual. No hay necesidad de que usted investigue las carencias y defectos de su cónyuge a fin de intentar cambiarlo. Cualquier motivación que lo lleve a tratar de cambiar a su cónyuge es fundamentalmente errónea. Aquellos que están casados tienen que aprender a cerrar sus ojos. Aprendan a amar al otro. No traten de ayudarlo, ni corregirlo.

III. DEBEMOS APRENDER A ESTAR DISPUESTOS A CEDER

También es necesario aprender a ceder el uno al otro. Esta es la primera lección que uno tiene que aprender después de haberse casado. No importa cuán similares sean el esposo y la esposa entre sí, ni cuán compatibles sean sus caracteres, tarde o temprano descubrirán que existen muchas diferencias entre ellos. Ellos tendrán opiniones, preferencias y aversiones diferentes, ideas diferentes, y distintas tendencias. Tarde o temprano, ellos descubrirán que difieren mucho entre sí. Por eso, los cónyuges tienen que aprender a estar dispuestos a ceder entre sí, desde el primer día de su matrimonio.

¿Qué queremos decir con estar dispuestos a ceder? Ceder el uno al otro significa que ambos cónyuges están dispuestos a lograr un acuerdo mutuo, para que en las desavenencias que tengan, se encuentren a mitad de camino. Debemos notar que se trata de algo recíproco. Por tanto, lo ideal es que ambas partes cedan, pero si no es posible que ambos cónyuges se den el paso, por lo menos uno de ellos debe tomar la iniciativa de ceder ante el otro. Incluso, si uno de ellos ve muchos problemas, aun así, debe procurar abandonar su propia postura y adoptar la del otro. Es mucho mejor ceder del todo y abandonar nuestra propia posición, pero si esto no es posible, por lo menos debemos encontrarnos a mitad de camino. En otras palabras, después que dos personas se casan, ambas tienen que aprender a cambiar, como mínimo la mitad de todo cuanto hacen. Siempre deben estar dispuestos a sacrificarse, con tal de complacer a su cónyuge. Así pues, acoplarse al cónyuge significa no aferrarnos a nuestros propios puntos de vista y estar dispuestos a abandonar nuestras propias ideas. Quizás uno tenga cierta perspectiva, pero está dispuesto a transigir al respecto por el bien del otro.

Si una pareja joven aprende esta lección y se dispone a ceder entre sí durante sus primeros cinco años de vida matrimonial, después de esos cinco años tendrá una vida familiar llena de paz y felicidad. Estar dispuestos a ceder significa que ambos cónyuges ceden hasta la mitad. Ello implica que uno de ellos se acerca al otro mientras que el otro hace lo mismo. El esposo cede ante la esposa, y la esposa cede ante el esposo. Si durante los primeros cinco años de vida matrimonial, ninguno de los dos cónyuges aprende el significado de esto, a tal familia le será muy difícil proseguir armoniosamente. El matrimonio no es un asunto sencillo. Debemos esforzarnos y ser dedicados para tener un buen matrimonio.

Estar dispuesto a ceder implica comprender las limitaciones de la otra persona. Algunas personas son muy sensibles al ruido, mientras que para otras, el silencio les inspira temor. Mientras que algunos no soportan el menor ruido, otros no pueden vivir sin ruido y agitación a su alrededor. Por ello, debemos aprender a ceder el uno al otro. Si una persona ama la tranquilidad y la otra persona disminuye el tono de su voz por esta causa, ambos habrán sabido ceder. Supongamos que uno de los cónyuges es una persona extremadamente esmerada y pulcra, mientras que el otro es una persona muy descuidada. Si el cónyuge desaliñado tiene que ceder hasta acoplarse por completo a su cónyuge excesivamente pulcro, cuando este vaya de visita a la casa de sus padres, se sentirá muy feliz de poder tirar sus almohadas y su ropa al piso, y cantará de alegría. Por otro lado, si una esposa que es de pulcritud impecable siempre tiene que adaptarse a su marido desordenado, ella deseará mudarse a la casa de sus padres cuando ya no pueda soportar tanto desorden.

Por ser cristianos, tenemos que aprender a negarnos a nosotros mismos. La abnegación hace que seamos personas que nos adaptamos. Tanto el esposo como la esposa deben aprender a ceder el uno al otro. De este modo, la familia disfrutará de paz aun si todavía no llegara a alcanzar la felicidad completa. Si en nuestra vida familiar aprendemos a negarnos a nosotros mismos, en nuestro hogar estará presente la capacidad para ceder. Si ninguno de los cónyuges es capaz de ser abnegado en la vida familiar, entonces tampoco estará dispuesto a ceder al otro.

No solamente es necesario ceder al otro en ciertas cosas o hasta en una docena de cosas, sino en cientos y miles de cosas. No debíamos esperar nada menos. Esta es la disciplina provista por Dios en el seno familiar. Debido a que tenemos que aprender a estar dispuestos a ceder a los otros en nuestra familia, somos disciplinados mediante la familia. Es de este modo que aprendemos a ser disciplinados. Tenemos que aprender a renunciar a nuestros propios puntos de vista y a aceptar los puntos de vista de los demás. Tenemos que aprender a estar dispuestos a ceder.

IV. DEBEMOS APRENDER A VALORAR LAS VIRTUDES DEL OTRO

Una vez que nos hemos casado, tenemos que aprender a valorar las virtudes del otro. En una familia, por un lado, tenemos que aprender a cerrar nuestros ojos para no ver los defectos del otro y a ceder y, por otro lado, debemos aprender a valorar las virtudes del otro. Esto quiere decir que cuando la otra persona hace algo bueno, debemos ser sensibles al respecto. Si un esposo no sabe valorar a su esposa ni ella a él, él o ella estará abriendo una gran fisura en su familia. Esto no quiere decir que el esposo tiene que adular a la esposa, o que la esposa tenga que hacer algo muy especial a fin de complacer al esposo. Esto quiere decir que ambos tienen que aprender a valorar las virtudes, la bondad y la belleza de la otra persona.

Conozco a un hermano que asume la responsabilidad en una iglesia local. Todos los hermanos y hermanas en esa localidad piensan que este es un hermano muy bueno, pero si usted le pregunta a su esposa acerca de él, ella le dirá que él es un caso perdido. La hermana constantemente critica a su esposo, diciendo que él no es apto para ser un hermano responsable. En esa iglesia local, todos los hermanos y hermanas son personas muy sumisas, con la excepción de una sola: la esposa de ese hermano. Ustedes descubrirán que tal clase de familia no puede marchar bien.

También conocemos casos en los que sucede lo opuesto; es decir, todos afirman que esa hermana es muy buena, con la excepción de su esposo. Hace un tiempo yo estaba en Pekín y me encontraba conversando con algunas personas, y todas

ellas hablaban muy bien de cierta hermana. A mitad de la conversación, su esposo entró. Mientras que la conversación acerca de la hermana continuaba, su esposo permanecía callado. Él parecía estar diciendo: “Ustedes no la conocen. Yo me he casado con la persona equivocada”. El pensamiento de que uno se ha casado con la persona equivocada, ha destruido a muchas familias.

Un esposo no debiera dejarse ganar por nadie en cuanto al aprecio por su esposa. Quizás no tenga que superar por mucho a los demás en cuanto a tal aprecio, pero jamás debiera dejarse ganar por ningún otro al respecto. Usted no es un cónyuge apropiado si valora a su pareja menos que otros. Si usted siente que su cónyuge es la persona errada, ¿por qué entonces se casó con ella? Esto prueba que usted fue el primero en estar equivocado. A fin de tener una buena familia, un esposo debe saber valorar a su esposa, y la esposa debe saber valorar a su esposo. Uno no debiera decir algo malo acerca de su cónyuge mientras los demás hablan bien de él. Usted tiene que descubrir sus virtudes. Tiene que ser sensible a sus méritos. Siempre que se presente alguna oportunidad, usted debe reconocer públicamente las virtudes de su cónyuge y expresar sus sentimientos al respecto. Usted no está mintiendo. Usted está reconociendo los hechos. Cuando usted valora a su esposo o esposa, su familia se volverá más unida y su relación se hará más sólida. Pero si no lo hace, estará provocando muchos problemas en el seno de la familia. Son muchos los malentendidos y los problemas que surgen en una familia como resultado de haber descuidado este asunto.

En cierta ocasión, en Inglaterra, una hermana se casó con un hermano, pero este hermano jamás dijo nada bueno acerca de ella en toda su vida. Esta hermana estaba siempre preocupada, diciéndose: “He fracasado como esposa. He fracasado como cristiana”. Ella se preocupaba tanto por ello, que contrajo tuberculosis, y después murió. Poco antes de morir, su esposo le dijo: “Si mueres, no sé que haré; tú has hecho tanto por mí. Si tú mueres, ¿qué sucederá con nuestra familia?”. La esposa le preguntó: “¿Por qué no me dijiste esto antes?”. Luego, ella continuó diciendo: “Siempre sentí que no era buena y me reprendía a mí misma por ello. Tú jamás me dijiste que yo era buena. Yo estaba triste y preocupada, y siempre pensé que yo estaba errada. Es por ello que me he enfermado y estoy a punto de morir”. Esta es una historia verdadera. El esposo manifestó sus sentimientos por ella sólo al verla en su lecho de muerte. Por favor recuerden que en una familia siempre se puede proferir palabras bondadosas. Debemos aprender a pronunciar más palabras bondadosas. Debemos aprender a valorar a nuestros respectivos cónyuges.

Conozco algunos hermanos que no avanzan debido a que no son apreciados por sus esposas. Tales esposas siempre piensan que su esposo es un inútil. Ellas le dicen a su esposo: “Entre todos los hermanos, tú eres el único inútil”. Estos

hermanos se convierten en personas que siempre se están condenando a sí mismas. Ellos dicen: “Yo no sé hacer nada. Mi esposa me dice que soy un inútil. La persona que mejor me conoce dice que soy un inútil”. Como resultado de ello, verdaderamente se convierten en personas inútiles. El hecho de que uno tenga una familia feliz o no, depende no solamente de que aprendamos a cerrar nuestros ojos a los defectos del otro, sino también de que descubramos las virtudes del otro y las valoremos. Algunas veces, tenemos que decírselo a la otra persona o reconocerlo en público. Si hacemos esto, muchos de los problemas familiares desaparecerán.

V. SEAMOS CORTESES

Además, debemos comportarnos cortésmente en el seno de la familia. Es repugnante ser descorteses con los demás. Usted debe tratar a todos con la debida cortesía, no importa quién sea él o ella. No importa cuánta confianza le tenga a un amigo, usted jamás debería olvidar sus buenos modales, pues en cuanto lo haga, perderá tal amistad. No importa cuán íntima sea su relación con la otra persona, usted perderá su amistad con ella en cuanto pierda sus modales. En el capítulo 13 de 1 Corintios, Pablo nos dijo que el amor jamás se porta indecorosamente. El amor no le permite a nadie abandonar sus buenos modales. Por favor, nunca olviden que los problemas en el hogar con frecuencia surgen debido a cuestiones insignificantes. Con frecuencia, es en el hogar donde una persona suele manifestar sus malos modales. La mayoría de las personas piensa que pueden abandonar sus buenos modales, debido a que tienen tanta confianza con su esposo o su esposa. Por favor recuerden que el gozo y el deleite que nos conceden las relaciones humanas se hallan estrechamente vinculados con los buenos modales. En cuanto usted se despoja de ellos, un aspecto horrible de su naturaleza humana saldrá a la superficie. No importa cuánta confianza exista entre dos personas, ellas tienen que seguir tratándose con los modales apropiados. Un hermano se expresó muy bien cuando dijo una vez que los modales son como el aceite que lubrica una maquinaria. Cuando dos personas están juntas y carecen de estos, surgirán las fricciones y se fomentarán sentimientos desagradables.

A. Las palabras

En el hogar, tenemos que aprender a decir siempre: “Gracias” y “Discúlpame”. Debemos preocuparnos por usar expresiones de cortesía, tales como: “Gracias”, “¿Puedo?”, “Discúlpame” y “Por favor”. Si usted no sabe cómo usar estas palabras, no podrá ni siquiera hacer amigos, mucho menos tener éxito en su hogar. Los cristianos tienen que recordar que el amor no se porta indecorosamente. Tienen que aprender a decir: “Discúlpame”, “Gracias” y

“¿Podría...?”, cuando están en el hogar. Aprendan a utilizar expresiones de cortesía en la familia.

B. El vestido

En la familia, no solamente nuestras palabras deben ser las más apropiadas y amables, sino que incluso la manera en que nos vestimos debe ser apropiada y pulcra. A todos nos gusta estar apropiadamente vestidos delante de nuestros amigos, pero uno también debe vestirse apropiadamente delante de su familia. Tienen que vestirse con pulcritud y apropiadamente. El amor no se porta indecorosamente. No sean descuidados por causa de la confianza. Una vez que ustedes estén familiarizados se descuidarán y les será fácil comportarse descortésmente. La confianza fomenta la falta de respeto y el desdén mutuo. Los esposos y las esposas ya están familiarizados entre ellos, y si no se tratan apropiadamente, se fomentará la excesiva confianza mutua. Por ello, sean apropiados en cuanto a su manera de vestir. No guarden su peor vestido para usarlo dentro de la casa.

C. La conducta

Además, uno tiene que comportarse apropiadamente. Siempre que uno sirva algo de comer, es mejor servirlo en un plato y ofrecerlo a otro usando ambas manos. Si sólo puede usar una mano, aun así debe ser propio en su actitud. Al pasar el cuchillo a otros, debe hacerlo evitando darles la punta, sino darles el mango. Al pasar las tijeras, también evite darle la punta al otro. Al servirles a otros, debe entregar las cosas de la manera apropiada y no tirárselas. Tenemos que darle la debida importancia a tales gestos dentro del hogar. La diferencia entre tirarle algo al otro y alcanzárselo apropiadamente es apenas tres segundos, ¡pero cuánta diferencia hace! Por tanto, tenemos que aprender buenos modales.

No podría afirmar que he conocido a muchas familias, pero tampoco podría decir que he conocido a pocas. Cuando una persona se conduce con discreción en su hogar, su familia tendrá menos problemas. He observado que cuando ambos cónyuges se tratan con cortesía, hay más paz y menos ruido de los platos y palillos. Donde carecen de buenos modales y se tiran las cosas, hay muchas fricciones en la familia. Si ambos cónyuges son corteses entre ellos en el hogar, por lo menos tendrán una vida familiar apacible.

Creo que si muchas esposas trataran a sus amigas de la misma manera que tratan a su familia, ninguna de ellas querría visitarla. Y en el caso de muchos esposos, también creo que si ellos se comportaran con sus colegas de la misma manera en que se comportan en el hogar, ninguno de ellos querría trabajar con él. Quisiera decirles a los hermanos que sus esposas han sido muy tolerantes con ellos. Ellas han tolerado lo que ninguno de sus colegas hubiese tolerado.

También quisiera decirles a las esposas que sus esposos han sido muy tolerantes con ellas. Si ellas trataran a sus mejores amigas del mismo modo que ellas tratan a sus cónyuges, sus amigas las habrían abandonado. Ser descortés es manifestación de que somos groseros. Ningún cristiano puede ser grosero. Una persona que ha sido instruida apropiadamente, jamás será una persona descortés.

D. La voz

Hay otro factor crucial para poder ser amables, y es nuestra voz. Podemos decir cosas similares, pero la manera en que las decimos puede variar. El tono de nuestra voz puede variar. Cuando un jefe habla a sus subalternos, usa cierto tono de voz. Cuando los amigos hablan con sus amigos, usan otro tono de voz. Cuando dos personas están enamoradas, hay amor en el tono de su voz. Cuando una persona odia, habrá rencor en el tono de su voz. El problema con la gran mayoría de personas hoy en día es que han agotado su tono amable de voz y una vez que llegan al hogar, sólo les queda un tono feo. Somos amables con nuestros colegas en la oficina, somos tolerantes con nuestros pacientes en el hospital y somos cuidadosos al hablar con nuestros estudiantes en la escuela. Pero cuando estamos en casa, hablamos con brusquedad. Si usted hablara en la oficina con el tono de voz que usa para hablar en su casa, lo correrían en menos de dos días. Mucha gente tiene un tono de voz que raya en lo vulgar cuando está en su casa. Ellos utilizan el lenguaje más vulgar en el hogar. No es de asombrarse que no puedan mantener una vida familiar apropiada.

Tenemos que darnos cuenta de que no gozaremos de paz en nuestra familia mientras hablemos con el tono de voz equivocado. Cualquier tono de voz que sea impropio, fuerte, áspero o altanero no debe ser permitido en la familia. Cualquier tono de voz que denote conmisericordia propia, complacencia propia o que da la impresión de que uno se considera un mártir, jamás debería encontrarse en la vida familiar. Si usted habla en otro sitio con el tono de voz que usa en su hogar, arruinaría su carrera. Sin embargo, usted sí permite que ese tono de voz permanezca en su familia. No es de asombrarse que ustedes estén experimentando problemas en su hogar. Por lo tanto, tenemos que aprender a ser corteses. El amor no se porta indecorosamente, ni siquiera con el tono de su voz. No hablen descuidadamente. Si uno es descuidado con el tono de voz que emplea con su familia, su familia no podrá marchar bien.

VI. PERMITIR QUE EL AMOR CREZCA

A fin de que una familia marche bien, el amor deberá crecer. Uno no debe permitir que el amor muera. Con frecuencia, la gente joven pregunta: “¿Es posible que el amor muera?”. Hoy, yo les respondería: “Sí, el amor puede morir y muere fácilmente”. El amor es como cualquier cosa que es orgánica: necesita

ser alimentado; necesita comida. Si no es nutrido, el amor se muere. Si usted no le da de comer, el amor morirá, pero si usted lo alimenta, el amor crecerá.

El amor es el fundamento mismo del matrimonio. Es también el cimiento de la familia. El amor lleva a que dos personas se casen y se mantengan unidas en la familia. El amor crece fácilmente si usted lo alimenta apropiadamente, sin embargo, muere fácilmente si usted no lo alimenta. Muchos se aman antes de casarse, y debido a su amor se casan, pero después que se han casado, comienzan a matarlo de hambre, y poco a poco ese amor muere.

El matrimonio sin amor es algo doloroso, y una familia que carece de amor es algo todavía más doloroso. Si en una familia no hay amor, quizás ello no nos cause dolor ahora mismo, y puede ser que no se perciba pesadumbre alguna antes que la pareja alcance la edad mediana. Pero cuando ellos envejezcan, descubrirán que hay algo que no anda bien en su familia: ¡es demasiado fría! La diferencia entre una familia en la que hay amor y otra en la que no lo hay, es abismal. Aprendan a alimentar su familia con amor antes de llegar a la edad mediana. Esfuércense al máximo por alimentar el amor y nutrirlo. Si hacen esto, su hogar estará lleno de amor.

Otro aspecto que requiere la debida atención es este: toda persona casada debe averiguar cuáles son las cosas que le inspiran mayor temor a su pareja. No sea tan indulgente consigo mismo como para vivir despreocupadamente a su manera. Toda persona teme o detesta algo en particular. Este odio o temor puede relacionarse con alguna debilidad moral. Tanto el esposo como la esposa tiene que aprender a estar dispuestos a ceder a su cónyuge y, en casos como estos, aprender a realizar los ajustes necesarios. Puede ser que una persona tema y deteste algo que no tiene nada que ver con una debilidad moral. En este caso, el otro cónyuge deberá aprender a transigir por completo.

Permítanme darles uno o dos ejemplos. Hace algunos años, leí acerca de un esposo en los Estados Unidos que demandó a su esposa por abuso. Quizá les vaya a parecer que es una historia muy graciosa, pero también es una historia que da miedo. Este esposo no podía tolerar ninguna clase de ruido monótono. Simplemente no podía tolerarlo. Inicialmente, él y su esposa estaban muy enamorados, pero su matrimonio sufrió una crisis muy grave después de dos años. A su esposa le encantaba tejer, pero él no podía tolerar el ruido que esto producía. Durante el primer año y el segundo, él trató de soportarlo, pero su condición no hacía sino empeorar. Al séptimo año, ya no podía tolerarlo y la demandó por abuso mental. El juez dictaminó que no era un crimen tejer y no le concedió el divorcio. El esposo le dijo al juez: “Antes de casarme, ella era como un corderito conmigo, y yo la amaba mucho. Después de un año de casados, descubrí que tejer era para ella una adicción. Cada vez que terminaba una

prenda, la deshacía y la volvía a tejer; a ella le encantaba tejer. Ahora, yo no puedo soportar ver hilos de lana; ni siquiera puedo soportar ver una oveja, pues en cuanto la veo siento deseos de matarla. Si usted no me concede el divorcio, no me culpe si mato una oveja que pertenece a otro”. ¿Ven cuál es el problema aquí? Es un verdadero problema. Su esposa sentía que no había nada de malo en tejer, pero su esposo detestaba tanto el tejer que llegó al grado de querer matar cualquiera oveja que veía.

Por favor recuerden que todos tenemos cosas que nos disgustan o que tememos. Tal vez tales cosas no tengan nada que ver con asuntos de índole moral. Una persona puede detestar los ruidos monótonos; este es su rasgo peculiar. Todos tienen algún rasgo peculiar que no tiene nada que ver con la moralidad. Para que una familia tenga éxito, ni el esposo ni la esposa debieran hacer cosas que el otro considere detestables, aun cuando él o ella no sienta lo mismo al respecto. Si usted hace algo que su pareja no puede soportar y, aun así, usted no siente ninguna clase de remordimiento por ello, usted terminará teniendo problemas con su familia.

En Shanghái tuve muchas oportunidades de conversar con varias familias, y durante mis viajes también conversaba con muchas de ellas. Con frecuencia, las cosas que causan las disputas familiares son cosas pequeñas. Para los extraños y los amigos, tales cosas pueden ser insignificantes, pero cuando estas cosas presuntamente insignificantes suceden con tanta frecuencia que agotan la paciencia de uno de los cónyuges, ocurren problemas muy serios en la familia.

Delante de Dios, tenemos que darnos cuenta de que es algo muy delicado que dos personas vivan juntas. No se trata de una tarea fácil. Jamás piensen que pueden ser descuidados al respecto. Lo que a usted le parece que no tiene importancia alguna, a la otra persona le puede parecer intolerable. Usted estará torturando mentalmente a la otra persona si hace algo que él o ella no puede soportar.

VII. NO SEAMOS EGOÍSTAS

Hay otro aspecto que debemos considerar y es algo muy importante para una familia: no debemos ser egoístas. Si usted se ha casado, debe vivir como una persona casada; ya no debe vivir como una persona soltera. En 1 Corintios 7 se nos dice que una persona se casa con la otra a fin de complacerla (vs. 33-34). El egoísmo es probablemente una de las causas principales de los problemas familiares.

Recuerdo un pastor en los Estados Unidos que celebró más de 750 matrimonios en el curso de su vida. En todos los casamientos que celebraba, aconsejaba a los

recién casados que tuvieran cuidado especialmente de una cosa: de no ser egoístas. Después de casarse, tenían que amarse mutuamente y no ser egoístas. Cuando el pastor llegó a viejo, escribió a todas estas parejas preguntándoles cómo les había ido en su matrimonio. Todos ellos le contestaron que habían sido capaces de disfrutar de una vida familiar feliz debido a que siguieron su consejo de no ser egoístas. Esto es poco común en los Estados Unidos, donde hoy al menos el veinticinco por ciento de los matrimonios acaba en divorcio. Pero estas setecientas o más parejas consiguieron ser felices juntas.

Tenemos que comprender que el egoísmo es un problema muy serio. Tenemos que aprender a sentir lo que la otra persona siente. Tenemos que aprender a sentir como si fuera nuestro su dolor, su gozo, sus aversiones, sus conflictos y sus inclinaciones. Nadie puede ser un buen esposo o una buena esposa si él o ella está inmerso en su subjetivismo. Aquellos que son subjetivos son muy egoístas. De hecho, el amor propio es lo más subjetivo que hay.

Un requisito fundamental para el matrimonio es sacrificarse. Sacrificarse significa aprender a complacer a la otra persona. Si usted desea agradar a la otra persona, tiene que ser objetivo, no subjetivo. No se trata de lo que a usted le gusta y disgusta, sino de lo que a la otra persona le gusta y disgusta. Aprenda a descubrir lo que a la otra persona le gusta. Aprenda a entenderla y conozca sus puntos de vista. Aprenda a ponerse al lado del otro, y aprenda a comprenderlo a él y a usted mismo desde la perspectiva del otro. Aprenda a sacrificar, en lo que sea posible, sus propios sentimientos, sus propias opiniones y sus propios puntos de vista. Trate de comprender a la otra persona y trate de conocerla. Procure tener abnegación y amor. Si hace esto, tendrá menos problemas en su familia.

Muchos maridos piensan que son el centro del universo. Piensan que el universo entero gira alrededor de ellos. Cuando se casan con una señorita, la reciben en el seno de su familia con miras a su propio bien y beneficio. Aquellos que piensan así, con certeza le traerán muchos problemas a su familia. Una esposa podría también pensar que ella es el centro del universo y que todos los demás existen para beneficio de ella; quizás piense que todos existen para su felicidad y que, al encontrar un esposo, ella ha encontrado un esclavo. Para ella todos los demás conforman la periferia, mientras que ella es el centro. Ella contrae matrimonio con el único propósito de lograr su meta. Ciertamente, tal clase de matrimonio fracasará, pues no sirve para nada más que el interés personal de uno. Hermanos y hermanas, sus familias tendrán problemas a menos que ustedes le den la debida importancia a este asunto.

VIII. DAR A NUESTRO CÓNYUGE LA LIBERTAD DE MANTENER SECRETOS Y DE CONSERVAR POSESIONES PERSONALES

En un hogar, usted tiene que permitir que la otra persona tenga cierta medida de libertad y confidencialidad. Además, tiene que permitir que la otra persona conserve sus posesiones personales.

En muchos hogares, las esposas no tienen ningún derecho, y en otros, a los esposos les pasa lo mismo. Esta clase de familia está destinada a tener problemas. Quizás usted sea el esposo o la esposa, pero no se olvide que todo tipo de persona puede ser amada, excepto una: el carcelero. Nadie puede amar a un carcelero o a alguien que nos mantiene en una prisión. Nadie puede amar a aquellos que le quitan su libertad. Hay muchos esposos que son como los carceleros de sus esposas. Que ellos pretendan que su esposa los ame, es como hacer que un prisionero ame a su carcelero; nada es más imposible que esto. Esos maridos esperan lo imposible. Muchas esposas son los carceleros de sus maridos. Piden algo imposible cuando quieren que su esposo las ame. Los carceleros son objeto de nuestro temor, no de nuestro afecto. Usted jamás podrá quitarle completamente su libertad a nadie. Si bien el matrimonio reduce la libertad de los cónyuges, no debe sacrificarse toda la libertad. El esposo no tiene que renunciar a toda su libertad ante la esposa, ni la esposa tiene que renunciar a toda su libertad ante el esposo. Si usted pretende que su esposa renuncie a toda su libertad, esto equivale a decir que quiere que ella le tenga temor o lo aborrezca.

A nadie le gusta perder toda su libertad; esto es propio de la naturaleza humana. Hasta Dios mismo nos da libertad. La mejor prueba de esto es que no hay cercas alrededor del infierno. Desde el principio, el árbol del conocimiento del bien y del mal no estaba resguardado por la flameante espada de un querubín. Si Dios no hubiese querido otorgarle ninguna libertad al hombre, Él hubiera resguardado el árbol del conocimiento del bien y del mal con la espada del querubín desde el principio, y Adán y Eva no habrían comido de su fruto. Pero Dios jamás viola la libertad del hombre. Por este motivo, todo esposo debiera darle cierto espacio a su esposa, y toda esposa debiera igualmente darle cierto espacio a su esposo. Si usted le quita toda su libertad y toma todas las decisiones, es natural que su cónyuge le tenga miedo. Si usted no es cuidadoso, la otra persona irá más allá; lo odiará. Apenas desaparece la libertad, el odio es introducido. Como mínimo, entrará el temor.

El esposo tiene que aprender a darle a su esposa algo de libertad, y la esposa tiene que aprender a darle a su esposo algo de libertad. Permita que la otra persona tenga su propio tiempo, su propio dinero y sus propias posesiones. No piense que puede pedir prestado del tiempo de su esposa para su propio uso,

simplemente porque usted es el esposo. Tanto el esposo como la esposa tienen que aprender a conservar su lugar. Cuando usted desperdicia el tiempo de su esposa, está quitándole su libertad. Asuntos pequeños pueden convertirse en problemas serios más tarde.

Todo esposo y esposa debiera tener sus propios secretos. Esto es algo legítimo. No es necesario que la mano derecha sepa lo que hace la mano izquierda. Si él es la mano izquierda, no es necesario que usted, por ser la mano derecha, sepa lo que él está haciendo. Aprenda a respetar su individualidad. No haga que dos personas sean una. Si usted aplica esta regla, evitará muchos problemas en la familia.

IX. LA MANERA DE RESOLVER LOS PROBLEMAS FAMILIARES

¿Qué debiéramos hacer cuando surgen disputas entre el esposo y la esposa? ¿Cómo podemos resolver las disputas familiares? Es inevitable que los esposos y esposas encuentren problemas y tengan discusiones. Sin embargo, puesto que se trata de dos personas adultas y dos hijos de Dios, ellos tienen que aprender a conocer cuál es el problema de la otra persona y en qué no están de acuerdo. Antes de poder resolver cualquier disputa, ellos primero tienen que descubrir dónde radica el problema.

A. Cualquier resolución tiene que ser justa

Cualquier convenio debe ser justo. Si no lo es, no durará. No pretenda que la otra persona aguante hasta el fin. Uno de cada diez cristianos quizás sea capaz de aguantar hasta el fin, pero ninguno de los otros nueve será capaz de aguantar así. Si la solución no es equitativa, tarde o temprano el problema resurgirá. Cuando estuve en Shanghái, serví de árbitro en algunas disputas familiares. Mucha gente se asombraba que asuntos insignificantes pueden engrandecerse tanto. Tienen que darse cuenta que cuando asuntos triviales se engrandecen, no se engrandecen por causa de los asuntos en sí mismos, sino a causa de una determinada historia. Es la acumulación de una serie de cosas que hace que ocurran estas explosiones. Puede ser que tal explosión haya sido provocada por asuntos triviales, pero la causa subyacente es por lo general una acumulación de pequeñas rencillas a través de los años. No debiéramos considerar nada como trivial. Si hay problemas que resurgen hoy, se debe a que no fueron tratados con la debida equidad y justicia en su momento y, mientras tanto, la paciencia se agotó.

B. Debemos hacer que los cónyuges conversen entre sí

Es mejor que nadie más intervenga en una discusión familiar. Deje que la pareja tenga su propia conversación. Deje que ellos mismos resuelvan sus propias discusiones cuando surge alguna disputa. Tampoco permita que se difundan las noticias fuera de la familia mientras que la propia familia no sabe nada al respecto. A veces, noticias acerca del esposo se difunden veinte millas a la redonda, y él mismo no sabe nada al respecto. A veces, noticias acerca de la esposa se propagan del mismo modo. Dejemos que la esposa converse personalmente con su esposo acerca de sus propios asuntos, y que el esposo converse personalmente con su esposa acerca de sus propios asuntos. De esta manera, ambos tendrán las cosas claras. Nuestra experiencia nos dice que los esposos rara vez saben qué es lo que piensan sus esposas, y viceversa. Todos los demás saben qué opinan ellos al respecto, pero ellos mismos no saben qué es lo que su cónyuge piensa. Por tanto, permitamos que ambos tengan la oportunidad de conversar el uno con el otro, y cada uno de ellos debe esperar que el otro termine de hablar antes de emitir su opinión. No permitan que el cónyuge más hablador domine la conversación. El esposo tiene que escuchar a la esposa, y la esposa tiene que escuchar al esposo.

En muchas ocasiones, los problemas se resuelven en cuanto la esposa escucha algunas palabras de boca de su esposo, o el esposo escucha algunas palabras de boca de su esposa. Muchas esposas únicamente hablan, mas no escuchan a sus esposos. Si ellas tan sólo les escucharan, sus problemas desaparecerían.

Tanto el esposo como la esposa debieran sentarse y discutir el asunto de manera objetiva, no de un modo subjetivo. Una vez que se vuelven subjetivos, la discusión acabará. Mientras conversan, deben procurar encontrar el discernimiento apropiado y el sentimiento apropiado. Quizás ellos no sepan quién está en lo correcto, pero deben procurar descubrir qué es lo correcto. Ellos deben esforzarse por entender qué es lo que el otro está diciendo. Ambos tienen que hacer esto con objetividad, sin ser subjetivos al respecto. Ambos deben hablar y, después de haber hablado, deben orar juntos. Siempre debemos buscar una solución por medio de la oración. Pídanle al Señor que les muestre claramente dónde reside el problema. Si ellos siguen este consejo, el problema estará más o menos resuelto para cuando se reúnan a orar una segunda vez. Son muchos los problemas que surgen debido a que los cónyuges no se escuchan el uno al otro con la debida objetividad. En cuanto se sienten a conversar y se escuchan con objetividad, la mitad del problema estará resuelto. Al sentarse a conversar y escucharse un poco más, descubrirán en qué radica el problema.

Durante los primeros años de vida matrimonial, una familia debería tener esta clase de reunión unas dos o tres veces al año. Cada uno de los cónyuges aprenderá dónde radican los problemas y cómo deben enfrentarse a ellos. Son

muchas las familias que tienen que aprender esta lección. Con toda certeza, esto resolverá muchos problemas en el seno familiar.

X. LA NECESIDAD DE CONFESIÓN Y PERDÓN

En la relación familiar entre dos personas, tiene que haber confesión y perdón. Muchos errores necesitan ser confesados, no simplemente ser ignorados. No sean descuidados respecto de sus propias faltas; deben confesarlas siempre. En cuanto a las faltas del otro, usted tiene que perdonarlas.

Cuando un cristiano hace algo errado, el principio fundamental no es encubrirlo. Tampoco basta con arrepentirse. Cuando un cristiano ha hecho algo errado, el principio básico es confesar. Un cristiano no encubre su pecado ni lo ignora; esto no es suficiente para uno que se llama cristiano. Cuando un cristiano hace algo errado, tiene que confesarlo y decir: “Me equivoqué en esto”. Todo error debe ser confesado. Siempre que haya algo errado entre el esposo y la esposa, tiene que haber confesión. Uno tiene que admitir: “Me equivoqué en esto o aquello”.

Uno confiesa cuando se ha equivocado, pero ¿qué sucede cuando es el otro el que erró? Tiene que tratarlo de la misma manera como cualquier otra relación entre cristianos. Cuando se cometió alguna injusticia, aprenda a perdonarla. Pero no profundice en tal asunto ni trate de vengarse. El amor no toma en cuenta el mal. Esto quiere decir que no recuerda los pecados de otros. Aprenda a perdonarlos delante del Señor. Una vez que usted perdona, debe olvidarse de ellos, tiene que hacer a un lado aquello que perdonó. No sea como Pedro, que intentó llevar la cuenta del número de veces que otros lo ofendieron (Mt. 18:21-22). Si usted lleva cuentas, no está perdonando. El perdón verdadero no cuenta las veces que ha perdonado. En cuanto usted perdona, el asunto ha concluido. Para que una familia avance, tiene que haber perdón.

XI. BUSCAR AYUDA DE LA IGLESIA CON EL CONSENTIMIENTO DE AMBOS

Cuando una familia enfrenta algún problema, tiene que tratar de resolverlo, primero, por medio de convocar una reunión familiar. En algunos casos, uno debe perdonar. En otros casos, uno debe confesar. Es difícil que una tercera persona pueda resolver las disputas que surgen en el seno de una familia. Las disputas entre dos personas se resuelven mucho más fácilmente entre ellas dos. Si una tercera persona se involucra, la situación se complica. Debemos procurar resolver cualquier disputa de la manera más sencilla posible. No procuren soluciones complicadas. Referir una disputa a una tercera persona es como echarle barro a una pierna herida. Una pierna herida que no está embarrada es fácil de tratar, pero si ha sido embarrada, es difícil de curar. Las disputas entre

dos personas se resuelven más fácilmente cuando no se involucra a una tercera persona. En cuanto se le informa a una tercera persona, el problema se complica. Por tanto, la pareja debe aprender a resolver sus propios problemas y debe procurar no informar estos asuntos a otros.

Sin embargo, a veces uno tiene que referir cierto asunto a la iglesia. Por favor, no se olviden que una persona no debe traer estos asuntos a la iglesia por sí misma. El esposo debe procurar el consentimiento de la esposa, y viceversa, antes que puedan llevar su disputa a la iglesia. Las dos personas deben haber agotado sus propios medios de afrontar la situación y ahora desean que la iglesia intervenga a fin de ayudarlos. Ellos no deben acudir a la iglesia con sus discusiones, sino con la actitud de quienes buscan ayuda de parte de la iglesia. Ambos deben acudir y ambos deben hablar. Supongamos que ambos están dispuestos a acudir a la iglesia y decir: “Somos cristianos y hay algo entre nosotros. Nos gustaría que la iglesia nos indicara en dónde está el problema”. Uno le dirá a la iglesia cómo se siente, y el otro hará lo mismo. Cuando ambos cónyuges hacen esto, será más fácil para la iglesia intervenir y resolver el problema. Esta no es ocasión para vengarse ni para exponer los defectos y faltas del otro. Tampoco es tiempo para armar un pleito. Al hablar con la iglesia, sinceramente ambas partes deben tener como propósito descubrir dónde estriba el problema.

XII. DEBEMOS VIVIR JUNTOS EN LA PRESENCIA DEL SEÑOR

A fin de resolver los problemas de la familia y gozar de una buena vida familiar, existe también la necesidad de tener influencias positivas. En particular, las familias con hijos deben separar un tiempo para orar como familia, un tiempo dedicado a esperar en el Señor y tener comunión acerca de asuntos espirituales. Tanto el esposo como la esposa deben estar abiertos a que la luz del Señor los juzgue en cuanto a muchos asuntos. Ni el esposo ni la esposa deben evitar ser avergonzados. Antes bien, ambos deben estar dispuestos a someterse al juicio de la luz de Dios. Deben ocurrir muchas transacciones espirituales en el seno de una familia. Los miembros de una familia deben pasar mucho tiempo orando juntos y teniendo comunión espiritual juntos. Esto es especialmente cierto en el caso de familias con hijos. Tales familias deben buscar oportunidades para acudir al Señor con mayor frecuencia. A fin de que una familia pueda avanzar apropiadamente, tanto el esposo como la esposa deben vivir en la presencia del Señor. Si ellos no viven delante del Señor, su familia tendrá problemas.

XIII. LA VIDA DE IGLESIA APROPIADA SE MANTIENE MEDIANTE UNA VIDA FAMILIAR APROPIADA

He mencionado doce puntos aquí y espero que ustedes aprendan estas lecciones en la familia. No sean descuidados ni necios en estos asuntos. Si usted no aprende bien estas lecciones, los problemas familiares pronto se convertirán en los problemas de la iglesia. Si un hombre no puede vivir junto a su esposa en el hogar ni puede ser uno con ella, jamás podrá ser uno con los hermanos y hermanas en la iglesia. Esto es un hecho. Es imposible que una persona pelee con su cónyuge en la casa y luego venga a la iglesia con aleluyas brotando de sus labios. Uno puede ser un buen hermano en la iglesia sólo cuando es un buen esposo y padre en su hogar. Una vida de iglesia buena se mantiene mediante familias buenas. Los esposos tienen que ser buenos esposos y las esposas también tienen que ser buenas esposas. Entonces la vida de iglesia estará libre de problemas.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

LOS PADRES

Lectura bíblica: Ef. 6:1-4; Col. 3:20

I. LAS RESPONSABILIDADES DE LOS PADRES

Aparte del libro de Proverbios, el Antiguo Testamento no parece impartir muchas enseñanzas sobre cómo ser padres. En el Nuevo Testamento, sin embargo, Pablo escribió algo acerca de cómo ser padres. La mayoría de los libros de este mundo enseñan a los hijos cómo ser hijos, pero no hay muchos libros que enseñen a los padres cómo ser padres. La mayoría de las personas le dan más importancia a las enseñanzas orientadas a los hijos. El Nuevo Testamento no presta mucha atención a las enseñanzas de cómo ser hijos, pero sí presta más atención a la enseñanza para los padres. Si bien el Nuevo Testamento nos enseña algo sobre los hijos, el énfasis no está en ellos; más bien, tanto Efesios 6 como Colosenses 3 ponen más énfasis en los padres que en los hijos. Así pues, nosotros debemos aprender a ser padres debido a que Dios mismo le da más importancia al papel que desempeñan los padres que al que cumplen los hijos.

Si tratáramos de resumir lo que la Biblia dice acerca de cómo ser padres, veremos que entre las muchas cosas que deben hacer los padres, su deber más importante es criar a sus hijos en la enseñanza y amonestación del Señor, sin provocarlos a ira ni desalentarlos. Esto quiere decir que los padres deben ejercer dominio propio y no pueden ser negligentes en ningún sentido. Esto es lo que Pablo enseña al respecto.

Si bien es muy difícil ser esposo o esposa, espero que se den cuenta que hay algo más difícil todavía: ser padres. Ser un esposo o una esposa involucra a dos

personas nada más, mientras que ser padre involucra a más de dos personas. Ser un esposo o una esposa es una cuestión que atañe a nuestra felicidad personal, pero al ser padres, determinamos el bienestar de la siguiente generación. Son los padres de hoy quienes llevan sobre sí la responsabilidad del futuro de sus hijos, los cuales conforman la siguiente generación.

Tenemos que comprender la seriedad que reviste tal responsabilidad. Dios ha colocado el cuerpo, el alma y el espíritu de una persona, incluso su vida entera y porvenir, en nuestras manos. Nadie influye tanto ni controla tanto el futuro de una persona como sus padres. Es casi como si los padres pudiesen decidir si sus hijos irán al cielo o al infierno. Tenemos que aprender a ser buenos esposos y buenas esposas, pero sobre todo tenemos que aprender a ser buenos padres. Estoy persuadido que la responsabilidad de ser padre es aún mayor que la de ser cónyuge.

Ahora consideraremos la manera cristiana de ser padres. Tal conocimiento nos ahorrará muchos dolores de cabeza.

A. Debemos santificarnos por el bien de nuestros hijos

En primer lugar, todo padre deberá santificarse ante Dios por el bien de sus hijos.

1. El Señor se santificó a Sí mismo por el bien de Sus discípulos

¿Qué queremos decir con santificarse ante Dios? El Señor Jesús dijo: “Y por ellos Yo me santifico a Mí mismo” (Jn. 17:19). Esto no se refiere a ser santo, sino a si uno es santificado o no. El Señor Jesús es santo y Su naturaleza es santa, mas por el bien de Sus discípulos Él se santificó a Sí mismo. Había muchas cosas que Él podía haber hecho, las cuales no eran contrarias a Su santidad; sin embargo, Él se abstuvo de las mismas a causa de la debilidad de Sus discípulos. En muchos asuntos, las debilidades de los discípulos dirigían al Señor y restringían Su libertad. Había muchas cosas que el Señor pudo haber hecho, pero que no las hizo porque no quería que Sus discípulos las malinterpretaran o sufrieran tropiezos por causa de ellas. En lo que concierne a la naturaleza misma del Señor, con frecuencia le hubiera sido posible actuar de otro modo, pero se abstuvo de hacerlo por el bien de Sus discípulos.

2. No debemos andar de una manera suelta

De modo similar, aquellos que tienen hijos deben santificarse a sí mismos por el bien de sus hijos. Esto quiere decir que, por el bien de nuestros hijos debemos

dejar de hacer muchas cosas que pudiéramos hacer. Asimismo, hay muchas cosas que pudiéramos decir, pero que no las decimos por el bien de nuestros hijos. Desde el día que traemos niños al seno de nuestra familia, debemos santificarnos.

Si usted no se restringe a sí mismo, no será capaz de restringir a sus propios hijos. La ligereza de aquellos que no tienen hijos, ocasiona, en el peor de los casos, problemas sólo para ellos mismos, pero en el caso de aquellos que tienen hijos, su irresponsabilidad perjudicará a sus hijos tanto como a ellos mismos. Una vez que un cristiano trae a un niño a este mundo, tiene que santificarse. Recuerde que dos pares de ojos, a veces cuatro, están observándolo todo el tiempo. Estos habrán de observarlo por el resto de sus días. Incluso después que usted haya dejado este mundo, sus hijos no se olvidarán de lo que lo han visto hacer, y todo cuanto usted haya hecho permanecerá con ellos.

3. Debemos comportarnos en conformidad con ciertas normas

El día que nace su hijo debe ser el día en que usted se consagre. Usted debe fijarse determinados principios morales, normas de conducta en el hogar y juicios de orden moral que determinen lo que es correcto y lo que es erróneo. Usted tiene que fijar normas elevadas para determinar lo que es ideal y también tiene que definir un estándar en cuestiones espirituales. Usted tiene que actuar estrictamente en conformidad con tales normas. De otro modo, usted mismo tendrá problemas y, además, perjudicará a sus hijos. Son muchos los niños que son arruinados, no por extraños sino por sus propios padres. Si los padres carecen de principios éticos, morales y espirituales, ellos mismos arruinarán a sus propios hijos.

Tanto las decisiones como los juicios que hará un joven en el futuro, estarán determinados por el adiestramiento que haya recibido de sus padres durante los primeros años de su vida. Lo que usted le diga a su hijo puede ser olvidado o recordado por él, pero con toda seguridad, aquello que él ve en su casa permanecerá con él para siempre. Es de usted que él desarrollará su propio juicio moral y también es de usted que él desarrollará su propia escala de valores.

Todo padre debe recordar que sus acciones serán repetidas por sus hijos; lo que hagan no los afectará solamente a ellos. Si usted no tiene niños, puede hacer todo lo que quiera cuando está feliz, y puede dejar de hacer cualquier cosa y olvidarse de todo cuando no está contento. Pero una vez que usted tiene niños, tiene que restringirse. Tiene que actuar conforme a las normas más elevadas de conducta, le guste o no. La vida entera de los niños que proceden de hogares cristianos dependerá del comportamiento de sus padres.

Recuerdo lo que un hermano me dijo cuando su hijo se involucró en ciertos problemas. Él dijo: “Mi hijo no es sino una réplica mía, y yo soy igual que él”. Cuando un padre ve algo en sus hijos, deberá darse cuenta que se está viendo a sí mismo. Él tiene que comprender que está contemplando un reflejo de su propia persona, pues sus hijos no hacen sino reflejarlo. A través de ellos, él se puede ver a sí mismo.

Es por esto que toda pareja debe consagrarse nuevamente a Dios en cuanto nace su primer hijo. Ellos deben acercarse al Señor y consagrarse nuevamente a Él. Desde ese momento, el Señor les ha encomendado un ser humano, poniendo en sus manos todo su ser: espíritu, alma y cuerpo, así como toda su vida y todo su futuro. Desde ese día, ellos tienen que ser fieles al encargo del Señor. Al firmar un contrato de trabajo, algunos se comprometen a realizar una determinada labor durante uno o dos años, pero esta labor de ser padres dura toda la vida; este compromiso no tiene límite en el tiempo.

4. Debemos estar conscientes de que nuestros hijos nos han sido confiados

Entre los creyentes de China, ningún fracaso es tan grande como tener un fracaso como padres. Me parece que esto se debe a la influencia que ejerce el paganismo. El fracaso que uno pueda sufrir en su carrera profesional no se puede comparar con el fracaso que uno puede sufrir como padre. Inclusive fracasar como esposo o esposa no se puede comparar con el fracaso como padres. Un esposo o una esposa todavía puede protegerse a sí mismo, pues ambos llegan al matrimonio con más de veinte años de edad. Pero cuando un niño es puesto en nuestras manos, él no se puede proteger a sí mismo. El Señor les ha confiado un niño. Ustedes no pueden retornar al Señor diciéndole: “Tú me confiaste cinco niños y he perdido tres”. Ustedes no podrán decirle: “Tú me confiaste diez niños y perdí ocho”. La iglesia no podrá avanzar si los padres no están conscientes de que a ellos se les ha confiado esos niños. No queremos ver que nuestros hijos tengan que ser rescatados del mundo. Supongamos que engendramos niños, los perdemos al mundo y, después tratamos de rescatarlos. Si permitimos que esto suceda, el evangelio jamás será predicado hasta lo último de la tierra. A nuestros hijos se les ha impartido muchas enseñanzas y hemos estado cuidándolos por muchos años; por lo menos estos niños tienen que ser conducidos al Señor. Estamos equivocados si no cuidamos de nuestros propios hijos. Les ruego que no olviden que es responsabilidad de los padres asegurarse de que sus hijos resulten personas de bien.

Permítanme decirles esta palabra. A lo largo de la historia de la iglesia, el fracaso más grave entre los cristianos ha sido el fracaso en ser padres, y esto es algo que a nadie le importa mucho. Los niños son personas todavía tiernas que

están en vuestras manos y no pueden hacer mucho por sí mismas. Si usted es suelto en su vida personal, también lo será con sus hijos. Tiene que comprender que, por ser padre, deberá ejercer dominio propio y sacrificar su libertad personal. Dios le ha encomendado en sus manos a un ser humano, con su cuerpo y su alma. Si usted no ejerce dominio propio ni renuncia a sus libertades, se verá en aprietos cuando tenga que responder ante Dios en el futuro.

B. La necesidad de andar con Dios

En segundo lugar, los padres no solamente tienen que percatarse de la responsabilidad que han asumido y, por ende, santificarse ellos mismos por el bien de sus hijos, sino que además, tienen que andar con Dios.

Uno se santifica a sí mismo por el bien de sus hijos. Pero esto no significa que uno pueda ser suelto y frívolo cuando está solo. Un padre no deberá ejercer dominio propio sólo por el bien de sus hijos. El Señor Jesús no carecía de santidad en Sí mismo; Él no se santificaba a Sí mismo sólo por el bien de Sus discípulos. Si el Señor Jesús se santificara a Sí mismo solamente por el bien de Sus discípulos, pero no fuese santo Él mismo, habría sido un fracaso completo. Del mismo modo, los padres tienen que santificarse por el bien de sus hijos, pero ellos mismos también tienen que andar con Dios.

No importa cuánta devoción manifieste en presencia de sus hijos, si usted no es genuino en su fervor, sus hijos fácilmente se darán cuenta de su verdadera condición. Aun cuando usted mismo no esté claro al respecto, ellos sí lo estarán. Quizás usted sea una persona suelta, pero se esfuerce por comportarse muy cuidadosa y prudentemente cuando están presentes sus hijos. Pero, en realidad, usted no es aquella persona que pretende ser. Por favor, recuerden que a los hijos les es muy fácil descubrir su verdadera condición. Si usted es una persona descuidada y trata de actuar de una manera discreta delante de sus hijos, ellos fácilmente detectarán su verdadera condición y se darán cuenta de que usted pretende ser alguien que no es. Así pues, usted no solamente tiene que santificarse a sí mismo delante de sus hijos por el bien de ellos, sino que usted también tiene que ser una persona que genuinamente anda con Dios igual que Enoc lo hizo.

Quisiera llamar su atención hacia el ejemplo de Enoc. Génesis 5:21-22 dice: “Vivió Enoc sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén. Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas”. No sabemos la condición en la que se encontraba Enoc antes de cumplir sesenta y cinco años de edad, pero después que engendró a Matusalén, sabemos que él caminó con Dios por trescientos años. Después, él fue arrebatado por Dios. Este es un caso especial en el Antiguo Testamento. Antes que Enoc

engendrara hijos, no sabemos nada acerca de su condición, pero después que él engendró a Matusalén, la Biblia afirma que Enoc caminó con Dios. Cuando tuvo sobre sus hombros la carga de la familia, él comenzó a percibir su debilidad. Él se percató de que su responsabilidad era demasiado grande y que él no podría asumirla por su propia cuenta. Así que, él comenzó a caminar con Dios. Él no sólo caminó con Dios en presencia de su hijo; él caminó con Dios incluso cuando estaba solo. Él sentía que si no caminaba con Dios, él no sabría cómo criar a sus niños. Enoc no sólo engendró a Matusalén, sino a muchos otros hijos; no obstante, él caminó con Dios por trescientos años. Su responsabilidad como padre no le impidió caminar con Dios; más bien, tal responsabilidad hizo que él caminara con Dios. Finalmente, él fue arrebatado. Por favor recuerden que la primera persona en ser arrebatada fue un padre. La primera persona en ser arrebatada fue una que tuvo muchos hijos y, aun así, caminó con Dios. La manera en que uno cumple con sus responsabilidades en una familia, no es sino el reflejo de su condición espiritual delante de Dios.

Tenemos que comprender que a fin de conducir nuestros hijos al Señor con la debida autenticidad, es necesario que seamos personas que caminan con Dios. No podemos enviar nuestros hijos a los cielos simplemente indicándoles el camino a seguir. Tenemos que ir delante de ellos. Sólo entonces podemos pedir de nuestros hijos que nos sigan. Aunque los padres cristianos quieren que sus hijos sean mejores que ellos mismos y abrigan la esperanza de que sus hijos no amarán al mundo y proseguirán de una manera positiva, hay muchas familias que no andan bien debido a que los padres mismos no avanzan. Si este es el caso, independientemente de cuánto se esfuerce, tal familia jamás logrará sus objetivos. Tenemos que recordar que el estándar que adopten los hijos no podrá ser más elevado que lo adoptado por sus padres. Esto no quiere decir que debemos fijar un estándar falso. Debemos tener un estándar que es genuino y espiritual. Si lo tenemos, nuestros hijos se ceñirán a lo mismo.

Por favor perdónenme por decir algo que suena simple y elemental. Cierta vez visité a una familia y vi que la mamá le daba una paliza a su hijo por haber mentido. Sin embargo, en esta familia, también el padre y la madre solían mentir. Yo averigüé que ellos habían mentido en muchas ocasiones, pero cuando su niño mintió, fue castigado. Hablando con franqueza, el verdadero error del niño consistía en la técnica que empleó para mentir, es decir, fue atrapado mintiendo. La única diferencia entre los padres y el niño era que este fue atrapado mintiendo, mientras que aquellos no. No era cuestión de si había mentido o no, sino de su habilidad para mentir. Uno de ellos mintió, y fue atrapado y castigado. Si usted aplica criterios distintos para cada caso, ¿cómo podrá criar a sus hijos? ¿Cómo puede decir a sus hijos que no mientan, cuando usted mismo es un mentiroso? Usted no debiera aplicar un criterio para su vida y otro criterio para la vida de sus hijos. Esto jamás tendrá éxito. Suponga que

sus hijos ven en usted y reciben de usted únicamente mentiras y embustes. Cuanto más los castigue, más problemas tendrá. Algunos padres les dicen a sus hijos: “Espera a llegar a los dieciocho años y sólo entonces te dejaré fumar”. Lo que muchos hijos se dicen en sus corazones es: “Cuando tenga dieciocho años, mi padre me dejará mentir. Todavía no tengo dieciocho años, así que no puedo mentir, pero cuando los cumpla podré mentir”. Con esto usted está empujando a sus hijos al mundo. Usted tiene que caminar con Dios tal como lo hizo Enoc, a fin de poder criar a sus hijos tal como lo hizo Enoc. Si usted no camina con Dios, no puede pretender criar a sus hijos tal como lo hizo Enoc.

Por favor no se olviden que sus hijos aprenderán a amar lo que usted ama y a aborrecer lo que usted aborrece. Ellos aprenderán a valorar lo que usted valora y a condenar lo que usted condena. Usted tiene que establecer ciertos principios morales, tanto para usted como para sus hijos. Los principios morales que usted adopte, también serán los de sus hijos. Sus hijos amarán al Señor en la misma medida en que usted lo ama. En una familia, únicamente se puede establecer un estándar, no dos.

Conozco a una familia cuyo padre es un cristiano nominal, sólo de nombre. Él nunca asiste a las reuniones de la iglesia, pero quiere que sus hijos vayan todos los domingos. Cada domingo por la mañana, él les da a sus hijos una propina y les dice que vayan a la iglesia. El dinero es para que los niños den alguna ofrenda. Por la tarde, esta persona se dedica a jugar en casa un juego de azar, el *mahjong*, con sus tres amigos. Sin embargo, con el pretexto de ir a las reuniones de la iglesia, sus hijos gastaban las propinas de su padre en golosinas y se escabullían del salón de reunión para irse a jugar afuera hasta que el pastor estaba a punto de acabar su sermón; entonces entraban a hurtadillas al salón para escuchar una o dos frases finales. Cuando llegaban a casa, le daban a su padre un informe agradable. Estos niños compraron golosinas, jugaron y dieron su informe. Este es, claro, un caso extremo.

Espero que comprendamos que Dios nos ha encomendado a nuestros hijos, y que debemos aplicar las mismas normas de conducta para toda la familia. Nosotros mismos no debemos practicar todo cuanto les prohibimos a nuestros niños. Jamás se debieran aplicar dos diferentes estándares en el seno de una misma familia, uno para los hijos y otro para nosotros los padres. Todos tenemos que medirnos con el mismo estándar por el bien de nuestros hijos. Tenemos que santificarnos a nosotros mismos a fin de mantener las mismas normas de conducta para toda la familia. Una vez que fijamos cierto criterio de conducta, nosotros mismos tenemos que respetarlo. Espero que todos nosotros cuidemos bien a nuestros hijos. Ellos nos están observando constantemente. El hecho de que ellos se porten bien o no, depende de si nosotros nos conducimos adecuadamente. Ellos no sólo nos escuchan, sino que nos están viendo todo el

tiempo. Tal parece que ellos llegan a enterarse de todo. Ellos perciben cuando estamos tratando de intimidarlos y cuando estamos actuando para ser vistos de ellos. No debiéramos pensar que podemos engañar a nuestros hijos. ¡No! Ellos no pueden ser engañados. Ellos saben cómo nos sentimos y ven con claridad lo que realmente sucede en nosotros. Todo cuanto exigimos de nuestros hijos, también tenemos que asumirlo como parte de nuestra propia postura.

Después que Enoc engendró a Matusalén, caminó con Dios por trescientos años. ¡Qué cuadro tan maravilloso es este! Él engendró muchos niños; aun así, fue capaz de caminar con Dios por trescientos años. Él era un padre auténtico, despojado de cualquier pretensión. Tal andar es apropiado a los ojos de Dios.

C. La necesidad de que ambos padres sean de un mismo parecer

En tercer lugar, ambos padres tienen que compartir el mismo parecer a fin de que su familia sea saludable. Ellos tienen que ser de un mismo parecer al sacrificar su propia libertad por causa de Dios y al establecer en su hogar estrictos principios morales. El punto de vista del padre no debiera diferir del de la madre. Estoy hablando acerca de las familias en las que ambos padres son cristianos. Si uno de ellos no es cristiano, entonces es un caso distinto.

Frecuentemente, la postura del padre y la madre ante ciertos asuntos no es la misma. Como resultado, dan cabida a que sus hijos pequen libremente. Será muy difícil que los hijos adopten ciertos principios absolutos que rijan su conducta si sus padres no son de un mismo parecer. Si con respecto a cierto asunto el padre da un sí de aprobación, mientras que la madre dice que no, o viceversa, entonces los hijos acudirán al padre que más les convenga. Si les resulta más conveniente preguntar al padre, acudirán al padre; pero si les resulta más conveniente la respuesta de la madre, acudirán a la madre. Esto de inmediato crea una gran discrepancia en la familia.

Me enteré de una pareja de ancianos cristianos que tenían diferentes puntos de vista. Uno de los cónyuges tenía cierto parecer, mientras que el otro tenía un parecer distinto. Su relación como marido y mujer era bastante deficiente. Como resultado, llegaron a ser padres muy deficientes. Sus hijos adoptaron la costumbre de preguntar a la madre acerca de aquellas cosas que ella aprobaba y preguntar al padre cuando se trataba de asuntos que él aprobaba. Así ellos los manipulaban al hacerles sus pedidos. Si la madre, al llegar a casa, reconvenía a sus hijos por cierto comportamiento, ellos respondían: “Le pedimos permiso a papá”. Si el padre, al llegar a su hogar, reconvenía a sus hijos por algo que hicieron, ellos le dirían: “Le pedimos permiso a mamá”. Como resultado de manipular a sus padres, tales niños obtenían completa libertad. Hace veinte años, le dije al padre: “Si esta clase de situación continúa, con toda seguridad

tus hijos se apartarán del Señor”. Él me respondió: “No será así”. Actualmente, todos sus hijos se han graduado de la universidad y algunos hasta tienen estudios en el extranjero, pero ninguno de ellos ha creído en el Señor. Además, todos ellos son muy indisciplinados.

Es diferente si uno de los padres es un incrédulo. Sin embargo, si ambos son creyentes, la severa disciplina de Dios les espera. Si uno de ellos no es creyente, el esposo o la esposa creyente puede orar pidiendo misericordia de una manera específica, pero si ambos son creyentes y aun así conducen a sus hijos en direcciones divergentes, sólo pueden esperar problemas en el futuro.

Siempre que sus hijos se metan en problemas, ambos padres deben esforzarse por ser de un mismo parecer. Tienen que manifestar un mismo parecer ante sus hijos. Sea lo que fuere que sus hijos pidan o pregunten, la primera respuesta del esposo debiera ser: “¿Ya le preguntaste a tu madre? ¿Qué dijo ella? Si ella te dijo que sí, entonces puedes hacerlo”. Si usted es la esposa y sus hijos le preguntan algo, su primera respuesta debiera ser: “¿Ya le preguntaron a su padre? Cualquiera cosa que les haya dicho, yo les diré lo mismo”. Si su cónyuge está equivocado o no, ya es un asunto distinto. Usted tiene que adoptar la misma postura que su cónyuge. Si existe algún desacuerdo, ambos cónyuges deben encerrarse en su habitación hasta ponerse de acuerdo. No permitan que se genere una vía de escape. En cuanto encuentren una escapatoria, sus hijos aprovecharán para tomarse libertades. A los hijos siempre les gusta buscar salidas. Si el esposo se percata de algún error cometido por su esposa, y viceversa, cualquier cuestionamiento sobre por qué se dijo algo a los hijos, deberá ser hecho a puertas cerradas. Es muy importante aclarar cualquier desacuerdo, pero usted jamás debiera permitir que sus hijos encuentren una vía de escape entre ustedes. Si los padres son de un mismo parecer, les será fácil conducir a sus hijos al Señor.

D. Los derechos de los hijos deben ser respetados

En cuarto lugar, un principio bíblico elemental es que los hijos nos han sido dados por Jehová (Sal. 127:3). Según la Biblia, al hombre le han sido confiados sus hijos de parte de Dios. Un día, él tendrá que rendir cuentas a Dios por aquello que le fuera confiado. Nadie puede decir que sus hijos son suyos y de nadie más. El pensamiento de que los hijos de uno son solamente suyos y que, por ello, uno puede hacer lo que se le antoje con ellos y ejercer control absoluto sobre ellos, es un concepto pagano; no se trata de un concepto cristiano. El cristianismo jamás enseñó que nuestros niños son nuestra propiedad. Más bien, reconoce que los hijos nos fueron confiados por Dios y que los padres no pueden ejercer un control despótico sobre ellos durante su niñez.

1. La autoridad paterna no es ilimitada

Algunas personas tienen el concepto de que, por ser padres, siempre están en lo correcto. Tales personas suelen aferrarse a este concepto aún después de haberse hecho cristianas. Por favor recuerden que son muchos los padres que no siempre están en lo correcto; en muchas ocasiones los padres están completamente equivocados. No debiéramos adoptar conceptos paganos y no debiéramos suponer que tenemos autoridad ilimitada sobre nuestros hijos.

Les ruego tengan presente que los padres no tienen una autoridad absoluta sobre sus hijos. Sus hijos tienen espíritu y alma propios, sobre los cuales los padres no ejercen control alguno. Puesto que los hijos poseen espíritu y alma propios, ellos ejercen control sobre sí mismos. Ellos pueden ir al cielo o al infierno. Ellos tienen que ser responsables de ellos mismos ante Dios. No podemos tratarlos como si fueran objetos o como si fueran nuestra propiedad. Así pues, no debiéramos suponer que podemos ejercer autoridad ilimitada sobre ellos; Dios no nos ha otorgado tal autoridad absoluta sobre ellos. Dios nos ha dado autoridad ilimitada sobre objetos inertes, pero Él no nos dio autoridad ilimitada sobre seres humanos que poseen espíritu y alma propios. Nadie puede tener autoridad absoluta sobre otra persona poseedora de espíritu y alma propios. Pensar que pueda existir tal clase de autoridad absoluta sobre otras personas es un concepto pagano, el cual se relaciona con la soberbia y no debe ser hallado entre nosotros.

2. Los hijos no son el medio por el que los padres pueden dar rienda suelta a su ira

Nosotros solemos comportarnos razonablemente con nuestros amigos y con otros miembros de nuestra familia. Solemos ser amables y considerados con nuestros colegas, y somos todavía más respetuosos con nuestros superiores. Procuramos llevarnos bien con toda clase de persona. Sin embargo, tratamos a nuestros hijos como si fuesen nuestra propiedad, olvidándonos que ellos también poseen espíritu y alma propios, y que son regalos de Dios. Es posible que nosotros desfoguemos nuestra ira en nuestros hijos y que los tratemos como se nos antoje. Algunas personas creen que necesitan ser amables con todo el mundo, excepto con sus propios hijos. Pareciera que ellos ven a sus hijos como el medio que les permite dar rienda suelta a su ira. Yo sé de padres que se comportan así en su hogar. Ellos parecen creer que un hombre debe ser amable y gentil, pero que a la vez debe tener mal genio. Pareciera que estas personas no se sienten completas si no han perdido los estribos. No obstante, ellos se dan cuenta de que se meterían en problemas si perdieran los estribos con cualquier otra persona. Si ellos se comportaran así frente a sus superiores, serían despedidos; y si lo hacen con sus amigos, serían despreciados. Así pues, tales personas piensan que sólo hay un lugar en el que pueden perder la paciencia sin

tener que sufrir ningún castigo; y este lugar es en su hogar y con sus niños. Muchos padres manifiestan un genio terrible hacia sus hijos. Es como si sus hijos fuesen el caldo de cultivo apropiado para su ira.

Por favor discúlpenme por hablarles con tanta severidad. He visto a muchos padres gritar a sus hijos durante la cena y después volverse a mí y decir: “Señor Nee, por favor sírvase; la comida está deliciosa”. Cuando esto sucede, no me queda ningún deseo de probar la comida. Con frecuencia tales cosas suceden con un intervalo de sólo unos minutos. Por un lado, riñen a sus hijos; por el otro, dicen: “Señor Nee, sírvase por favor”. El problema con algunos padres es que consideran que sus hijos son el medio por el cual ellos, justificadamente, pueden dar rienda suelta a su ira. ¿Acaso Dios nos dio hijos para que tengamos alguien con quién desfogar nuestra ira? ¡Que Dios tenga misericordia de nosotros!

Debemos tener presente que Dios no le ha negado todos los derechos a los niños. Dios no ha despojado a los niños de autoestima, libertad personal, ni de sus propios rasgos personales. Él no nos ha confiado nuestros niños para que los golpeemos y regañemos. No hay tal cosa. Tales pensamientos no corresponden al pensamiento cristiano; no forman parte del conceptos cristianos. Por favor que tengan presente que el estándar por el cual distinguimos lo correcto y lo equivocado es el mismo, tanto para nosotros como para nuestros hijos. Tanto nosotros como nuestros niños debemos estar regidos por las mismas normas de conducta. No podemos tener un estándar para nosotros y otro para ellos. Permítanme decirle algo a los nuevos creyentes: ustedes tienen que ser tiernos y amables con sus hijos. Jamás sea rudo con ellos. No debe regañarlos ni reprenderlos arbitrariamente y mucho menos debe golpearlos a su antojo.

Por favor recuerden que semejante conducta con sus hijos los llevará a ser indulgentes consigo mismos. Todo aquel que quiera conocer a Dios tiene que aprender a dominarse a sí mismo. En especial, uno debe controlarse a sí mismo cuando disciplina a sus hijos. Esta clase de dominio propio viene de respetar apropiadamente el alma de sus hijos. No importa cuán pequeño o débil sea un niño, recuerden que él posee su propia personalidad; Dios le ha dado personalidad y alma propias. Usted no debe dañar su carácter ni destruir su personalidad o menospreciar su alma. No debe tratarlo de manera arbitraria. Tiene que aprender a respetarlo como persona.

Al mismo tiempo, nuestros hijos han sido confiados a nuestra familia. Así pues, nuestros propios principios morales tienen que ser los principios morales de toda la familia. Todo cuanto se aplique a los hijos, también deberá aplicarse a nosotros. Los padres no tienen derecho alguno a desfogar su ira con sus hijos. Un cristiano no debe perder la paciencia con nadie, ni siquiera con sus propios

hijos. Es incorrecto dar rienda suelta a nuestro enojo con cualquiera, no importa quién sea la otra persona. Tenemos que comportarnos como personas razonables y, lejos de adoptar cualquier otra actitud, lo único que nos está permitido es tratar de razonar con nuestros hijos. No trate de intimidarlos simplemente porque ellos son pequeños y débiles. Los que oprimen a los pequeños y a los débiles son los más cobardes entre los hombres.

3. No se conviertan en la cruz de sus hijos

En cierta ocasión, dos estudiantes conversaban en la escuela. Una de las niñas le decía a la otra: “Yo conozco a mi padre; él daría su vida por mí”. ¡Escúchenla! Se trata del comentario de una niña acerca de su padre. Su padre era un cristiano. Esta era la clase de padre que él era hacia ella. La otra niña también procedía de una familia cristiana. Su padre era áspero con ella y fácilmente desfogaba su ira en ella. Cierta vez, esta niña escuchó un sermón dado en la escuela; después de ello, fue a casa y su padre le preguntó que había aprendido ese día. Ella le contestó: “Ahora sé que el Señor ha querido que tú seas mi padre a fin de que seas mi cruz”. Ambos padres eran cristianos; sin embargo, ¡cuánta diferencia había entre ellos!

Me gustaría decirles a los padres: no se apresuren en exigir obediencia de sus hijos. En lugar de ello, primeramente exijan de ustedes mismos ser buenos padres delante del Señor. Si ustedes no son buenos padres, jamás podrán ser buenos cristianos. Dios no nos dio a nuestros hijos con el propósito de que nos convirtamos en su cruz. Dios nos dio hijos a fin de que, delante del Señor, aprendamos a honrar su libertad y personalidad, así como sus almas.

E. No provoquemos a ira a nuestros hijos

En quinto lugar, Pablo nos indicó algo importante que no deben hacer los padres: no deben provocar a ira a sus hijos (Ef. 6:4).

1. No debemos abusar de nuestra autoridad

¿Qué quiere decir provocar a ira a nuestros hijos? Esto se refiere a abusar de nuestra autoridad. Uno puede ejercer dominio sobre sus hijos por medio de su fuerza física. Esto siempre es una posibilidad debido a que los padres son más fuertes que sus hijos. O uno puede tratar de subyugar a sus hijos por medio de su poderío financiero. Uno puede decirles: “Si no me obedecen, no les daré dinero alguno. Si no me hacen caso, los privaré de alimentos y de vestido”. Puesto que los niños dependen de su padre para su sustento, él los domina por medio de su dinero cuando los amenaza con privarlos de tal suministro. Mientras que algunos padres dominan a sus hijos por medio de su poderío físico, otros los dominan por medio de su férrea voluntad. Esto puede provocar

a ira a sus hijos. Cuando ellos son provocados de esa manera, siempre estarán buscando la oportunidad de ser libres. Llegará el día en que romperán toda atadura y buscarán ser completamente libres.

Yo conozco un hermano cuyo padre era jugador y fumador empedernido, y que solía comportarse groseramente en su casa. Él malversó fondos públicos y estaba involucrado en muchos otros negocios turbios. A pesar de ello, asistía a las reuniones de la iglesia y quería que todos sus hijos fueran a la iglesia. Si sus hijos no iban, él los reprendía con dureza y los castigaba con toda severidad. Tal padre hizo que sus hijos perdieran todo gusto por su familia, mientras que al mismo tiempo insistía que sus hijos asistieran a las reuniones de la iglesia. Después, un hermano, cuyo padre era esta persona me confesó: “Yo había jurado que el día que fuese adulto jamás volvería a ir a una sola reunión de la iglesia. En cuanto pudiese sostenerme a mí mismo, yo iba a alejarme de la iglesia”. Aunque este hermano juró de esta manera, al final fue salvo. ¡Gracias a Dios! De otro modo, se habría convertido en otro opositor del cristianismo. Este es un asunto muy serio. Tal padre no se esforzaba por hacer que sus hijos lo amasen a él y, aun así, les exigía ir a la iglesia. Esto jamás dará resultado. Esto provoca a ira a los hijos. Los padres no deben abusar de la autoridad que tienen sobre sus hijos ni deben provocarlos a ira. Ellos jamás deberían hacer que sus hijos se endurezcan en contra de ellos o sean rebeldes hacia ellos.

Recuerdo otro hombre que no es salvo, a quien no hace mucho volví a ver. Esta persona había sido obligada a leer la Biblia, tanto en su casa como en su escuela parroquial. No quiero decir que los padres no deban fomentar que sus hijos lean la Biblia. Lo que digo es que tienen que atraerlos y los padres mismos deben ser un ejemplo para ellos. Jamás dará resultado si ustedes simplemente les dicen que el Señor es precioso y, al mismo tiempo, abusan de ellos constantemente. Había una mamá que se decía ser cristiana. Ella tenía un genio malísimo. Ella se obstinaba en que su hijo leyera la Biblia y fuese a una escuela parroquial. Un día su hijo le preguntó cuándo podría dejar de leer la Biblia. Su madre le respondió: “Cuando te gradúes de la escuela secundaria, podrás dejar de leer la Biblia”. El día en que este muchacho recibió su diploma de escuela secundaria, tomó sus tres ejemplares de la Biblia y los quemó en su patio. Usted debe atraer a sus hijos de una manera natural. De otro modo, cuando ellos son provocados a ira podrían hacer cualquier cosa. Usted quiere que ellos sean buenos, pero ellos se rebelarán contra usted en cuanto sean libres para hacerlo. Cuando se habla de provocar a ira a nuestros hijos, se está haciendo referencia a esto. No provoquéis a ira a vuestros hijos. Tienen que aprender a ser padres apropiados, a manifestar amor, ternura y un testimonio apropiado para sus hijos. También tienen que atraerlos ellos. No abusen de su autoridad. La autoridad puede ser ejercitada únicamente si hay dominio propio. Si usted abusa de su autoridad, estará sofocando su relación con sus hijos.

2. Debemos manifestar el debido aprecio

Además, ustedes deben manifestar el aprecio debido hacia sus hijos cuando ellos se portan bien. Algunos padres únicamente saben castigar y regañar a sus hijos; no saben hacer otra cosa. Esto fácilmente provoca a ira a sus hijos. No se olviden que muchos niños tienen el deseo de ser buenos. Si usted solamente los regaña y castiga, sus hijos se sentirán desalentados, tal como dice Pablo en Colosenses 3:21. Ellos se dirán que no vale la pena portarse bien porque sus padres, de todas maneras, jamás expresarán reconocimiento alguno. Usted debe alentar a sus hijos cuando se portan bien. Quizá usted puede decirles: “Hoy se han portado muy bien. Quiero recompensarlos por ello y darles algo especial”. Los hijos no solamente necesitan ser disciplinados, sino también recompensados. De otro modo, serán desalentados.

Una vez leí un relato acerca de una niña cuya madre sólo la golpeaba y la regañaba. En aquel entonces, esta niña era buena por naturaleza. Puesto que sentía que su madre no aprobaba lo que ella hacía, un día decidió que ella habría de esforzarse por complacerla. Al llegar la noche, habiendo desvestido y puesto en cama a su hija, la mamá se disponía a salir de la habitación. Mientras la mamá se alejó, su hija la llamó. La mamá le preguntó qué quería, pero su hija no respondió. Nuevamente, la mamá comenzó a alejarse, y la hija la volvió a llamar. Cuando la mamá le preguntó nuevamente, su hija respondió: “Mamá, ¿no tienes nada que decirme?”. Este es uno de los relatos que cuenta el Sr. Bevin. Después que la mamá se fue, la niña lloró durante dos horas. Su madre era muy insensible. Ella sólo sabía castigar y regañar a su hija; pero carecía de la sensibilidad necesaria para hacer otra cosa.

Les ruego tengan presente que el Nuevo Testamento contiene más enseñanzas para los padres que para los hijos. El mundo entero habla acerca de los errores que los hijos suelen cometer, pero el Señor habló acerca de los errores que los padres cometen. Puesto que el mundo habla tanto acerca de los errores que los hijos cometen, nosotros no tenemos que decir mucho al respecto. La Biblia nos dice que si los padres no son lo suficientemente sensibles, serán propensos a provocar a ira a sus hijos así como a desalentarlos. A esto se debe que la Biblia hable tanto acerca de cómo ser padres. No hay oficio más difícil en este mundo que esto. Aquellos que son padres deben dedicarse con todas sus fuerzas y con toda su mente a ser padres apropiados. Por favor, no sean insensibles hacia sus hijos.

F. Debemos ser exactos al hablar

En sexto lugar, las palabras de los padres revisten mucha importancia para sus hijos. No solamente usted mismo debe ser un modelo para sus hijos, sino que

también debe darse cuenta que sus palabras revisten gran importancia para ellos.

1. No debemos hacer promesas vanas

Por favor recuerden que los padres jamás debieran ofrecer a sus hijos aquello que no podrán llevar a cabo. Usted no debe hacer vanas promesas a sus hijos. No les prometa nada que usted no esté en posibilidades de cumplir. No les prometa algo que no podrá cumplir. Si sus hijos desean que usted les compre algo, usted primero debe considerar su capacidad financiera. Si usted buenamente puede hacerlo, hágalo. Si no puede hacerlo, tiene que decirles: “Me esforzaré al máximo y haré lo que pueda, pero no puedo hacer aquello que excede mi capacidad”. Cada palabra que salga de su boca debe ser digna de confianza. No deben pensar que esto es algo insignificante. Usted jamás debiera permitir que sus hijos abriguen alguna duda acerca de sus palabras. No solamente ellos no deben abrigar dudas respecto de lo que usted les diga, sino que, además ellos deberían tener la certeza de que usted les habla con exactitud. Si los hijos constatan que lo que sus padres les dicen no es digno de confianza, crecerán comportándose irresponsablemente. Ellos darán por sentado que si uno puede ser descuidado al hablar, también puede comportarse irresponsablemente en todo aspecto. Existen ciertas expresiones que solamente pueden ser usadas en la política y tales expresiones no se ajustan a los hechos. Los padres deben abstenerse de usar tales expresiones. Son muchos los padres que aparentemente, son muy bondadosos con sus hijos. Les prometen todo cuanto ellos piden, pero nueve de cada diez veces ellos no pueden cumplir con lo que prometen. Tal clase de promesas maravillosas únicamente produce una cosa en los hijos: desilusión. Usted tiene que prometer únicamente aquello que es capaz de cumplir. Si usted no va a poder hacer algo, no lo prometa. Si usted no está seguro de poder llevarlo a cabo, dígaselos. Sus palabras tienen que ser exactas.

2. Las órdenes deben ser cumplidas

Otras veces, quizás usted no prometa algo, sino que da cierta orden. Si usted abrió su boca para ordenarles algo a sus hijos, tiene que asegurarse que ello sea llevado a cabo. Usted tiene que hacer que ellos comprendan que usted siempre habla en serio. Muchas veces usted da una orden, pero luego lo olvida. Esto es un error. No debiera decirles a sus hijos que está bien que ellos no lo hagan en esta oportunidad, siempre y cuando lo hagan la próxima vez. Si usted los excusa, no les está haciendo favor alguno. Usted debe dejar bien en claro ante sus hijos que una vez que usted les ordena algo, ellos tienen que hacerlo ya sea que usted lo recuerde o no. Si usted se los dijo una vez, lo puede decir cien veces. Si sus palabras cuentan en una ocasión, ellas deberán contar en cien ocasiones. Usted

no debe anular sus propias palabras. Muéstreles a sus hijos, desde su juventud, que la palabra de uno es sagrada, ya sea que se trate de una promesa o una orden. Por ejemplo, si usted le dice a su niño que barra su cuarto cada mañana, primero usted tiene que haber considerado si él será capaz de hacer esto o no. Si él no lo hizo hoy, usted tiene que asegurarse de que lo haga mañana. Si al siguiente día no lo hizo, usted tiene que asegurarse que lo haga el día subsiguiente. Usted tiene que mantener su orden este año y tiene que mantenerlo el siguiente. Tiene que ser patente para sus hijos que ninguna de sus palabras fueron dichas a la ligera y que, una vez pronunciadas, tienen que ser ejecutadas. Pero, si ellos constatan que las palabras de sus padres no cuentan para nada, cualquier cosa que les digan carecerá de eficacia. Por tanto, toda palabra que salga de sus labios debe ser práctica y basada en ciertos principios.

3. Debemos corregir cualquier exageración

Algunas veces, usted exagera sus palabras. Entonces, deberá buscar una ocasión propicia para decirle a sus hijos que en tal ocasión usted exageró. Usted tiene que ser exacto al hablar. Algunas veces usted quizás haya visto solamente dos vacas, pero dijo que eran tres; o quizás vio cinco pájaros, pero dijo que eran ocho. En tales ocasiones, corríjase de inmediato. Al hablar con sus hijos usted tiene que aprender a corregirse todas las veces que sea necesario. Debe aprender a decir: “Lo que les acabo de decir no es exacto. Había dos vacas, no tres”. Usted debe dejar bien en claro ante ellos que todas nuestras palabras deben ser santificadas. Todo cuanto ocurre en el seno de nuestra familia debería ser usado para la formación de un carácter cristiano en nuestros hijos. Así pues, sus palabras tienen que ser santificadas. Cuando sus hijos hablen, también sus palabras deben ser santificadas y exactas. Cuando usted diga algo equivocado, deberá darle la debida importancia al reconocer su error. De este modo, usted estará adiestrando a sus hijos a santificar sus palabras. Muchos padres suelen decir cinco cuando quieren decir tres, y dicen tres cuando en realidad querían referirse a dos. Tales padres hablan irresponsablemente y no constituyen un buen ejemplo en el hogar. Como resultado de ello, sus hijos jamás comprenderán cuán sagradas son sus palabras.

Todos estos problemas ocurren debido a que nos hace falta recibir más disciplina del Señor. Nosotros debiéramos experimentar la disciplina del Señor y conducir a nuestros hijos en la disciplina del Señor. Por lo menos, debemos mostrarles que nuestras palabras son sagradas. Toda promesa debe ser realizada y toda orden debe ser cumplida. Si hacemos esto, nuestros hijos recibirán el adiestramiento apropiado.

G. Debemos criar a nuestros hijos en la disciplina y amonestación del Señor

En séptimo lugar, deben criar a sus hijos en la disciplina y amonestación del Señor (Ef. 6:4). La disciplina del Señor consiste en decirle a una persona cómo debe comportarse. Ustedes deben considerar que sus hijos son cristianos, no gentiles. La disciplina del Señor le indica a una persona cuál es el comportamiento que es propio de un cristiano. El Señor se ha propuesto hacer que todos nuestros hijos lleguen a ser cristianos. Él no desea que ninguno de ellos sea gentil o incrédulo. Usted debe hacer planes para que sus hijos no sólo lleguen a ser cristianos, sino cristianos ejemplares. Así pues, usted debe darles a entender lo que es un cristiano apropiado por medio de instruirlos en la disciplina del Señor. Al respecto, debemos tratar una serie de aspectos.

1. Debemos ayudar a nuestros hijos a tener aspiraciones apropiadas

Lo más importante para un niño son sus aspiraciones. Todo niño tiene alguna aspiración para su futuro. Si el gobierno permitiera que todos los niños imprimieran sus propias tarjetas de presentación, creo que habría muchos niños que imprimirían títulos como: “Presidente”, “Director” o “Reina”. Los padres deben fomentar en sus hijos las aspiraciones apropiadas. Si ustedes aman el mundo, sus hijos probablemente querrán ser presidentes, millonarios o famosos eruditos. La manera como ustedes viven afectará las aspiraciones que tengan sus hijos. Los padres tienen que aprender a canalizar las ambiciones de sus hijos en la dirección apropiada. Ellos deben aspirar a amar al Señor. No deben aspirar a amar al mundo. Usted debe fomentar tal ambición en ellos mientras son jóvenes. Muéstreles lo honroso que es morir por el Señor y háganles comprender que es algo muy precioso ser un mártir por causa del Señor. Ustedes tienen que ser un ejemplo para ellos y tienen que compartir con ellos sus propias aspiraciones. Si ellos le dan la oportunidad, dígales lo que a usted le gustaría ser. Dígales qué clase de cristiano usted desea ser. De este modo, usted estará canalizando sus ambiciones, dándoles la dirección apropiada. Así, sus metas cambiarán y ellos sabrán lo que es noble y lo que es precioso.

2. No debemos fomentar el orgullo en nuestros hijos

Nuestros hijos tienen otro problema: no sólo son ambiciosos y tienen muchas aspiraciones, sino que, además, se sienten orgullosos de sí mismos. Quizás ellos se jacten de su inteligencia, de sus propias habilidades o de su elocuencia. A los niños les es fácil encontrar motivos de jactancia propia y pueden llegar a pensar que son personas muy especiales. Los padres no deben desalentarlos, pero tampoco deben fomentar su orgullo. Muchos padres fomentan el orgullo de sus hijos y los alientan a ir en búsqueda de vanagloria por medio de abrumarlos con alabanzas delante de los demás. Mas nosotros debemos decirles: “Hay muchos otros niños en este mundo que tienen capacidades parecidas a las tuyas”. No

traten de fomentar su orgullo. Nosotros debemos iluminar a nuestros hijos en concordancia con la disciplina y amonestación del Señor. Ellos deben ser capaces de desarrollar su intelecto, elocuencia y todas sus capacidades; pero usted debe decirles que hay muchos que son tan hábiles como ellos en este mundo. No destruyan su estima personal, pero tampoco les permitan convertirse en personas orgullosas. No es necesario herir su autoestima, pero sí tienen que hacerles notar su orgullo o vana jactancia personal. Son muchos los jóvenes que, solamente al salir de su hogar, descubren que tienen que pasar diez o veinte años en el mundo para aprender a comportarse apropiadamente. Para entonces ya es demasiado tarde. Son muchos los jóvenes que manifiestan su mal genio en el hogar y luego llegan a ser personas tan arrogantes que, una vez que son adultos, no pueden trabajar apropiadamente. No queremos que nuestros hijos se sientan desalentados, pero tampoco queremos que sean orgullosos o piensen que son algo.

3. Debemos enseñar a nuestros hijos a aceptar las derrotas y aprender a ser humildes

Un cristiano necesita saber apreciar a los demás. Es fácil ser victoriosos, pero es difícil aceptar la derrota. Podemos encontrar campeones que son humildes, pero es difícil encontrar perdedores que no sean amargados. Esta no es una actitud cristiana. Aquellos que son buenos en una determinada actividad, deben aprender a ser humildes y a no jactarse. Asimismo, si uno sufre alguna derrota, debe aprender a aceptarla con propiedad. Los niños son muy competitivos; por naturaleza. Está bien que sean competitivos, a ellos les encanta ganar en los deportes, las carreras y concursos escolares. Usted tiene que dejar en claro que lo correcto es que ellos se esfuercen por ser estudiantes sobresalientes en la escuela, pero tienen que aprender a ser humildes. Aliéntenlos a ser humildes. Háganles comprender que hay muchos otros estudiantes que seguramente son mejores que ellos. Cuando son derrotados, ustedes tienen que enseñarles a aceptar su derrota con gracia. Los problemas en los que se mete un niño, generalmente están vinculados con estas actitudes. Después de un juego, el ganador se siente orgulloso, mientras que el perdedor se queja de que el árbitro no fue justo o que se equivocó porque el sol le daba en los ojos. Usted debe ayudarles a que cultiven un carácter humilde. Sus hijos deben saber sufrir las amonestaciones cristianas y deben aprender a desarrollar un carácter cristiano. Ellos deben saber ganar y, cuando les toque perder, también tienen que saber estimar a los demás. Saber perder constituye una virtud. Entre los chinos, esta virtud hace mucha falta. Entre nosotros los chinos, la mayoría suele atribuir a otros la culpa de su derrota, en lugar de aceptar con gracia tal derrota. Ustedes deben criar a sus hijos en la disciplina y la amonestación del Señor.

Son muchos los niños que aducen que sus profesores tienen favoritos cuando otros los superan en los exámenes. Si ellos no sacan buenas notas en un examen, aducen que su profesor no los quiere. Esto denota la necesidad de humildad. Los cristianos deben saber perder. Si otros son buenos en algo, tenemos que ser pronto en reconocerlo abiertamente. Además, tenemos que aprender a aceptar derrotas y aceptar que los otros fueron más inteligentes, que laboraron más o son mejores que nosotros. Es una virtud cristiana aceptar la derrota. Cuando ganamos, no debemos menospreciar al resto. Tal actitud es indigna de un cristiano. Cuando otros son mejores que nosotros, quizás salten más alto o sean más fuertes que nosotros, debemos apreciarlos. Mientras nuestros niños todavía viven con nosotros, debemos procurar adiestrarlos en reconocer los logros de los demás. Esta clase de adiestramiento les ayudará a conocerse a sí mismos cuando crezcan en su vida cristiana. Debemos conocernos a nosotros mismos y estimar a quienes son mejores que nosotros. Si nuestros hijos se comportan de esta manera, será fácil para ellos tener experiencias espirituales.

4. Debemos enseñar a nuestros hijos a tomar decisiones

Espero que prestemos atención a este asunto. Son muchos los aspectos acerca de los cuales debemos instruir a nuestros hijos en concordancia con la disciplina del Señor. Debemos darles, desde su juventud, la oportunidad de tomar sus propias decisiones. No debemos tomar todas las decisiones por ellos hasta que tengan dieciocho o veinte años de edad. Si lo hacemos, les será imposible tomar decisiones cuando sean adultos. Siempre debemos darles la oportunidad de que tomen sus propias decisiones. Debemos darles la oportunidad de elegir lo que quieren y lo que no quieren. Tenemos que hacerles ver si sus elecciones fueron las correctas o no. Denles a sus hijos la oportunidad de elegir y luego muéstrenles cuál es la elección correcta. A algunas niñas les gusta vestirse con vestimentas cortas; a unas les gusta un color mientras que las otras prefieren otro color. Permítanles que elijan por sí mismas.

Algunas personas no le dan a sus niños la oportunidad de elegir por ellos mismos. Como resultado, cuando sus hijos alcanzan los veinte años de edad y se casan, no saben cómo ser cabeza de la familia. Puede ser que usted le diga que el esposo es la cabeza de la esposa, pero él no sabrá cómo ser el esposo. Usted no debería permitir que ellos esperen a casarse para descubrir que no saben ser la cabeza del hogar. Siempre que sea posible, denles a sus hijos suficientes oportunidades para tomar decisiones. Cuando ellos crezcan, ellos sabrán qué hacer. Ellos sabrán distinguir entre lo equivocado y lo correcto. Den a sus hijos la oportunidad de tomar decisiones desde su juventud. Diré algo a todos los que tienen hijos: “Denles la oportunidad de elegir”. De otro modo, muchos niños

chinos serán perjudicados en su vida adulta. Tal perjuicio con frecuencia se manifiesta cuando los hijos tienen entre dieciocho y veinte años de edad. Ellos se comportan irresponsablemente cuando llegan a esta edad debido a que nunca se les exigió tomar decisiones por sí mismos. Debemos enseñar a nuestros niños según la disciplina del Señor. Debemos enseñarles a nuestros hijos a tomar decisiones, en vez de tomar todas las decisiones por ellos, y tenemos que dejarles saber si ellos han tomado la decisión correcta o no.

5. Debemos enseñar a nuestros hijos a hacerse cargo de sus propios asuntos

También tenemos que enseñar a nuestros hijos a encargarse de sus propios asuntos. Tenemos que darles la oportunidad de cuidar de sus enseres personales, sus zapatos, calcetines y otros asuntos. Dé a sus hijos algunas pautas y luego deje que ellos mismos procuren encargarse de sus cosas. Desde su juventud, enséñeles cómo deben encargarse de sus propios asuntos. Algunos niños tuvieron un mal comienzo debido a que sus padres los amaban ciegamente y no supieron adiestrarlos. Por ser cristianos, tenemos que enseñar a nuestros hijos a hacerse cargo de sus propios asuntos apropiadamente.

Yo creo que si el Señor nos da la gracia, la mitad de los que se añadan a la iglesia provendrá de nuestras propias familias y la otra mitad del “mar” (o sea, el mundo). Si todos los que son añadidos proceden del mundo y ninguno es de entre nuestros propios hijos, no tendremos una iglesia fuerte. Si bien toda la generación de Pablo tuvo que ser rescatada del mundo, la siguiente generación estaba compuesta de personas, como Timoteo, que procedían de las mismas familias que conformaban la iglesia. No debemos esperar que siempre procedan del mundo los que nos son añadidos. Debemos esperar que la segunda generación, jóvenes como Timoteo, procederán de nuestras propias familias. El evangelio de Dios sí salva a los hombres que se encuentran en el mundo, pero también debemos atraer hombres como Timoteo. Para que la iglesia llegue a ser rica, tiene que haber abuelas como Loida y madres como Eunice que sepan criar, edificar y formar a sus hijos en la disciplina del Señor. Si no existe tal clase de personas, la iglesia jamás llegará a ser rica. Tenemos que darles a nuestros hijos la oportunidad de que se encarguen de sus propios asuntos desde su juventud. Debemos darles la oportunidad de aprender a arreglar sus cosas por sí mismos. Tengan frecuentes reuniones familiares y permitan que sus hijos tomen ciertas decisiones. Cuando quiera volver a acomodar sus muebles, involucre a sus hijos en tales decisiones. Si tiene que ordenar la alacena, involucre a sus hijos en dicha actividad. Enséñeles a manejar ciertos asuntos. Si tenemos hijas o hijos, tenemos que enseñarles a manejar los asuntos. Entonces llegarán a ser buenos esposos y esposas en el futuro.

¿Cuál es nuestra situación hoy en día? Las niñas tienen que ser cuidadas por sus madres, pero muchas madres no las cuidan y la responsabilidad recae sobre la iglesia. Los niños deberían ser cuidados por sus padres, pero muchos padres no cuidan de sus niños y la responsabilidad recae sobre la iglesia. Como consecuencia de ello, a medida que las personas de este mundo son salvas y traídas a la iglesia, las tareas de la iglesia se duplican. Esto se debe a que hay padres que no viven apropiadamente como corresponde a padres cristianos. Después que la iglesia predica el evangelio y se preocupa por la salvación de las personas de este mundo, tiene que enfrentarse a toda clase de problemas familiares que tales personas traen consigo. Pero si los padres asumen su responsabilidad de criar apropiadamente a sus hijos, y si tales niños son criados en la iglesia, la iglesia será liberada de la mitad de sus tareas. En Shanghái, con frecuencia me ha parecido que los colaboradores no debieran estar encargados con muchos de los asuntos que tienen a su cargo; muchos de esos asuntos deberían ser responsabilidad de los padres. Los padres no instruyen apropiadamente a sus hijos, y estos son arrastrados hacia el mundo. Como resultado de ello, tenemos que rescatarlos del mundo y asumir la responsabilidad de instruirlos nosotros mismos. Esto genera excesivo trabajo para la iglesia.

H. Debemos conducir a nuestros hijos al conocimiento del Señor

Como octava responsabilidad, debemos conducir a nuestros hijos al conocimiento del Señor. Ciertamente es necesario establecer un altar familiar. En el Antiguo Testamento, el tabernáculo estaba ligado al altar. En otras palabras, la familia está vinculada al servicio a Dios, así como a la consagración a Dios. Ninguna familia podrá proseguir sin orar y sin leer la Palabra. Esto es especialmente cierto en el caso de las familias con hijos.

1. Las reuniones familiares deben estar al nivel de los niños

Algunas familias fracasan en sus tiempos de oración y de lectura de la Biblia, porque sus reuniones familiares son demasiado largas y demasiado profundas. Los niños no entienden qué están haciendo. Ellos no saben por qué se les pide que se sienten allí. A mí no me gusta ver que algunas familias que nos invitan a sus hogares, obligan a sus hijos a estar sentados con ellos, mientras quieren sostener con nosotros conversaciones acerca de doctrinas muy profundas. Algunas de esas reuniones en el hogar acerca de doctrinas difíciles se prolongan por una o dos horas. Esto ciertamente constituye un verdadero sufrimiento para los niños; aun así, muchos padres no son sensibles a ello. Los niños están sentados allí, pero no comprenden nada. Por ejemplo, si el tema de la conversación es el libro de Apocalipsis, ¿cómo los niños lo pueden entender?

Las reuniones de hogar tienen que ser apropiadas para los niños. Estas reuniones familiares no están diseñadas para ustedes; las reuniones suyas están en el salón de reunión. No imponga tal estándar a su familia. Lo que usted haga con su familia tiene que adaptarse al gusto de sus hijos y tiene que estar al nivel de ellos.

2. Debemos alentar y atraer a nuestros hijos

Otro problema con algunas reuniones de hogar es que en ellas no se manifiesta suficiente afecto. No es que los niños sean atraídos por su padre o su madre a fin de permanecer en tales reuniones, sino que el látigo es la única motivación por la cual los niños continúan reuniéndose. Ellos no quieren participar de tales reuniones, pero vienen porque se les amenaza con el látigo. Si el látigo estuviese ausente, ellos no vendrían. Esto jamás marchará bien. Ustedes tienen que idear algunas maneras en las que sus hijos puedan ser atraídos y alentados a participar de tales reuniones. No los castiguen. Jamás castigue a sus hijos por no haber participado de su reunión de adoración familiar. Si usted los golpea una vez, esto podría crear un problema que persistirá en ellos por el resto de sus días. Los padres tienen que atraer a sus hijos a la reunión de adoración familiar. No los obligue a venir. Esto únicamente resultará en terribles consecuencias.

3. Debemos reunirnos una vez en la mañana y otra vez al anochecer

Sugerimos que se celebren dos reuniones de hogar al día, una por la mañana y la otra al anochecer. El padre deberá dirigir la reunión de la mañana, y la madre la reunión al anochecer. Levántense un poco más temprano. Los padres no debieran permanecer en cama después que los hijos han tomado su desayuno y se han ido a la escuela. Si ustedes tienen niños en casa, tienen que levantarse más temprano. Pasen un tiempo juntos antes que los niños se vayan a la escuela. Vuestra reunión deberá ser breve, llena de vida y jamás debe prolongarse. Quizás diez minutos sean suficientes. Quince minutos es lo máximo que debiera durar tal reunión. Nunca exceda de quince minutos ni la haga de menos de cinco minutos. Pídale a cada uno de los asistentes que lea un versículo. El padre debe tomar la iniciativa de elegir unas cuantas frases y hablar acerca de ellas. Si los niños pueden memorizar algo, pídanles que memoricen. No citen el versículo completo. Simplemente pidan a sus hijos que recuerden el significado de una sola oración. Al final de la reunión, el padre y la madre deberían elevar una oración pidiendo la bendición de Dios. No eleven oraciones profundas ni sublimes. Oren acerca de cosas que los niños puedan entender. Tampoco hagan oraciones largas; sean sencillos. Después envíenlos a la escuela.

Cada vez que usted se siente a comer, debe agradecer al Señor por los alimentos. Ya sea que se trate del desayuno, el almuerzo o la cena, usted debe ser sincero al

dar las gracias. Ayude a sus niños a dar gracias. Las reuniones al anochecer deben ser un poco más extensas y deberían ser dirigidas por las mamás. No es necesario que se lea la Biblia al anochecer, pero es necesario que la familia ore reunida. En particular, la madre tiene que reunir a los niños y hablarles. Acompañada del padre, la madre debe alentar a los niños a hablar. Pregúntenles si tuvieron que afrontar algún problema ese día. Pregúntenles si pelearon entre ellos y si hubo algo que les molestara. Si una madre no puede hacer que sus hijos le hablen, algo tiene que andar mal. La madre habrá fracasado como tal si ha permitido que surja alguna barrera entre ella y sus hijos. La mamá seguramente ha cometido algún error en perjuicio de sus hijos si estos tienen miedo de hablarle. Sus niños deben sentirse libres de hablarle con toda confianza. La madre tiene que aprender a sacar a luz lo que está en el corazón de sus hijos. Si ellos no quisieran hablar ese día, pregúnteles nuevamente al día siguiente. Dirija a sus hijos. Deje que ellos oren un poco y enséñeles a decir unas cuantas palabras. Esta reunión tiene que estar llena de vida. Pídanles que confiesen sus pecados, pero no los obliguen a ello. No debe haber fingimiento alguno. Todo debe ser hecho de un modo muy natural. Permita que sus niños tomen alguna iniciativa. Si tienen algo que quieren confesar, que lo hagan, pero si no tienen nada que confesar, no los obligue a ello. No debe haber fingimiento alguno. Algunos niños aprenden a fingir como resultado de la presión que sobre ellos ejercen los padres estrictos. Los niños no dicen mentiras, pero usted puede obligarlos a mentir. Los padres deben conducirlos a hacer oraciones sencillas uno por uno. Asegúrese que todos oren. Finalmente, concluya orando usted mismo, mas no haga una oración muy larga. Una vez que su oración se hace demasiado larga, sus niños se aburrirán. Aliméntelos de acuerdo a su capacidad. Una vez que usted trata de hacer demasiado, los abrumará. Ore unas cuantas frases junto con ellos y luego déjelos ir a dormir.

4. Debemos darle la debida importancia al asunto del arrepentimiento

Explíquenles lo que significa el pecado. Todos pecamos. Usted debe darle la debida importancia al asunto del arrepentimiento y entonces conducirlos al Señor. Después de cierto tiempo, puede pedirles que reciban al Señor sinceramente. Entonces, tráigalos a la iglesia y permita que se integren a ella. De este modo, usted estará guiando a sus hijos en el conocimiento de Dios.

I. La atmósfera familiar debe ser una atmósfera de amor

En noveno lugar, la atmósfera familiar debe ser una atmósfera de amor. Algunas personas tienen anomalías psicológicas o se aíslan, debido a que no reciben amor en sus respectivos hogares.

La manera en que un niño crece depende de la atmósfera familiar. Si un niño no es criado con amor, se convertirá en una persona obstinada, individualista y rebelde. Mucha gente no se puede llevar bien con otros en su vida como adultos debido a que cuando eran niños no experimentaron amor en sus familias. Solamente fueron testigos de disputas, discusiones y peleas en la familia. Los niños que crecen en tales familias se desarrollan anormalmente. Aquellos que proceden de tales familias anormales, ciertamente se desarrollan como personas solitarias, pues desarrollarán antagonismos personales hacia los demás. Debido a que ellos se sienten inferiores en lo profundo de su corazón, procuran mejorar la imagen que tienen de ellos mismos por medio de considerarse superiores a los demás. Todos aquellos que tienen un complejo de inferioridad tienen la tendencia a exaltarse a ellos mismos. Este es el medio al que recurren para compensar por su propio sentimiento de inferioridad.

Muchos de los elementos malignos de la sociedad, tales como los ladrones y los rebeldes, proceden de esta clase de familias carentes de amor. Su personalidad se deforma y al crecer, se vuelven en contra de su prójimo. Cuando llegan a la iglesia, traen consigo sus problemas. Me parece que la mitad de la labor que desempeña la iglesia es una labor que podría ser desarrollada por buenos padres. Pero hoy en día, tal carga recae sobre nuestros hombros debido a que hay muy pocos padres que son buenos padres. Los nuevos creyentes deben ver que ellos deben tratar a sus niños de la manera apropiada. En una familia tiene que prevalecer una atmósfera de amor y ternura. Tiene que haber amor genuino. Los niños criados en tales familias crecerán hasta llegar a ser personas normales.

Los padres tienen que aprender a ser amigos de sus hijos. Jamás permitan que sus hijos se distancien de ustedes. Nunca se convierta en un padre al cual es difícil acercarse. Por favor recuerden que la amistad se funda en la comunicación; no es algo que se hereda por nacimiento. Así pues, usted tiene que aprender a acercarse a sus hijos. Cuando les brinde alguna ayuda, hágalo gustosamente, de tal manera que cuando ellos enfrenten problemas se sientan libres para contárselo y cuando se sientan débiles, busquen su consejo. Ellos no deberán tener que acudir a otras personas cuando se sientan débiles. Ellos deben poder compartir con usted tanto sus éxitos como sus fracasos. Usted debe convertirse en su buen amigo, en aquella persona asequible y solícita a la que ellos pueden acudir en busca de ayuda. Ellos deben acudir a usted cuando se sientan débiles y pueden tener comunión con usted cuando tienen éxito. Tenemos que ser sus amigos. Cuando ellos se sienten débiles, pueden acudir a nosotros en busca de ayuda. No debiéramos ser para ellos como un juez que juzga desde lo alto de su trono, sino que debiéramos serles de ayuda. Debemos estar cerca de ellos siempre que necesiten nuestra ayuda y debemos ser capaces de sentarnos a conversar con ellos acerca de sus problemas. Ellos deben sentirse

libres de buscar nuestro consejo como quien acude a un amigo. En una familia, los padres deben ganar la confianza de sus hijos hasta el grado de llegar a ser sus amigos. Si los padres logran esto, habrán hecho lo correcto.

Ustedes tienen que aprender esta lección desde que sus niños son tiernos. El grado en el cual sus hijos se sentirán cercanos a usted y queridos por usted estará determinado por cómo los trate durante sus primeros veinte años de vida. Si no se sienten cercanos a usted durante los primeros veinte años de sus vidas, no se acercarán a usted cuando tengan treinta o cuarenta años, sino que se alejarán más y más de usted. A muchos hijos no les gusta estar cerca de sus padres. Ellos no son amigos de sus padres y no existe una relación dulce entre ellos. Si al tener problemas acuden a sus padres, lo hacen como un reo presentándose delante de su juez. Ustedes tienen que laborar hasta que sus hijos los busquen a ustedes en primer lugar siempre que enfrenten algún problema. Ellos tienen que sentirse cómodos al depositar su confianza en ustedes. Si ustedes pueden lograr esto, encontrarán muy pocos problemas en su vida familiar. De hecho, todos los problemas serán resueltos.

J. Sobre el castigo

En décimo lugar, está el tema del castigo. Cuando un niño ha hecho algo malo, tiene que ser castigado. Es incorrecto no castigarlo.

1. Debemos tener temor de golpear a nuestros hijos

Nada es más difícil que castigar a alguien. Los que son padres deben tener temor de golpear a sus hijos. Ellos deben considerar esto tan serio como si tuvieran que castigar físicamente a sus propios padres. Ningún hijo debiera golpear a sus propios padres. Uno puede ser perdonado por haber golpeado a sus propios padres, pero no será fácilmente perdonado por haber golpeado a sus propios hijos. Tienen que aprender a sentir temor de golpear a sus propios hijos y tienen que considerar que se trata de algo que reviste tanta seriedad como golpear a sus propios padres.

2. Castigar a los hijos es necesario

Sin embargo, golpear a los hijos es a veces necesario. Proverbios 13:24 dice: “El que escatima la vara, a su hijo aborrece; / Mas el que lo ama, desde temprano lo corrige”. Esta es la sabiduría de Salomón. Los padres deben castigar con vara a sus hijos. Tal castigo es necesario.

3. El castigo físico debe ser justo

Sin embargo, si golpea a sus hijos, tal castigo tiene que ser justo. No dé rienda suelta a su enojo y jamás golpee a sus hijos mientras esté airado. Nadie puede castigar a sus hijos estando airado. Hay algo errado en usted si al castigar está lleno de ira. Hermanos y hermanas, cuando sus hijos hacen algo errado y usted los golpea en su ira, debieran darse cuenta de que usted también merece ser golpeado. Primero, usted tiene que estar calmado delante de Dios. Mientras usted esté airado, no puede castigar a nadie.

4. Debemos hacerles notar a nuestros hijos sus errores

Algunos asuntos tienen que ser resueltos por medio del castigo físico, pero usted tiene que mostrarle a su niño por qué causa usted tiene que castigarlo así. Si usted tiene que castigarlo físicamente, también tiene que mostrarle al niño cuál ha sido su falta. Cada vez que lo castigue, usted tiene que haberle mostrado a su hijo el error que cometió para hacerse merecedor a tal castigo. Usted tiene que decirle cuál es su error. No basta con tratar de impedir que él siga cometiendo tal falta por medio de golpearlo. Usted tiene que explicarle que lo está castigando porque él erró con respecto a cierto asunto específico.

5. Castigar es algo muy serio

Cada vez que golpea a su hijo, no debe hacerlo como si fuese un acto común. Usted tiene que hacerle ver que ejecutar tal clase de castigo físico es un asunto serio. Toda la familia tiene que saberlo. Todos los adultos y niños tienen que reunirse. El padre o la madre tiene que ejecutar dicho castigo tal como un cirujano efectuaría una operación. Un médico no usa el bisturí porque está enojado; él lo hace para extirpar la causa del problema. Del mismo modo, un padre jamás debiera castigar estando airado; él o ella tiene que estar en completa calma. Los padres jamás deben golpear a sus hijos en un estado de furia. Por un lado, ellos tienen que indicarles cuál ha sido la falta cometida; por otro, no deben estar airados de ninguna manera.

¿Cómo debieran ejecutar tal castigo? Tengo una sugerencia. Para que usted tome la vara, su hijo tiene que haber cometido una falta muy grave. Mientras tiene la vara en su mano, usted debe pedir al hermano del niño que prepare una vasija con agua tibia y a la hermana que prepare una toalla. Entonces, usted debe explicarle al niño cuál ha sido su falta. Tiene que decirle que cualquiera que haya cometido algo tan serio, tiene que ser severamente castigado. Él no debe tratar de huir su responsabilidad por la falta cometida. Huir del castigo también es erróneo. Si ha tenido la valentía de cometer un pecado, tiene que tener la valentía de afrontar el castigo. Dígale que él ha hecho algo malo y que usted no tiene otra opción que castigarlo. El castigo es para que él se dé cuenta de que ha hecho algo malo. Quizá usted le dé con la vara dos veces; quizá lo haga

tres veces. Y tal vez la mano del niño vaya a amoratarse o, incluso, sangrar. Entonces, usted debe pedir a su hermano que acerque la vasija con agua tibia y haga que el niño sumerja su mano golpeada en el agua tibia a fin de facilitar la circulación de la sangre y disminuir el dolor. Después, usted deberá secar su mano con la toalla provista. Usted tiene que hacer todo esto ceremoniosamente. Hágales ver que en la familia sólo hay amor y no hay rastro de odio. Creo que esta es la manera adecuada de castigar.

Hoy en día, gran parte de los castigos que se aplican en el seno de las familias son producto de la ira y el odio, no del amor. Usted dice que ama a sus hijos, pero ¿quién le puede creer? Yo no. Usted tiene que hacerles ver su error. Tiene que hacerles ver que su padre no los está golpeando cuando está airado. Cuando usted los golpea, hágalo con la debida propiedad. Después que usted ha castigado a sus hijos, debe llevarlos a la cama. Si la ofensa es demasiado seria, el padre y la madre pueden recibir dos de los golpes que merece el niño. Usted tiene que decirle al niño: “Este asunto es muy grave. Tengo que castigarte con la vara cinco veces. Pero me temo que tú no podrás soportarlo si te pego cinco veces con la vara. Así que tu madre recibirá dos golpes y tu padre recibirá un golpe en tu lugar y tú mismo deberás recibir los dos golpes que quedan”. Ustedes tienen que hacerle comprender que se trata de un asunto muy serio y grave. Así su hijo recordará por el resto de sus días que no puede pecar a su antojo.

En esto consiste la disciplina del Señor; no es la disciplina nacida del mal genio de los padres. Se trata de la amonestación *del Señor*, no de la amonestación nacida del enojo de uno de los padres. Yo no favorezco la ira de ninguno de los padres. El mal genio de los padres arruinará el futuro de sus hijos. Los padres tienen que aprender a disciplinar con toda seriedad a sus hijos, pero al mismo tiempo tienen que aprender a amarlos. Esta es la manera apropiada de tener una familia cristiana.

II. BUENOS HIJOS SON EL FRUTO DE BUENOS PADRES

Finalmente, me gustaría decirles que muchos de los hombres que Dios ha usado en este mundo, proceden de padres que supieron ser buenos padres. Comenzando con Timoteo, podemos encontrar numerosos hombres que fueron usados por Dios y que procedían de padres que eran muy buenos. John Wesley fue uno de ellos. Otro fue John Newton. En nuestro himnario tenemos muchos himnos escritos por John Newton. Otro fue John G. Paton. Él fue uno de los misioneros más famosos del mundo moderno. No recuerdo otro padre tan extraordinario como el padre de Paton. Aun en su vejez, Paton se acordaba: “Siempre que quería pecar, me acordaba de mi padre, quien siempre estaba orando por mí”. Su familia era muy pobre. Tenían apenas un dormitorio, una

cocina y otro pequeño ambiente. Paton contó alguna vez: “Yo temblaba cada vez que mi padre oraba y suspiraba en aquel pequeño ambiente, pues él oraba pidiendo por nuestras almas. Aún ahora que soy viejo recuerdo sus suspiros. Le doy gracias a Dios por haberme dado un padre así. Yo no puedo pecar, porque cuando lo hago, cometo transgresión en contra de mi Padre celestial y en contra de mi padre terrenal”. Es difícil encontrar un padre como el de Paton y es difícil encontrar un hijo como el propio John G. Paton.

No se imaginan cuántos creyentes fuertes y saludables tendríamos como parte de nuestra segunda generación, si todos los padres de la generación actual fueran buenos padres. Siempre he deseado poder decirles esto: el futuro de la iglesia depende de los padres. Cuando Dios desea derramar Su gracia sobre la iglesia, Él requiere de vasos. Es necesario que criemos más “Timoteos”. Si bien es cierto que podemos rescatar a las personas que están en el mundo, existe una necesidad todavía mayor y es que criemos bien a quienes forman parte de las familias cristianas.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

LOS AMIGOS

Lectura bíblica: Jac. 4:4; 2 Co. 6:14-18; Sal. 1; 1 Co. 15:33

I. LA BIBLIA NO HACE ÉNFASIS EN LA AMISTAD

Algo especial que tiene la Biblia es que no recalca la amistad entre los hijos de Dios. Esto no quiere decir que la palabra *amigo* no aparezca en la Biblia. De hecho, tal palabra aparece muchas veces en el Antiguo Testamento; la encontramos en Génesis y especialmente en Proverbios. En el Nuevo Testamento, la palabra *amigo* aparece en los Evangelios de Mateo y Lucas. Pero la amistad de la cual se habla en la Biblia se refiere principalmente a las amistades que se desarrollan aparte de Cristo; en realidad, la Biblia no dice mucho acerca de cómo cultivar una amistad entre aquellos que están en el Señor. Si recuerdo correctamente, la palabra *amigos* con relación a cristianos se menciona dos veces en el libro de Hechos. En primera instancia, vemos que algunos de los líderes asiarcas eran amigos de Pablo, y ellos fueron quienes le rogaron que no corriera el riesgo de presentarse en el teatro (Hch. 19:31). En una segunda ocasión, Julio trató amablemente a Pablo y le permitió reunirse con sus amigos para ser atendido por ellos (27:3). Además de estos dos versículos, en 3 Juan 14 consta: “Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno por nombre”. Hasta donde yo sé, estas son las tres únicas instancias consignadas en los Hechos y las Epístolas en las que se hace referencia a este tema. Esto nos muestra que la Biblia no tiene mucho que decir acerca de la amistad.

La Biblia no enfatiza el tema de la amistad, pero en lugar de ello recalca nuestra relación como hermanos y hermanas, esto es, la relación que existe entre los hermanos y hermanas en el Señor. Esta es la relación más importante y elemental. La Biblia, pues, le da mucho más importancia a esta clase de relación que a la amistad.

II. LA AMISTAD ES LA RELACIÓN MÁS IMPORTANTE QUE HAY EN EL MUNDO

¿Qué es la amistad? Es posible que un anciano sea amigo de un joven. Puede existir amistad entre cónyuges. Asimismo, los padres pueden ser amigos de sus hijos, y también puede existir la amistad entre hermanos. Ser amigo de alguien quiere decir sentir cariño por esa persona y poder comunicarse con ella. Esta es la única relación que cuenta en una amistad. Entre las diversas clases de vínculos que existen entre seres humanos, existe el vínculo sanguíneo, el cual sólo es posible entre parientes. Sin embargo, la amistad es diferente de toda otra clase de vínculo, pues está sellada únicamente por el amor mutuo. La amistad desestima cualquier otra clase de vínculo y une a dos personas únicamente en virtud del afecto que existe entre ellas. Con frecuencia, surge la amistad entre el esposo y la esposa, el padre y el hijo, la madre y la hija, o el maestro y su alumno. La amistad puede desarrollarse entre personas de la misma edad, o entre individuos pertenecientes a una misma clase social o simplemente entre compañeros de una misma generación.

Por todo ello, la amistad es un vínculo muy importante para aquella persona que no ha creído en el Señor Jesús. Antes que una persona acepte al Señor como su Salvador, no existe ninguna clase de vínculo espiritual en el Señor. Debido a esto, el vínculo más importante que existe para las personas de este mundo es la amistad. Pero entre nosotros, la amistad ha dejado de ser lo más importante. Por ello, la amistad rara vez es mencionada en el Nuevo Testamento. Más bien, nosotros recalcamos el vínculo existente entre hermanos y hermanas en el Señor. En el Señor, nuestros lazos de amistad resultan mucho menos significativos. Por ello, la amistad no es muy importante entre los hijos de Dios.

Antes que creyéramos en el Señor, no conocíamos vínculo espiritual alguno. Sólo conocíamos la relación entre padre y madre, madre e hija, profesor y alumno, amo y esclavo. Por ello, la amistad resulta muy importante para quienes no han creído en el Señor. Dos personas pueden ser padre e hijo, pero pueden seguir teniendo ciertas divergencias. Lo mismo podríamos decir de una mamá y su hija, de un esposo y su esposa, y de un amo con su esclavo. Todos ellos pueden conservar su propia posición personal. Además, los vínculos sanguíneos son limitados en número. La mayoría de personas tiene de tres a cinco vínculos de esta clase, y los que tienen ocho o diez de tales relaciones

pueden ser considerados casos excepcionales. Aparte de tales vínculos, todas nuestras otras relaciones son generalmente con nuestros amigos.

El hombre no puede estar satisfecho únicamente con relaciones familiares. Tampoco puede estar satisfecho con relaciones de tipo académico o laboral, como la que existe entre un profesor y su alumno, ni con cualquier otra clase de vínculo social. El hombre necesita de la amistad. La amistad está basada en el amor, no en los vínculos sanguíneos. Muchas de nuestras relaciones humanas las heredamos al nacer; sólo la amistad se desarrolla por elección personal. Por esto, para un incrédulo la amistad reviste suprema importancia. Todos tenemos amigos. Una persona puede tener tres, cinco, ocho o diez amigos. Puede llegar a tener docenas y hasta cientos de amigos si es lo suficientemente sociable. Y una persona puede disfrutar de compañerismo, afecto y comunión al relacionarse con tales amigos. Ciertamente la amistad ocupa un lugar muy importante en la vida de un incrédulo.

Si un incrédulo no tiene amigos, no debe ser una persona agradable, o es algo anormal, o puede tener una personalidad enfermiza; tal vez no se lleve bien con otros; o pueda que su honradez o sus peculiaridades han desalentado a otros de tener amistad con él. Pero bajo condiciones normales, un hombre siempre tiene amigos.

III. DIOS NOS ORDENA PONER FIN A NUESTRAS AMISTADES MUNDANAS

Dios, sin embargo, ha dispuesto que nosotros pongamos fin a nuestras amistades después de haber creído en el Señor Jesús.

A. La amistad con el mundo es enemistad contra Dios

Jacobo se refirió a la amistad de este mundo (Jac. 4:4). En este versículo, el mundo significa: “la gente mundana”. “La amistad con el mundo es enemistad contra Dios”. Por favor recuerden que si amamos al mundo, el amor del Padre no está en nosotros (1 Jn. 2:15). Ser amigo de las personas mundanas equivale a hacerse enemigo de Dios.

Un nuevo creyente tiene que tener bien en claro que en cuanto se hace cristiano, tiene que reemplazar a todos sus amigos. Si usted ha sido aceptado por el Señor recientemente, tiene que reemplazar a sus amigos. Esto es igual a todos los otros cambios que sufrimos a raíz de haber creído en el Señor, como por ejemplo el cambio que sufrimos en nuestra manera de vestir. Asimismo, es necesario que también cambiemos de amigos; debemos tener un grupo de amigos completamente distinto. Por propia experiencia, sé lo que les digo. Un nuevo

creyente llevará una vida espiritual muy pobre y superficial si no cambia de amigos. Uno tiene que poner fin a todas sus antiguas amistades en cuanto cree en el Señor. Es maravilloso darse cuenta que en cuanto el amor de Dios entra, el amor del hombre sale. Cuando la vida del Señor entra a nosotros, entonces el mundo ya no podrá ser nuestro amigo.

Pero el Señor no dijo que nosotros debíamos odiar al mundo para poder amar a Dios. Esto no quiere decir que tengamos que ignorar a la gente mundana o que ya no podamos saludar a nuestros amigos al encontrarnos con ellos en la calle. Más bien, esto significa que todo aquel que cultiva la amistad con el mundo se hace enemigo de Dios. No tenemos que tratar al mundo como nuestro enemigo, pero nuestra profunda amistad con él, así como nuestro anhelo por estar relacionados con el mundo, tiene que cesar. Todavía podemos amar a nuestros amigos, pero ahora nuestra meta deberá ser que ellos sean salvos. Los seguimos tratando como amigos, pero nuestra meta debe ser la que tenía Cornelio: traerlos al evangelio. Cornelio invitó a dos grupos de personas a su casa cuando Pedro vino a ella: él invitó a sus parientes y a sus amigos íntimos (Hch. 10:24). Él sabía que Dios quería que él invitase a Pedro, y él invitó también a sus parientes y amigos íntimos para que escucharan el evangelio. Esta es la meta que necesitamos para mantener una relación con nuestros conocidos; la meta no es mantener nuestros antiguos lazos de amistad. Uno no puede dejar de conocer a una persona que ya conoció. Un amigo seguirá siendo un amigo. Uno no puede anular su relación con aquellos que conoce hace muchos años. Cuando hablamos de que tenemos que adoptar medidas con respecto a nuestras amistades, queremos decir que nosotros mismos debemos experimentar un giro en el Señor. Esto significa que todas nuestras antiguas relaciones han cesado y que, de ahora en adelante, todavía conversamos con nuestros amigos cuando los vemos, seguimos intercambiando opiniones con ellos si tenemos algún problema, pero ahora nosotros poseemos una nueva vida, la cual ellos no poseen. Nuestra relación con ellos no debe ignorar este cambio en vida. Una persona llega a ser amiga de otra, primero por medio de conocerla, después al manifestar cierto afecto y, finalmente, al relacionarse con ella. Si continuamos relacionándonos con nuestros viejos amigos después de que hemos sido salvos, entonces nos hacemos enemigos de Dios y, naturalmente, nos será difícil avanzar como debíamos.

Al correr una carrera, cuanto menos peso carguemos mejor. Cuanto más uno tome medidas con respecto a sus pecados, menor será el peso que cargue consigo. Cuanto más restituciones haga uno, más ligera será su carga, y cuantos más amigos deje atrás, menos lastre tendrá. Si uno adquiere algunas amistades mundanas, se encontrará oprimido por ellas. Yo he conocido muchos hermanos y hermanas para quienes tales amistades les han sujetado e impedido seguir adelante. Tales creyentes no pueden ser absolutos en el camino de Dios y les

resulta muy difícil ser buenos cristianos. Los principios morales y las normas de conducta que rigen la vida de un incrédulo, siempre serán los que corresponden a un incrédulo. Quizás ello no lo arrastrará, pero con toda certeza tampoco lo levantará.

B. No debemos unirnos en yugo desigual con los incrédulos

En 2 Corintios 6:14 se nos dice: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos”. Muchas personas piensan que este versículo se aplica sólo al matrimonio. Si bien estoy de acuerdo en que unirse en yugo desigual implica el matrimonio con incrédulos, esto también describe toda otra relación que pueda existir entre creyentes e incrédulos.

1. Unirse en yugo desigual con los del mundo no es una bendición, sino un sufrimiento

“No os unáis en yugo desigual con los incrédulos”. Esta es una afirmación bastante general. ¿Qué quiere decir? Tenemos que considerar las siguientes preguntas: “¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque nosotros somos el templo del Dios viviente, como Dios dijo: ‘Habitaré entre ellos y entre ellos andaré, y seré su Dios, y ellos serán Mi pueblo’. Por lo cual, ‘salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y Yo os recibiré’, ‘y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso’” (2 Co. 6:14-18). Fíjense que todas estas preguntas surgen a raíz de la primera afirmación: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos”. Esta es una cita positiva. Es la premisa básica, después de la cual surgen cinco preguntas. Estas preguntas nos muestran que los creyentes e incrédulos son incompatibles entre sí y no pueden ser uncidos al mismo yugo.

Espero que ustedes se den cuenta que aunque vivimos hoy en la misma sociedad que las personas del mundo, nosotros no podemos desarrollar un vínculo íntimo de amistad con tales personas, ya sea que se trate de una asociación comercial, mera amistad o una unión matrimonial. Si un incrédulo y un creyente están unidos, tarde o temprano acabarán teniendo problemas. Los creyentes tienen sus propios principios y normas, mientras que los incrédulos adoptan estándares distintos. Los creyentes no comparten la misma ideología con los incrédulos. Los incrédulos tienen sus propios puntos de vista, y los creyentes tenemos nuestra propia perspectiva. Si juntáramos a creyentes e incrédulos, no habría bendición alguna sino solamente aflicción. Ambas personas difieren en cuanto a sus perspectivas, sus opiniones y sus principios éticos y morales. Es

decir, difieren en todo aspecto. Uno se esfuerza por ir en una dirección, mientras que el otro se esfuerza por ir en la dirección opuesta. Uncir ambas personas al mismo yugo sólo hará que el yugo que los une, se quiebre. El creyente tiene que consentir en hacer lo que el incrédulo hace o, sino, tendrá que quebrar tal yugo.

Quisiera que todo nuevo creyente se percate que cuando se unen los creyentes e incrédulos, siempre son los creyentes los que sufren. No debiéramos pensar jamás que podremos hacer que los incrédulos nos sigan. Si queremos que ellos nos sigan, no tenemos que lograrlo por medio de hacernos sus amigos. Yo puedo testificarles que he intentado hacer que mis amigos me sigan, sin tener que mantener la antigua amistad que me unía a ellos. Podemos hacer que nuestros amigos se pasen al lado nuestro, sin tener que intentar mantener nuestras viejas amistades con ellos. Si intentamos mantener nuestros viejos vínculos de amistad, lo más probable es que nuestros amigos harán que seamos nosotros los que nos pasemos a su lado.

En cierta ocasión, C. H. Spurgeon dio un buen ejemplo. Una jovencita acudió a él para decirle que deseaba iniciar una amistad con un incrédulo. Ella le dijo que quería traerlo primero al Señor y luego ser su prometida. Spurgeon le pidió entonces que subiera a una mesa muy alta, y ella lo hizo así. Para entonces el señor Spurgeon ya era un anciano. Él le dijo a esta señorita que se esforzara al máximo por hacerlo subir a la mesa. Ella se esforzó y lo jaló mucho, mas no pudo hacerlo. Entonces, el señor Spurgeon le dijo: “Ahora déjeme intentar hacerla descender de donde está”, y de un solo tirón, obligó a esta joven a saltar al piso. Por favor recuerden que siempre le será muy difícil hacer que la otra persona suba; sin embargo, a ella le es muy fácil hacer que usted descienda. Son muchos los que han sido jalados hacia abajo por los incrédulos. Muchos hermanos y hermanas son arrastrados al suelo por sus amigos debido a que no supieron tomar las medidas correspondientes con respecto al problema que representan tales amistades.

Los nuevos creyentes deben contarles a todos sus amigos que ellos han creído en el Señor Jesús. Ellos tienen que dar testimonio y confesar con sus propios labios que han recibido al Señor. Siempre que vuelvan a ver a sus amigos, deben darles el Señor a ellos. Cuando estaba en la escuela, yo tenía muchos amigos. Después de haber creído en el Señor, yo solía sacar mi Biblia, sentarme con ellos y hablarles del Señor siempre que podía. Antes de hacerme cristiano, mi comportamiento era muy pobre. Cuando menos, yo solía jugar juegos de azar y me encantaba ir al teatro. Era fácil para mis amigos hacer que yo me involucrara en esta clase de actividades. Pero después de haber creído en el Señor, solía sacar mi Biblia cada vez que me sentaba con mis amigos. Después que me hice conocido por hacer esto, mis amigos comenzaron a rehuirme. De hecho, esto me

hizo mucho bien, porque ellos dejaron de incluirme en sus actividades. De no haberme comportado así, me habría desviado sin poder evitarlo. Es preferible para nosotros ser rechazados por nuestros amigos, que ser influenciados por ellos. Es mejor mantener una amistad moderada con ellos, pero no debemos buscar ser sus amigos íntimos. Sean corteses y amables. No pierdan amigos, pero no busquen hacer vuestras relaciones con ellos más profundas de lo necesario. Nosotros pertenecemos al Señor y siempre debemos traerles el Señor a ellos.

Si usted sirve al Señor fielmente y les presenta el Señor a sus amigos, tarde o temprano ellos se volverán al Señor o lo abandonarán por completo. Estas son las dos únicas posibilidades. Difícilmente habrá una tercera opción. Es una de dos: o sus amigos lo seguirán y tomarán el mismo camino que usted, o no volverán a molestarlo. Esto será de gran ventaja para el nuevo creyente, pues le ahorrará muchos problemas. Si una persona está unida por el mismo yugo a un incrédulo, será arrastrada y alejada por él debido a que ella ha desobedecido al Señor a fin de mantener una amistad íntima con el mundo.

2. Cinco preguntas con respecto a no estar unidos en yugo desigual

En primer lugar: “¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia?”. Usted ha creído en el Señor y ha conocido la justicia. Ahora, usted debe tomar medidas con respecto a las injusticias que usted cometió en el pasado. Usted tiene que indemnizar a los demás por cualquier deuda que les haya ocasionado. Pero los incrédulos, incluso aquellos que tienen los principios morales más altos, no saben lo qué significa la justicia. La justicia no tiene compañerismo alguno con la injusticia. Una es diametralmente opuesta a la otra. A nosotros no nos está permitido aprovecharnos de los otros, incluso en los asuntos más insignificantes. Quizás a otros les gusta aprovecharse de los demás. Es probable que en el pasado usted haya creído que esto era muestra de inteligencia, pero ahora se da cuenta que esto es cometer injusticia. ¿Cómo podría haber compañerismo alguno entre la justicia y la injusticia? Ahora, sus perspectivas son fundamentalmente diferentes. Por tanto, no puede haber compañerismo entre la justicia y la injusticia.

En segundo lugar: “¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?”. Ustedes han sido iluminados y ahora ven. La otra persona está en la oscuridad y no puede ver. Un hijo de Dios que haya conseguido cierto progreso en su jornada espiritual y que tenga cierta profundidad en las cosas del Señor, le será difícil incluso tener comunión con un cristiano carnal que vive en la oscuridad. ¿Cuánto más difícil le será tener comunión con alguien que está totalmente en tinieblas y no puede ver nada? Usted, al menos, ha sido iluminado por Dios. Aquí hay una

contradicción fundamental: la luz no tiene comunión con las tinieblas. Los incrédulos pueden hacer muchas cosas. Sus filosofías, sus principios éticos y su perspectiva de la vida difieren de las de los creyentes. Los creyentes están en la luz, mientras que los incrédulos están en tinieblas. ¿Cómo podrían tener comunión y compañerismo los unos con los otros? Ellos son fundamentalmente diferentes en naturaleza.

En tercer lugar: “¿Y qué concordia Cristo con Belial?”. Belial se refiere a Satanás y las cosas despreciables. Ciertamente Satanás es despreciable. Nosotros pertenecemos al Señor, mientras que los incrédulos pertenecen a Belial. Nosotros somos personas honorables (1 P. 2:9), mientras que ellos son ordinarios. Nosotros fuimos comprados con un precio muy alto; fuimos comprados con la sangre del Hijo de Dios, no con cosas corruptibles como oro o plata. Poseemos la posición y dignidad propias de un creyente. Hay muchas cosas que nosotros no podemos hacer. Yo puedo regatear con un culi de calesa [N. del T.: un taxista oriental de la antigüedad que jalaba el carro a mano] dentro de ciertos límites razonables, pero sería incorrecto sobrepasar tal límite. Nosotros somos cristianos y no podemos sobrepasar ciertos límites. No podemos regatear demasiado con los demás. No debemos perder nuestra dignidad cristiana. Nosotros valemos más que aquellos pocos centavos que ahorramos cuando regateamos. No podemos descender al nivel de vendedores callejeros. Tenemos que mantener la posición y dignidad que nos corresponde por ser cristianos.

Algunas personas pertenecen a Belial. A ellas les es permitido hacer muchas cosas. Probablemente para tales personas sea correcto aprovecharse de los demás procurando beneficios personales, pero nosotros no podemos hacer lo mismo. Nosotros tenemos la posición y el honor que son propios de un cristiano. ¿Cómo podría haber armonía entre estas dos clases de personas? Mientras uno se esfuerza por ir en una dirección, el otro se esfuerza por ir en la dirección opuesta. Estas dos clases de personas no pueden ser unidas en yugo desigual; uncirlas bajo el mismo yugo no dará resultado. El yugo ciertamente acabará por romperse.

Por favor recuerden que hay muchas personas que no son personas honorables. Lejos de serlo son, de hecho, personas innobles. Los cristianos, sin embargo, son personas nobles. Estas dos clases de personas difieren completamente entre sí; no pueden unirse bajo un mismo yugo. Después que uno se ha hecho cristiano, no podrá desarrollar vínculos profundos de amistad con un incrédulo, pues uno ya es incompatible con tal clase de persona.

En cuarto lugar: “¿O qué parte el creyente con el incrédulo?”. Esta es una reiteración de la pregunta anterior. Se trata de otra comparación. Usted tiene fe,

mientras que la otra persona no tiene fe. Usted conoce a Dios por medio de la fe, pero la otra persona no cree en Dios y no le conoce. Usted encuentra fe en su vida, pero la otra persona no. Usted confía en Dios, mientras que la otra persona no. Usted depende de Dios, mientras que la otra persona depende de ella misma. Usted afirma que todo está en las manos de Dios, pero la otra persona afirma tener todo bajo su control. Ambas personas son fundamentalmente distintas. Con frecuencia, incluso no podemos comunicarnos con cristianos nominales; no podemos tener comunión con tales personas, pues ellas afirman ser cristianas, pero carecen de fe. Esto representa un verdadero problema. Ambas personas no solamente difieren en cuanto a su comportamiento, sino que una de ellas tiene fe y la otra no. Difieren en cuanto a su conducta debido a que su medida de fe es diferente. Ante tal clase de diferencia, es difícil tener alguna comunicación entre estas personas. Un creyente no tiene nada que ver con un incrédulo. Un creyente espontáneamente confía en Dios con respecto a muchas cosas; para él esto es tan natural como respirar. Pero esto resulta difícil para un incrédulo. El incrédulo aducirá que el creyente es supersticioso, anticuado o tonto. Es imposible para nosotros tener amigos entre los incrédulos. Ellos nos arrastrarán cuesta abajo y lo harán con mucha fuerza.

En quinto lugar: “¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos?”. ¿Qué es el templo de Dios? ¿Qué es un ídolo? Me parece que esto hace referencia a la santificación de nuestro cuerpo. En seguida, se nos dice que somos el templo del Dios viviente. Según 1 Corintios, el cuerpo del creyente es el templo de Dios. Un grupo de gente era idólatra, mientras que el otro grupo afirmaba: “Nuestros cuerpos son el templo de Dios. No podemos contaminar el templo de Dios”. Lo que hagamos con respecto a nuestros amigos directamente afectará a nuestro cuerpo. Beber, fumar y otras actividades de este tipo afectan nuestros cuerpos y atañen directamente a nuestros cuerpos. Pero nuestros cuerpos son el templo de Dios. No se debe destruir ni contaminar el templo de Dios. Tenemos que resguardar nuestros cuerpos tal como resguardamos el templo de Dios. El Dios viviente mora en nosotros y no debemos destruir este templo. Nosotros somos el templo de Dios, mientras que los incrédulos son un templo para ídolos. Ellos están vinculados a los ídolos, ya sean visibles o invisibles. A ellos no les importa la santidad del cuerpo, pero a nosotros sí. ¿Ven cuál es la diferencia? ¿Cómo podrían estas dos clases de personas estar unidas bajo un mismo yugo?

Jamás podremos ser amigos de los incrédulos. Si nos hacemos amigos de ellos, solamente podemos esperar un resultado: ser arrastrados cuesta abajo junto con ellos. Jamás debiéramos creer que por ser fuertes y estables es correcto que nosotros tengamos algunos amigos incrédulos. Permítanme decirles que nosotros hemos sido cristianos por muchos años, pero todavía tenemos temor de cultivar amistades entre los incrédulos. Toda relación con ellos siempre nos

va a ocasionar pérdida. Nosotros debemos relacionarnos con los incrédulos a fin de poder invitarlos a nuestras reuniones o darles testimonio. Aparte de esto, cualquier otra clase de relación es peligrosa, pues una vez que estamos en medio de ellos, somos obligados a renunciar a nuestro estándar. Si estamos entre ellos, nos será muy difícil mantener nuestros principios y normas cristianos.

C. Las malas compañías corrompen las buenas costumbres

En 1 Corintios 15:33 dice: “No os engaños; las malas compañías corrompen las buenas costumbres”. Tener malas compañías significa tener amigos que no son muy apropiados. De hecho, sería mejor si tradujéramos “malas compañías” como “comunidad impropia” o “vínculo inapropiado”. El resultado de tales malas compañías es la corrupción de las costumbres morales. *Corrupción* significa “putrefacción”, tal como la descomposición que sufre la madera al ser carcomida por los gusanos. Las malas compañías hacen que se pudran las buenas costumbres.

La expresión *buenas costumbres* en su acepción más moderada podría traducirse como “los buenos modales”. También podría usarse una expresión más fuerte y decir, por ejemplo, que “las malas compañías corrompen la moral”. En realidad, el significado original del término que se usó, se ubica entre estos dos extremos. Mientras que la expresión *la moral* podría resultar demasiado fuerte, la expresión *buenos modales* podría considerarse demasiado débil. Probablemente, este pasaje hace referencia a una clase de comportamiento que se ubica entre estos dos extremos. Me parece que sería mejor traducir esta expresión como: “apariencia”. Esto es más moderado que decir “la moral”, pero más fuerte que decir “los buenos modales”. Podemos afirmar que todo vínculo inapropiado corrompe nuestra apariencia. Usted puede ser una persona muy piadosa ante Dios, pero después que comienza a relacionarse con un incrédulo a quien le gusta hacer bromas, usted comenzará a reírse. Hay algunos chistes ante los cuales no nos debíamos reír, pero muchas veces sentimos que no debemos parecer tan reprimidos cuando estamos entre los incrédulos y creemos que si nos relajáramos un poco, ellos nos recibirían mejor. Pero este es un vínculo inapropiado y corrompe nuestra buena apariencia.

La buena apariencia es lo opuesto a la comunicación inapropiada. Aquello es bueno, mientras que esto otro es malo. Lo malo corromperá lo bueno. Tenemos que evitar tal corrupción. Puesto que la vida del Señor está en nosotros, debemos dedicar cierto tiempo a cultivar los buenos hábitos y aprender a ser restringidos por el Señor. Tenemos que aprender, día a día, a ser personas piadosas, cuidadosas, disciplinadas y que saben restringirse.

Por favor, recuerden que un solo contacto con incrédulos, así como cualquier comunicación inapropiada con ellos, hará que desperdiciemos mucho tiempo. Esto constituye una gran pérdida. Cada vez que usted se comunique con incrédulos, es probable que necesite tres o cuatro días para recuperar la postura debida, puesto que los incrédulos son capaces de afectar su apariencia, sus hábitos y su conducta moral delante de los hombres. Ciertamente, esto no es provechoso.

***D. No debemos andar con los incrédulos
ni estar en sus caminos ni sentarnos con ellos***

Salmo 1:1-2 dice: “Bienaventurado el varón / Que no anda / En consejo de malos, / Ni se detiene en camino de pecadores, / Ni se sienta en compañía escarnecedores; / Sino que en la ley de Jehová está su delicia, / Y en Su ley medita de día y de noche”.

A los incrédulos les encanta dar consejos. No hay nada más lamentable que ver a los hijos de Dios pidiendo consejo a los incrédulos cuando tienen problemas. Pero son muchos los hijos de Dios que piden consejo a los incrédulos de cómo hacer frente a ciertos problemas. Aun si ellos le ofrecieran algún consejo, ustedes no deben hacer lo que les aconsejan. Yo tengo muchos amigos incrédulos que me ofrecen sus consejos aun cuando no se los pido. Si usted les presta atención, se dará cuenta— que todos los pensamientos de ellos giran en torno a cómo beneficiarse a sí mismos. A ellos no les importa si algo es correcto o equivocado, ni tampoco si es la voluntad de Dios o no. Ellos tienen un solo motivo: su provecho personal. ¿Podríamos nosotros hacer algo que es puramente para nuestro beneficio personal? En algunos casos, tales consejos no solamente procuran el beneficio de uno mismo, sino que incluso causan pérdidas a los demás. Hay ciertos beneficios que se logran sin perjudicar a otros y hay beneficios que se logran a costa de otros. ¿Cómo podría un creyente andar según el consejo de un incrédulo?

Si usted se hace amigo íntimo de un incrédulo, le será difícil no hacer caso a sus consejos. Como resultado, usted se desviará. Si usted le pide consejo a un grupo de cinco amigos, le será muy difícil rechazar sus sugerencias y oponerles resistencia, debido a que ellos son sus amigos. Ellos le presentarán una propuesta unánime, a una voz, y que le traerá beneficios a usted. Si conversa con ellos, esto querrá decir que usted busca que ellos le aconsejen. Pero el consejo de ellos sólo proviene de sus mentes. Usted no debe seguir tal consejo.

Más aún, hay muchos lugares a los que ustedes no deben ir. Los pecadores tienen sus propios caminos y sus propios lugares. Ellos no vienen a las reuniones de la iglesia cuando quieren jugar juegos de azar. Ellos tienen sus lugares y sus caminos. Hoy en día, si usted se comunica con incrédulos, usted

estará optando por sus caminos aun cuando usted diga que no es uno de ellos. Esto es muy difícil de evitar. Quizás un incrédulo quiera ir a un lugar al que usted no debiera ir. Aun si usted dice que no entrará allí, ya se encuentra en el mismo camino. Aun cuando usted se despida y se separe de ellos al llegar a la puerta, usted ya anduvo por la misma senda. “Bienaventurado el varón / Que no anda en consejo de malos, / Ni se detiene en camino de pecadores”. Dios no quiere que vayamos a los lugares que ellos van, ni siquiera quiere que estemos parados en sus caminos. Dios quiere que nos separemos completamente de ellos. No podemos hacer amistad con ellos. Una vez que nos amistamos, estaremos en sus caminos o, por lo menos, tendremos contacto con los lugares a los que ellos van.

“Ni se sienta en compañía de escarnecedores”. Casi todos los incrédulos son escarnecedores. Rara vez encontré un hermano cuyos amigos no se hayan burlado de él o que no hayan ridiculizado el nombre del Señor. Durante los primeros años de mi vida cristiana, conocí a muchos incrédulos que se burlaban del nombre del Señor en cuanto me veían. Ellos blasfemaban el nombre del Señor. Si usted se sienta con incrédulos, ellos tratarán de ridiculizarlo y blasfemarán el nombre del Señor. Quizás antes de que usted se integrase al grupo de ellos, ellos no habrán mencionado el nombre del Señor; quizás ellos no hayan tenido la intención de blasfemar en contra del nombre del Señor, pero la presencia suya les dará ocasión para hablar acerca de Jesús y del cristianismo, y proseguirán entonces a hacer bromas. Si usted no quiere sentarse en compañía de escarnecedores o escuchar sus burlas, entonces no debe comunicarse ni tener comunión con ellos o hacerse amigo de ellos.

IV. DEBEMOS REEMPLAZAR NUESTROS AMIGOS CON LOS HERMANOS DE LA IGLESIA

Uno tiene que decidir este asunto de la amistad durante las primeras semanas de su vida cristiana. Uno tiene que cambiar todos sus amigos. Debemos contarles a todos nuestros amigos lo que nos ha sucedido. Usted todavía puede mantener cierta amistad con ellos, pero esta amistad ya no puede ser íntima. Usted tiene que cambiar todos sus amigos; tiene que aprender a ser un hermano en la iglesia y reemplazar a sus antiguas amistades con los hermanos de la iglesia.

No queremos ir a extremos. No aborrecemos a nuestros antiguos amigos y no pretendemos ignorarlos por completo, sino que ahora tenemos que relacionarnos con ellos en otro nivel. Aprendan a testificarles y a traerles el Señor a ellos. Nosotros debemos pasar con ellos solamente unos cinco minutos, quince minutos, media hora o una hora. No siga sentándose entre ellos y no converse con ellos de asuntos mundanos. Aprenda a asumir la posición que le

corresponde y esfuércese por traer sus amigos al Señor y a la iglesia. Testifíqueles y predíqueles el evangelio. Esfuércese por hacer que ellos se conviertan en hermanos y hermanas de la iglesia. No busque amistades ni tenga amistades fuera del círculo de hermanos.

Les puedo asegurar que un creyente que tiene demasiados amigos incrédulos, ciertamente será un cristiano derrotado. Aun si no llega a caer en pecado, se convertirá en una persona mundana. Si una persona ama al Señor, le sirve y es fiel a Él, y además se mantiene ejercitada en sí misma, es imposible que tenga muchos amigos mundanos. Si una persona tiene muchas amistades frívolas, esto demuestra que ella misma está enferma.

No debiéramos ser personas de labios inmundos, ni tampoco debiéramos morar entre personas de labios inmundos. A los ojos de Dios, es algo malo tener labios inmundos. De la misma manera es igualmente malo, y requiere confesión el morar con gente de labios inmundos. Así como está mal que pequemos, también está mal que moremos entre pecadores. Es necesario que nosotros mismos pidamos la gracia de Dios para nosotros a fin de que no pequemos. Necesitamos Su gracia a fin de no cultivar amistades íntimas con los pecadores. Usted se molestaría con una persona que lo llamara ladrón, y no se sentiría halagado si alguien dijera que usted se acompaña de ladrones o que usted es amigo de ladrones.

La primera pregunta que uno debe hacerle al Señor debe ser acerca de uno mismo. Y la segunda pregunta que uno debe plantear delante del Señor debe ser acerca de sus amigos. Además de su propia persona, uno es representado por sus conocidos. Si uno desea permanecer firme, no puede actuar despreocupadamente en lo que respecta a sus conocidos y amigos. En cuanto uno actúe con ligereza en esto, será derrotado. Jamás sean descuidados en este asunto. Ustedes tienen que dejar atrás todas sus antiguas amistades. Aprendan a hacer amistad con aquellos que participan de la comunión de la iglesia, pero los vínculos que desarrollen con ellos deben ser relaciones en el Señor. Deben reemplazar todas sus antiguas relaciones con relaciones en el Señor.

V. EL SIGNIFICADO DE LA AMISTAD EN LA IGLESIA

A. La amistad es algo que va más allá de una relación normal

Ya habrán comprendido que la amistad es algo muy especial. Se trata de una relación que supera las diferencias sociales. Es una relación libre de todo formalismo. Si una comunicación va más allá de las diferencias sociales y de todo formalismo, eso es amistad. Alguna vez dije que algunos padres son amigos de sus hijos, mientras que otros permanecen como sus padres por el resto de sus

días. Yo sé que algunas madres nunca fueron amigas para sus hijas; las madres son estrictamente madres y las hijas son estrictamente hijas; ellas nunca han sido amigas entre sí. Hay muchas personas que jamás llegan a convertirse en amigos para el resto de los miembros de su familia; el esposo sigue siendo estrictamente un esposo, y la esposa sigue siendo estrictamente una esposa. En muchas oficinas, los supervisores adoptan una postura de gran superioridad, mientras que sus subordinados permanecen en una posición inferior. Entre ellos, únicamente existe la relación que corresponde a un empleador y sus empleados; jamás ha habido amistad alguna entre ellos. Si bien algunos llegan a hacerse amigos, estas son raras excepciones. Ser amigo de alguien significa ir más allá de una relación normal. Esto quiere decir mantener una relación que va más allá de lo que normalmente se espera.

Abraham era amigo de Dios. Si ellos se hubiesen comportado estrictamente como hombre y Dios respectivamente, ellos no se hubieran hecho amigos. Abraham se olvidó de su status y Dios también. Por ello Abraham pudo hacerse amigo de Dios.

El Señor Jesús se hizo amigo de pecadores. El Señor Jesús no hubiese podido ser amigo de los pecadores si hubiese permanecido en la posición que le correspondía. Se hizo amigo de pecadores porque dejó tal posición; si Él no hubiese descendido de Su posición, Él solo habría podido ser el Salvador de los hombres, pero no su amigo. Espero que ustedes puedan comprender lo que es un amigo. Como pecadores, nosotros jamás podríamos unirnos con el Señor. Él es el Juez y nosotros los que hemos de ser juzgados. Él es el Salvador y nosotros los que somos salvos. Pero el Señor lo abandonó todo a fin de convertirse en amigo de los pecadores. Por ello fue llamado: "Amigo de pecadores". Es así como Él guía a las personas a recibirlo como su Salvador.

Estoy persuadido que una persona que ha estado con el Señor por mucho tiempo, ha desarrollado una profunda relación con Él y encontrará algunos hermanos en la iglesia que puedan ser sus amigos. Tal persona podrá ir más allá de lo que se espera normalmente en una relación. La tercera epístola de Juan es bastante clara al respecto. En esta epístola, Juan ya no parece ser un apóstol; en lugar de ello ha llegado a ser un anciano.

Quisiera llamar vuestra atención al hecho de que la tercera epístola de Juan fue escrita cuando Juan ya era muy anciano. Esta epístola fue escrita unos treinta años después que Pablo murió como mártir. Para entonces, también Pedro había fallecido y de los doce apóstoles, Juan era el único que quedaba. Al escribir esta epístola, él lo hizo como "el anciano a Gayo" (v. 1). Ciertamente él ya era un anciano. A mí me gusta mucho su tercera epístola, la cual difiere de las otras epístolas. En su primera epístola, Juan habla de los "padres", los "jóvenes"

y los “niños”. Tal parece que cuando la escribió, Juan todavía estaba consciente de estas distinciones claras allí. Pero el último versículo de su tercera epístola nos muestra que Juan había llegado a un lugar diferente, que se encontraba en una posición muy especial. Para entonces, él ya era un anciano y podía tratar a una persona de setenta años como a su hijito. Juan estaba muy entrado en años; probablemente tenía noventa años. Si bien Juan tenía muchos años de vida, poseía gran conocimiento y había llegado tan lejos en su travesía espiritual que al dirigirse a sus hermanos y hermanas, no se dirigía a ellos meramente como hermanos y hermanas. No se valía de términos como: *niños, jóvenes o padres*. Él sencillamente les dijo: “Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos”. ¿No perciben un sabor muy especial en estas palabras? Al leer la Palabra de Dios, tenemos que percibir su sabor, así como su espíritu, antes de poder comprender el significado subyacente en la Palabra. Si no percibimos el sabor ni el espíritu de sus palabras, nuestra lectura será infructuosa. He aquí un hombre que tenía tantos años de vida que, prácticamente, había perdido a todos sus amigos. Pedro había muerto, al igual que Pablo, pero Juan todavía podía decir: “Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos”. He aquí un hombre que poseía muchas riquezas en él. Podemos decir que Juan había alcanzado la cumbre de sus riquezas. Él había seguido al Señor por muchos años y había tocado muchas cosas. Ahora, era tan viejo que podía palmear la cabeza de un hombre de sesenta o setenta años y llamarlo: “hijo mío”, pero él no habló así. En lugar de ello, él dijo: “mis amigos”. No sé si ustedes comprenden lo que estoy tratando de decirles. Esto no tiene nada que ver con la posición que uno ocupa; Juan no estaba hablando en su capacidad acostumbrada. Esta clase de hablar eleva a una persona. Tal como el Señor era amigo de pecadores y así como Dios se hizo amigo de Abraham, Juan también trató a todos los hijos de Dios, jóvenes y viejos, como sus amigos. Esto difiere completamente de lo dicho al comienzo de este capítulo.

B. En la iglesia enfatizamos la relación de hermanos

Algún día, algunos de los más jóvenes entre nosotros arribarán a esta etapa, pero en la actualidad, ellos tienen que comportarse como hermanos en la iglesia. En la iglesia, la amistad ocupa una posición muy elevada. Algún día, cuando alcancemos un plano tan elevado, quizás lleguemos a ser como amigos aun para los niños más pequeños entre nosotros. Si bien es posible que nos encontremos muy por encima de ellos, todavía podemos honrarlos al llamarlos: *amigos*. Antes que llegue ese día, la iglesia tiene que enfatizar el vínculo fraternal, no la relación de amigos.

Es interesante percatarse que en la iglesia se enfatiza muchas cosas, menos la amistad. Esto se debe a que la amistad es algo que va más allá de las relaciones

normales. Es algo que va más allá de lo común y que se encuentra en una esfera superior. La amistad surge cuando un gran hombre honra a otro al ser su amigo. Semejante persona posee tal grandeza que puede llamar a otro, su amigo. Esto no es algo que cualquier hermano o hermana está en posición de realizar. Aquellos que todavía son jóvenes en el Señor, deben aprender a relacionarse con los otros creyentes como hermanos y hermanas en el Señor. Así pues, espero que ustedes se separaren de sus antiguas amistades y en su lugar tengan comunicación y comunión con los hermanos y hermanas de la iglesia. Si ponen esto en práctica, se ahorrarán muchos problemas en su travesía espiritual.